

David Orange

Los
Confines
del Tiempo



Thriller



LOS CONFINES
DEL
TIEMPO

DAVID ORANGE

Título original: Los Confines del Tiempo.

© David Orange, 2018

Diseño de portada: David Orange

Primera edición: Diciembre, 2018

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi mujer y a mi hija,
los auténticos motores de mi vida.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

VOLVER

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

LAS CAJAS MUSICALES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

20

21

CABEZA DE HOJALATA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

PRÓLOGO

Seguro que habéis oído decir en más de una ocasión que toda historia tiene su propia historia.

Es cierto.

Y la historia que me inspiró, en parte, para escribir esta antología compuesta por tres novelas cortas —por otra parte, íntimamente relacionadas entres sí y con mi novela *La Chica del Semáforo y el Hombre del Coche* y con todo su universo literario—, es sencillamente fascinante. Pero sobre todo, es cierta.

Antes de continuar, me gustaría aclarar que las tres historias que dan forma a este libro, se pueden leer tanto de forma independiente, como en un orden distinto al que yo os propongo, y por supuesto, sin haber leído anteriormente *La chica del semáforo y el hombre del coche*. No obstante, para aquellos que sí habéis leído dicha novela y que disfrutasteis con ella, esta antología os resultará tremendamente satisfactoria. Dado que se resuelven algunas de esas preguntas que seguro que os hicisteis tras ese sorprendente y enigmático final. Por otra parte, para los que no la hayáis leído todavía, no me cabe ninguna duda de que esta particular antología os dejará con ganas de saber más.

Hecha la presente aclaración, continuo con esa inquietante historia que me inspiró para crear parte de la presente antología.

Podéis creerme o no, esa es vuestra decisión, pero si sirve de algo, os puedo dar mi palabra de que lo que os voy a contar fue tan real como lo somos tú y yo, como lo es este preciso instante en el que estás leyendo esto.

Ocurrió hace poco menos de un año. Yo estaba en una celebración. Una amiga se iba a ir a vivir al extranjero, a uno de esos lugares que de tan lejanos no sabes ni a qué continente pertenece, y había invitado a un montón de gente para despedirse debidamente.

A la mayoría de los allí presentes no los había visto en mi vida, así que me puse a hablar con los que sí conocía, que no eran demasiados. En algún momento de la noche, me encontré con alguien a quien llamaré M. Él y yo ya nos conocíamos previamente, pero hacía mucho tiempo que no nos veíamos y nos habíamos perdido un poco la pista. Debo puntualizar que la razón por la que no revelo ni revelaré su verdadero nombre es, principalmente, por una

cuestión de seguridad y porque esa persona, a la que me referiré a partir de ahora por esa letra, así me lo pidió expresamente.

M y yo tampoco es que hubiésemos sido amigos íntimos en el pasado, pero sí habíamos coincidido en algún que otro evento y, a pesar de que no teníamos una relación de amistad propia, sino que era a través de nuestra amiga común, nos caíamos muy bien y teníamos lo que se dice buen *feeling*. En cuanto nos vimos aquella noche, como si los dos hubiésemos estado esperando alguien con quien de verdad nos apeteciese hablar, nos alejamos un poco de la multitud y empezamos a contarnos cómo nos iba la vida y todas esas cosas que incluyen «ponerse al día». Tras un buen rato entrando en calor y bebiendo más de la cuenta, fue cuando él me empezó a revelar ciertas cosas que no olvidaré jamás.

Antes de continuar, es importante mencionar para la comprensión de la historia que M es físico teórico. Eso no era algo nuevo, yo ya lo sabía, como también sabía que trabajaba para una agencia de investigación científica que estaba fuertemente vinculada con la NASA, podría decirse que era algo así como una filial secreta y no reconocida oficialmente. O al menos eso es lo que él siempre contó. No sé en qué momento de la noche la conversación empezó a derivar hacia temas como la existencia del alma, hacia qué lugar se dirigía la ciencia, cuál era el auténtico significado del libre albedrío o también, cuál era la posibilidad real de que el ser humano pudiese hacer viajes en el tiempo. Pero sí sé que estuvimos hablando largo y tendido de esos temas que, cuando tu interlocutor se trata de alguien que se pasa el día analizando los engranajes del universo, la conversación adquiere un cariz que trasciende de lo interesante a lo vital. Y de lo intrigante a lo inquietante. Como digo, tampoco sé cuánto alcohol bebimos aquella noche, ni muchas de las cosas que dijimos, eso por mi parte. Porque por la parte de M, si mal no recuerdo, aparte del alcohol también estaba tomando ciertos medicamentos para el tratamiento de una fuerte depresión de la que parecía estar ya saliendo, y digo esto no porque lo quiera desprestigiar ni nada de eso, sino porque quiero que cuando llegue al final, saquéis vuestras propias conclusiones sin haberle robado ni un ápice de verdad a esta historia. Dicho esto, cabe recordar que es posible que la combinación de sustancias, a veces, puede ser de bastante ayuda para que ese muro tras el cual todos guardamos nuestro verdadero yo, nuestra verdadera esencia, se resquebraje por completo. O simplemente que alguien empiece a contar cosas que no son ciertas. Eso juzgarlo vosotros mismos. Yo solo digo que algo que M guardaba muy adentro salió a la luz.

Jamás olvidaré el modo en que M me cogió por los hombros y me miró. Fue una de esas miradas de aquí está pasando algo raro y no sé si quiero saberlo.

Sus ojos se rodearon de lágrimas y el rictus de su cara se arrugó como una vela medio derretida.

Incluso en esa situación, M fue muy diplomático. Me dijo que nunca había conocido a una persona tan «receptiva», «comprensiva» y con la mente «tan abierta» como yo, y que por esa razón me pedía permiso para contarme algo, algo que habían descubierto «en su centro» y que a su vez, estaba relacionado con algo que habían encontrado. Era algo que nadie más sabía, quitando de dos compañeros suyos de esa filial secreta de la NASA, y ese algo le estaba quemando por dentro. Y lo cierto es que a mí toda esa parafernalia y todo ese secretismo con el que presentó el asunto, me inquietó, y me asustó. Pero aun así, le dije: «sí, claro, adelante. Puedes contarme lo que quieras, M, no hay ningún problema». Evidentemente, yo ni me había acercado a imaginar de qué se trataba lo que estaba a punto de contarme. Ni mucho menos que estuviese tomándome el pelo ni nada por el estilo. Como decía, M es un tipo serio, uno que no bromea a no ser que lo haga por equivocación y si le está yendo la vida en ello.

M asintió al escuchar mi respuesta y se secó las dos lágrimas que acababan de salpicar el cristal de sus gafas, me volvió a mirar con seriedad y me preguntó:

—¿Tú qué harías si descubrieses algo que pudiese cambiar de forma absolutamente radical el mundo en el que vivimos, empezando por tu propia vida? ¿Lo contarías o te lo guardarías para ti? ¿Obrarías en aras a evitar ese gran cambio o tratarías de olvidarlo y obviar que existe y que ha pasado?

Yo dudé un instante, lo cierto es que cada vez me estaba inquietando más.

—No lo sé, M, supongo que depende de las posibles consecuencias que pudiesen tener el revelar o no ese descubrimiento. De lo que implicaría el olvidarlo o no olvidarlo. Haría un balance de la situación, supongo.

—Pues eso mismo es en lo que estoy pensando desde que descubrimos... lo que descubrimos, en sus posibles consecuencias, en si deberíamos decir algo o no, pero sobre todo, en sí yo debería tomar la difícil decisión de...

Yo tragué saliva. M notó mi nerviosismo.

—Eh, ¿quieres saberlo o no? Todavía estás a tiempo. Si quieres podemos olvidar todo este asunto ahora mismo —Aunque M tratase de aparentar temple

y suficiencia, era obvio que no quería olvidarlo, por alguna razón quería contarle a toda costa, lo necesitaba. Necesitaba decirle a alguien lo que había descubierto porque su propia vida estaba en juego. Porque estaba ante las puertas de la decisión más importante de su vida.

Volví a dudar.

—Da igual, olvida lo que te he dicho y sigue con tu vida —dijo M sacudiendo un poco la cabeza—. De todas formas, lo que tenga que pasar, pasará igualmente. No sé en qué estaba pensando al mencionarte todo este asunto... —M se mostró ligeramente decepcionado.

—No, por favor, no te vayas. Quiero saberlo, cuéntamelo, por favor ¿qué habéis descubierto? —dije yo interrumpiéndolo. Supongo que debido a ese afán por conocer algo más que nadie más sabe. Curiosidad natural, tal vez. O tal vez porque me sabía mal darle la espalda a lo que parecía ser la confesión más importante en la vida de una persona.

M cogió aire con pesadez. No volvió a preguntarme si estaba seguro de querer saberlo o no.

—Hemos descubierto algo relacionado con las dimensiones del espacio tiempo que...

—¿Qué?

—Que puede que las cosas no sean como creemos que son —dijo con solemnidad.

—¿A qué te refieres? —Mi corazón golpeaba con fuerza. Esa sensación de «esto es verdad, no es ningún farol, pero no sé si quiero saberlo», me invadió de arriba abajo.

—Me refiero a que estábamos equivocados en lo concerniente a muchas de las leyes que rigen el universo, al funcionamiento del espacio y del tiempo, a quiénes somos nosotros en realidad y qué nos deparará el futuro. Nuestra vida, nuestra especie. Todo. No tenemos ni idea de muchas cosas, cosas que ya han pasado, que están pasando, y que están a punto de pasar.

Yo me quedé pensando un par de segundos en la ambigüedad de sus palabras.

—Y concretamente, ¿en qué va a afectar eso a mi vida?

M dejó escapar una sonrisa un poco sobrada.

—En todo.

Yo también sonreí. No sé de qué iba todo aquello, la verdad, pero

empecé a pensar que se estaba quedando conmigo. O mejor dicho, quise pensar que se estaba quedando conmigo. Probablemente para rebajar un poco la tensión que me estaba invadiendo por dentro. Lo que yo llamo pensamientos válvula de escape.

—Bien, M, tal vez si me dices exactamente qué es lo que habéis descubierto, pueda saber por dónde vas.

Él asintió. Se acercó un poco más a mí.

—Más que lo que hemos descubierto, yo diría, lo que hemos encontrado. Ven, acércate un poco más, esto tengo que decírtelo al oído por razones de seguridad.

Yo hice caso a sus indicaciones y M pegó su boca a mi oreja.

Y lo que me contó a continuación, lo que me contó en ese momento y en la siguiente media hora, es algo que no solo no olvidaré jamás, sino que, además de cambiarme a mí en ese mismo momento, tal y como él dijo, ya está empezando a cambiar el mundo a nuestro alrededor. O al menos eso creo. Son cosas pequeñas. Cosas sutiles. Pero ya están empezando a pasar, solo es cuestión de estar más atento, y saber dónde mirar.

Como ya os podéis imaginar, no puedo revelar ni el nombre real de M ni algunos de los detalles de esta historia, pero a lo mejor, sí puedo decir qué es eso que descubrieron. A lo largo de todas estas páginas, de estas tres fascinantes historias que leeréis a continuación, es posible que os hagáis una idea de la trascendencia que podría llegar a tener dicho hallazgo en un futuro muy muy cercano y en qué consiste exactamente.

A pesar de que mis historias son ficción, como decía al principio, la historia de la que nace mi inspiración es totalmente verídica. Podéis elegir creerme o no, pero es la verdad. Sí, ya sé que estaréis pensando que no os he revelado los detalles de lo que M me contó, qué es eso que M encontró, pero tened paciencia, eso llegará cuando tenga que llegar. Primero me gustaría que os dejaseis llevar y llegaseis hasta el final del libro. Soñando con estas historias que si bien son ficción, todas ellas tienen una base real construida de forma meticulosa y milimétrica para dejar volar nuestra imaginación sin desdecir el conocimiento que ahora tenemos del mundo, de cómo funcionan las cosas. Digamos que todo lo que vais a leer a partir de ahora es física y matemáticamente posible, al menos actualmente. Y al final, si no pasa nada, es posible que os cuente los detalles de ese hallazgo que encontró M. Y os puedo asegurar que lo que os revelaré, igual que me pasó a mí, puede que sea lo más

fascinante que hayáis oído nunca. Y que, además, puede que ponga toda vuestra vida patas arriba, igual que ha puesto la mía.

Solo añadiré que no he vuelto a ver a M desde ese día. Tampoco sé si está bien o no. Aunque me lo puedo imaginar. Simplemente es imposible comunicarse con él y probablemente no merezca la pena volver a intentarlo. Pero lo que sí sé, y esto es algo de lo que podéis estar bien seguros, es que algunos de esos cambios relacionados con «el hallazgo», con lo que descubrieron, ya se están produciendo.

A partir de ahora, sentaos, coged aire, y disfrutad de la magia de esas historias con un desarrollo frenético y un final sorprendente, uno de esos que no esperas.

¿Acaso no es esa la verdadera esencia de la vida?

VOLVER

«El tiempo no es sino la distancia entre nuestros recuerdos».

Henri-Frédéric Amiel

1

Cuando Harald Kaufman despertó la mañana del 14 de mayo de 1965, no tenía ni idea de que su vida cambiaría para siempre en cuestión horas. Claro que, hay quien dirá que los grandes acontecimientos se presentan siempre sin avisar.

The Beach Boys calentaba el Billboard Hot 100 y su *California Girls* alcanzaba el tercer puesto, Sonny y Cher rompían todos los récords de ventas con el sencillo *I Got You Baby*, y Petula Clark bendecía la vida en la ciudad con *Downtown*. Era el año de la música, de las canciones inolvidables de los Beatles y de los Rolling Stone, la vaselina en el pelo, la carrera espacial entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y las grandes esperanzas depositadas en un futuro próspero y lleno de maravillosas promesas. El estado del bienestar estaba cerca de ser una realidad. Muy cerca, de hecho. Pero lo que de verdad le preocupaba a Harald, a sus diecisiete años, era otra cosa. La música que no dejaba de sonar en su cabeza era la que le repetía día y noche que había llegado el momento de la verdad, había llegado el momento del baile de graduación. Ese que de un modo u otro, la juventud entera de su época tenía marcado con un gran punto rojo en el calendario.

Prom night.

Esa fue una de las pocas cosas que en el año 1965 cobró verdadero interés en la mente de Harald. Como en la de casi todos los chicos y chicas de su edad. Aunque en el caso concreto de Harald, el interés estuvo marcado más bien por una preocupación que por una verdadera ilusión. Lo que de verdad pasaba por su cabeza era, ¿quiero o no quiero ir al baile de graduación? Al no poder obtener una respuesta certera a esa pregunta, la cambió por otra que a él siempre le pareció bastante más sencilla, ¿debería ir?

¿Debería?

En el Mariemont High School de Cincinnati se celebraba una de las noches de fin de promoción más espectaculares de todo el estado de Ohio. Era un acontecimiento que todo el mundo esperaba con ilusión y expectación. No eran pocos los que tenían depositadas grandes esperanzas en aquella noche. Alguien se podría preguntar, ¿esperanzas de qué tipo? Esperanzas de hacer algo grande, esperanzas de dar un salto tan alto como para rozar el cielo con la punta de los dedos. Ser recordado. Hacer aquello que uno siempre deseó y

nunca se atrevió. Se acababa la educación secundaria y se daba inicio a la edad adulta. Tras aquella noche, muchos harían las maletas para acudir a una buena universidad que estaría situada más o menos en la otra punta del país. Otros se alistarían en el ejército porque el «el tío Sam» les había dicho «*I Want You*», y otros decidirían quedarse durante un tiempo tras el mostrador de la tornillería del tío Phil, esperando a ver qué o quién pasaba. Pero de lo que nadie dudaba, era del punto de inflexión que suponía aquella noche, un punto de inflexión que en el caso de Harald, sería algo así como un punto de no retorno.

Lo cierto es que Harald, en lo más profundo de su ser, sabía perfectamente que no tenía ningunas ganas de ir a ese baile. ¿Acaso se estaría preguntando si quería o no quería si la respuesta fuese un «sí»? Desde luego que no. Tenía sus razones. Pero como en muchos otros aspectos de la vida, intuía que aquella era una de esas ocasiones en las que se terminaba haciendo lo que se esperaba que se hiciese, y no lo que se quería hacer realmente. Fatalidad social. Así que la respuesta a la segunda de sus preguntas era tan tajante como la primera, «sí», por supuesto que debería ir. Aquella era una situación parecida a algo así como estar sentado en un vagón de tren cuyo itinerario solo cuenta con una única parada y esa parada es justo ese lugar al que no deseamos ir. La cuestión entonces es, ¿qué demonios hago yo sentado en este maldito tren?

El pantalón del smoking le apretaba demasiado, tanto como para que apenas pudiese respirar. Su perímetro abdominal formaba un pequeño flotador cuando se abrochaba el último botón, más aún cuando se sentaba. La camisa se le abría ligeramente en el pecho y la pajarita le asfixiaba como una soga al cuello. No solo se sentía incómodo, también ridículo. Era cierto que en las últimas semanas se había echado encima unos tres o cuatro kilos, los nervios, pero también era cierto que él no era de trajes, ni de bailes. Y cuando uno no se siente cómodo con el traje que lleva es cuando al menor descuido, se abre alguna que otra costura. Y eso debería valer para casi todo en la vida.

Lo de tener que llevar ese incómodo traje era un inconveniente, un fastidio, tradición, pero había otra razón todavía más importante para que el pequeño de los Kaufman hubiese generado un rechazo que rayaba la obsesión hacia el baile de promoción. El verdadero *leitmotiv* de su aversión era el hecho de que para asistir al baile se necesitaba una pareja. Una pareja de baile, nunca mejor dicho. Y Harald no la tenía, al menos no la que él quería. Desde hacía más de un año se le había metido entre ceja y ceja pedírselo a

Johanna Neuman, el problema era que eso mismo era lo que habían pensado la mayoría de sus compañeros de promoción. Así de original era Harald. Johanna era con diferencia la chica más espectacular de todo el instituto, pero también una de las más serias. Era lo que solía decirse una estirada, aunque por lo visto eso era algo que no desvirtuaba en absoluto su posición en el ranking de las más deseadas del Mariemont. Su increíble popularidad podía con todo, incluso con sus malas contestaciones, sus malas miradas y su indiferencia hacia prácticamente todo ser viviente. El caso era que todo el mundo quería a Johanna porque todo el mundo quería a Johanna, así de sencillo. El ciclo que por alguna extraña razón se perpetúa solo, como la mayoría de ciclos que se dan en la vida. Aunque su mera existencia nos parezca a veces que insulta la inteligencia.

Ante semejante situación, Harald actuó acorde a cómo era él, es decir, como alguien que se ve a sí mismo como un extraño para su época y ve lo «normal» algo «pasado de moda». En el fondo de su ser pensaba que «la cigüeña» lo había soltado en un año diferente al año para el que había sido concebido. Él era la víctima de un desastroso error de cálculo. Le costaba entender gran parte de las costumbres que eran propias de la gente de su edad o de cualquier otra. Él sentía que en realidad pertenecía a otro momento de la historia. Ese era el principal argumento que empleaba para decirse a sí mismo que no había una razón de peso por la que el hombre tenía que ser siempre quien llevase la iniciativa a la hora de emparejarse. Hombres y mujeres por igual, solía decirse. Claro, esperando a que fuese Johanna Neuman quien tomase la iniciativa, con la que, todo hay que decirlo, siempre tuvo una extraña complicidad, se le adelantaron como un par de decenas de veces y, cómo no, Johanna escogió a uno de entre esa variopinta lista de pretendientes. La chica tampoco se quería perder el baile y menos aún asistir sola. Curiosamente escogió a Frank Lavallo, uno de los mejores amigos de Harald.

Dolor interior.

Insondable decepción.

Y ahí la amistad se terminó.

Harald decidió aquel día que lo mejor sería no asistir al baile, a pesar de que eso le supiese tener que soportar las duras críticas de sus padres, Robert y Susan, y de sus hermanos mayores, Tom, Natalie y Kelly. Pensó que podría estar bien pasar aquella tarde noche con otro de sus mejores amigos, Nolan Bushnell, que en ningún momento se había planteado ir al baile porque él sí

tenía claro cuál era su lugar en el mundo y cuáles sus preferencias. Y actuaba acorde a esas certezas. Su padre, Ralph Bushnell, que trabajaba en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y que se pasaba prácticamente todo el año fuera de casa, le acababa de traer para «compensar la ausencia» un prototipo llamado «Brown Box». Era un dispositivo electrónico en el que habían estado trabajando desde hacía cinco años y que servía para jugar a través del televisor. Sonaba interesante, sonaba a ciencia ficción, a ese futuro próspero y lleno de emocionantes aventuras y avances tecnológicos al más puro estilo H.G. Wells. Aquel prototipo, unos años después, sería considerado uno de los precursores de la llamada primera videoconsola de la historia.

Pero, nuevamente, las circunstancias se interpusieron en el camino de las decisiones de Harald.

Esa mañana del 14 de mayo, llamó a su puerta su vecina y amiga desde la infancia, Amy Waters. Y llamó precisamente para pedirle a Harald si sería tan amable de ir al baile de promoción con ella.

Problema.

Ocurrió justo lo que Harald había deseado que ocurriese, pero no de la forma en la que lo había dibujado en su cabeza. Había deseado que fuera Johanna quien se lo pidiese, no Amy. A Amy la había visto crecer, prácticamente se habían criado juntos, y en ningún momento se le pasó por la cabeza que ella y él pudiesen ir juntos al baile. Para él, Amy era alguien muy importante, probablemente la persona no familiar más importante en su vida, pero, por alguna razón, tal vez porque siempre estuvo ahí, siempre la vio como esa persona con la que desearía compartir su vida y formar una familia, pero no ahora, sino de aquí unos años. Ahora lo que él quería era otra cosa. Y eso se llamaba popularidad, y se había reencarnado en Johanna. Ya por aquel entonces, a Harald se le pasó por la cabeza, de forma muy fugaz y apenas consciente, la idea de que el ser humano, por alguna estúpida razón —tal vez esa razón fuese la llamada «estupidez humana»—, siempre terminaba por apartar de sí mismo precisamente a los seres que más quería. Y algún día se diría que esa «estupidez humana» podría incluso no tener límites.

Antes de responder a la propuesta de Amy, Harald pensó en cómo se sentiría ella si rechazaba su petición, pensó en lo que dirían sus padres y en lo que estos les dirían a los padres de ella, y en cómo afectaría eso a la relación vecinal. También pensó qué dirían sus tres hermanos, sobre todo Tom, y eso le llevó a considerar el lugar en el que quedaría su reputación masculina y

también la de la propia Amy en el Mariemont si se corría la voz de que le había dicho que no, y entonces se dijo: «¿Qué demonios, ¿realmente tengo otra opción?»

Dijo «sí» y dejó para otra ocasión lo de pasar la tarde-noche jugando con su amigo Nolan. Y al cuerno con sus últimas posibilidades de ir al baile con Johanna.

—Tranquilo, socio, lo entiendo, otra vez será, ¿vale? —Nolan solía tomarse las cosas así de bien. Siempre fue alguien tremendamente comprensivo para su edad. O al menos, esa fue siempre la imagen que daba.

El baile de promoción se celebraría, como cada año, en el gimnasio del Mariemont High School, que había sido acondicionado para la ocasión para que fuese lo más parecido a una auténtica sala de baile. Tanto las paredes como el techo habían sido decoradas por el grupo de trabajo de Artes Plásticas, grupo del cual formaba parte la propia Amy Waters. Habían hecho un gran trabajo. De parte a parte del techo colgaban diferentes figuras geométricas hechas con papel crepe y papel celofán de colores verde, rojo, amarillo y azul, los colores presentes en el escudo del Mariemont. De las paredes pendían algunas fotografías en blanco y negro extraídas de los anuarios de años anteriores. Alumnos célebres del Mariemont y las parejas escogidas como rey y reina de la noche desde el año cuarenta y ocho, cuando se dio inicio a dicha tradición. Tradición que, para muchos, había pasado a ser el primer gran objetivo de su vida. Uno de esos logros que una vez se alcanzan, uno se pregunta: ¿y ahora qué?

La iluminación también había sido modificada para que fuese más tenue de lo normal, incluso habían tomado prestada una bola de luz psicodélica procedente del Clay's Restaurant a cambio de que le hiciesen algo de publicidad. Clay's Restaurant tenía su propia pista de baile y aspiraba a ser tanto o más mítico que el gran Arnold's Bar & Grill. Pero la cruda realidad era que en aquel momento necesitaban despegar a toda costa o en menos de un mes serían historia. Las deudas apretaban y estaban dispuestos a todo con tal de mantenerse a flote. Muy pronto uno aprende que todo el mundo quiere algo y que mientras exista el ser humano existirá el intercambio, y que ese intercambio no siempre será ni justo ni humanitario. Es otra de esas contradictorias y duras realidades de la vida.

La música correría a cuenta de un par de grupos locales, The Cult of Night y Bad Decisions, que aprovecharían la ocasión para dar a conocer su humilde repertorio entre versión y versión de grupos como The Kinks, The Bee Gees, The Animals, Jefferson Airplane, Grateful Dead, The Hollies, The Zombies o Jethro Tull. El no va más de la época. Rock and roll en estado puro para electrificar cuerpos y almas en una noche mágica.

Las profesoras de Literatura estadounidense del siglo diecinueve, Linda Hayworth, y de Historia moderna, Emma Shue, todavía solteras y sin

compromiso a sus 28 y 33 años, habían preparado algo de beber; limonada fresca, ponche, Advocaat y Snowball, estos dos últimos en su versión sin alcohol. También habían organizado un pequeño grupo de cocina formado por algunos profesores y profesoras y algunas madres, y ese grupo había dado lugar a un sinfín de galletas saladas, galletas de la suerte y magdalenas de chocolate. Linda y Emma habían organizado todo el asunto de la bebida y de la comida para que «los chicos», como ellas se referían al alumnado, no echaran nada en falta. En realidad albergaban la esperanza de que «los chicos» encontraran tan buenas sus bebidas y su refrigerio que no tuvieran que refugiarse en el consumo clandestino de alcohol y de tabaco, algo que «los chicos» habían estado haciendo como quien dice desde que el mundo es mundo. Al final, el consumo de alcohol y de tabaco en los baños, tras las gradas, o incluso en medio de la pista de baile, tendría lugar irremediablemente, como siempre.

Todo estaba preparado para que fuese una noche inolvidable, y para muchos lo sería. Una de esas noches que se recuerdan al menos una o dos veces todos los años con la nostalgia apretando bien fuerte donde más duele, en «aquel inolvidable tiempo pasado que ya no vuelve».

Harald había quedado con Amy en recogerla a las ocho de la tarde, y lo haría con el viejo y renqueante Chevrolet Bel Air de su padre. El único automóvil de la familia, el mismo que el único miembro activo remunerado de la casa había conseguido comprar gracias a su duro trabajo en la mina. A sus turnos dobles o incluso triples en condiciones de total ausencia de luz. Aquella fue otra decisión que no tomó él. Su padre, tal vez debido a las condiciones de soledad en las que solía trabajar, se había convertido en un hombre de pocas palabras, pero cuando decía algo, cuando tomaba una decisión, aunque esa decisión implicase también al resto, nadie en casa se atrevía a contradecirle. Todo lo que salía por su boca cobraba una urgencia fatal. Fue él quien le dijo que si tenía que llevar a una chica a un baile, la tenía que recoger y traer de vuelta a una hora decente, y tenía que hacerlo en coche. Eso era lo que siempre habían hecho los Kaufman, y eso era lo que debía hacerse. Punto.

Antes de entrar en el viejo Bel Air, con el smoking a punto de estallar y la nuca empapada en sudor, su hermano Tom, que estaba reparando su motocicleta Velocette Venom Thruxton en la puerta del garaje, quiso decirle algo. Algo trascendente.

—Harald, ¿tienes un minuto? —Tom llevaba un Lucky colgando del lado izquierdo de su boca. El humo se le metía en los ojos y en la nariz. La ceniza había ido dejando un rastro por su ceñida camiseta blanca, pero parecía no importarle en absoluto.

—Sí, claro.

—¿Te importa pasarme la llave del cinco? —Tom apretaba uno de los tornillos del radiador con una llave de trinquete. Con cada apretón la chimenea que manaba del Lucky parecía avivarse un poco más.

Harald miró a su alrededor y localizó la llave que su hermano acababa de pedirle. Se la pasó y Tom la cogió mientras arrugaba un poco los ojos para que el humo del Lucky no le inundara el lagrimal por completo.

—¿Querías decirme algo, Tom? Tengo un poco de prisa. —Además de la nuca, ahora también sentía cómo las gotas de sudor habían empezado a surcar el largo de su espalda hasta asentarse en la goma de sus calzoncillos.

Tom sujetaba ahora con su mano izquierda una tuerca de grandes dimensiones con una llave Steelson, y con su mano derecha apretaba un tornillo con una llave de vaso de seis caras. Tras tres o cuatro apretones que apenas movieron un par de milímetros el tornillo de seis caras, Tom dejó las dos llaves en el suelo y se limpió las manos en la parte trasera de su pantalón vaquero. Apuró el Lucky dándole una fuerte calada que hasta los pulmones de Harald la sintieron y lo lanzó a un par de metros de distancia. Cayó justo en el centro de la calzada después de rebotar un par de veces. Y entonces sí miró a su hermano pequeño a los ojos.

—Sabes que en un par de días partiré a Vietnam, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Y que puede que pase bastante tiempo hasta que volvamos a vernos, eso también lo sabes, ¿no?

—Sí. —Harald no sabía exactamente qué era lo que su hermano quería decirle, pero vio cómo le temblaban ligeramente los párpados.

—Quería pedirte un favor.

—Claro, dime, qué favor.

—Sabes que Tessa y yo llevamos ya un buen tiempo saliendo y que cuando una relación se alarga más allá de un año, es que la cosa va en serio.

—Eso dicen, sí.

—Bien. Eso dicen y eso es. Antes de nada quisiera confesarte algo que

nadie más sabe, algo que solo Tessa y yo sabemos y que en breves instantes tú también sabrás. Quiero que sepas lo que te voy a contar porque lo que te voy a pedir está relacionado con ese pequeño secreto, un secreto que quiero que te guardes para ti, ¿entiendes? —Harald abrió los ojos y trató de imaginar qué era aquello que su hermano iba a confesarle y, a continuación, aquello que iba a pedirle. Pero no se le ocurrió absolutamente nada—. Le he pedido a Tessa que nos casemos y ha dicho que sí.

Tom dijo aquello como si nada y Harald no supo si darle la enhorabuena, darle un abrazo o echarse a llorar, porque su hermano acababa de darle esa noticia impregnada en un extraño aire trágico. Su rostro permanecía imperturbable.

—Vaya, Tom, eso es fantástico, enhorabuena.

—Será.

—¿Cómo dices?

—Digo que será fantástico cuando vuelva y nos casemos. De momento, solo es una promesa. Se lo he pedido porque la quiero y no me gustaría nada que con la distancia las cosas se enfriasen y apareciese una tercera persona. Ya sabes, esas cosas pasan. Pero ahora está comprometida y de ese modo la cosa cambia. El compromiso es el compromiso.

—¿Y por qué lo de guardarlo en secreto? ¿Qué problema hay en que se sepa que estáis comprometidos?

—Bueno, eso en realidad ha sido decisión mía. No sé si lo sabes pero en Vietman todo se ha vuelto muy feo, y... en fin, no quiero que si a mí me pasase algo, todo el mundo empezase a decir que Tessa se ha quedado algo así como viuda. Lo que quiero es que si a mí me pasa algo, Tessa pueda rehacer su vida sin cargas y que mi recuerdo no vaya mucho más allá de una foto de carnet en lo más profundo del último cajón de la mesilla de noche. ¿Lo entiendes ahora?

A Harald se le hizo un doble nudo en la garganta al pensar que aquella podía ser una de las últimas veces que viese a su hermano, con solo imaginarse que el recuerdo de su hermano pudiese alguna vez convertirse en esa foto con la que tropiezas un día sin querer para volverla a dejar con rapidez en ese oscuro y olvidado lugar. La tristeza lo invadió de golpe.

—¿Crees que te va a pasar algo? Quiero decir, allí solo vas a supervisar que los vietnamitas no se pasen de la raya, ¿verdad? Eso fue lo que dijiste.

Ahora fue Tom el que tardó en responder. Se encendió otro Lucky. Se estaba haciendo tarde.

—Vamos a hacer tareas de vigilancia, control y supervisión, por supuesto. Nada más. Lo más probable es que no llegue ni a empuñar un arma. No te preocupes.

Harald asintió y trató de fingir que se había creído lo que su hermano acababa de decirle.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que yo haga, aparte de guardarte el secreto? —preguntó Harald tratando de olvidar la parte dramática de esa conversación que se estaba tornando un tanto angustiosa.

—Quiero que cuides de ella, Harald, que cuides de mi Tessa. Que la vigiles en la distancia por si se le acerca algún moscardón, tú sabes, y si ese es el caso, que te deshagas de él. Es mi honor lo que está en juego, hermano, el honor de nuestro apellido. Cuando vuelva, quiero formar una familia, eso es lo que más quiero en este mundo, no dedicarme a limpiar mi buen nombre. Lo que te pido es fácil, ¿verdad? ¿Cuento contigo?

Tom endureció el rostro y echó su mandíbula cuadrada hacia delante. Hacía tiempo que no le daba ese pequeño espasmo, herencia del abuelo Louis. Estaría nervioso. Harald no tenía ni idea de cómo cuidar a Tessa ni de cómo mantener a raya los moscardones, pero si su hermano mayor se lo pedía, tenía que hacerlo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Sí, es fácil, y puedes estar tranquilo mientras no estés aquí, Tom, yo cuidaré de que a Tessa no le pase nada.

Tom lo estudió un instante y volvió a echar la mandíbula hacia delante. Luego le tendió la mano. Harald dudó un segundo, aquello acababa de entrar de lleno en el terreno de los caballeros. Aquello era un pacto entre caballeros. Un compromiso. Algo serio.

Tras el apretón de manos, Tom tiró el cigarro y dibujó una suave sonrisa. Acababa de decirle a su hermano algo muy importante para él y eso había hecho que se sintiese algo mejor. Alivio de presión.

—¿Quieres preguntar algo antes de irte? —preguntó Tom con una sonrisa adulta, casi paternal.

—¿Algo? ¿Sobre qué?

—Sobre alguna duda que tengas con cualquier asunto, no sé, soy tu hermano mayor y a lo mejor he pasado por alguna cosa antes que tú. Esta noche es el baile de graduación y por lo que veo, finalmente, has decidido ir, era eso lo que querías, ¿no?

A Harald le cogió por sorpresa la pregunta. ¿Era eso lo que quería? Ya

hacía días que se había respondido a eso mismo. Aunque no tenía la menor idea de si había encontrado la respuesta correcta. Se miró los pies y tardó en responder más de lo que es considerado como normal para una cuestión tan sencilla.

—Sí, era eso lo que quería, supongo, aunque en realidad...

—Amy es una buena chica, no me cabe ninguna duda de que cuidarás bien de ella, Harald, creo que habéis nacido para estar el uno con el otro, solo hace falta veros juntos un instante para saberlo. ¿Has estado alguna vez con una mujer? Me refiero a estar de verdad con una mujer.

Harald volvió a mirarse los pies y reparó en que su hermano había estado llenando el suelo de ceniza, pero había tenido la consideración de tirar las colillas a la calle. Cuidaba de su propiedad a su manera. Lo que consideraba que era suyo. Harald se dijo que no estaría mal empezar a pensar en imitarlo, empezando por cuidar más de sí mismo y de las personas que quería y que a su vez, lo querían a él. Entre ellas Amy Waters.

—No, no he estado de verdad con ninguna mujer... pero no sé si ya sabes que Amy y yo no...

—No sé qué habrás escuchado por ahí, pero a las mujeres hay que tratarlas con respeto, con todo el respeto que seas capaz de reunir. Siempre y en cualquier circunstancia. Ellas necesitan su tiempo, a veces más que nosotros, así que mi consejo es que no la agobies, dale a Amy su espacio y concédele todo el tiempo que necesite, pero sobre todo, sé atento con ella, estate pendiente por si necesita algo o no se siente a gusto en algún momento. Los caballeros miran esas cosas y si es preciso, se adelantan a sus propios errores, el secreto está en pensar más en ella que en ti, de ese modo serás capaz de hacer bien las cosas a la primera y comportarte como es debido, estar a la altura y no arrepentirte de tus actos y decisiones, ¿de acuerdo?

Harald asintió y no se atrevió a decir nada más. Ya eran las ocho y, si no quería dejar de ser un caballero antes siquiera de empezar la noche, tenía que salir ya. Pero, antes de marcharse, y ya que su hermano se había ofrecido momentos antes, sí quiso preguntarle algo, algo muy personal y que le había dejado un regusto amargo.

—Tom.

—Sí, ¿una pregunta?

Harald asintió.

—Lo de alistarte en el ejército y volar a Vietnam...

Todas las facciones del rostro de Tom se afilaron. Chasqueó la lengua y enseñó un poco los dientes antes de empezar a hablar.

—¿Qué ocurre con eso?

—¿Por qué has decidido alistarte en el ejército en un momento como este si lo que realmente quieres es casarte con Tessa y formar una familia?

El afilado rostro de Tom se agrió. Su rictus pasó del enfado al miedo en cuestión de décimas de segundo. Fue extraño. Parecía estar a punto de desmoronarse y caerse de culo sobre el montón de herramientas con las que había estado reparando la Velocette. Volvió a chasquear la lengua, esta vez con un poco más de fuerza.

—Todavía eres muy joven para entenderlo, Harald. Quédate con que es una de esas cosas que se han de hacer aunque no te gusten demasiado, como cuando mamá nos preparaba pescado para cenar y tú te lo comías tapándote la nariz. Esto es lo mismo. Pero ten por seguro que cuando lo haya hecho volveré y me quedaré aquí para siempre, con vosotros. Entonces habré cumplido, ¿te parece bien esa respuesta?

A Harald se le empañaron ligeramente los ojos. No quería que su hermano se fuese a Vietnam. Sabía de sobra que por mucho que dijeran, gran parte de los que se iban ya no volvían. Y no, no le pareció bien esa respuesta. Le pareció lo más estúpido que había oído en años. Pero, ¿acaso no había estado haciendo él más o menos lo mismo durante toda su vida?

Tom le dio un abrazo a su hermano y le recordó lo de cuidar bien tanto de Amy como de Tessa mientras él estuviese ausente. Después de eso espoleó a Harald para que no llegase tarde a esa importante cita, y eso fue exactamente lo que hizo el pequeño de los Kaufman.

De camino a la casa de esa chica que había visto crecer desde niña y que prácticamente la consideraba una hermana, pensó en si aquello podría compararse con lo que estaba a punto de hacer su hermano en su viaje a Vietnam. Una de esas cosas que se han de hacer aunque no nos gusten demasiado.

El camino hasta el Mariemont High School fue incómodo. Amy se había puesto un vestido amarillo estampado con las pequeñas florecillas blancas que da el almendro. Le llegaba justo por debajo de las rodillas y curiosamente hacía juego con la tapicería del Chevrolet. Estaba guapa y sonreía de un modo que a Harald no le gustó nada. Y olía rematadamente bien. Aquella no era la Amy con la que había crecido. No decía las mismas cosas ni reía de la misma manera. Ni tan siquiera reaccionaba como lo había hecho hasta ese día. Parecía como si en algún momento durante las últimas veinticuatro horas se hubiese roto el cascarón donde hasta ese día había estado viviendo la verdadera Amy. Harald pensaría bastante tiempo después que ese cascarón era lo que muchos llaman adolescencia. La edad de la inocencia. Y la chica que él conocía no era más que el envoltorio de la mujer que acabaría siendo.

Al entrar en el gimnasio del Mariemont, Amy lo cogió de la mano y él sintió cómo empezaba a sudar aún más. No sintió esa electricidad que muchos describen, más bien sintió una especie de sacudida. Después de eso, un pequeño escalofrío danzó por toda su espalda haciendo zigzag, empezando en la parte baja y llegando hasta el cuello, momento en el que lo azotó un pequeño mareo. Acababan de cruzar el umbral de una noche que no olvidarían jamás.

Gracias a los tragos de whisky escocés que le proporcionó Rick Simmons en los baños, uno de los que iba para estrella de fútbol americano y que algunos años más tarde terminaría siéndolo, Harald consiguió entonarse lo suficiente como para olvidarse un poco de las obligaciones y de esas cosas que «se han de hacer». Y entonces fue cuando empezó a pasárselo bien. Matt Stone, alguien que algunos años más tarde perdería la vida precisamente en la selva de Vietnam pero que por aquel entonces se autoproclamaba un abanderado de la paz y del amor libre, le invitó a un par de cigarros «traídos directamente desde Francia» que le dieron ese punto de mareo que le hicieron flotar durante unos cuantos minutos. Flotar y verlo todo desde otro prisma. El prisma de la felicidad.

La noche mejoraba y Bad Decisions había empezado a versionar a Eddie Cochran y sus *Summertime Blues*, *C'mon Everybody* o *Twenty Flight Rock*. Todos se fueron arriba. La pista de baile se había convertido en un ir y venir

de besos apasionados, risas, vasos por el suelo, resbalones, vítores y promesas de todo tipo. Incluso tuvieron lugar pequeños empujones y alguna que otra jarana sin importancia. «Cosas de chicos». Linda Hayworth y Emma Shue pasaron de ir tras la pista del olor a tabaco y alcohol a ir tras ese hálito de vida que parecía vibrar en el aire y estar llenándolo todo de «hoy es el día». «Ese día». Se soltaron un poco la melena y se dejaron arrastrar por las insistentes invitaciones de baile de Josh Milgram y Stuart Redgrave. Los profesores de Educación Física y Matemáticas. Puede que aquella noche, alguien encontrase en esa persona que no imaginaba la pareja que había estado esperando. Puede. Y a lo mejor pensaron que justo cuando uno se abre al mundo es cuando el mundo le enseña todo lo que tiene que ofrecer. La vida entera.

Harald empezó a sentir que aquella noche, de algún modo, estaba siendo la mejor noche de su vida. Bailó varias veces con Amy y rieron juntos otras tantas, sobre todo cuando se olvidó de que aquella noche habían ido allí como pareja. Él quiso pensar que «el cascarón» todavía estaba intacto y que esa chica con la que reía y se divertía como nunca era la misma de siempre y no la mujer que algún día sería. Esa fantástica mujer en la que, sin ser aun consciente, ya se había convertido.

Pero todo se empezó a torcer cuando, sin saber muy bien por qué, a Harald le dio por fijarse en qué estaban haciendo y cómo se lo estaban pasando Johanna Neuman y su (ex) amigo Frank Lavallo. Fue algo instintivo, como un resorte. Algo que procedía de su interior. Y lo que vio no le gustó nada. Algo empezó a arder en algún lugar de su caja torácica. De nuevo ese dolor interior. Hacía un rato que The Cult of Night había empezado con las baladas. *Stand by me*, *Will you love me tomorrow* o *The sound of silence* fueron una buena muestra de ello. Y lo cierto es que sabían cómo tocar esas obras maestras. Envolvían y hacían sentir. Y las parejas se abrazaban y se fundían entregándose al genuino amor juvenil. Apenas un par de años más tarde, ese grupo se desarticularía por completo tras una fuerte discusión a causa de una infidelidad. Pero uno de sus miembros aprovecharía la fuerza con la que cada uno de ellos salió impelido de la ruptura para montárselo por su cuenta. Fue uno de los cofundadores de un grupo que a mediados de los años ochenta haría tanto ruido como para ser conocidos en todo el mundo. Y ese grupo se conocería como The Cult.

Aquel era el momento de bailar pegados y de decirse cosas bonitas al oído. Ese momento que muchos y muchas habían estado esperando durante

toda la noche o incluso durante todo el año. Y ese fue el momento en el que Frank Lavallo decidió que había que pasar al ataque. Meter una marcha más, como solían decir los chicos de su edad. Tenía puesta su mano derecha en la cintura de Johanna y su mano izquierda había ido bajando poco a poco hasta situarse justo en su cadera derecha. Una mano que fue dejándose llevar una y otra vez hacia el deseado culo de la señorita Neuman, que no paraba de apartarla cada vez con más fuerza y con gestos de verdadera incomodidad. Harald, que estaba observando todo el asunto desde la otra punta de la pista de baile y que también bailaba pegado a Amy, empezó a ponerse notablemente nervioso. El ardor interior había ido en aumento. Quemaba. Las palabras de su hermano Tom referentes a «respetar a las mujeres», «darles su tiempo» y «ser un caballero», se fueron haciendo presentes cada vez con más fuerza en su cabeza. Retronaban hasta tal punto que en cosa de un par de minutos aquello era lo único que escuchaba y las malas formas de Frank lo único que veía.

Lo que se había ido torciendo durante los últimos minutos, estaba a punto de romperse definitivamente.

Justo cuando más pegado a él tenía a Amy, que parecía estar a punto de decirle algo muy, muy importante, salió con la fuerza de un proyectil hacia Frank Lavallo. Eso hizo que Amy perdiese su principal punto de apoyo y que resbalase con los restos de una copa de Advocaat. Cayó al suelo de culo con estruendo y cierto toque cómico, pero Harald no fue consciente de ello porque en aquellos momentos solo tenía ojos para los gestos de molestia de Johanna.

Sin mediar ni una sola palabra, Harald se dejó llevar por una ira que no sabía que guardaba en su interior y tumbó a Frank de un solo golpe. Le partió la nariz y la sangre salpicó tanto a Johanna como a Emma Shue, que bailaba bien arrimada a Stuart Redgrave. Como no podía ser de otra manera, en cuanto Frank supo dónde estaba y lo que había pasado, se levantó hecho una verdadera furia y se lanzó contra el cuerpo de Harald, que a pesar de sacarle una cabeza no pudo hacer otra cosa que irse al suelo. Todo se volvió tremendamente feo a partir de ese momento.

Empujones. Más gente por el suelo. Golpes involuntarios. Gritos. Gente entrometiéndose. Insultos. Escupitajos. Y amenazas de todo tipo. Jarana.

Amy, con lágrimas en los ojos, se acercó hasta donde estaba teniendo lugar la monumental reyerta con la intención de calmar a Harald. No tenía ni idea de lo que había ocurrido ni por qué, solo que el chico con el que había ido al baile, «su chico», estaba siendo agredido. Pero de nuevo, sin ser

consciente, Harald le dio un manotazo involuntario cuando trataba de cargar el brazo para volver a golpear a Frank. El manotazo le dejó a Amy la cara completamente roja y la mandó directamente al suelo. Pero en ese momento, Harald tampoco fue consciente de lo que acababa de hacer.

El director del centro, Colm Nash, no tardó en llamar a la policía viendo que el asunto se les estaba yendo de las manos. Que ya se les había ido de las manos. Y en cuanto la policía llegó, silbato en boca y porra en mano, todos los que tenían algo que esconder empezaron a correr de un lado a otro buscando una salida. Una escapatoria. No querían por nada del mundo que un estúpido deslíz les agriara una noche mágica. Johanna, que había permanecido a un lado durante toda la reyerta, le tendió una mano a Harald y le dijo que huyera con ella, que conocía un atajo para salir de allí en menos de lo que duraba un relámpago. Harald, antes siquiera de pararse a pensar, de pensar en que Amy todavía estaba tirada en el suelo llevándose una mano a la cara mientras piernas y más piernas danzaban alrededor de ella buscando una salida, no dudó en aceptar. Y salieron de allí tan rápido que cuando llegaron a la calle todavía tardó unos cuantos segundos en preguntarse: «¿Qué ha ocurrido, cómo he llegado hasta aquí?».

Pero en cuanto Johanna le estampó un beso con sus carnosos y untuosos labios, todas esas preguntas dejaron de tener el menor sentido y todas las obligaciones se desintegraron en algún lugar de su consciencia.

Pocas más cosas recordaría de esa noche, solo que hubieron muchos más besos, que «cambiaría un par de veces de marcha», y que antes de irse a dormir, se sentiría muy, muy mareado, tanto como para que todo a su alrededor empezase a dar vueltas a un ritmo tan vertiginoso que solo pudo cerrar los ojos, sentarse a duras penas sobre el colchón de la cama y dejarse llevar.

Y aquello fue lo último que recuerda de esa extraña noche.

Harald despertó con un terrible dolor aporreando el interior de su cabeza. Un dolor un tanto menos intenso que el que llevó a Kurt Vonnegut a escribir *Matadero Cinco*, pero muy molesto al fin y al cabo. Se dijo que si aquello era lo que llamaban «levantarse con resaca», entonces no volvería beber nunca más.

Al tratar de levantarse de la cama sintió un mareo tan intenso que tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas al colchón para no irse al suelo. Se vio como subido en aquella atracción de feria que simulaba la cubierta de un barco. Todo daba vueltas a su alrededor y por su tubo digestivo empezó a subir un globo de angustia que, al llegar a su boca, le provocó una desagradable arcada. Cerró los ojos, respiró profundamente un par de veces y trató de serenarse. El globo de angustia pareció desinflarse un poco, pero un ardor estomacal como nunca antes había sentido empezó a bullir en el interior de sus tripas. Sensación arenosa en la boca. Tierra en los ojos. Sudor. Incluso le pareció sentir cómo su bilis borboteaba en el interior de sus intestinos como si allí dentro se estuviese cocinando algo malo, algo muy malo. A su derecha, sobre una pila de libros de bolsillo de los cuales no atinó a reconocer ni tan siquiera uno, había un cenicero a rebosar de colillas de Lucky que lo estaba impregnando todo de su nauseabundo olor. ¿Acaso había pasado allí su hermano las últimas horas encendiéndose un cigarro tras otro? Quién sabe. A lo mejor... Se había hablado mucho del estado psicológico de los que regresaban del campo de batalla, pero, ¿y qué ocurría en el cerebro de los que estaban a punto de partir? ¿Todo bien por ahí arriba?

Antes de ponerse en pie, se dio un par de golpecitos en la frente con la palma de la mano, más que nada para centrarse un poco, demasiado confuso todo, y casi como si acabase de desatascar ese desagüe embozado del váter, le llegaron a la cabeza un montón de flashes del día anterior. Una ráfaga de fotogramas a cada cual más lúcido y desagradable. En uno de ellos veía a su padre apuntándolo con un rugoso e imponente dedo mientras le decía que tendría que llevar y recoger a la mujer con la que iba a ir al baile de graduación a lomos del viejo Bel Air, porque aquello era lo que hacían los Kaufman y también porque era lo que debía hacerse. Acto seguido, recordó que salió de la fiesta cogido de la suave y cálida mano de Johanna, pero no

recordaba nada de haber vuelto a casa subido en el Bel Air ni mucho menos haberlo hecho con Amy. Maldición. ¿Dónde estaría ahora el Chevrolet de su padre y cómo volvió Amy a su casa? El sentimiento de miedo y culpa le asestó un golpe tan fuerte en la sien que incluso tuvo que llevarse las manos a ambos lados de la frente para comprobar que nada ni nadie había atravesado su cabeza de parte a parte con un clavo.

No tenía ningún clavo en la frente, pero en lugar de eso sí que notó que... ¿tenía menos pelo? Las entradas parecían llegarle hasta casi la mitad de la cabeza.

Parecían. De momento solo eso. Tendría que mirarse al espejo del baño para comprobar qué tipo de broma era aquella.

Se puso en pie decidido a remojarse la cara antes de seguir atormentándose en el interior de ese particular infierno llamado resaca, pero en cuanto irguió su postura, sintió cómo le crujían las rodillas. Sobre todo la derecha. Le recordó al ruido que le hacían las piernas al abuelo Corn cuando le diagnosticaron artritis generalizada. El abuelo Corn vivió noventa y siete años, pero se pasó los últimos treinta postrado en una silla de ruedas. Lo del diagnóstico de la artritis fue unos años antes del asentamiento definitivo. Harald se preguntó de nuevo cómo demonios podía ser que se encontrase tan mal con solo unos cuantos tragos de alcohol barato y los dos cigarrillos traídos directamente desde Francia que le dio Matt Stone.

Antes de salir en busca del cuarto de baño, empezó a ver con claridad otro de esos fotogramas del día anterior; la conversación con su hermano Tom y sus consejos sobre cómo debía comportarse con las mujeres, especialmente con Amy. Aquello de la caballerosidad. También recordó la promesa que le hizo en lo referente a cuidar de Tessa, su prometida.

Sin tiempo para nada más, salió de la habitación, pero... el cuarto de baño no estaba donde se suponía que tenía que estar. La primera puerta a la derecha solo contenía un montón de trastos viejos que no recordaba haber visto nunca. Eso le hizo ser consciente, por primera vez desde que se había despertado, de que todo a su alrededor parecía distinto a cómo debería ser, de hecho, todo a su alrededor era en realidad diferente a lo habitual. Un extraño miedo a no saber qué estaba pasando empezó a invadirlo por dentro. Angustia. ¿Se estaba volviendo loco o qué? Se frotó los ojos para orientarse mejor y de pronto, pensó que, tal vez, lo que había ocurrido era que había acabado durmiendo en casa de Johanna Neuman. Por eso no reconocía la casa en la que

estaba. La misma Johanna a la que había rescatado de las garras de su (ex) amigo Frank Lavallo y con la que había huido en tiempo récord de las terribles redes del cuerpo de policía de Cincinnati. Ese pensamiento le arrancó una sonrisa estúpida, llena de un vergonzoso ego. Vergonzoso pero lleno de una insana satisfacción.

Siguió por el pasillo abriendo puertas en busca de la pila bautismal con una infantil sonrisa de oreja a oreja. La angustia, la resaca y hasta los crujidos articulares parecían estar menguando. Tras dos nuevos intentos sin éxito, al tercero encontró su premio. El ansiado cuarto de baño. Se amorró directamente a la pila, sin tiempo para reparar en lo desastroso que estaba todo a su alrededor. Olor a humedad. A cañerías podridas. Ropa sucia por el suelo y la tapa del váter, cómo no, levantada y llena de salpicaduras. Por el contrario, sí reparó, cuando formó un cazo con ambas manos para llenarlas de agua y mojarse la cara en que las tenía repletas de feas y preocupantes ampollas. Lo primero que pensó fue en una reacción alérgica al tabaco o al alcohol. Obvio. ¿Qué otra cosa podía ser? Claro, no se le pasó por la cabeza que a lo mejor se había pasado gran parte de la noche anterior enterrando cadáveres. ¿Por qué no? Apenas recordaba nada tras los besos con Johanna, ni tan siquiera haberse ido a dormir a una casa extraña.

Pero en cuanto se hubo lavado la cara y se miró al espejo para comprobar cuál era el aspecto de alguien que acababa de pasar la noche con la chica más popular del instituto, su sangre se detuvo por completo. Parálisis total. La imagen que vio reflejada en el sucio espejo que ya empezaba a verdear no fue ni por asomo la que esperaba.

Fue tal el horror que sintió que no fue capaz ni de gritar, aunque esa era la única forma de expresión que su cuerpo le exigía para sacar afuera lo que acababa de experimentar. No pudo activar los músculos de la laringe, sin embargo, las lágrimas sí empezaron a brotar por sus arrugados y caídos párpados. Lágrimas de desesperación.

Lo de que las entradas de su pelo habían crecido considerablemente era cierto. Había perdido casi la mitad de su frondosa mata y la frente le llegaba hasta casi el centro de su cabeza. Parecía una pista de aterrizaje con poco uso. Pero aquello no fue lo peor que vio. La piel de su cara estaba ligeramente descolgada, como si acabasen de deshincharlo absorbiendo la grasa subcutánea y sus facciones hubiesen perdido su habitual tersura. Eso se traduciría en un montón más de arrugas mal dibujadas. Además, su piel también se veía mucho más porosa de lo que ya era y con un color más apagado. Su

característico tono sonrosado había dejado paso a un preocupante tono gris ceniza. También tenía una cicatriz mal curada justo en el centro de su ceja derecha que hacía que esa fina tira de pelo fuese ahora discontinua. Abrió la boca y, a pesar de tener todos los dientes, vio que los tenía algo más separados y bastante más amarillentos. Como si se acabase de comer un plato de arroz al curry.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Un mal sueño? ¿Algún tipo de enfermedad mental que acababa de emerger?

Era como si de la noche a la mañana acabase de envejecer un montón de años de golpe y ese envejecimiento no hubiese sido demasiado bueno con él. Pero, bueno o malo, ¿podía ser eso posible?

Su corazón empezó a palpar con fuerza. Su respiración, un montón de pitos e improductivos carraspeos. Tiraje intercostal. Se quitó la camiseta que llevaba puesta para comprobar si en otras partes de su cuerpo también se habían producido cambios, una camiseta que no recordaba haber visto nunca y en cuyo centro podía leerse la palabra «Atari», bajo esa palabra había un símbolo con forma de triángulo formado por tres barras. Su tronco tenía al menos el doble de pelo del que recordaba tener, concentrado especialmente a la altura de los hombros y en el pecho. Parecía un licántropo. El pequeño flotador alrededor de su cintura seguía estando ahí, pero al menos observó que había ganado algo de masa muscular en la parte superior del tórax y ese flotador era menos llamativo. Estaba lo que se dice más compensado.

Sin apenas tiempo para pensar ni tratar de asimilar lo que estaba ocurriendo, salió del baño dispuesto a comprobar si había alguien más en la casa, necesitaba algún tipo de respuesta, una explicación. ¿Dónde demonios se habían metido sus padres y sus hermanos? ¿Era esa casa realmente de Johanna? Pero antes de poder hacer un barrido completo por cada uno de los rincones del lugar donde se encontraba, escuchó cómo aporreaban el timbre de la puerta.

Abrió invadido por la incertidumbre y le sorprendió ver a Nolan Bushnell delante de sus ojos. El amigo al que había dejado tirado con su «Brown Box» para ir al baile de graduación con Amy. La chica con la que algún día podría formar una bonita familia pero que, en aquel momento, tan solo se le ocurrió la majadera e infantil idea de dejarla tirada en el suelo a los pies de una estampida humana mientras él escapaba con otra. Muy bien, Harald.

El aspecto de Nolan también era el de una persona unos diez o quince años más vieja que la imagen del chico con tintes antisociales que conocía. Eso lo tranquilizó un poco, al menos no era el único que parecía haber envejecido, pero al mismo tiempo el horror que estaba sintiendo se asentó un poco más en su interior. Se hizo más real. Si no era el único, entonces aquello parecía más serio y complicado todavía.

—¿Qué pasa, socio? Te he traído un café doble, supuse que lo necesitarías... anoche te pasaste un poco empujando el codo... —Nolan hizo ademán de entrar en la pequeña vivienda en la que se encontraba Harald, que no tuvo más remedio que hacerse a un lado y dejarlo pasar. Se fijó en que también llevaba una camiseta con la palabra «Atari», aunque la suya estaba planchada y olía bien.

Siguió con la mirada la figura de Nolan adentrándose en la bruma que había condensada en lo que parecía la sala de estar de la casa. Vio cómo se tomaba la molestia de abrir las persianas y también las ventanas. Ventilación. El aire empezó a correr y los rayos de sol dejaron a la vista la gran cantidad de ácaros que pululaban en el ambiente. Se dejó caer en un sofá y puso sobre la mesa la mochila que llevaba colgada a la espalda. La abrió y sacó una carpeta de la que extrajo un extenso documento grapado por una de sus esquinas.

—Bien, este es el documento de la venta, como te dije, Warner Communications es una empresa seria y cumple con lo que dice. A las ocho en punto de esta mañana tenía a Jennifer Law tocando a mi puerta con el contrato bajo el brazo y esa fabulosa sonrisa suya resplandeciendo como un bonito amanecer. Por cierto, le he pedido disculpas de parte tuya y me ha dicho que no te preocupes, aunque por su cara me parece que lo ha dicho por quedar bien, ya sabes, no estropear el negocio por un par de comentarios

desafortunados.

Harald se sentó con cierto miedo en el sillón que parecía ser la pareja de baile del sofá en el que estaba sentado Nolan. Mismo amarillo mostaza. Al poner los pies en el suelo chafó un par de revistas que parecían estar relacionadas con la ciencia ficción, el más allá y ese tipo de cosas. Todo lo que acababa de decirle su amigo le sonaba a lengua muerta. Se frotó un instante la cara y le dio un buen trago a su vaso de café doble. Se fijó en el extraño logotipo, no lo había nunca y le pareció algo enigmático, el rostro de una mujer sobre un fondo verde. *Starbucks Coffee*. El trago le supo bien. Aunque pensó que aquello no era café café. A continuación empezó a toser de forma compulsiva, incontrolada. Sintió como un molesto picor en el pecho. Una buena cantidad de moco emergió del fondo de sus pulmones. Se lo tragó.

—¿Qué ocurre, socio? ¿Acaso te lo has estado pensando? Sé que esto no es lo que habíamos soñado, pero desde luego es mucho más de lo que en un principio imaginamos, además, tú mismo lo dijiste anoche; el sueño no termina aquí, el sueño continúa, solo que continúa en otra parte.

Harald miró por encima el contrato que Nolan le había puesto delante de los morros. Si lo que le estaba diciendo su amigo le sonaba a lengua muerta, lo que le había dado para que leyese le sonaba a efectos especiales de muy buena calidad. A relato fantástico.

Una empresa llamada Warner Communications ofrecía nada más y nada menos que veintiocho millones de dólares por la venta de la compañía «Atari», de la cual eran copropietarios Nolan Bushnell, en un noventa por cien, y Harald Kaufman, en un diez por cien. Junto al nombre de Nolan Bushnell se desglosaba que el noventa por cien de su parte estaba formado por un setenta por cien de la parte original adquirida por el propio Nolan más un veinte por cien adquirido por él mismo tras la compra de la parte de un tal Ted Dabney en el año 1973.

Harald se quedó admirando aquellas increíbles cifras, y se quedó observando aquella fecha todavía más increíble, 1973. Algo regurgitó en el centro de su panza. Y no fue el café del Starbucks. Lo primero que se preguntó fue, ¿a cuánto asciende el diez por cien de veintiocho millones de dólares? No era un cálculo difícil, pero sí mareante.

—¿Estás aquí, socio? —Nolan le sonrió y Harald se volvió a frotar la cara.

—Sí sí, perdona, Nolan, es solo que... ¿podrías hacerme un resumen de lo

que significa esto, si no es mucho pedir?

Nolan lo miró a los ojos con esa mirada suya de origen hindú, raquítica, y tras estudiarlo durante un par de segundos, rompió a reír agarrándose bien fuerte de su estómago mientras señalaba a Harald con un dedo, que por alguna razón, quiso seguirle la corriente y también rompió a reír con algo de artificio. Eso le provocó una nueva tanda de tos y moco. Volvió a tragar.

—Bien, socio, sé que la resaca que debes de estar atravesando en estos momentos no debe ser lo mejor que te ha pasado, pero esto de aquí, puede que sí —dijo Nolan apuntando en el espacio que había sobre la línea de puntos bajo las palabras, «Firmado: Harald Kaufman».

Harald cogió el bolígrafo que Nolan le había tendido, también con la palabra «Atari» escrita sobre su lomo, y con un escandaloso temblor de manos estampó una irregular e infantil firma. Bajo ella no pudo evitar leer la fecha que había escrita en el extremo inferior de la hoja, 14 de mayo de 1976.

Nolan se guardó nuevamente el contrato en la carpeta y después se colgó la mochila a la espalda. No pudo quitarse de la cara ni por un segundo esa expresión de suma satisfacción. Harald diría que aquella era la viva imagen del éxtasis.

—Perfecto, Harald. Yo me tengo que marchar ya, en un rato he quedado con Joe Keenan y después nos reuniremos con la Warner —Nolan le tendió la mano y Harald se la dio después de dudar un segundo. No podía quitarse esa fecha de la cabeza. 1976. No podía dejar de pensar que en el fondo aquello debía de ser algún tipo de broma, o una extraña pesadilla. Aunque, aún más en el fondo, sabía que no lo era, que por increíble y extraño que fuese todo, aquello era tan real como un oso polar.

¿Acaso acababa de dar un salto de once años en el tiempo? ¿Era eso lo que había pasado? Se había acostado en 1965 y acababa de despertar en 1976.

Pero lo cierto es que tampoco podía quitarse de la cabeza cuánto era el diez por cien de veintiocho millones de dólares y que ese montante fuese a ir a parar directamente a su cuenta bancaria. ¿Qué demonios era «Atari» y cómo podía valer semejante cifra? Fuese cual fuese la respuesta a esa pregunta y a todas las demás, por alguna vergonzosa razón eludió hacer comentario alguno acerca de cómo había llegado él hasta el año 1976 y a ser parte del diez por cien de esa súper empresa, no fuera el caso que Nolan decidiera de algún modo dejarlo fuera de aquel succulento negocio. Aun así, pensó que de forma indirecta podía echarle un cable con su anterior vida, la que él recordaba y

que de una forma u otra todavía debía estar por ahí. ¿O no?

—Eh, Nolan, ¿podrías hacerme un favor? —preguntó Harald antes de que su amigo, aquel esmirriado chico que quería jugar con el televisor, atravesase el umbral de la puerta.

—Claro, socio, dime.

—¿Podrías acercarme a casa de mis padres?

Nolan hizo una pequeña pausa, arrugó un poco sus finas cejas y después asintió mirando al suelo.

—Claro, socio, vamos, tengo el coche ahí mismo. Pero ya sabes, ni se te ocurra fumar dentro que ya sabes lo mucho que me molesta.

Ahora fue Harald el que arrugó la frente, ¿por qué iba él a fumar en el interior del coche de Nolan? Él tan solo se había fumado los dos cigarros que le había dado Matt Stone y alguno que otro más. Pero fumador fumador, no era. A no ser que en el año 1976... Nuevamente, decidió no hacer comentario alguno y recordó esa espantosa tos que ya lo había asaltado dos veces esa mañana, y también el cenicero a rebosar de colillas junto al que se había levantado.

6

Nolan lo dejó en la dirección en la que Harald había vivido toda su vida y antes de volver a arrancar su bonito Ford Mustang ultramoderno, quiso decirle algo.

—Eh, socio, espera.

—¿Qué ocurre?

Nolan hizo una meditada pausa.

—¿Estás bien?

Harald se quedó pensando un instante en qué había querido decir exactamente con esa pregunta, porque el rostro de Nolan era puro drama y el tono el de una marcha fúnebre.

—Bueno, he tenido días mejores, ¿por qué lo preguntas?

—No te lo tomes a mal, socio, pero anoche te pillaste una buena cogorza, nunca te había visto beber así ni comportarte como te comportaste, ya me entiendes, sobre todo con Jennifer y con alguna que otra mujer de la fiesta, y había pensado que a lo mejor... no te lo tomes a mal, socio, pero había pensado que esa forma de comportarse puede que tuviese algo que ver con... ya sabes... nadie bebe así a no ser que haya algo que lo perturbe profundamente...

—¿Que tuviese que ver con qué? ¿Qué es eso que me tendría que perturbar? —Los ojos de Harald se abrieron de par en par. ¿Cómo se había comportado exactamente la noche anterior? ¿Es que en 1976 no era un caballero? En esta ocasión no tosió, pero sí carraspeó como una anciano de ochenta años. Nolan bajó la mirada hasta que se topó con su bragueta.

—Déjalo, no he dicho nada.

—Sí lo has dicho. Acaba la frase, maldita sea, Nolan, ¿qué es eso que piensas que me haya podido perturbar de tal manera? —Fuese lo que fuese lo que tenía que decir, ya había conseguido poner muy nervioso a Harald.

—¿Ves cómo te pones? Por eso no quería decirte nada —Nolan adoptó una postura a la defensiva y se encogió bajo sus esmirriados hombros, la palabra «Atari» de su camiseta se arrugó como un acordeón. Aquello enfadó a Harald todavía más.

—Nolan... suéltalo de una vez o te juro que si no lo haces será cuando me

veas enfadado de verdad...

Nolan negó con la cabeza y cogió algo de aire. Y respondió sin mirar a Harald a la cara.

—Pues que siempre que sale el tema de Amy a relucir, tú pierdes los papeles, socio, y ayer, precisamente, fue cuando te enteraste de que Amy... eso, lo sabes mejor que yo. —Nolan levantó una mirada huidiza, esquivada—. Tienes que superarlo, socio, no puedes pasarte toda la vida así, la perdiste, amigo, y permíteme decirte que fue por tu culpa, así que ahora no te queda otra que dejarla ir de una vez, ¿entiendes? Es lo que toca. Y también porque, de lo contrario, solo acabarás por hacerte más daño a ti y a ella. En fin, solo te lo decía porque quiero que seas feliz, nada más. Porque me preocupo por ti.

Harald se quedó con la boca completamente abierta y no pudo articular palabra alguna.

—Hablamos luego, ¿vale, socio?

Harald asintió y Nolan hizo rugir el Mustang durante los cuatro segundos que tardó en perderse por el horizonte. Aquello que acababa de contarle acerca de Amy lo había dejado tocado. ¿Es que acaso él y Amy habían tenido algún tipo de relación tras haberla dejado súper tirada en el baile de graduación y ahora no se hablaban o algo parecido? De algún modo le inquietó sobre manera ese tema y se quedó pensando en qué sería eso de lo que acababa de enterarse la noche anterior que podía haberlo perturbado tanto. Pero antes de poder elucubrar nada, su madre lo sorprendió desde el porche de su casa. Tenía una mano levantada, saludaba, con la otra se había hecho una visera a la altura de los ojos.

—¿Harald? ¿Eres tú, hijo? ¡Has venido!

—Sí, mamá, soy yo. —Harald levantó la voz casi tanto como acababa de hacerlo su madre. Se acercó hasta ella antes de continuar hablando para todo el vecindario.

El salto de once años le había sentado bastante mal a su madre. Iba totalmente encorvada y eso le había hecho perder unos cuatro o cinco centímetros de altura. Se había cambiado su habitual tinte rubio por uno de color rojo claro. Su cabeza se asemejaba a un algodón de azúcar. También tenía la cara mucho más maquillada de lo que acostumbraba, puede que para intentar cubrir el mar de arrugas que surcaba su cara.

—Pasa, hijo, no te quedes ahí, cuánto tiempo hacía que no venías... —Su madre lo cogió por los mofletes y se los estiró con fuerza, como si fuese uno

de esos bebés de goma. Luego le dio dos besos y lo metió dentro de casa como quien dice a empujones.

Al entrar en casa, «su casa», se sintió algo mejor, mucho mejor de lo que lo había estado desde que había despertado ese día. Había muchas cosas cambiadas; cuadros, objetos de decoración, el color de las paredes y el enmoquetado, pero en esencia seguía siendo su hogar al fin y al cabo. Se fue directo al salón en busca del sofá esquinero donde siempre solían pelearse él y sus dos hermanas por coger el mejor sitio, el sitio que hacía la curva.

El sofá seguía estando donde lo recordaba, aunque se veía bastante más hundido. Se lanzó directo hacia ese pequeño y codiciado rincón y se clavó un par de muelles en la zona lumbar. Aulló de dolor, pero no le importó demasiado, estaba en casa. Cerró los ojos y durante unos cuantos segundos todo volvió a ser como era; su vida, su hogar, sus padres y hermanos, el instituto, Amy...

Pero algo le hizo abrir los ojos de golpe otra vez. De nuevo el recuerdo de su nueva realidad.

Tras aclararse los ojos de ese minúsculo ensueño observó a su madre entrando en la sala de estar con una bandeja con café y pastas. Al incorporarse vio también que acababa de encender lo que parecía ser un... televisor del futuro, concretamente del año setenta y seis. La imagen parpadeó un par de veces antes de ofrecer una imagen en color. Harald alucinó.

—La dejo puesta porque en un rato empieza «Todo en familia» y a continuación «Días felices», y no me gustaría nada perderme el principio, el principio es siempre lo más importante, ¿no lo sabías? ¿Te quedarás a comer, verdad que sí, Harald?

El verdadero cambio de su madre no era en el plano físico, saltaba a la vista que se había convertido en una especie de chiflada, ¿qué demonios le había pasado? ¿Y dónde se había metido el resto de su familia? El globo de angustia y ansiedad volvió a hincharse en el interior de su garganta.

—Sí, mamá, claro que me quedo a comer —Algo en su interior le dijo, ¿por qué no iba a comer en mi propia casa? Pero claro, aquella, por lo visto, hacía ya mucho tiempo que había dejado de ser su casa.

—¿Llegará papá a la hora de comer?

La pregunta cogió desprevenida a Susan, que hizo una pequeña pausa mientras servía el café.

—¿A comer? ¿Tu padre? ¿Es que no recuerdas que aceptó aquel trabajo en la nueva mina de San Francisco? Si te esperas, puede que lo veas de aquí a dos fines de semana, cuando le den los cinco días de permiso del mes, eso si no se los quitan como la última vez, pero hasta entonces me temo que... — Susan acabó de servir el café mientras apretaba los labios. Al parecer, aquella pregunta no le había hecho mucha gracia. Preguntar por el pasado es algo que a mucha gente le molesta, es algo a lo que muchos llaman «remover la mierda». Y de algún modo, Harald pensó que no podía empezar a preguntar así sin más porque tal vez podía encontrarse removiendo un gran pozo de aguas residuales. ¿Podrías resumirme lo que ha ocurrido en estos últimos once años, mamá? Haciendo hincapié a ser posible en lo que he hecho yo durante esos últimos años, ¿te parece bien, mamá? No. Se dijo que no podía preguntar algo así sin que a su madre le diese la cabeza una vuelta completa. Tendría que hacer las preguntas de una forma más sutil y averiguar las cosas por sí mismo, poco a poco, no fuese a ser que se diese un atracón de información y eso le produjese una indigestión.

Le dio un par de sorbos al café y se levantó con disimulo aprovechando que su madre parecía haberse quedado hipnotizada con los colores y sonidos de la televisión. Harald se dijo que, ciertamente, esa caja tenía algo que hipnotizaba. Algo endemoniadamente absorbente.

Recorrió el salón y se detuvo en una de las paredes. Allí había colgadas tres orlas descomunales de al menos un metro de diagonal cada una. En blanco y negro antiguo. Se acercó a la primera y en la parte superior pudo leer «Escuela superior de mecanografía». Harald empezó a recorrer una a una todas las caras de la orla hasta que dio con una que le resultó familiar. Sonrió. Su hermana mayor Natalie. Tenía el pelo recogido hacia atrás sujetado con una cinta de un color claro. Le hizo gracia que Natalie se hubiese decidido por cursar estudios académicos, porque siempre había dicho que ella quería formar una familia y dedicarse a ella, nada más. Tal vez todavía no había podido formar una familia o la experiencia no había salido como ella pensaba. Más tarde lo averiguaría. En la segunda de las orlas leyó en la parte superior «Escuela de Enfermeras de Cincinatti». Sin duda alguna allí debía encontrar a su hermana Kelly, pues ya estaba matriculada cuando él aún estaba en último curso de secundaria. Efectivamente, en la cuarta línea empezando por arriba encontró a su hermana Kelly. Llevaba puesta una especie de toga oscura. Parecía una monja. Su rictus era triste. Taciturno. Harald se llevó una mano por detrás de la nuca de forma inconsciente y cogió aire antes de continuar.

Conocía perfectamente a Kelly «sonrisas» y esa cara no era normal en ella.

Solo quedaba una orla. La última. Harald se dijo que aquella debía ser la suya. Le invadió una extraña emoción que le removió todo el estómago. Se sintió como si estuviese en una de esas atracciones de feria en las que una anciana con colgantes y un turbante en la cabeza nos muestra nuestro futuro a través de una bola de cristal.

En la parte superior de la orla podía leerse «Primera promoción de ingeniería informática». ¿Informática? ¿Qué demonios era eso? ¿Algo relacionado con los sistemas informativos? Su mente empezó con la batería de preguntas mientras sus ojos trataban de localizar su rostro entre la multitud. De izquierda a derecha y de arriba abajo, siguiendo el orden alfabético por el que habían sido colocadas las fotos. Y en la sexta hilera empezando por arriba, se encontró. Harald Kaufman. Tenía buen aspecto en la foto, algo mejor que el que presentaba actualmente. Lucía una media melena con la raya al medio y un intento de barba completa. Su pelo brillaba, no como el de ahora. Volvió a mirar la parte superior de la orla y buscó las fechas en las que dicha promoción había cursado sus estudios. 1966-1971. Universidad de Oregón. Le gustó haberse encontrado y le gustó aún más saber que había completado una carrera universitaria en cinco años. Lo vio como una especie de regalo. Algo que a él no le había supuesto ningún esfuerzo. Ahora solo faltaba saber en qué consistía dicha carrera, aunque algo le decía que si estaba relacionada con la creación de «Atari», esa empresa que estaba a punto de reportarle casi tres millones de dólares, indudablemente no había errado el tiro con esos estudios. Eso le hizo sentir tremendamente bien, porque, tras el disgusto de haberse levantado habiendo perdido once años de su vida, ahora estaba recibiendo alguna que otra buena noticia como compensación. Aunque esa sensación de bienestar y agradecimiento con ese extraño salto temporal desapareció casi de inmediato cuando bajó la vista y sus ojos se detuvieron en el mueble que había justo debajo de las orlas.

Más concretamente con lo que había colocado sobre el mueble. Por alguna razón sus ojos se habían directamente hacia las orlas y no había reparado en lo que había debajo. Era como una especie de santuario, un santuario en honor a su hermano Tom.

Harald se llevó las dos manos a la boca mientras se decía que aquello no podía ser cierto, que se encontraba en un siniestro y atípico sueño que ya estaba durando más de lo normal. No podía ser cierto porque su hermano Tom no podía estar muerto, hacía apenas unas horas que recordaba haber hablado

con él después de que hubiese estado arreglando su Venom. Los saltos temporales no existían, ni de uno ni de cinco ni de once años.

Pero la cruda realidad era que sus ojos no podían apartarse de ese santuario y que su corazón latía cada vez con más fuerza. No recordaba haber sentido nunca tanto dolor interior.

Había una fotografía de Tom en la que se le veía con el uniforme militar completo. Boina incluida. Otra en la que se le veía junto al que debía ser su escuadrón. Otra en la que su cara había sido recortada de una amarilleada edición del New York Times, bajo ella podía leerse: «El soldado de primera clase, Tom Kaufman, caído en combate en misión humanitaria». Había alguna que otra foto más, así como también una medalla de bronce enmarcada y una estatuilla que hacía referencia a no sé qué mención colectiva en la que Tom había sido incluido. Una mención que a Harald le sonó a burdo intento de justificación por parte de su gobierno de la razón de ser de ciertas muertes, algo así como su valía. Se preguntó hasta qué punto alguien podía llegar a mentir por tratar de convencer al resto de la legitimidad de sus decisiones y acciones. Para él, ni una sola de las muertes en guerras tan absurdas como las del Vietnam tenían el menor sentido.

En su cabeza se empezaron a agolpar los sentimientos. Una sensación de ahogo como nunca antes había tenido, empezó a presionar sus pulmones con la fuerza de una prensa neumática que está a punto de convertir un coche en un ladrillo de hierro. En un gesto instintivo, se llevó la mano al bolsillo derecho de su pantalón vaquero y allí encontró un paquete de Lucky Strike. Las manos le temblaban. No podía dejar de mirar aquellas fotos. No podía dejar de mirar a su hermano a los ojos mientras se preguntaba por qué tuvo que marcharse de esa manera, por qué se fue sin despedirse. Se encendió un cigarro como si llevase haciéndolo toda la vida y aspiró con todas sus fuerzas. Eso hizo que se serenara un poco y a su memoria llegó con rapidez la promesa que le hizo a su hermano. La de cuidar de Amy pero sobre todo la de cuidar de Tessa mientras él no estuviese, su prometida.

Ese futuro ya no le agradaba en absoluto. Si no estaba Tom en él era un futuro de mierda.

Apagó el cigarro en el mismo cenicero que estaba utilizando su madre y se enjuagó las lágrimas con disimulo. Todavía no había roto a llorar de verdad, pero no tardaría en hacerlo.

Su madre también tenía los ojos enrojecidos, lo había estado observando

y no había podido evitar que en su interior también se reavivara la llama de ese dolor que nunca se iría.

—¿Quieres ver «Todo en familia», Harald? Está a punto de empezar —A Susan nunca se le dio demasiado bien hablar de las cosas importantes.

Harald aguantó el llanto como pudo y le dijo que no con la cabeza. Miró a su madre a los ojos y, tras observarla de nuevo, ahora con más detenimiento, vio que lo que trataba de ocultar tras esa capa de maquillaje no eran las arrugas, sino el sufrimiento y la desolación que sentía. Su madre no se había convertido en ninguna chiflada, tal y como le había parecido minutos antes, su madre se había convertido en alguien a quien el dolor lleva años atormentando, arrodillándola.

Se lanzó a sus brazos y la abrazó con todas sus fuerzas. Ella le dio unos cuantos golpecitos en la espalda y Harald pudo comprobar que su cuerpo desprendía olor a alcohol.

Le preguntó qué le apetecía para comer, pero Harald le dijo que iba a tener que marcharse, había olvidado que tenía un par de importantes asuntos que resolver.

—Mamá, ¿te acuerdas de Tessa, verdad? La novia de Tom..

Los ojos de Susan se encogieron y formaron dos finas líneas.

—¿Por qué me preguntas por ella, hijo? Claro que me acuerdo.

—¿Sabrías decirme dónde puedo encontrarla?

Susan negó con la cabeza antes de responder.

—No creo que sea una buena idea, hijo...

—Por favor, mamá, necesito hacer una cosa, es algo que le prometí a Tom..

Susan no tuvo más remedio que acabar dándole la dirección de la cafetería donde trabajaba Tessa, no sin antes volver a repetirle que no era buena idea remover el pasado, no después de tantos años. Harald le respondió que no era una cuestión de ser o no una buena idea, era una cuestión de honor, una promesa, y las promesas se cumplían.

Salió de allí después de prometerle a su madre que volvería pronto, muy pronto, y se preguntó por qué diablos aceptaría su padre el trabajo en la mina de San Francisco. ¿Para huir de ese dolor? ¿Tal vez porque fue él quien empujó a Tom a ir a la maldita guerra del Vietnam y no soportaba la culpa? El dolor dejó paso al enfado, a la rabia, y después a la ira. La vida no solo le acababa de arrebatarse once años, sino también un hermano. Y eso ya no tenía

nada de divertido.

Llegó en tiempo récord a Caroline Rest & Bar, donde trabajaba Tessa, y lo hizo con el viejo Chevrolet Bel Air. A Harald le sorprendió que ese cacharro todavía funcionase, pero sobre todo le sorprendió ver cómo la imagen que él tenía en la cabeza y que pertenecía a tan solo unas horas antes, había sido cambiada por otra más o menos igual pero pintada de óxido, erosión y abolladuras. Y mucho olor a tabaco impregnado.

Durante los minutos que tardó en encontrar el bar donde trabajaba Tessa, se dijo que, aparte de los coches, la ropa y el pelo, once años después, el resto seguía siendo todo igual. Lo único que había cambiado era el envoltorio. Eso le hizo pensar en aquello de que la sensación de estar moviéndonos es solo una ilusión, y que la única verdad es que siempre hemos estado en el mismo maldito sitio. Pensamos que avanzamos, pero no lo hacemos, solo damos vueltas sobre nosotros mismos. Esos pensamientos le pusieron la piel de gallina y trató de sacárselos de la cabeza de un plumazo.

No tardó en encontrar a la prometida de su hermano. Para él siempre lo sería. Atendía amablemente a dos tipos que vestían prácticamente igual, camisa a cuadros, chaleco, y gorra con el logotipo de Shell. Barba de un palmo de largo. Es posible que fuesen dos integrantes del movimiento Hippie. Eso le llevó a pensar en los ideales de Taylor y de Ford en cuanto al trabajo racional y en cadena, le llevó a pensar quién habría ganado la batalla, la industria o el ser humano, como también cómo iría la batalla entre Estados Unidos y la Unión Soviética por conquistar el espacio. Las preguntas acerca de esos once años perdidos volvieron con fuerza. Pero ahora lo más importante era la persona que estaba tras la barra. Ya tendría tiempo para ponerse al día.

Tessa estaba más o menos igual que la recordaba, aunque con el pelo ondulado en lugar de liso y esa hechura que adquieren las mujeres cuando alcanzan sus mejores años y el traje de su piel le sienta como un guante. Le sienta bien bien bien. Esa plenitud que irradia calor y vida. Aunque, por otra parte, apreció que había perdido ese brillo en la mirada. Su luz.

Tessa alzó la vista, no siempre entraba alguien al Caroline's con el ímpetu con el que lo había hecho Harald, allí la gente por lo general era más tranquila. Y no tardó ni un segundo en reconocerlo. La expresión de su cara

cambió.

—Harald, cuánto tiempo, ¿qué tal estás? —Tessa observó algo raro en sus ojos y aprovechó que tenía que recoger unos platos de la barra para desviar la mirada.

—Ahí voy, ¿y tú? ¿Estás bien?

Tessa continuó guardando platos y antes de responder, sus ojos se fueron directos hacia el tintineo que acababa de hacer la puerta del Caroline's. No pudo ocultar cierta preocupación que no pasó desapercibida para Harald. En ese momento alguien introducía una moneda en una Jukebox Wurlitzer y empezaban a sonar los primeros acordes de *Daddy Cool*, de Boney M.

—Estoy bien, gracias, ¿café? —Tessa alzó la jarra humeante de metal plateado mientras sujetaba una taza con la otra mano. Harald arrugó el entrecejo y antes de preguntarse qué estaba ocurriendo allí, notó una presencia justo a su izquierda.

Frank Lavallo acababa de sentarse en un taburete a su lado. Su ex amigo, aquel al que le partió la nariz en el baile de graduación, además de «robarle» su pareja aprovechando el caos y el desconcierto del momento. Llevaba una de esas cazadoras de policía que hacían un ruido terrible cada vez que se movía. *Cras-cras*. Y la cazadora llevaba en su hombro derecho el distintivo de «*Deputy Sheriff*». Se la quitó y bajo ella dejó ver el uniforme oficial del cuerpo de policía de Cincinnati. Verde pistacho y corbata negra.

—¿Te está molestando, cariño? —preguntó Frank mirando a Tessa con seriedad.

Tessa negó con cierto miedo.

Harald no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Qué haces aquí, Kaufman? Creo que la última vez te dejé bien claro que no quería problemas, creo que te dejé bien claro que no quería verte más por aquí ni tampoco que te acercaras a mi prometida. ¿Tengo que refrescarte la memoria? ¿Te gustaría que lo hiciese, es eso, te arreglo la otra ceja?

Frank había girado el taburete en el que se encontraba y su cuerpo miraba directamente al de Harald, que continuaba absorto frente a la barra, asimilando datos. El futuro se le estaba atragantando. Se llevó una mano a esa ceja partida y le alegró saber que ya tenía una pieza más del puzzle de los once años perdidos.

—Tessa, ¿se puede saber qué demonios haces con este tío? —dijo Harald irritado.

Tessa dejó la cafetera en la barra y bajó la mirada. Los dos tipos con las camisas a cuadros dejaron sus hamburguesas por un momento y también se giraron en dirección a Harald.

—Eh, repite eso que acabas de decir si eres hombre, repítelo, imbécil — Frank se levantó del taburete y su boca se quedó a escasos centímetros de la oreja de Harald, que permanecía sentado. El taburete en el que estaba sentado cayó al suelo y la Jukebox cambió *Daddy Cool* por la siguiente en la lista, *Hooked on a feeling*, de Blue Swede.

—Frank, por favor, déjalo. —Tessa trató de entrar en contacto con el fornido brazo de su prometido, pero este la apartó con un feo gesto.

—¿Cómo te atreves a venir aquí otra vez a molestarla? No te lo volveré a preguntar ¿Quieres que te refresque la memoria o te vas a largar ya? —Frank se llevó la mano derecha a la empuñadura de la porra. Con su dedo corazón hizo un círculo completo sobre la circunferencia de cuero de su base.

Harald tragó saliva y se giró hacia él. Pudo ver que su nariz estaba ligeramente desviada y que presentaba una pequeña muesca justo en el centro del tabique. Eso le hizo sonreír otra vez. Hacía un ruido raro al respirar, como si al aire le costase entrar. Lo miró de arriba abajo y pensó cómo alguien podía haber nombrado «ayudante del sheriff» a un neandertal como Frank. Prefirió no decirle nada, no contestarle. La indiferencia a menudo es la peor ofensa. Sobre todo si va dirigida hacia alguien que se cree con el derecho a que todos le presten atención. Un derecho que en ocasiones está cogido de la mano de una desmedida autoridad que alguien le ha otorgado.

—Tessa, ¿en serio has decidido cambiar a mi hermano Tom por alguien como este? Por dios, estabais prometidos, ¿no lo recuerdas?

Tessa abrió mucho los ojos al escuchar eso. Frank los abrió aún más. Y Harald recordó aquello de «es un secreto que quiero que te guardes para ti y que solo sabremos tú, yo y Tessa». Y entonces se dijo que tal vez acababa de cagarla pero bien. Concretamente se acababa de cagar encima de la memoria de su difunto hermano.

—Tessa, mírame a los ojos y dime que eso que acaba de decir Kaufman no es cierto, dime por todos los santos que no estabas prometida con Tom — Los dientes de Frank empezaron a rechinar. El dedo corazón de su mano derecha ya no hacía círculos sobre la porra, ahora se había quedado en una posición fija, temblorosa.

—Será mejor que te marches, Harald —dijo Tessa con los ojos

empaños—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Tu hermano murió hace más de siete años, me parece que ya le guardé luto el tiempo suficiente, ¿no crees?

—Tessa, no era mi intención... —Harald se mostró consternado. Arrepentido. No era su intención que el recuerdo de su hermano le supusiese una carga, tal y como Tom quiso dejar claro.

—¿Entonces por lo que veo es cierto? ¿Estabas prometida con Tom Kaufman y nunca te atreviste a decírmelo? —Frank estaba a punto de estallar.

—Frank, ¿podemos hablarlo en otro momento, en privado? —Tessa estaba a punto de desmoronarse, entre otras cosas porque sabía perfectamente que cuando su prometido estallaba, hacía cosas feas. Como por ejemplo romper cosas. Como por ejemplo soltar sus largos y musculosos brazos y dar tortazos. Como por ejemplo hacerle daño a la gente.

—Lo siento, Tessa, no era mi intención molestarte, yo solo quería saber cómo estabas y decirte que estoy aquí para lo que necesites —Harald estiró la mano para tratar de tocarla, pero ella se apartó con miedo.

—Desde luego que ya hablaremos en casa, zorra —dijo Frank apuntando a Tessa con un dedo. Además de los dientes, también había empezado a temblarle el párpado de su ojo izquierdo—. Y tú, vamos fuera, ahora —dijo mirando a Harald con la respiración cada vez más ruidosa.

Harald miró a Tessa, que tenía la barbilla completamente pegada al pecho, y después miró a su alrededor. Todo el mundo parecía seguir a lo suyo, excepto los dos tipos de las camisas a cuadros, que se habían levantado y flanqueaban a Harald por un lado, parecían estar invitándolo a que obedeciese la orden del ayudante del sheriff. Tal vez no fuesen exactamente dos integrantes del movimiento hippie, se dijo Harald antes de sentir cómo empezaban a empujarlo y a sacarlo de allí como quien dice a patadas.

Tessa no se atrevió a levantar la vista, pero antes de abandonar el Caroline's, Harald pudo ver cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Y eso hizo que su corazón se encogiera.

Una vez en la calle, y antes de tener tiempo para pensar en lo que se le venía encima, recibió el primer golpe de Frank. Como un yunque de acero. Directo a su mandíbula. Se escuchó un *crack*. Los dos tipos con las camisas a cuadros lo levantaron rápidamente cogiéndolo por los hombros. Empezó a sentir el herrumbroso sabor de la sangre inundando su boca.

—¿Qué demonios estás haciendo, Frank? ¿Te has vuelto loco? —Fue lo

único que se le ocurrió decir a Harald viendo la que se le venía encima. Trató de razonar, pero al parecer no fue buena idea. Frank no solo era el ayudante del sheriff, alguien supuestamente intocable, sino también alguien con los brazos tan grandes como una boca de incendios.

Pero Lavallo ya había activado el «modo combate» y su respuesta fueron dos *jabs* que se estrellaron en la nariz y en la boca de Harald, un *crochet* con la derecha que volvió a caer sobre su mandíbula como una maldición, y un gancho con la izquierda que se hundió en su estómago como la bolsa de Nueva York en el 29. Antes de finalizar la combinación, Harald ya estaba arrastrándose por el suelo tratando de orientarse. Sintió como si le hubiese zarandeado un gigante mientras lo pateaba una manada de bisontes. Los de las camisas a cuadros volvieron a levantarlo, aunque en esta ocasión tuvieron que sostenerlo porque él solo parecía no mantenerse en pie. Era como un muñeco de trapo.

Pero antes de que la siguiente combinación del agente Lavallo tuviese lugar, alguien llegó como por arte de magia para evitar que el daño fuese de carácter irreparable.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Frank? ¿Te has vuelto loco? —Las palabras de Amy hicieron que Frank bajara los puños y se serenara un poco. Se ajustó el nudo de la corbata y trató de controlar de nuevo su molesta respiración. Sudaba a mares.

—Ha sido él quien se lo ha buscado, Amy, él ha venido a provocarme y a molestar a Tessa —Frank trató de excusarse dándole un infantil tono a sus palabras.

—Ya es suficiente, Frank, me parece que ya hace bastante rato que has escogido el camino de los puños en lugar del de las palabras. Te aconsejo que te marches ahora mismo si no quieres tener más problemas de los que ya vas a tener —Amy lo desafió con la mirada. Con sus palabras.

Frank fue a decir algo más, pero uno de los tipos con la camisa a cuadros se acercó para decirle algo al oído y eso hizo que se lo pensase mejor. Se dio media vuelta y se marchó resoplando y desafiando a Amy con la mirada. Un «ya nos veremos» que hacía tiempo que parecía estar pendiente.

Harald no empezó a ser del todo consciente de lo que había pasado y de quién lo había rescatado hasta que Amy lo tumbó en el sofá de su casa y le puso unos paños de agua bien fría sobre la frente, la nariz y la mandíbula.

Y entonces fue cuando la miró a los ojos y entendió qué era aquello que

su amigo Nolan había querido decir con lo de que algo relacionado con Amy lo había perturbado. Entendió que entre ellos dos había una de esas relaciones que, de algún modo u otro, condicionan toda tu vida y que por más que lo intentas, no terminas de hacer que funcione como debería. Y sientes que entre tus manos tienes una de esas bellas mariposas a la que jamás podrás acariciarle las alas sin hacerle daño.

—Amy...

—Shhh, será mejor que no hables ahora, tienes un par de buenos golpes en la mandíbula y no estoy segura de si al final habrá que llevarte al hospital para que te hagan una radiografía, ¿cómo se te ocurre provocar otra vez a Frank después de lo que ocurrió la última vez?

Harald todavía veía algo borroso, fruto de la conmoción, pero aún así no tenía ninguna duda en apreciar la belleza de la mujer en la que se había convertido Amy. Y por lo que había podido comprobar en su propia piel, no solo era bella, sino también una mujer con una fuerza tal como para acallar los rugidos del león, en este caso los rugidos de Frank Lavallo.

—¿Nunca te has despertado con la sensación de que el tiempo ha pasado endiabladamente rápido? ¿De que se ha ido sin darte cuenta ni haber sido consciente de que estaba pasando? —Harald quiso compartir con ella algo de su verdadera realidad.

Amy escurría uno de los paños en un barreño para a continuación volverlo a enfriar con el agua con cubitos de hielo que tenía preparada en otro barreño. Sus rostros tan solo estaban separados por unos diez centímetros, distancia que prácticamente obligaba a Harald a bizquear si quería continuar observando bien sus bellos rasgos. Sobre todo sus labios.

—El tiempo no se detiene, Harald, desde luego que no, para nadie. Lo único que ocurre es que cada vez se mueve más rápido, en eso sí estaría de acuerdo. Es como una gran rueda que con los años va cogiendo cada vez más velocidad. Y al final...

Esa última frase le dio a Harald mucho que pensar. ¿Eso es lo que le había pasado a él? ¿Que había cogido mucha velocidad?

—¿Al final, qué?

—Al final se para, Harald, se para y es cuando nos tenemos que bajar de la gran rueda. Si estabas queriendo decir algo así, entonces sí estaría de acuerdo contigo.

A Harald le sorprendió la profundidad de los pensamientos de Amy. Luego recordó el vestido amarillo con el que había ido al baile de promoción y se preguntó si todavía lo tendría.

—Amy, me gustaría decirte algo.

—El qué —Tras haber cambiado los paños de su cara, se había echado un poco hacia atrás y se había encendido un cigarro de liar. Ella antes tampoco fumaba. Harald pensó que le sentaba bien, le pareció sexy. No era lo más sano del mundo, pero sí era sexy.

—Lo siento.

Amy exhaló una calada mirando al techo.

—¿El qué sientes?

—Haberte dejado tirada, ya sabes, haberme ido del baile sin ti y todo eso, no ha estado bien. ¿Me perdonas? —Harald olvidó que aquello de lo que hablaba estaba ya a once años de distancia.

A Amy se le escapó una tierna sonrisa, una de esas que empezaba a ambos lados de su pequeña nariz y que se extendía como una onda expansiva hacia sus ojos y sus labios.

—¿Pero se puede saber qué te has tomado hoy? ¿Cuándo me has dejado tirada, Harald? ¿Qué tengo que perdonarte?

—Ya sabes, lo del baile de graduación y eso...

—¿Lo del baile de graduación? —Amy arrugó el entrecejo mientras le daba una fuerte calada al cigarro.

—Sí, ya sabes... siento mucho haberme ido sin ti, no debí dejarte allí sola, tenía que llevarte a casa y en cambio me fui...

—Bien, Harald, de acuerdo, ya está. Además, en realidad tú no tenías por qué llevarme a ningún lado. Ni era tu obligación hacerlo ni mi deber esperar que lo hicieses. Hombres, mujeres, quién y qué ha de hacer cada cual. ¿No te parece que eso ya es algo del pasado? Yo también tengo dos piernas y podía volver andando a casa sola sin ningún problema, que es precisamente lo que hice, nunca he necesitado que un hombre me rescate ni que haga algo que yo misma puedo hacer — Amy hizo una pequeña pausa para coger aire, le dio una calada al cigarro y cabeceó con ternura. No era la primera vez que daba ese discurso, de hecho estaba ya bastante cansada de argumentar lo que para ella resultaba tan obvio—. ¿Y se puede saber a qué viene eso ahora, después de tantos años? —Amy desvió la vista hacia una de las paredes del salón exhalando más humo. Se le escapó una sonrisa llena de orgullo. Harald siguió sus ojos y reparó en los carteles que tenía colgados en esa pared. Todos hacían referencia a una fecha, «mayo del 68», y parecían estar relacionados con algún tipo de movimiento social del cual Harald, indudablemente, no había oído hablar nunca. Sus eslóganes eran del tipo «No a la burocracia», «Universidad

popular», «Engrasa los viejos engranajes», «Trabajadores e inmigrantes, todos unidos», «El estado somos todos» o «La lucha continua». En algunos de ellos, además, aparecían pequeñas ilustraciones del cuerpo de policías en las que se les había representado con la doble ese hitleriana. Aquello debió de ser una especie de lucha del pueblo contra el poder de la que Amy parecía haber formado parte activamente.

—¿Eres una especie de Teresa de Calcuta o algo parecido? No, espera, ¿la versión femenina de Malcom X? —dijo Harald de pronto.

—Qué idiota... —Amy sonrió y descargó algo de tensión.

—En serio, Amy, solo quería disculparme porque sé perfectamente que me equivoqué. No tenía claro si ya te había dicho esto antes, pero me importas, Amy, me importas mucho. Y quería que lo supieses.

Esas palabras hicieron que aquello que Amy iba a decir a continuación se hundiera en algún lugar de su voluntad. Se le empañaron los ojos y apretó un poco los labios.

—¿Nunca cambiarás, verdad, Harald? ¿Sabes lo que quieres realmente o solo quieres lo que los demás tienen y tú no? ¿Dices eso porque acabo de rescatarte de las garras de Frank o lo dices porque estoy a punto de casarme con otra persona?

A Harald se le heló la sangre al escuchar las palabras de Amy. Esa debía ser la noticia que lo había perturbado tanto la noche anterior y la razón por la que trató de olvidarse de todo bebiendo sin ningún control. La cuestión era, ¿por qué le molestaba tanto que Amy estuviese con otra persona y fuese a casarse? ¿Qué era exactamente lo que sentía por ella? Pero no hizo falta pensarlo demasiado porque en ese preciso momento, se empezó a decir que cómo era posible que la hubiese dejado escapar. Ella y él estaban como predestinados, solo que un poquito más hacia delante, no en la época del instituto y el descontrol

—Lo digo porque... me importas mucho, solo eso. Y te puedo asegurar que es algo que nunca cambiará —Harald terminó la frase pasando una mano por el hombro de Amy, un hombro que, estaba parcialmente desnudo y dejaba ver la tira del sujetador. Su piel era excepcionalmente suave y su cuerpo desprendía una fragancia que invitaba a probarla.

Ella sintió un escalofrío y se tapó la cara con las dos manos. Hizo un par de respiraciones profundas y volvió a mirar a Harald, esta vez con cierta tristeza.

—No es una buena idea, Harald, de verdad que no lo es —Apartó esa mano de su hombro y se levantó del sofá —¿Te apetece un café? —Quiso hacer como si nada.

—No —dijo Harald con seriedad mientras se incorporaba y se quitaba los paños fríos de la cara.

—¿Una cerveza tal vez?

—Tampoco —Harald se levantó y, de forma instintiva, se acercó a Amy por detrás y la rodeó con sus brazos. Ella torció un poco el cuello y entreabrió los labios. Soltó un suspiró lleno de sensualidad, una sensualidad cálida, casi dolorosa.

Harald no era muy consciente de lo que estaba haciendo ni por qué lo estaba haciendo, tan solo se estaba dejando llevar. Y eso hizo que sus labios empezaran a recorrer el cuello de Amy, el lado que ella, sin querer, le había dejado despejado. Y supo que lo que estaba haciendo, por primera vez en su vida, era lo que realmente quería.

Los dos entraron en un estado de embriaguez y desenfreno tan ardiente como inesperado. Harald tiró de uno de sus brazos y la puso frente a él. Se miraron durante unas décimas de segundo. Amy se mordió el labio inferior y frunció el ceño. Harald cerró los ojos y la besó con toda su alma, con todo su corazón. Ella deslizó sus dos manos por su pelo y se acercó a él todavía más.

Pero justo cuando Harald ya había empezado a desabotonar la camisa de Amy y ella a quitarle a él su camiseta, empezaron a aporrear la puerta de la casa con estruendo.

Los dos se quedaron paralizados y maldijeron esa inoportuna interrupción.

Harald trató de continuar por donde lo habían dejado pensando que haciendo caso omiso, quienquiera que fuese el de los golpes, se iría, pero los golpes en la puerta volvieron de nuevo. Esta vez más fuertes.

—¡Abran, es la policía! ¡Sabemos que está en casa!

Amy miró a Harald con miedo y él buscó en ella un «qué está pasando aquí», «qué es lo que no me has contado».

Pero justo cuando Harald iba a verbalizar esos pensamientos, Amy, como si le hubiese leído la mente, puso un dedo sobre sus labios y le rogó que no dijese nada moviendo el cuello hacia ambos lados.

Se apresuró hasta la puerta y abrió sin mayor dilación. Parecía que supiera que esa visita podía llegar, que no era ninguna equivocación que la

policía llamase a su puerta. A veces la espera puede ser más o menos duradera, pero cuando algo tiene que llegar, al final siempre llega.

—Amy Waters, ha sido usted acusada de formar parte de las formaciones ilegales «Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres del Infierno» y también de «Mujeres radicales de Nueva York», así como también de haber participado en algunos actos derivados del mayo del 68 francés. Queda usted detenida para prestar declaración y comparecer ante el juez en la vista previa. Tiene derecho a guardar silencio y tiene derecho a un abogado. ¿Tiene algo que decir, señorita Waters?

Amy negó con la cabeza mientras se le saltaban las lágrimas. Recordó lo que su difunta amiga Izzy le dijo en una ocasión: «Es posible que algún día nos metan a todas en la cárcel, cariño, cuando saquen una ley que prohíba lo que estamos haciendo y entonces sea legal cerrarnos la boca. Estamos molestando a mucha gente, cariño, y lo que es peor, estamos molestando a los hombres, pero, qué caray, ¿no crees en que cada una de nuestras minúsculas victorias, de alguna forma que aún no somos capaces de ver, vale la pena? ¿En que cada gota de nuestro sudor es el agua que hará crecer las semillas del mañana? ¿De un mañana mejor? Ya lo creo que sí, maldita sea, ya lo creo». Amy apretó los dientes y cogió fuerza, se llenó de valor y trató de aceptar lo que se le venía encima como esa simiente que haría brotar una vida nueva en un futuro que esperaba no fuese muy lejano.

—Por favor, si es tan amable —dijo uno de los dos policías invitándola a salir de casa en vistas a que no parecía dispuesta a mostrar oposición.

Amy bajó un poco la mirada y torció el cuello hacia el interior de esa casa en la que aguardaba Harald. Su Harald. La invadió la tristeza y salió de allí antes de que las cosas se pusieran peor. Desde luego que había formado parte de dichos grupos de mujeres, como también formaba parte de otros en la actualidad. Pero lo único que había hecho en todos y cada uno de ellos, con mayor o menor vehemencia, había sido luchar por los derechos humanos y especialmente por los derechos de la mujer. Y ahora tocaba pagar las consecuencias.

En cuanto escuchó cómo cerraban la puerta, Harald soltó un suspiro cargado de miedo, alivio y mucha preocupación. No tenía ni idea de en qué lío estaba metida Amy ni cuáles podían ser las consecuencias de esa inoportuna detención, pero esperaba que no fuese nada grave. Por los carteles que había colgados en su salón intuía que Amy se había convertido en una especie de feminista o algo parecido, una defensora de los derechos de las mujeres. Y puede que eso la hubiese llevado a meterse en algún que otro lío. O simplemente haberse metido con quien no debía.

Salió de su casa como quien dice sin hacer ruido y antes de intentar orientarse y de decidir qué hacer a continuación, la casualidad quiso que en su camino se cruzase alguien de su pasado, un pasado tan reciente como la noche de antes.

Johanna Neuman.

Llevaba puestas unas enormes gafas de sol y conducía un descapotable rojo. Paró el coche frente a él y lo miró como esperando algún tipo de reacción por su parte.

Estaba realmente espectacular.

—Hola, Johanna, ¿qué tal estás? —Harald tartamudeó ligeramente.

Johanna se encendió uno de esos cigarros finos y largos y tiró el aire por un lateral de la boca, como si no quisiese ensuciarse del todo los labios.

—¿Te apetece que demos una vuelta? —dijo Johanna mientras desactivaba el moderno cierre centralizado. Al parecer daba por hecho que sí que iban a dar una vuelta—. Vamos, no te quedes ahí parado, en una hora me esperan en el estudio, así que tendrás que ser rápido.

Harald no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Acaso él y Johanna eran algo así como amantes? Algo en su interior le dijo que aquello no estaba bien, que su corazón y su cabeza estaban con Amy, pero otra parte, más irracional y sobre todo mucho más difícil de entender, le hicieron subir a ese coche sin decir nada más.

Se abrochó el cinturón de seguridad, se fijó en las maravillosas vistas que ofrecía la minifalda de Johanna, y antes de pensar nada más, salieron de allí sintiendo cómo el aire los envolvía por completo y lo llenaba todo de ruido y tiempo vacío.

Después estarían bebiendo y riendo hasta perder por completo la noción del tiempo.

Harald se despertó como consecuencia de una enorme arcada que había estado abriéndose camino y haciéndose grande a lo largo y ancho de todo su cuerpo, claro que, no fue consciente de ello hasta que sintió la necesidad de girarse hacia un lado para no tragarse su propio vómito. Charco en el suelo. El mal olor que empezó a emanar parecía haberse sumado a otro mal olor que había de fondo.

Tras el vómito se sintió algo mejor, pero la cabeza le daba vueltas y más vueltas, como el tambor de una lavadora. Apenas podía ver y lo que veía parecía estar en constante movimiento. Abrió y cerró los ojos unas cuantas veces y eso lo estabilizó un poco. Como el que dice; «apágalo y vuelve a encenderlo, y verás como ahora funciona». Y lo cierto es que sí que un funcionó. Lo que antes estaba en movimiento ahora empezó a estar borroso y, poco a poco, como la imagen que se observa a través de la ventana más sucia de un barco pesquero. Algo es algo, se dijo.

Carraspeó tres o cuatro veces y sintió como si sus pulmones estuviesen completamente llenos de tierra. Una tierra contaminada con alquitrán. Quiso arrancar, pero aquello de lo que estaba impregnado el interior de sus pulmones se adhirió con fuerza a la pared de sus bronquios y solo consiguió hacerse daño. Un ataque de tos irritativa que le hizo sentir que sus ojos iban a salir disparados de un momento a otro como si fuesen dos pelotas saltarinas.

Se sentó al borde de la cama y trató de controlar la respiración. Eso le hizo ser consciente del terrible dolor lumbar que tenía. También le dolía el pecho, las costillas, la cara y los brazos. Estaba lo que se dice para el arrastre. Pensó en intentar de nuevo en aquello de «apágalo y vuélvelo a encender, siempre funciona», pero en esta ocasión no le resultó tan sencillo como con el sentido de su vista. El dolor funcionaba, por lo visto, de otra forma. No se le podía engañar con un apágalo y vuélvelo a encender. Así que se puso en pie y, tras controlar un pequeño mareo que por poco lo manda al suelo, fue cuando empezó a ser consciente del lugar en el que se encontraba. Y eso le hizo sentir lo que era el pánico.

Todas las náuseas, el mareo, las arcadas y el dolor corporal, se quedaron momentáneamente en modo pausa.

Frente a él pudo ver los barrotes de lo que parecía ser el interior de una

celda.

Se apresuró hasta esa pared de barras de acero y, tras comprobar que efectivamente estaba dentro y no fuera, empezó a gritar y a zarandear los barrotes con todas sus fuerzas. Tuvo una especie de extraña y terrorífica visión al recordar ese mismo zarandeo de barrotes a manos de unos monos desde el interior de su jaula, imagen que presencié la vez que sus padres lo llevaron a él y a sus hermanos al zoo cuando tan solo eran unos críos. Y se dijo que ahora el mono era él y que entonces el asunto ya no resultaba tan gracioso, ¿a que no? Pero fue una visión tan fugaz que, apenas empezó a escuchar su propia voz, se difuminó.

—¡Dejadme salir! ¡Ayuda, por favor! ¡Socorrooo! ¡Sáquenme de aquí! — gritó como nunca antes lo había hecho. Como nunca pensó que pudiese gritar. ¿Qué tipo de pesadilla era aquella? ¿Se había metido en algún tipo de lío con Johanna la noche anterior?

Dio un par de vueltas sobre sí mismo para tratar de orientarse y lo único que vio fue el minúsculo camastro fabricado en metal sobre el que había estado durmiendo, a sus pies el maloliente y pegajoso vómito, y después una pequeña pila y la taza de un inodoro sin tapa, ambos fabricados también en acero inoxidable. Nada más aparte de humedad y otros restos de fluidos.

De nuevo se encaramó a la pared de barrotes y empezó otra vez con los gritos de socorro y el zarandeo.

—¡Calla de una vez! ¡Maldito chiflado! ¡Aquí hay gente que intenta dormir! ¡Calla de una vez si no quieres que te abra otro agujero en ese asqueroso culo que tienes! —Alguien a escasos metros de Harald empezó a gritar con una voz similar a una trémula y moribunda regurgitación. Era una voz sucia y, al parecer, de alguien sin ningún tipo de escrúpulos. Una de esas voces con personalidad propia.

Tras una breve pausa, Harald se dijo que aquella voz, por temible que pareciese, era mejor a la completa soledad. Tal vez incluso pudiese explicarle algo de por qué se encontraba encerrado y qué lugar era aquel.

—¿Quién eres tú? ¿Qué lugar es este? Mi nombre es Harald Kaufman y me acabo de despertar aquí y no tengo ni idea de por qué. ¿Te ha pasado lo mismo a ti? —Harald trató de razonar con la esperanza de poder entablar una conversación civilizada, adulta. Con la esperanza de entender algo.

La persona que estaba en lo que debía ser la celda contigua a la suya tardó unos segundos en responder. Y su respuesta fue una desagradable

carcajada. Violenta y molesta. Una de esas que solo son capaces de soltar las personas que se están hundiendo y disfrutan viendo cómo alguien más está a punto de acompañarlos en su particular descenso a los infiernos. Sí, hay personas partidarias de aquello de «mal de muchos, consuelo de...».

—¿Pero qué tipo de chiflado tengo al lado? ¡Agente Milton, creía que a los locos los enviabais directamente al comecocos! ¿Por qué me habéis encerrado con uno si sabéis que no puedo con ellos? ¡Agente Milton!

Antes de que Harald pudiese responder a eso, el que debía ser el agente Milton, aproximadamente metro noventa de grasa compacta y fuerza bruta, se presentó frente a sus celdas y empezó a golpear con la porra los barrotes de una y de otra sin dejarse ni uno solo por aporrear. El ruido, durante unos segundos, fue ensordecedor. El agente Milton había empezado a golpear sin mediar palabra a un lado y a otro. Debía saber por experiencia lo molesto y perturbador que debía ser un ruido como aquel y lo utilizaba como herramienta de trabajo y, por lo visto, como forma de gozo personal. Harald no pudo hacer más que taparse los oídos y esperar a que el funcionario se cansase de dar golpes, algo que no parecía que fuese a suceder pronto.

Lo primero que hizo el agente Milton cuando se guardó la porra fue mirar a uno y a otro de forma intimidatoria. Llevaba una de esas gorras semirrígidas con la visera de plástico clavada hasta las cejas. Apenas dejaba ver sus ojos y eso le confería una imagen más temible. Siempre aquello que no puedes ver, solo imaginar, es lo que con más fuerza sacude nuestro interior, nuestra imaginación y nuestros miedos.

—¿Qué te dije acerca de gritar, «Rubens»? ¿Qué te dije que te pasaría si volvía a oír tu asquerosa voz berreando?

—¡Ha empezado él! ¡Ha empezado él!

—¡¿Que te dije?! —El agente Milton elevó aún más la voz y dio un fuerte golpe en los barrotes de la celda de «Rubens».

Se hizo un silencio tenso en el que solo se escuchó la reverberación del golpe de la porra contra el acero. Como un largo *dong*.

—Que me cerrarías la boca... —dijo «Rubens» con resignación.

—¿Y qué más?

—No me acuerdo...

—¡¿Y qué más?! —El agente Milton volvió a golpear la celda de «Rubens» con fuerza. Un pedazo del cuero con el que estaba revestida la porra salió despedido en el aire y cayó frente a la celda de Harald. Tragó saliva.

—Que me encerrarías en el calabozo una semana... —añadió «Rubens» entre regurgiteos y lamentos.

—¿Y bien?

—Lo siento, agente Milton, le prometo que no volverá ocurrir, se lo juro por todos mis muertos —Se escuchó cómo «Rubens» se besaba los dedos índice y pulgar con los que había formado una pequeña cruz—. Por favor, le ruego que no me envíe allí abajo, otra vez no, por favor, sabe que me da miedo la oscuridad, sabe que no soporto la ausencia de luz... —La voz de «Rubens» era ya un llanto gangoso.

—Te juro que es la última vez, «Rubens», la última vez, no habrá un siguiente aviso, no habrá una segunda oportunidad.

—Gracias, agente Milton, gracias, es usted un ángel, un ángel.

Tras haber acallado a base de gritos, golpes y amenazas, al señor «Rubens», fue el turno de Harald.

El agente Milton se situó frente a él dando un par de sigilosos pasos. La goma de sus botas hizo un *ñic-ñic* al contacto con el suelo laminado en caucho.

—Buenos días, agente, disculpe las molestias, de verdad, es solo que creo que ha habido un malentendido. Yo no debería estar aquí... —Harald trató de ser lo más educado que le fue posible teniendo en cuenta su estado, su situación. Pero en cuanto las palabras salieron de su garganta se dio cuenta de la imagen que daba, la de un chiflado, como había dicho el tal «Rubens» momentos antes.

El agente Milton miró a Harald fijamente antes de responder.

—Por supuesto que ha habido un malentendido, Kaufman, tú no deberías estar aquí, deberías estar ahí abajo, donde mando a los degenerados como tú —El agente Milton lo miró con desprecio y le habló con inquina.

—¿Pero...?

—Pero nada, cállate, Kaufman, no digas ni una palabra más y dale las gracias a esa persona que ha pensado que merece la pena pagar tu fianza. Pero te juro que si te vuelvo a ver por aquí, si te vuelven a ver molestando a la gente y, concretamente, a las mujeres, te prometo que no habrá fianza ni ángel de la guarda que te libre de la justicia, de mi justicia.

El agente Milton deslizó el manajo de llaves del mosquetón que colgaba de su cinturón y abrió la celda de Harald, que no daba crédito a nada de lo que estaba ocurriendo. Aunque al parecer sí entendió que aquello no era una prisión, alivio, eran las celdas de una comisaría. Por alguna razón había sido

detenido y acababa de pasar la noche entre rejas. ¿Escándalo público, tal vez? ¿Acaso le había dicho algo indebido a alguna mujer? Probablemente las dos cosas.

Salió de allí sin decir nada más y en cuanto firmó los papeles que el agente Milton le tendió con un «firma aquí, y aquí, y aquí», vio a esa persona que había pagado su fianza.

Amy. Su Amy.

Pero en lugar de sentir alegría o alivio, en cuanto la miró fijamente a los ojos, lo invadió el pánico, el terror y la desesperación.

No era la misma Amy que conocía, era una Amy al menos diez o quince años mayor, quizá más.

No tuvo ninguna duda de que había vuelto a pasar. Había vuelto a «saltar» y no tenía ni idea de cuántos años habían pasado esta vez ni qué había sucedido con ellos. Solo que ya no estaban, se habían ido de forma irrenunciable e irremediable. Y se sintió más triste y abatido de lo que nunca antes se había sentido. La cuestión era, ¿por qué le estaba pasando eso a él?

El rostro de Amy no solo era el de una persona bastantes años más vieja, sino el de una persona asediada por la preocupación y la decepción. Un rostro trabajado por las circunstancias. Cara de disgusto. Nunca lo había mirado como lo estaba mirando en ese momento. Estaba tan seria que Harald no se atrevió a decirle nada durante unos cuantos minutos. Se subió a su coche y trató de recapacitar en silencio. Intentó serenarse y encontrar algún tipo de explicación y de solución a toda esa locura. Explicación, tal vez, difícil pero no imposible. Pero una solución, eso se le antojó bastante más complicado. La gente normal no volvía atrás en el tiempo.

Amy conducía con el entrecejo arrugado y Harald, viendo su pelo entrecano y su rostro ligeramente ajado, se preguntó cuál sería su aspecto. Desplegó el espejo que se ocultaba tras el parasol que había sobre su cabeza y observó su rostro durante unos cuantos segundos. Su cerebro se quedó medio trabado. Como un motor de dos caballos a quince grados bajo cero.

Tuvo que contener la ansiedad y el llanto al ver la imagen de su rostro en el espejo. Se esperaba cambiado, pero no tanto. Decir que estaba completamente demacrado hubiera sido ser muy amable con él. Ya no le quedaba apenas pelo en la cabeza. En su lugar tenía una calva mal tratada. Como un campo sin arar. Sin brillo. Una de esas con un perfil irregular y con una distribución de pelos aislados y mal recortados. Las ojeras eran de otro planeta. Bajo sus ojos tenía dibujadas dos medias circunferencias de algo parecido a la piel muerta. Sus ojos estaban apagados. Su ceja partida, esa ceja partida que le regaló Frank Lavallo, estaba un poco más caída que la otra, y eso le daba un aspecto asimétrico y poco fiable. La barba la tenía muy mal afeitada, como si la hubiese recortado a tijera en lugar de con una cuchilla, hecho que se acentuaba en la zona de la papada, una papada que antes tampoco tenía. Pelos bordeando sus orejas y alguno que otro tratando de emerger a la superficie por los orificios de su nariz. Y a todo ello había que sumarle el color blanco con toques amarillos de toda su piel. Si no padecía anemia, padecía algo peor.

Devolvió el espejo a su posición habitual y antes de ponerse a gritar o llorar de pura desesperación, intentó llevar su atención hacia otra parte. Se fijó en la moderna radio del coche de Amy y en que no emitía interferencias.

El sonido era envolvente. Sonaba una bonita canción con un estilo y unos instrumentos bastante diferentes a los que había escuchado hasta ese día. El estribillo no dejaba de repetir «*I'm not in love*», pero sin embargo, el resto de la letra denotaba que el cantante no podía vivir sin ella. Era triste y a la vez tremendamente bonita, como la mayoría de cosas que merecen realmente la pena; primero nos llenan de alegría y, algún día, de tristeza.

Se miró las manos en silencio. Como una máquina que ha empezado a pensar y descubre su aspecto exterior por primera vez. El reborde mal acabado de sus uñas, sus nudillos abultados como formando los picos de una cordillera yerma, las manchas solares en la piel y el vaivén de las venas azules en el dorso de sus manos como la carretera a un hotel *Overlook* o a ninguna parte. Eran unas manos afeadas y descuidadas y, quién sabe, qué otras cosas más. Pero eran el reflejo de lo que él era, al fin y al cabo. Trató de nuevo de contener el llanto, pero en esta ocasión no le fue posible y rompió a llorar mientras se llevaba ese par de feas manos a la cara.

No tenía ni idea de por qué le estaba ocurriendo aquello. La primera vez fueron once años los que se habían volatilizado, ¿cuántos había perdido ahora? ¿Y sería la última vez o podía volverle a pasar? El terror empezó a invadirlo seriamente y el llanto se convirtió rápidamente en ataque de ansiedad. Las manos paralizadas y espasmos en la garganta. Alguien dijo una vez que si miras por largo tiempo al abismo el abismo te devuelve la mirada. El abismo lo acababa de mirar fijamente a los ojos.

—Eh, Harald, ¿estás bien? ¿Quieres que hablemos? —Amy salió de su particular encierro mental y le habló con esa voz dulce y madura. Comprensiva y cercana. Siempre se le dio bien cambiar de un estado de ánimo a otro a voluntad propia. No a todo el mundo le resulta fácil. Así que se dejó en el armario el traje de la reprimenda y se puso la chaqueta con la que arrimaba el hombro. Una chaqueta gastada y llena de agujeros, como el nivel de su depósito emocional.

El llanto de Harald se había vuelto tan incontrolable que no pudo ni contestar. Amy tomó la primera salida que encontró a su paso y en cuanto paró el motor, puso sus manos sobre él.

—Harald, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado esta vez? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿no? Me has llamado y he acudido, ¿verdad? —Amy nunca lo había visto así, tan abatido, ¿y desde cuándo se conocían? ¿Desde los siete años?—. Eh, Harald ¿verdad que sí?

Harald se quitó las manos de la cara y la miró con los ojos llenos de lágrimas. Asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—¿Qué está pasando, Amy? ¿Por qué me está pasando esto a mí? — Harald todavía podía sentir en su piel el tacto de las fuertes manos de su hermano Tom, así como escuchar la imponente voz de su padre mientras lo apuntaba con un dedo para que llevase en el Bel Air al baile de promoción a su vecina de toda la vida. En cambio ahora...

Qué.

En cambio ahora.

—No lo sé, Harald, supongo que la vida da muchas vueltas y unas veces estás arriba y otras abajo. Siempre es la misma historia. Ahora tú estás abajo, pero si tienes un poco de paciencia no me cabe ninguna duda de que volverás a estar arriba. Pero si me preguntas por qué has pasado la noche en prisión, por qué te has gastado hasta el último céntimo de tu fortuna en salir por ahí, en beber y en... no quiero ni pensar en qué más, pues en ese caso no tengo una respuesta. En ese caso me gustaría que por una vez fueras tú quien me respondieses a mí, tú quien me dices una explicación.

Harald la miró de nuevo a los ojos y vio en ella auténtica preocupación, una verdadera necesidad por entenderlo y por ayudarlo. ¿Pero acaso alguien podía?

No le quedaba otra que intentarlo.

Se aclaró un poco la voz y se enjuagó las lágrimas con la manga de la camisa.

Lo de que ya no quedaba nada de su fortuna, la fortuna que había ganado con la venta de esa extraña empresa llamada «Atari» y que todavía no sabía ni en qué consistía, tampoco le hizo la menor gracia, aunque en aquellos momentos ese no era precisamente el peor de sus males.

—Amy, tengo que contarte algo, algo que nadie más sabe y que es la única razón que puede explicar el porqué de mis acciones, el porqué de mi situación actual. Lo que pasa es que eso mismo que te voy a contar es un poco difícil de creer y ni yo mismo lo acabo de entender, ¿estás preparada? —Su voz era firme, pero su tono el de un piano destensado.

—Harald, ya te he dicho que estoy aquí para lo que sea, para lo que haga falta, y eso incluye poder hablar de las cosas, de las cosas que nos pasan y que son las que nos llevan a actuar de una forma u otra. A ti y a todos. Así que, por favor, no tengas miedo y cuéntamelo de una vez.

Harald respiró aliviado y se dijo que a lo mejor no merecía tener a alguien al lado como Amy. Y después se preguntó si todavía estaría casada, si había tenidos hijos, cómo terminó después de que la policía se la llevara detenida mientras él se escondía como un cobarde.

—¿Crees que es posible viajar en el tiempo? ¿Crees en los viajes temporales? —Harald abrió mucho los ojos esperando a que Amy no pusiese el grito al cielo. Lo que acababa de decirle sonaba a locura total.

Amy tragó saliva con dificultad y después trató como siempre de racionalizar.

—Teniendo en cuenta que la vida es un viaje que nunca se detiene y que el tiempo es lo único que nos demuestra que efectivamente nos hemos movido, sí, en ese caso creo en los viajes temporales. Siempre y cuando sean hacia delante.

Harald se tomó eso como un trago de esperanza.

—Bien, Amy, pues eso mismo es lo que me ha sucedido. He viajado hacia delante en el tiempo, hacia el futuro. Dos veces contando con la de hoy, bueno, o con la de ayer, según se mire. Por cierto, ¿en qué año estamos? ¿Qué día es hoy? —Harald dijo aquello tan en serio que Amy estuvo a punto de abrir la puerta y salir de allí corriendo. Todo apuntaba a que a su amigo del alma se le había ido completamente la cabeza. Le vino un nombre a la cabeza: tía Margaret.

—No sé a qué te refieres, Harald. Y hoy es veintiocho de noviembre.

—¿De qué año?

—¿Me lo preguntas en serio? —Amy reprimió de nuevo el impulso de hacer alusión a una posible enfermedad mental. Su tía Margaret se pasó media vida encerrada en el sanatorio mental de Hellingly y no le encontraba ninguna gracia a hacer bromas o comentarios relacionados. Pero es que el parecido con ella era tan grande...

—Claro que te lo pregunto en serio, Amy, ya te he dicho que he viajado en el tiempo, dos veces, y tú me has dicho que sí creías en ello. La primera vez fue en 1965, tras el baile de promoción, ¿te acuerdas? Salí despedido directamente hacia 1976, once años después. Y precisamente ese mismo día ha sido cuando se ha producido el segundo salto, el que me ha mandado hasta hoy. Por favor, Amy, te pido un poco de comprensión, ¿podrías decirme en qué año estamos? Solo eso. Te aseguro que si escuchas mi historia acabarás creyendo en ella.

Amy miró a Harald de arriba abajo y buscó algún signo que le confirmase lo que estaba pensando, que se había escapado de un sanatorio mental, Hellingly, por ejemplo, como el de la tía Margaret, o algún otro parecido, pero a simple vista no vio ninguno. No vio quemaduras en sus sienes, ni una cicatriz en el hueso frontal, ni heridas en las muñecas como consecuencia de las correas. Así que decidió responder y esperar un poco más antes de llevarlo a que lo viese un médico.

—Estamos en el año 1989, Harald, el muro de Berlín ha caído hace muy poco y las dos Alemanias se han unido, la guerra fría está a punto de terminar, bueno, eso ya se viene comentando desde la disolución de la Unión Soviética y el inicio de la Perestroika, pero en fin, supongo que todo eso ya lo sabes, ¿no es así? —Instintivamente, Amy puso a prueba el nivel de locura de su amigo, que no le quitaba el ojo de encima a su nueva camisa con hombreras y un estampado a base de palmeras cocoteras.

—¿En serio ha caído el muro? ¿Y la Unión Soviética ya no existe? ¿Estás segura de lo que dices? Por Dios, ¿estamos realmente en el año 1989?! ¿No me digas que también hemos hecho viajes interplanetarios? —Tras abandonarse por un momento al pánico y olvidar lo extraño que debía resultar su comportamiento, se serenó un poco y recordó lo difícil de creer que era lo que le había pasado. Lo fácil que debía ser tacharlo de loco. Sensación que confirmó cuando vio la forma en que lo miraba Amy— ¿No te has creído nada de lo que te he dicho, verdad, Amy?

Ella llevó su mirada hacia abajo y emitió uno de esos suspiros cargados de significado. Un aire pesado. Como una nube gris a punto de descargar una tormenta de malas noticias.

—¿Qué estás intentando decirme realmente, Harald? En serio, cuéntame la verdad, te prometo que la aceptaré y haré lo posible por entenderla y, en la medida de lo posible, te ayudaré para que todo vuelva a ser como antes. Sé que has pasado por cosas que han debido de resultarte tremendamente duras, como la prematura muerte de tu hermano Tom, pero quiero que sepas que aquí estamos todos en el mismo vagón de tren y al final, si no es uno es otro, el tren se va vaciando para después volverse a llenar. Y ese tren se llama vida. Si me preguntas a dónde va, yo no lo sé...

Harald negó con desespero. Se llevó una mano a la cara y recogió con esfuerzo ese aire pesado que había echado Amy momentos antes. Y lo sintió molesto.

—Te estoy diciendo la verdad. Hace dos días, el día 14 de mayo de 1965, tras el baile de graduación, me fui a dormir bastante mareado y cuando me levanté, volvía a ser un 14 de mayo, pero en el año 1976. Ese día, es decir, ayer según yo lo he experimentado, nos vimos en tu casa después de que me rescataras de los puños de Frank, ¿te acuerdas?, y entonces... entonces fue cuando nos besamos en tu casa y luego llegó la policía y te llevó detenida. Y poco más, solo que hoy he despertado en una celda por una razón que desconozco y que tú me has rescatado otra vez. Bueno, eso y que estamos en el año 1989. Te juro que te estoy diciendo la verdad, Amy, eres la única persona a la que se lo he contado y te aseguro que yo soy el primer sorprendido, ¿piensas que esto es fácil para mí, que entiendo algo de todo esto? Por favor, Amy, por favor, solo te pido una oportunidad, solo te pido que lo intentes, que intentes creerme y que me ayudes.

Amy aguantó como pudo el conmovedor relato de su amigo y vio que en su mirada había verdadera desesperación, verdadero miedo y, un extraño y aterrador parecido a una confesión real. ¿Pero acaso no lo parecían muchos de los relatos que contaban los enfermos mentales? Aunque en el caso de Harald, su historia no podía ser cierta, bajo ningún concepto, no podía por varias razones y en especial, por una gran razón.

—Bien, Harald, pero antes respóndeme a una pregunta, una muy sencilla, ¿cómo es posible que si viajaste desde 1965 a 1976 y luego desde 1976 a 1989, no hayas dejado de estar aquí con nosotros ni un solo minuto? ¿Eh? ¿Cómo explicas eso además de un montón más de situaciones que me da hasta vergüenza recordarte? Por supuesto que quiero ayudarte, ¿pero no te das cuenta de que lo que estás diciendo no solo no tiene ningún sentido, sino que es científicamente imposible? No has podido viajar en el tiempo, Harald, te he estado viendo todos estos años, te vi la semana pasada y también... por el amor de Dios, ¿es que no te acuerdas?

Las palabras de Amy cayeron sobre Harald como una ducha bien fría de oscura realidad. No esperaba que lo creyera al cien por cien a la primera, pero tampoco unos argumentos en su contra tan implacables.

—Está bien, Amy, tal vez necesite descansar, tal vez cuando despierte de nuevo todo esto se haya aclarado, ¿quién sabe?

Amy lo miró con una mezcla de cariño y pena.

—Sí, quién sabe. ¿Te dejo en casa? —añadió Amy encendiendo de nuevo el motor. Estaba en casa y tenía ganas de ver a Constance.

—No, mejor déjame en casa de mis padres si no te importa.

Amy sonrió y se tomó el comentario de Harald a broma.

—Harald, la casa de tus padres y la tuya es la misma. Que esté a su nombre no significa que no sea tu hogar, lleva siéndolo desde que te trasladaste de nuevo allí —Amy miró a Harald de reojo mientras se incorporaba de nuevo a la carretera. Quería observar otra vez su reacción, poner a prueba su nivel de locura. Y Harald, tras hacer una pequeña pausa en la que su mirada quedó suspendida en el aire un par de segundos, asintió apretando ligeramente los labios. Amy sonrió al observar que, tal y como ella sospechaba, su amigo del alma tan solo había tenido un pequeño desliz mental, un patinazo, pero al parecer ya se estaba volviendo a calzar de nuevo los patines y pronto estaría apto para volver a la pista de baile. Aun así se dijo que tendría que estar atenta porque el riesgo de recaída era alto en estos casos y una visita a tiempo al médico podría evitar males mayores. La tía Margaret empezó así, poco a poco y dejando que el tiempo pasara y pasara antes de dar un paso adelante y hacer algo por curarse. Y el resultado fue el que fue.

Veintitrés años en el sanatorio mental de Hellingly y no fueron más porque murió de neumonía a los sesenta y seis.

Amy lo dejó en casa de sus padres y antes de que Harald se bajara del coche le hizo prometer que la próxima vez que se sintiese solo, se encontrase mal o necesitase hablar con alguien, no dudase en llamarla a ella. Que no volviese a hacer ninguna tontería ni a meterse en líos porque tal vez la próxima vez no habría forma de sacarlo ni con fianza. Harald se quedó con las ganas de repetirle que él no había hecho nada de nada, que el problema allí era que alguien le estaba robando años y años de vida sin que nadie se diese cuenta y que no era responsable de lo que hubiese hecho esa versión de sí mismo que sí había estado presente durante todos esos años, pero en lugar de eso decidió cambiar de tema y no «preocuparla» más. Porque lo cierto era que hasta a él le parecía el comportamiento de un loco escucharse a sí mismo hablar así. Ya trataría de convencerla nuevamente un poco más adelante, cuando hubiese asimilado un poco ese primer impacto, tal vez él también hubiese encontrado para entonces más respuestas sobre las que apoyar su historia.

—¿Puedo preguntarte algo personal, Amy?

—Claro, ¿qué quieres saber?

—¿Tienes hijos? ¿Sigues casada? —Harald soltó aquello y bajó la mirada con vergüenza. Amy en cambio se dijo que tal vez habría que acelerar lo de la visita médica. El patinazo todavía duraba y, quién sabe si en aquellos momentos la cabeza de Harald no estaba atravesando a campo abierto caminos forestales en lugar de la calzada pavimentada. Puede que aún no estuviese preparado para volver a la circulación normal como había pensado momentos antes, porque de lo contrario, ¿cómo podía ser posible que no recordase nada de lo que estaba preguntando?

—Estoy casada, pero Vic y yo estamos separándonos, y sí, tengo una hija, se llama Constance y... en fin, ella es lo mejor que me ha pasado en la vida. ¿Te parece si nos vemos mañana y nos tomamos algo? Tal vez conozca a alguien que necesite un ingeniero informático sin trabajo para la empresa que acaba de montar —Amy pensó que otra forma de centrarlo sería ayudándolo a buscar de nuevo un trabajo.

Harald asintió y, echando cuentas rápidamente, calculó que en el 1989 tenía 41 años, más o menos el ecuador de la vida, y que tal vez no era demasiado tarde para intentar algo con Amy de una vez. Porque si algo había aprendido de toda

esa locura de los saltos temporales hacia delante era que, a pesar de los años, a pesar del tiempo perdido, ella seguía estando ahí. Y era la única con quien realmente quería estar.

—No hagas ruido, Harald, ya sabes que este es el único momento del día en el que tu padre puede descansar un poco, por cierto, ¿dónde estuviste anoche? No has venido a dormir, ¿alguna novia? —Su madre, Susan, estaba todavía más encorvada que la última vez que la vio. Su voz temblaba con la llama de una vela en un vendaval. Ya no usaba maquillaje ni se tintaba el pelo. Los dedos de las manos se le habían torcido tanto como una raíz de árbol, también le temblaban de una forma alarmante. El cuello apenas lo podía girar unos cuantos grados hacia cada lado, y su caja torácica era un bloque rígido.

—Perdona, mamá, ¿puedo verlo, verdad? Me refiero a papá. ¿Está bien? —Hasta ese momento ni siquiera había tenido tiempo de pensar en que a alguien de su familia podía haberle pasado algo en esos trece años que se habían esfumado, tal y como le pasó a Tom en el maldito Vietnam.

—Bueno, ayer no pasó buena noche. Cuando hace mal tiempo a tu padre se le cierran los pulmones todavía más. Y ayer hizo un mal tiempo de narices. Anoche estuve a punto de llamar al servicio de urgencias hasta en tres ocasiones. Su cara pasó con rapidez del azul al morado y del morado al color de un anochecer. Me asusté, hijo, me asusté mucho. Pero gracias al Señor, tu padre empezó a remontar y estará un día más con nosotros. ¿Te apetece ver un capítulo de Falcon Crest conmigo? Después harán uno de Dinastía.

—No, mamá, creo que de momento pasaré a ver a papá y después me daré una ducha, si te parece bien.

—Claro, hijo, claro —Su madre desapareció de su vista arrastrando los pies y apenas un par de segundos después ya había encendido el televisor. A Harald le dio una pena terrible ver cómo el paso del tiempo trataba mucho peor a las personas que ya tenían cierta edad. Era como si se ensañase con ellos más que con ningún otro al encontrarlos más débiles, más desprotegidos.

En cuanto Harald entró a la habitación de su padre pudo notar en el centro de su boca el intenso olor a medicamento que desprendía ese cuarto. Se aclaró la garganta y se echó mano al bolsillo derecho de su pantalón en busca de un Lucky, pero rápidamente se dijo que no era muy apropiado fumar allí. Su padre estaba tumbado en la cama y alrededor de su cuerpo había un armazón metálico que hacía un ruido tremendo. Parecía que lo habían encastrado en el

interior de un cohete espacial. No tardó demasiado en deducir que aquello era uno de esos famosos pulmones de acero para asistir mecánicamente la respiración. De su nariz y de su boca salían unos tubos que iban conectados a dos bolsas de plástico. Una transparente y la otra marrón.

Se acercó a él con los ojos llenos de lágrimas y lo contempló en medio de un aterrador silencio. Un silencio que sin darse cuenta se transformó en un desgarrador lamento. ¿Qué te ha pasado, padre? Se preguntó a punto de venirse completamente abajo.

¿Qué tipo de maldición era aquella? ¿Qué había hecho su padre para merecer un final así?

Aunque a lo mejor algo sí había hecho.

El trabajo en la mina de carbón y su ávido hábito de fumar tabaco prácticamente a todas horas debían haberle dejado los pulmones totalmente machacados. No podía moverse y tanto la respiración como la alimentación estaban siendo asistidas mecánicamente.

Tras un par de minutos escuchando y contemplando esa aterradora imagen, se preguntó cuánto tiempo llevaría así y cuánto tiempo más le quedaría, así, sufriendo en silencio cada minuto de vida, y eso le hizo sentir un ataque de cólera tan intenso y repentino que no pudo más que descargar toda esa extraña y tóxica energía dándole una patada con todas sus fuerzas al pulmón de acero en el que estaba tumbado su padre. Fue una patada con la planta del pie, como quien intenta echar una puerta abajo. La máquina se quejó en forma de pitidos pero rápidamente volvió a su ritmo de ruido normal. Era tan pesada que apenas se movió con un par de tímidos balanceos. Los párpados de su padre temblaron un poco, pero no llegaron a abrirse, como los de alguien que está sumido en un mal sueño. Y a partir de ahí Harald golpeó el pulmón de acero unas cuantas veces más de forma totalmente impulsiva sin parar de llorar. La máquina no paraba de pitar y de balancearse y su padre adquirió ese tono de piel «anocheecer» que su madre le había descrito momentos antes.

Pero Harald no se detuvo hasta que escuchó cómo su pie hacía *crack*. Ahí es cuando se dijo que había llegado el momento de parar, que había llegado el momento de recoger todas esas lágrimas, de moverse y de encontrar una solución a todo aquello. Si había saltado hacia delante en el tiempo, por mucho que Amy dijese que eso no podía ser, ¿por qué no iba a poder retroceder nuevamente?

Un fuerte empujón de esperanza le hizo recobrar energías y decidió que no perdía nada por intentarlo, y que empezaría por el principio, por el baile de graduación. Ver a su padre así, lejos de hundirlo y tras haber superado ese colérico ataque de locura, le dio fuerzas para cambiar ese futuro tan oscuro.

Se dio una ducha rápida y al salir de casa se topó con alguien que no esperaba.

Su hermana Natalie. Su hermana mayor.

Su cuerpo se había ensanchado como una peonza y aquella cara sonriente y redondita que siempre la habían caracterizado, se habían quedado simplemente en una cara redonda, sin más.

Recordó que en el anterior «salto» descubrió que se había hecho mecanógrafa, pensó que tal vez hubiese encontrado empleo en una gran empresa, o que tal vez ya había conseguido formar una familia, su sueño desde que era niña.

—¡Hola, Nat! ¿Qué tal estás? —A pesar del pánico que le supuso ver a su hermana con casi veinticinco años más, se alegró muchísimo de verla. Más que eso, le entusiasmó verla.

—¿Ya te ibas? Supongo que habrás cambiado a padre y le habrás revisado las úlceras, ¿no? —Las cejas de Natalie se arrugaron de una forma extraña. Como formando una onda. Tenía el pelo completamente oxidado, listo para limpiar con él la cubierta de un barco.

—Pues no he tenido tiempo, ahora tengo un poco de prisa, más tarde cuando vuelva lo cambiaré y le miraré lo de las úlceras. Bueno, ¿cómo estas, Nat? —Harald no tenía ni idea de que tenía asignadas dichas tareas, tampoco le parecieron demasiado urgentes en aquel momento dado el estado en el que se encontraba su padre.

—¿Me hablas en serio? —Natalie abrió tanto los ojos que Harald pudo apreciar las feas venas rojas que los recubrían casi por completo. Le recordaron a las que tenían los chicos de la cuadrilla que pasaban todas y cada una de las tardes de las que tenía memoria sentados frente a la barra del bar de Norman.

—¿Qué ocurre, Nat? ¿Estás bien? Te noto un poco tirante. Por supuesto que te hablo en serio, no creo que a padre le importe esperar un rato, ¿no crees?

Natalie se acercó a Harald hasta esa distancia en la que es casi imposible pasar una hoja de papel entre nariz y nariz. Y entonces fue cuando le llegó el característico olor. «Ese» olor. No solo eran las venas rojas como las que tenían los chicos de la cuadrilla, en el interior de su cuerpo debía de haber una cantidad ingente de alcohol.

—Entra en casa ahora mismo, Harald, entra delante de mí y hazte cargo

de tus obligaciones de una maldita vez si no quieres que te patee ese paliducho culo que tienes.

—Pero, Nat...

—¡No! No quiero excusas. Estoy harta de tener que ser siempre yo quien tenga que estar pendiente de quién hace qué y quién no. Venga. Delante de mí. Entra.

Harald se humedeció los labios y se enjuagó un poco la boca. Después hizo lo que su hermana le había ordenado. Le recordó a uno de esos perros callejeros que andan siempre lamiéndose una herida imaginaria o intentando morderse su propia cola. Lo que se dice un perro rabioso.

En cuanto estuvo de nuevo delante de su padre, abrió el pulmón de acero y le cambió los pañales. Comprobó que las heces eran líquidas y del color de la crema de cacahuete. Más o menos igual que el contenido de la bolsa de plástico marrón con la que estaba siendo alimentado. De nuevo maldijo su actual estado y se apresuró a revisarle todos los puntos de presión en su piel, conocimientos que no tenía ni idea de cuándo había aprendido pero que hizo sin dudar. Todo ello bajo la estricta mirada de Nat y la sintonía de fondo de la serie televisiva Dinastía. Aquello le sirvió también para comprobar que el trabajo físico no era lo suyo. A nivel lumbar lo abrazó un dolor que lo dejó momentáneamente sin respiración. Tardó al menos un par de minutos en poder enderezarse mientras apretaba los dientes como el perro rabioso al que le había recordado su hermana.

Una vez hubo terminado con esas obligaciones, se fumaron un cigarro en la puerta de casa en el más incómodo de los silencios. A pesar de estar bajo ese manto de mal humor, Nat seguía siendo Nat. Siempre queda algo de nosotros mismos allá donde la vida nos lleve, aunque a veces nos parezca que estamos tan desdibujados que ya no nos parecemos en nada a aquellos que un día fuimos.

—¿Qué tal en el trabajo, Nat? —Harald quiso volver a intentarlo antes de irse, saber algo de ella, acercarse.

Nat estaba limpiándose las uñas con una arista de madera. De nuevo con las cejas arrugadas formando una extraña e irregular onda. Toda ella envuelta en humo de tabaco negro. Soltó un eructo y levantó los ojos mirándolo de nuevo llena de mal humor. A Harald le supo mal pensarlo, pero su hermana mayor se había afeado de una manera espantosa.

—¿Se puede saber a qué viene tanto interés hoy en cómo estoy o en cómo

me encuentro después de ni se sabe cuándo? Sabes de sobra que mi trabajo en Peacker's es una completa basura. Mierda pura tercermundista. Doce horas al día mecanografiando sin parar en un zulo de mala muerte por una miseria sentada en una silla que no apoya bien y que ha perdido el acolchado. Solo descanso un día a la semana y no tengo derecho a vacaciones pagadas ni a un seguro médico. Tengo que poner mis dos manos a remojo todas las malditas noches para que no se me duerman, a veces incluso me las tengo que envolver con hielo triturado para dejar de sentir dolor. Las piernas se me han llenado de varices y cuando estoy un rato sin moverlas empiezo a sentir un montón de espantosos mordiscos a la altura de los tobillos y detrás de las rodillas. Sabes de sobra que estoy jodida. Que estoy a punto de cumplir cuarenta y nueve años y todavía sigo viviendo en casa de padre y madre. Los dos hombres con los que estuve prometida me dejaron por otra cuando ya habíamos entrado en la fase «lista de invitados». ¿Cómo quieres que me encuentre? ¿Acaso tengo motivos para sonreír? La vida no se ha cansado de joderme y lo último que necesito es que también me joda mi hermano pequeño, ¿estamos? —Su voz de lija era pura furia. Hablaba desde alguna parte de la zona baja de la garganta y eso hacía que sus palabras saliesen como arrugadas, encrespadas como el pelo en un día de viento huracanado.

A Harald no se le ocurrió ninguna forma de alegrarla o de consolarla en ese momento. Estaba tan llena de resentimiento que en ella apenas quedaba lugar para la esperanza o cualquier otro tipo de sentimiento positivo. El único pensamiento que lo tranquilizó vagamente fue recordar de nuevo que tenía que existir alguna forma de arreglar todo aquello, su vida y la de sus seres queridos. Porque era imposible que él hubiera saltado al futuro de esa manera sin haber algún tipo de causa o de motivo. Así que, en el supuesto caso de que encontrase esa causa y con ello, que pudiese volver de nuevo atrás, todo ese desalentador futuro que ahora tenía ante sus ojos, dejaría de existir. ¿No es así?

—Escúchame con atención, Nat, voy a arreglarlo, ¿de acuerdo? Voy a arreglar esto y todo volverá a ser como antes. ¿Vale? Tú solo... —Hizo una pausa cuando vio que se estaba sintiendo ofendida. Los dos orificios de su nariz se abrieron y se pusieron blancos. Luego tiró al suelo la arista de madera con la que se había estado limpiando el interior de sus uñas—. En fin, tú solo aguanta un poco más, hermana, aguanta y cuando menos te lo esperes todo volverá a ser como era. Y entonces la vida te sonreirá y tú sonreirás con ella.

Nat soltó la carcajada más llena de ironía y desesperación que Harald

había visto en su día. Parecía el desgarrador llanto de algún extraño animal varado en el inframundo. En cuanto esa carcajada desapareció, apretó los dientes y echó la mandíbula hacia delante en un gesto idéntico al que hacía su hermano Tom, herencia del tío Louis. Eso lo enterneció y lo asustó al mismo tiempo.

—Mira, niño malcriado, no sé si eres uno de esos idiotas que van por ahí medio flipados con esas nuevas drogas o qué, pero te aseguro que esto tiene menos arreglo que los pulmones de padre. Así que más te vale dejar de hacer el idiota y empezar a comportarte como un hombre de una vez, un hombre de verdad, ¿te ha quedado claro? No tengo el cuerpo para idioteces, no tengo la cabeza para cuentos de chino, esto es una completa mierda y lo único en lo que creo es en que cada maldito día me levanto un poco peor que el anterior. Cada noche oscurece, Harald, oscurece un poco más aquí detrás — Nat se señaló su voluminoso pecho—. Y de aquí poco ya no quedará nada de luz aquí dentro. Así que más te vale no intentar reírte de mí ni joderme porque no sabes lo jodidamente mal que se puede tomar las cosas alguien en mi situación.

Nat se había puesto roja como un tomate y sus poros no dejaban de exudar el exceso de alcohol. A Harald se le heló la sangre al ver cómo su hermana no tenía ningún tipo de interés por la vida.

—Ah, y otra cosa, Harald, me ha dicho Kelly que hace tiempo que no vas a verla, que aún está viva y que estaría bien despedirse de su hermano pequeño antes de que el cáncer la devore por completo. Así que no sé qué es eso tan urgente que tienes que hacer y que arreglar, pero me parece que pocas cosas hay más urgentes que despedirse de una hermana que está a punto de morir.

Harald salió de allí hecho un flan. Las piernas le empezaron a temblar y tuvo que parar hasta en un par de ocasiones porque el corazón le había empezado a dar fuertes pinchazos. Más que pinchazos, martillazos.

Su hermana Kelly se estaba muriendo de cáncer. ¿Qué otra cosa podía pasarle?

Lo que estaba claro es que al ritmo que iba, ante un posible nuevo «salto», podría encontrarse con que ya no quedaba nadie de su familia con vida. Y ese pensamiento le llevó a recobrar algo de fuerzas para jugárselo todo a una carta. Tratar de revertir como fuera esa situación antes de volver a saltar.

Tras ese horrible despertar en una celda y después de vivir lo que había vivido en casa de sus padres, logró serenarse y olvidarse de todo un poco tomando una cerveza en Clay's Restaurant. El mismo Clay's que en el único presente que él reconocía como real, el del año 1965, les había prestado la bola psicodélica para hacer del gimnasio del Mariemont High School una auténtica pista de baile. Le agradó saber que el local de Clay no solo seguía abierto, sino que estaba lleno hasta los topes y todo hacía indicar que gozaba de una salud comercial más que saludable. En términos médicos podría decirse que en la actualidad, Clay's Restaurant gozaba de una salud de hierro.

El interior del local estaba medio en penumbra. Una iluminación tenue más que suficiente para ver lo que se tenía que ver. Le habían dado un toque country que Harald creía que era propiedad exclusiva de las regiones del sur como Tennessee, Oklahoma, Virginia o Alabama. La mayoría de hombres llevaba un sombrero de ala ancha tipo *cowboy* y botas de media caña. Chaquetas vaqueras con el cuello reforzado en piel de borrego. Las mujeres iban con tejanos y camisas a cuadros. Era una imagen un tanto extraña ver danzar arriba y abajo a tanta gente junta con ese estilo de vestir, pero a Harald le resultó agradable. En un rincón del local había un toro mecánico que a Harald le dio un susto terrible en un primer momento. Su parecido con un toro auténtico era increíble. Aunque en cuanto observó sus movimientos durante unos cuantos minutos vio que a pesar de que su aspecto exterior era muy diferente, su funcionamiento era exactamente el mismo. No paraba de mandar a hombres y a mujeres a la lona entre gritos, risas y vítores.

Tras esa primera cerveza disfrutando de una música tan alta que ya le estaba empezando a practicar un intenso dolor de cabeza, se pidió una segunda jarra. Y se dijo que ahí paraba. Los dos saltos que había dado habían estado precedidos de una gran ingesta de alcohol, así que de momento, lección 1; nada de abusar del alcohol a partir de ahora.

Tras ese primer apunte y repasando mentalmente cómo había transcurrido la secuencia de los hechos previos a los dos saltos que había dado, llegó con rapidez a la conclusión de que en ambos, aparte de haber estado bebiendo alcohol a base de bien, cosa que le parecía poco probable que pudiese tener algo que ver, a la última persona que recordaba haber visto antes de partir

hacia el futuro, era a Johanna Neuman.

Y ese pensamiento hizo que sus intestinos se aflojaran de tal manera que a punto estuvo de perder el control de los esfínteres.

¿Cómo no podía haberse dado cuenta antes? ¿Y qué tipo de poder podía tener Johanna como para poder hacer algo así? ¿Era una especie de bruja o algo parecido?

Por un lado pensó que eso era una completa idiotez. Johanna no podía tener nada que ver, imposible, nadie podía tener un poder así. Pero por otro lado, ¿cómo podía haberse dado la casualidad de estar presente momentos antes de que saltase en ambas ocasiones?

No podía más que ir a verla para averiguarlo.

Se puso tan nervioso que esa segunda jarra de cerveza se la terminó sin ser consciente, así que se pidió otra. También tuvo que ir a la barra a por un paquete de Lucky Strike. Gracias a Dios en la cartera tenía algunos billetes arrugados con los que poder ir pagando, porque la dirección y los camareros del Clay's Restaurant parecían ser de los que no se fían ni de su propia madre.

Tras apurar con avidez esa tercera jarra de cerveza, salió de planeta *cowboy* en busca de una explicación, de una solución. Pero cuando no llevaba ni treinta metros recorridos, una fuerte náusea y una gran sensación de mareo hizo que se detuviese en mitad de la acera. Empezó a toser y cuando consiguió arrancar lo que fuese que habitaba en el interior de sus pulmones, vio que en el suelo se había formado una fea mancha de sangre roja. Una sangre que, efectivamente, había salido de su boca. Le entró pánico al pensar que podía estar gravemente enfermo y eso le hizo acelerar un poco el paso.

No tenía ni idea de dónde podría vivir Johanna en la actualidad, pero se dirigió a la única dirección que conocía, la casa de sus padres y, probablemente, el lugar donde Johanna debió obrar su embrujo en el primer salto.

Al pasar por delante del Mariemont Theatre vio la enorme lona con la que había decorado una de sus paredes. En ella se anunciaba el que parecía uno de los últimos grandes estrenos de cine. «Regreso al futuro II». Eso hizo que se sintiera extrañamente inquieto, porque eso era precisamente lo que le estaba pasando a él, estaba de algún modo siendo absorbido por el futuro. Pero de una forma nada agradable. Dejó atrás esos pensamientos y se dedicó de lleno a recorrer calles con la mayor rapidez que se cuerpo de cuarenta y un años le permitían. Tenía que encontrar cuanto antes a Joahna.

Y empujado por la cerveza y tosiendo como el tubo de escape embozado de un tractor consiguió llegar al 197 de Madison Street con la lengua fuera y restos de sangre seca alrededor de su boca. Parecía un vampiro viejo con cirrosis. Demasiado viejo como para hincar el colmillo sin hacerse daño en las encías.

—¿Señora Neuman? Buenos días, soy un antiguo compañero de su hija Johanna y me gustaría hablar con ella. ¿Sería usted tan amable de decirme dónde vive? —Harald fue lo más educado que pudo tras calmar un poco sus pulsaciones y su respiración. La mujer que tenía ante él flanqueando la puerta del 197 arrugó un poco los párpados, se sacó un pañuelo de la bata que llevaba medio despasada, lo desenvolvió con delicadeza y dejó ver una dentadura postiza. Se la metió en la boca como si quisiera comerse una manzana de un solo bocado y cabeceó un poco para ajustársela. Como un león tratando de partir el gran hueso duro en dos.

—¿Qué quieres tú ahora? ¿Molestar a mi niña? Déjala en paz, malnacido, deja de molestar a mi niña o te las verás conmigo y con su novio, ¿te enteras? —La madre de Johanna no tenía nada de temible, pero el estado en el que se encontraba no ayudaba. Harald no era de ir por ahí empleando la violencia ni intimidando a viejecitas, pero su situación era desesperada, y en situaciones desesperadas... Nunca se sabe.

—Señora Neuman, no quiero ni molestarla ni hacerle nada a su hija, ya le he dicho que es amiga mía y que solo quiero hablar con ella, se lo prometo, le doy mi palabra. Lo único que quiero es hablar con ella, hablar, solo eso. De ella depende una cosa que para mí es muy importante —Harald levantó su mano derecha poniendo su mejor cara y su voz más lastimera.

—Te prometo que como me entere de que la has estado molestando te las verás conmigo y con su novio, ¿te ha quedado claro, malnacido?

—Clarísimo, señora Neuman.

—La gente como tú no me da ningún miedo, ninguno, vais por ahí creyéndooos que lo sabéis todo y que sois mejores porque sois más jóvenes pero sois iguales que nosotros, iguales, solo que habéis nacido en otro año. ¿Te ha quedado claro, malnacido?

—Claro clarísimo, señora Neuman. Y debo decir que opino exactamente igual que usted. Se lo prometo.

Harald respiró aliviado viendo que la madre de Johanna había dado su brazo a torcer con relativa rapidez. A pesar de los repetidos insultos y el

cansino y molesto tono acusatorio.

Una vez tuvo la dirección de Johanna, se dirigió hasta allí en autobús, su casa estaba en poco alejada de donde se encontraba. Y cuando se plantó frente a su puerta, cuando alzó la mano y pulsó el timbre, de nuevo, esa sensación de tener los intestinos aflojados, lo invadió de arriba abajo.

Mientras escuchaba cómo alguien se aproximaba desde el otro lado, se dijo que, si al final era cierto que Johanna había sido la responsable de los dos saltos que había dado, ¿había sido realmente buena idea volver otra vez a ella? ¿No era más sensato quedarse como estaba que arriesgarse a perder más años?

La puerta se abrió, y las preguntas ya no sirvieron de nada.

Johanna vestía una minifalda de cuero negro y una camiseta blanca con la palabra «QUEEN» ocupando tres cuartas partes de la misma. El pelo se lo había aclarado mucho y parecía rubio platino. Se había hecho una especie de ondulado fino que no llegaba a ser rizo, pero se le acercaba. Los labios los tenía pintados de un color morado con mucho brillo. Bajo sus párpados y también en las pestañas se había puesto pintura de color verde. Su imagen en conjunto, además de muy colorida, era muy muy llamativa, y también un tanto desconcertante.

Y antes de articular palabra, Harald se dijo, ¿es este el futuro?

—Dime, Harald, ¿qué es lo que quieres?

—Hablar.

—¿De qué?

—Ya sabes de qué, pero mejor lo hablamos dentro, ¿no crees? —Harald trató de transmitirle mentalmente que más le valía hablar con él y darle una explicación por las buenas si no quería verse metida en graves problemas con la justicia o, quién sabe, con vecinos resentidos con ganas de dar caza a una bruja. Pero eso no transcurrió más que en su cabeza, porque Johanna esbozó una sonrisa burlona diametralmente opuesta a lo que es sentir algún tipo de miedo o peligro por la propia seguridad.

—Pasa, tienes razón, mejor hablamos dentro.

Johanna se dio media vuelta y desapareció por el umbral de la puerta tan rápido que Harald tuvo que acelerar el paso escalón a escalón para no perderla de vista. Internamente se había estado diciendo, no la pierdas de vista en ningún momento, no la pierdas de vista porque no sabes en qué momento obrará su brujería. Así que estate atento y al menor descuido, la dejas seca. Pero ni medio minuto le había durado ese propósito.

El interior de la casa de Johanna estaba medio en penumbra. La decoración era del mismo estilo al de la ropa que ella llevaba. Colorido y muy llamativo.

—¿Quieres algo de beber? ¿Una cerveza? —Johanna se había acercado a él y lo había vuelto a hacer. Lo había intimidado de nuevo con ese extraño magnetismo que siempre tuvo. Su piel desprendía el aroma de un perfume que recordaba al azahar. Tenía cuarenta y un años, igual que él, pero de algún

modo parecía no haber envejecido ni un solo minuto. Estaba espectacular. Más aún si cabe que lo había estado nunca. Y como siempre, estaba irresistible.

—Sí, una cerveza estará bien.

—Siéntate, enseguida vuelvo.

Harald obedeció y se fumó un Lucky mientras esperaba a Johanna y a su cerveza. Y pensó que de nuevo la había perdido de vista y que tal vez su magia negra consistía precisamente en eso. Robarles el tiempo a otras personas para permanecer siempre joven y bella. Por eso siempre se mostró tan retraída. De ahí su esquivo comportamiento y su poca sintonía con los chicos y chicas de su edad. Bruja.

Sobre la mesa vio cuatro cinco pequeñas cajas de plástico en cuyo interior parecían haber pequeños discos de música. Efectivamente, abrió una de ellas y en su interior vio un disco plateado. Lo sacó y, asombrado, se vio reflejado en él. El disco era de un grupo llamado The Cult.

—Ten. No está muy fría, el repartidor se ha retrasado hoy y no han tenido tiempo de enfriarse todavía.

—No importa —Harald sonrió como un pánfilo mientras le daba el primer trago a la cerveza que Johanna le había tendido. Le supo a pis de gato. Pero sonrió agradecido.

—Dime, ¿de qué querías hablar? Porque supongo que no volverás otra vez con lo de que te he robado o te debo algo. Si es así ya te estás marchando si no quieres que llame a la policía —Johanna se sentó a su lado y, aparte de cruzar los muslos de una forma muy sensual y calculada, también se cruzó de brazos a la altura del pecho.

Harald arrugó los párpados y, después de observar bien aquello que Johanna le había mostrado, la miró a los ojos tratando de imaginar a qué se refería exactamente con lo que acababa de decirle, pero sobre todo si estaba tratando de despistarle de nuevo con sus artes de bruja.

—No. No es nada de eso, Johanna. ¿Recuerdas la noche del baile de promoción de 1965? Oh, sí, claro, cómo olvidarlo, eh Johanna. ¿Y recuerdas la noche del 14 de mayo de 1976? Claro, otra noche a la que le sacaste un partido tremendo, ¿verdad que sí? Sé a qué te dedicas, sé lo que eres y cuál es tu forma de vida.

Johanna pasó de mirarlo con cierto escepticismo a mirarlo con preocupación para terminar haciéndolo con un extraña expresión de enfado.

—¿A dónde quieres ir a parar exactamente, Harald? ¿Estás teniendo

problemas mentales o algo así? No tengo ni idea de lo que me dices, pero te aseguro que o empiezas a hablar como una persona normal o ya te puedes ir largando de aquí, si no quieres que llame a la policía o a los chicos del servicio a domicilio del Instituto psiquiátrico de Oregón, tú decides.

Harald negó con la cabeza y también con su dedo índice, con el que sujetaba un humeante Lucky.

—Sabes que no, Johanna, sabes que no tengo ningún problema mental. Y sabes perfectamente a qué me estoy refiriendo —Harald se levantó y la apuntó con un dedo—. Devuélveme los años que me has robado, devuélvemelos y te aseguro que no te pasará nada.

Johanna se quedó mirándolo y por un momento sintió algo que hacía mucho tiempo que no sentía, verdadero miedo.

—En primer lugar te voy a pedir que tranquilices, Harald, y en segundo lugar me gustaría que me explicases exactamente qué te está pasando por la cabeza. Y yo te aseguro que intentaré ser lo más comprensiva que pueda. Pero por favor no vuelvas a decir que yo te he robado los años de tu vida porque eso es una completa estupidez.

Ahora fue Harald el que estalló en una carcajada tan fea y llena de sarcasmo que hasta a él mismo le dio cierta vergüenza.

—Johanna, no sé si eres plenamente consciente de cuáles son exactamente las consecuencias de tus actos, pero te puedo decir que yo sí lo sé. Salí despedido del año 1965 al año 1976 después de haber pasado la noche contigo, once años perdidos, volatilizados, esfumados. Y después, de ese mismo año, 1976, tras haber estado otra vez contigo, salí rebotado hasta ahora, el 1989, trece nuevos años perdidos. Dos de dos, las matemáticas nunca han sido mi fuerte, pero a mí las cuentas me dan un cien por cien de coincidencia, y según tengo entendido, cuando eso sucede es cuando la coincidencia pasa a llamarse consecuencia directa. Así que yo soy quien te va a agradecer que te dejes de cuentos y me digas cómo lo haces, y que por supuesto me los devuelvas. Devuélveme a 1965, bruja. Devuélveme allí y te prometo que no te pasará nada.

Johanna suspiró en silencio y, con toda la calma del mundo, se encendió un cigarro. Harald se quedó medio atontado viendo la sensualidad y la poesía con la que exhalaba el humo.

—Está bien, Harald, me parece que ya sé lo que está pasando aquí. Si eres tan amable de sentarte, hablaremos, y puede que lleguemos a un acuerdo

—Harald abrió los ojos esperanzado—. Pero solo si te sientas.

Harald no tuvo que pensarlo demasiado. Tardó menos de un segundo en sentarse de nuevo junto a Johanna y esperó a que ella moviese ficha con la ilusión de estar cerca de conseguir de nuevo que todo volviese a ser como era antes. Pero rápidamente se empezó a imaginar que tal vez Johanna podría proponerle algo así como un «¿truco o trato?». Y eso le hizo pensar que aún era pronto para fiarse, para bajar la guardia, porque en cualquier momento podría volver a obrar su magia negra. Y entonces la broma la pagaría nuevamente él. Y eso, como ya había podido comprobar hasta en dos ocasiones, no tenía absolutamente nada de gracioso, ¿a que no?

—¿Y bien? —dijo Harald viendo que Johanna seguía sin decir nada con la mirada fija en el más allá.

—Te he de reconocer que al principio me ha costado seguirte, Harald, no sabía muy bien qué estabas queriendo decir en realidad y qué era exactamente lo que querías, pero ya me ha quedado claro. Ya sé qué quieres decir con lo de que te he robado un montón de años de tu vida, y francamente, lo siento mucho. Siento mucho ser como soy y ejercer en los demás el efecto que ejerzo, sobre todo en los hombres, pero créeme si te digo que no es algo que yo haya escogido. Yo soy como soy, Harald, yo no pedí ser así, pero he tenido que aprender a vivir con ello, supongo que en cierta manera como todos. ¿Y sabes qué? Al final incluso una llega a cogerle el gusto a ser como es, a ser lo que es. Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él, ¿no es eso lo que dicen?

Ahora fue Harald el que no supo muy bien a qué se refiera Johanna, pero no tardó en saberlo cuando vio que apagaba el cigarro aplastándolo con su dedo índice y se acercaba a él poniendo descaradamente una mano en su entrepierna.

—Johanna...

—Es esto lo que querías, ¿verdad? Es a esto a lo que has venido, ¿verdad que sí? Me deseas desde el primer día en que me viste y nunca te has podido resistir, ¿verdad que no? Siempre he ejercido ese efecto en los hombres, pero en ti es más fuerte, en ti el deseo es irrefrenable, ¿no es así? Pues bien, ahora tienes una nueva oportunidad de que ese deseo se cumpla, ¿qué vas a hacer? Dime, ¿qué vas a hacer con él? —Johanna había empezado a hablar a través de cálidos susurros con los que trataba de humedecer el cuello y la oreja de Harald. Con la mano que tenía en su entrepierna había empezado a frotar arriba y abajo la parte interior de su muslo buscando una reacción objetiva por

parte de él. Reacción que no había tardado demasiado en llegar.

El corazón de Harald empezó a palpar con fuerza. Entrecerró los ojos y sintió cómo Johanna desabrochaba el primer botón de su pantalón. Después hizo lo mismo con el segundo y a este le siguió el tercero.

Como si una extraña fuerza tuviese a «su voluntad» maniatada y amordazada, Harald se vio incapaz de hacer nada y por un momento se olvidó de todo y de todos. Y se dejó llevar. Otra vez.

Hasta que el ruido de la puerta de la casa abriéndose lo sacó de su embrujo.

Al ruido de la puerta lo siguió el tintineo de un manajo de llaves volviendo al bolsillo del que habían salido. Y tras este último se pudo escuchar a la perfección el *ñic-ñic* de la suela de goma de unas botas avanzando hacia ellos.

Tanto Harald como Johanna se quedaron mirándose mientras internamente se hacían la misma pregunta, ¿y ahora qué?

Harald puso cara de pánico, pero la de Johanna fue de auténtico terror. A diferencia de Harald, ella sí sabía quién era «el intruso» y lo que pasaría si los veía, algo que, si no ocurría una especie de milagro, sería inevitable.

Y el milagro no ocurrió.

Antes de que a ninguno de los dos les diese tiempo a decidir nada, una figura masculina se quedó parada junto a la puerta del salón, inmóvil. Tan solo se escuchaba su respiración y el roce de las mangas de su cazadora de nailon. Sujetaba un palillo entre sus labios que mordisqueaba cuando el estrés y la ansiedad se manifestaban. Se aficionó al palillo cuando dejó de fumar, decisión que formaba parte de su “nuevo yo”, ese yo al que le habían dado una segunda oportunidad después de tantos años y no lo quería estropear, quería demostrar que podía cambiar, que podía ser mejor persona.

Pero todos esos propósitos se hicieron añicos con la misma facilidad con la que partió ese palillo con los dientes.

Tal vez fue ese característico aroma personal que desprenden las personas lo que le dijo a Harald quién era el del marco de la puerta antes de poder verlo. Un aroma que desprendemos casi en cualquier circunstancia o situación y que es único para cada uno de nosotros, como una huella dactilar, muy difícil de detectar, pero el caso es que a Harald sí le llegó ese olor personal. Le llegó y lo identificó. Dicen que en las situaciones de máximo estrés es cuando todos nuestros sentidos, incluyendo el sentido de la razón,

mayor rendimiento pueden dar. Aunque tuvo que girar el cuello para cerciorarse, sabía de antemano quién era el de la puerta.

Frank Lavallo.

Otra vez interponiéndose en su camino, ¿o era al revés?

La última vez que lo vio salía con Tessa, la ex prometida de su difunto hermano, aunque tras lo que ocurrió en el Caroline's, era de suponer que Frank no habría querido saber nada más de ella, no de una mujer que ya había estado prometida. Así que, viéndolo allí y después de haber abierto con sus propias llaves, también era de suponer que ahora estaba con Johanna. Después de tantos años tras aquel baile de promoción de 1965 en el que precisamente, Harald se interpuso entre ellos, parecía que habían decidido retomarlo. Como decía, en situaciones de máximo estrés, el sentido de la razón puede llegar a funcionar muy pero que muy bien. Algo que a Harald le había servido para saber con total seguridad que estaba en algo bastante peor que un aprieto.

—Frank, sé que esto te va a sonar raro, pero no es lo que parece, lo juro, lo juro por lo que más quiero —Harald fue consciente de que lo que acababa de decir tenía todos los ingredientes para agitar aún más la coctelera que Frank, ahora con la estrella de Sheriff en el pecho, tenía en la cabeza.

—No... no es lo que parece —Frank dijo aquello en un tono monocorde carente de toda emoción.

—En serio, esto ha sido un error, es ella la que te debe una explicación, nos debe, mejor dicho, a los dos. Yo solo intentaba aclararlo todo, que me devolviese a...

—¿Qué estás diciendo? Se le ha ido completamente la cabeza, Frank, está loco, te lo prometo, ha sido él, ha sido él. Él me ha obligado —dijo Johanna apretando el entrecejo mientras se levantaba y trataba de dar la impresión de que ella no había tenido nada que ver con todo aquello. Algo que, estando subida sobre el regazo de Harald, una mano en el interior de su bragueta y la minifalda casi a la altura de las ingles, era bastante difícil de creer. Pero si dicen que querer es poder, a veces creer también es cuestión de querer. Así que, ¿podía Frank creerse algo así? Si quería, desde luego que podía.

—Harald —dijo Frank elevando un poco ese tono de voz monocorde ausente de toda vida.

Harald lo miró con preocupación, a la espera de algo malo, aunque quizá no tanto como lo que estaba a punto de pasar.

Frank dio tres largos y calculados pasos haciendo ese *ñic-ñic* con sus

botas de suela de goma. Se situó frente a Harald, sacó su pistola reglamentaria, y le pegó un tiro en la cabeza.

Hacía cinco años que el doctor Helmut Ashcroft debería haberse desvinculado por completo de las instituciones psiquiátricas, pero para un hombre de su reputación y conocimientos no era fácil. Además, tenía ciertos proyectos en marcha relacionados con dichas instituciones que no podía abandonar sin más. Proyectos que para él eran como hijos suyos a los que todavía no había tenido el placer de conocer, al menos no a todos ellos, pero muy pronto lo haría. De entre todos sus proyectos emergían dos con mucha fuerza: el proyecto «cajas musicales», y el «proyecto cabeza de hojalata», el más ambicioso e importante de todos. Aunque ciertamente, dichos proyectos precisamente, no estaban vinculados al Instituto psiquiátrico de Oregón. Los dos estaban a punto de dar sus frutos, después de tantos años a la espera, de ver crecer sus raíces y de tener que hacer tantos reajustes y pelear con tantos inconvenientes. Y de esos dos proyectos dependía que «el plan» siguiese su curso, que la humanidad diese ese salto de calidad que tanta falta le hacía y que lo estaba por venir, no fuese el final, sino un nuevo principio.

Aunque esos dos proyectos y alguno que otros más, no lo eludían por completo de tener que seguir trabajando día a día con los casos que le llegaban. No eran muchos, pero sí importantes. «Solo los que yo elija, solos los que susciten mi interés». Fue la condición que el jefe de los servicios médicos del Instituto Psiquiátrico de Oregón puso para continuar manejando el timón de ese barco que llevaba casi cien años navegando sin rumbo fijo por aguas sombrías.

Y uno de los casos que había elegido y que más quebraderos de cabeza le había traído durante los últimos cinco años, era el de Harald Kaufman. «El viajero en el tiempo». Nombre por el que todos allí lo conocían.

Harald Kaufman llegó rebotado de otros dos centros antes de recalar en el Instituto. Cuando su caso llegó a oídos del doctor Ashcroft captó su interés inmediatamente. Porque todo asunto que tuviese que ver con el funcionamiento del espacio-tiempo, para él era de un interés casi vital.

«Paciente con herida cerebral grave causada por arma de fuego. Disparo a bocajarro. Presenta asombrosa recuperación en todas sus facetas cognitivas e intelectuales menos en una; afirma haber viajado en el tiempo, concretamente del pasado al futuro, haber saltado de un año a otro en diversas ocasiones».

Y lo primero que pensó el doctor Ashcroft fue lo mismo que sus colegas de profesión que lo habían tratado con anterioridad. Harald debía padecer algún tipo de amnesia que le hacía olvidar determinados bloques o conjuntos de años de su vida, y entonces en su cabeza era como si no hubiesen pasado. Por eso tenía la sensación de haber viajado hacia delante en el tiempo. Pero rápidamente pudo comprobar, tras hacer las pruebas pertinentes, que lo que a Harald le pasaba no era un caso de amnesia, era otra cosa, ¿verdad que sí?

Algo que Helmut no le había dicho nunca a nadie era que, de entre todos los pacientes con patología psiquiátrica, siempre tuvo una especial predilección por aquellos que afirmaban venir de otro planeta, o de otra época, o haber sido abducidos por los extraterrestres. Pacientes que no presentaban daño cerebral alguno ni tampoco ningún otro tipo de síntoma que pudiese servir para relacionarlos con patologías como la esquizofrenia o el síndrome de personalidad múltiple, por citar solo dos de ellas. La realidad era que, aparte de ese episodio o experiencia que narraban con total convicción y seguridad, eran personas completamente normales y cuerdas. He aquí la razón por la que, después de tantos años de estudio y de ejercer la psiquiatría, a Helmut le asaltaba una gran duda, ¿esos pacientes estaban realmente enfermos o en realidad... decían la verdad? El mejor que nadie sabía que el mundo, que la Tierra, estaba llena de lugares extraños en los que ocurrían cosas aún más extrañas, cosas inimaginables, pero de eso, obviamente, solo tenían noticia muy pocas personas, y todas ellas trabajaban para «el plan».

Se dijo que si un día conseguía demostrar la causa que producía esas extrañas paranoias o por el contrario, demostrar que estaban realmente en lo cierto, entonces no solo habría que replantearse la psiquiatría entera, sino la vida tal y como la conocían.

Y esa fue la razón por la que el caso de Harald, tras haber sido desahuciado por los dos anteriores centros, entró a formar parte de su particular colección de «casos raros». Un caso con el que se había esforzado al máximo y lo había intentado todo, absolutamente todo. A la antigua usanza, ensayo-error. Pero todavía no había conseguido resultados concluyentes. Aunque le faltaba una última prueba. Una que tal vez podría ser definitiva, para bien o para mal. La llamada «estimulación cerebral directa».

—Doctor Ashcroft, acabamos de llevar al señor Kaufman a la sala de operaciones, están todos esperándolo —dijo Melanie, la sonriente enfermera particular de Helmut. Tras ello torció un poco el cuello y su cuidada melena se balanceó tímidamente. Eso hacía que su particular y embriagador aroma

personal se diseminara rápidamente en los espacios pequeños y cerrados.

—Claro, Melanie, dame un minuto, enseguida bajo.

—¿Quiere que empiecen con la anestesia? Ya sabe, para la abertura craneal.

Helmut tardó un par de segundos en responder, estaba revisando el historial clínico completo del último paciente con el que intentaron, con graves consecuencias, dicha intervención.

—No, Melanie, quiero estar presente desde el principio y tener unas palabras con él antes de empezar. Dame un minuto, de verdad, enseguida bajo.

—De acuerdo.

Cuando Melanie abandonó su despacho, el cual dejó completamente impregnado de ese característico aroma personal suyo, de nuevo, Helmut se preguntó si realmente tenían posibilidades de conocer algo acerca del funcionamiento del cerebro humano mediante esa brutal técnica. Pero sobre todo se preguntó si merecía la pena. ¿Por qué iban a poner en riesgo la vida de un hombre cuando aquello que afirmaba acerca de su vida no hacía daño a nadie? ¿Acaso era tan importante para la propia ciencia seguir avanzando a pesar de?

Sí, se dijo. A pesar de. Hay que seguir avanzando. Aunque lo cierto es que la noche anterior, sin ir más lejos, había respondido a esa pregunta con otra pregunta. ¿No sería mejor para la humanidad que la ciencia se detuviese inmediatamente en el lugar y el momento en el que se encontraba y dejase de avanzar antes de que pasase algo realmente malo?

Eso sería lo más adecuado, sin ninguna duda. Lo más sensato. Se había respondido. Pero eso fue la noche anterior. Esa mañana se había levantado más optimista y veía las cosas de otro color. Y como hay quien dice que todo depende del prisma por el que se mire, se dijo, allá vamos, ciencia. El futuro nos espera.

Y salió en dirección al quirófano en el que aguardaba «el viajero en el tiempo».

De los tres saltos que había dado, sin duda alguna el tercero había sido el peor con diferencia.

Harald se despertó con una sensación de ahogo y de miedo tan grande que al principio pensó que estaba muerto. Que aquel lugar debía ser el infierno y el sufrimiento y el dolor iban a ser el único alimento de sus minutos y sus días

a partir de ese momento. Esa sensación y ese pensamiento tenían mucho que ver con lo último que recordaba. La cara de Frank Lavallo antes de apretar el gatillo. Pum. Una detonación a un palmo de su cara a la que se le unió un fogonazo parecido a la luz de un flash fotográfico. Aunque lamentablemente para él, ni aquello era una cámara de fotos ni Frank un reportero. Era una pistola. Y era un disparo.

Pero al parecer estoy vivo. Se dijo. Sigo aquí. Así que el tiro de Frank no fue demasiado certero. Trató de llevarse las manos a la cara, pero le fue imposible. Las tenía atadas con correas a la estructura metálica de la cama.

Y de nuevo el pánico, la sensación de ahogo y la ansiedad alimentaron su conciencia.

Miró a su alrededor y no tardó en descubrir que se encontraba en el interior de una habitación de hospital. Paredes blancas. Olor a medicación. Decoración aséptica. Un par de cuadros que no son más que la fotocopia de una mediocre pintura de unos geranios o unas amapolas. La cuestión era, ¿qué tipo de hospital ataba a sus pacientes a la cama y tenía las ventanas protegidas con doble reja?

¿El hospital de una prisión, tal vez? Se preguntó.

Puede.

Pero su cabeza se fue directa a por otra cuestión en décimas de segundo. Otra más importante. No recordaba nada acerca de cómo y por qué estaba allí, solo que estaba con Johanna en una situación bastante comprometida y que después llegó Frank y todo hizo pum. Y eso solo podía significar una cosa. Había vuelto a saltar.

Pero antes de seguir divagando y de plantearse siquiera cuántos años habían pasado esta vez, se abrió la puerta de la habitación en la que estaba.

Una enfermera de amplia sonrisa y los labios rojo intenso se plantó delante de su cama acompañada por lo que debían ser dos celadores. Algo que dedujo al ver su tamaño y su uniforme, pero sobre todo su actitud corporal. Los dos tenían las manos cruzadas a la altura de la bragueta en una pose relajada. Imponente. Para ellos estar así era estar «tranquilos». A Harald le pareció que la expresión de sus caras era excepcionalmente «alegre». Y eso fue lo que más miedo le dio. Uno de ellos crujió los nudillos. Las mangas del pijama arremangadas hasta casi la flexura del hombro. Y en sus cinturas uno de esos grandes cinturones para no herniarse tras un gran esfuerzo.

—Buenos días, señor Kaufman, venimos a llevarle al quirófano, ya está

todo preparado para la intervención. Mark y Andy serán los encargados de trasladarle —dijo la enfermera de labios rojos con una sonrisa envolvente.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué lugar es este? ¿A dónde me van a llevar?

—Señor Kaufman, le voy a pedir que se tranquilice, ayer estuvimos hablando largo y tendido y usted nos dio su pleno consentimiento para proceder a la intervención. Es normal que esté nervioso, pero le aseguro que no tiene nada que temer. Nuestro equipo médico está perfectamente capacitado para la intervención a la que va a ser sometido —La voz de Melanie se endureció un poco, pero en sus labios la sonrisa seguía intacta. Como el amanecer de la postal de un idílico paisaje vacacional.

Harald tiró con fuerza de las correas, pero solo consiguió hacerse daño en las muñecas.

—Esto tiene que ser un error, yo no le he dado a nadie mi consentimiento para que hagan nada, mucho menos para una operación, ¿qué lugar es este? ¡Déjenme salir inmediatamente! —Los ojos de Harald se desencajaron. Alrededor de su boca había rastros de babas secas. Como el surco color plata que deja en el suelo un caracol.

La sonrisa de Melanie pareció decaer como una puesta de sol. Abrió la carpeta que traía con ella y extrajo un folio que puso a un palmo de la cara de Harald.

—Lea, señor Kaufman, lea lo que pone en este documento y mire la fecha y la firma de la parte inferior.

En la parte superior del folio podía leerse en letras grandes y mayúsculas: CONSENTIMIENTO INFORMADO. Un poco más abajo, tras un par de párrafos de letra pequeña, estaba subrayado y escrito en letra negrita el nombre de la intervención a la que iba a ser sometido el paciente Harald Kaufman: «Estimulación cerebral directa tras vía de acceso transcraneal».

No sabía exactamente qué significaba aquello, pero lo sonó tremendamente mal. En el pie de página, que fue lo que le terminó de helar la sangre, vio su firma en tinta azul y la fecha. 31 de Octubre de 2018.

El mundo se le vino encima.

El suceso en casa de Johanna, lo último que recordaba y del cual no tenía ni la menor idea de cómo había logrado salir con vida, había tenido lugar en el año 1989. Acababa de dar un salto de veintinueve años que le dio una sensación de vértigo tan grande que estuvo a punto de perder la conciencia. Si no le fallaban las cuentas, tenía exactamente setenta años. Se le había

esfumado delante de sus propias narices como quien dice toda su vida, y estaba a punto de empeñar sus últimos años de la peor forma posible.

Dejó caer sus arrugados párpados sobre sus ojos y un par de lágrimas brotaron como las últimas gotas de una estación lluviosa. Toda su fuerza, toda su energía y sus ganas por cambiar las cosas y recuperar su vida, acababan de abandonarlo.

—Señor Kaufman, ¿se encuentra bien? ¿Recuerda ya la conversación que tuvimos ayer? Es normal que se sienta confuso, o desorientado. No todos los días se somete uno a una operación así, pero tiene que ser optimista y pensar que los médicos encontrarán dónde está el problema y conseguirán arreglarlo. Y usted dejará para siempre de pensar que ha perdido años de su vida y que ha saltado del pasado al futuro.

Cuando Melanie dijo aquello Harald recobró un poco la cordura, que en el último par de minutos parecía ser algo que iba y venía constantemente, como las olas del mar en una playa olvidada.

¿Iban a someterlo a una operación para que dejase de pensar que había saltado en el tiempo? ¿Qué tipo de locura era esa? ¿Por supuesto que había saltado en el tiempo!

Sin mediar palabra empezó a tirar con todas sus fuerzas de las correas y a gritar a voz en cuello.

Melanie miró a los dos celadores, que borraron de inmediato esa expresión alegre, y les hizo un gesto con el cuello. Sin mediar una sola palabra, se afanaron en sujetar a Harald por ambos brazos. Estaban tan fuertes que a Harald le dio la impresión de que le iban a partir los como si fuesen frutos secos. Melanie sacó una jeringuilla del bolsillo de su bata —Al parecer ya contaba con que la podía necesitar—, y sin dudar ni preguntar la introdujo en el muslo derecho de Harald de un solo golpe.

—Siento tener que hacer esto, señor Kaufman, pero está muy nervioso y eso no es bueno para la intervención. Lo que acabo de ponerle es un calmante de acción rápida que le ayudará a ver las cosas de otra forma.

En cosa de dos o tres segundos, Harald dejó de hacer fuerza con los brazos y también con sus cuerdas vocales. Se quedó medio dormido y las babas empezaron otra vez a surcar el contorno de su cara a través de los bordes de su boca.

Melanie se acercó a él, sacó una mini linterna, la puso a un centímetro de sus ojos, y la volvió a guardar. Harald pudo apreciar bien que detrás de esos

labios rojos, detrás de ese embriagador aroma y ese rostro tan bello e inmaculado, no había nada.

—Está listo para el traslado, va al quirófano seis —dijo Melanie dirigiéndose a los dos celadores. Mark y Andy no contaron ni tres antes de proceder a quitarle el freno a la cama. La pusieron en movimiento con un par de hábiles tirones y pusieron rumbo hacia ese lugar frío e inerte en el que le abrirían la cabeza para tratar de ver lo que había dentro. Como si no fuese más que una de esas cápsulas del tiempo que alguien abrirá un día y se entrometerá en el pasado de otro alguien.

Harald trató de mantenerse despierto, pero a pesar del enorme esfuerzo que hizo, los ojos se le cerraron como si pesasen toneladas.

Y después todo quedó como en modo pausa.

Cuando Helmut Ashcroft entró al quirófano número seis, tuvo un pálpito. Uno de esos que solo se es capaz de interpretar cuando se tienen muchos, muchos años. Y ese pálpito, como un extraño lenguaje oculto en algún lugar del cuerpo humano, le dijo que el señor Kaufman no saldría victorioso de aquella batalla. Pero ya que estaban todos allí, había que proceder y había que intentarlo, a pesar de.

—¿Ya está anestesiado? Creo que dejé bien claro que quería tener un par de palabras con él antes de empezar —dijo Helmut visiblemente molesto echando un vistazo rápido al resto de su equipo. Llevaba los guantes estériles de látex subidos casi hasta el codo. Las manos hacia arriba y la mascarilla quirúrgica.

—No, doctor Ashcroft, le he puesto un calmante de acción rápida para proceder a su traslado, estaba muy nervioso y ha sido la única forma. No debería tardar en despejarse —dijo Melanie dando un paso al frente. El gorro verde para recoger cada mechón de pelo, le impedían balancear su cabellera y desprender su tentadora fragancia.

Helmut asintió y casi como por arte de magia, Harald empezó a abrir los ojos y a dar muestras de estar despejándose, tal y como había dicho Melanie.

Ante él vio a unas cinco o seis personas, difícil de precisar el número y el género exacto en esas circunstancias, con largos guantes de látex, mascarillas faciales y gorros en la cabeza. Lo escrutaban con la mirada, lo esperaban. Y él no recordaba haber sentido nunca tanto miedo, tanta desolación. Estaban a escasos segundos de abrirle la cabeza y hacer con su cerebro Dios sabe qué. Una cabeza que no dejaba de ser la de un chico de diecisiete años, tan asustado y acobardado como puede serlo alguien que todavía cree que de los malos siempre se termina por despertar.

El doctor Helmut Ashcroft se bajó la mascarilla y dio un paso al frente.

—Señor Kaufman, todavía está un poco aturdido por el calmante que le ha suministrado la enfermera Melanie Scott, pero quiero transmitirle tranquilidad y recordarle que está usted en las mejores manos. Tal y como le he dicho en más de una ocasión, la intervención es más sencilla de lo que parece...

—¿Quién es usted? ¿Cuándo hemos hablado? —preguntó Harald en cuanto volvió a sentir la lengua como una parte más de su cuerpo y no como un pedazo de carne imposible de masticar y de tragar.

Helmut no pudo evitar mirar a Melanie y después al resto de su equipo. Y entonces se dijo, el señor Kaufman, no puede quedarse peor de lo que ya está.

—Señor Kaufman, soy el doctor Helmut Ashcroft, y he llevado su caso desde que llegó al Instituto, es normal que se sienta confuso, ha pasado usted por mucho y es casi un milagro que esté aquí. Pero le recuerdo que está en las mejores manos, y que vamos a hacer todo lo posible por ayudarlo. Quisiera preguntarle algo antes de empezar, ¿podría decirme en qué año nos encontramos si es tan amable?

Harald se tomó aquello como una última oportunidad para salvarse.

—En el año dos mil dieciocho, por supuesto —dijo Harald sintiendo de nuevo que la lengua se le empezaba a trabar.

—Y dígame, ¿cuándo fue el último salto en el tiempo que usted dio?

Harald dudó qué responder a eso. Se imaginó, de nuevo, que esas preguntas trataban de medir su cordura, esa que iba y venía como las olas del mar. ¿Se lo digo? Se preguntó: me refiero a lo que pienso en realidad.

—No he dado ningún salto, no sé de qué me están hablando ni qué hago aquí. Ha habido una terrible equivocación... —La lengua se le trabó antes de terminar la frase y la sintió como si fuese un trapo sucio luchando por ocupar toda su boca.

El doctor Helmut Ashcroft ya no dijo nada más, pero se volvió a colocar la mascarilla en el sitio haciendo caso omiso de aquello de preservar la esterilidad en todo momento. Y eso solo podía significar una cosa. Que Harald no debía haber pasado esa especie de prueba final.

«El viajero en el tiempo» miró al doctor Ashcroft a los ojos, clamando piedad y suplicando con la mirada. Después buscó en los ojos del resto del equipo, pero allí todos tenían algo más importante que hacer que mirarlo a él. En ese momento se preguntó qué le impedía salir de allí dando golpes y puñetazos. Así llegó al mundo y si era preciso así se iría. Comprobó que, efectivamente, no tenía puestas las correas. Volvió a repetirse que con un par de empujones y de puñetazos bien dados saldría de allí corriendo antes de que le abriesen la cabeza. Así estaría salvado. Pero cuando trató de mover las piernas, no obtuvo respuesta por parte de ellas. Con los brazos le pasó exactamente lo mismo. ¿Qué demonios le habían hecho?

—Señor Kaufman, no trate de moverse ahora, ya le han puesto la anestesia y es cuestión de pocos segundos que se quede completamente dormido, para usted será como si se hubiese echado una buena siesta. Una siesta de la que se despertará con una buena venda y, si Dios quiere, unos cuantos quebraderos menos de cabeza —dijo el doctor Ashcroft antes de continuar preparando su instrumental.

Harald trató de gritar nuevamente, pero volvió a sentir la lengua como si fuese un filete de carne cruda. El único músculo que podía mover era el de los ojos, que le mostraron la terrorífica imagen de uno de los doctores poniendo en marcha una pequeña sierra circular, una especie de radial. El ruido de la cuchilla al girar era espeluznante, y eso que todavía no había tratado de abrirse paso a través del hueso de su cabeza. Aunque esa visión duró muy poco, sus párpados se le cerraron de golpe como si fuesen dos pesadas losas. Lo único que le separaba del sueño profundo en ese momento eran sus oídos. Todavía podía escuchar. Y pensar. Era lo único que podía hacer. Y lo que escuchó no le gustó.

No le gustó nada.

—¿Está dormido? —preguntó el doctor que sostenía la sierra.

—Enseguida lo compruebo, doctor Shy —dijo una voz femenina. La voz femenina era la de Melanie, la enfermera. Hasta en esa terrorífica situación resultaba dulce. Tras un par de segundos en los que debió hacer algún tipo de comprobación de la que Harald no tuvo constancia alguna, respondió—. Sí, está dormido, puede empezar a retirar el trozo de cráneo frontal que nos va a hacer falta para la estimulación cerebral. ¿Le delimito el área?

—Sí, por favor.

—Enseguida, doctor Shy.

El ruido de la sierra se detuvo y los siguientes segundos fueron pura angustia.

Melanie se acercó a Harald y, con un pulso firme y delicado, le pintó con un rotulador una especie de diana rectangular en la frente. Una ventana por la que mirar en el interior de su cabeza.

A continuación volvió a escucharse el encendido de la sierra eléctrica.

Y ahí fue cuando Harald se dijo que había llegado el momento de olvidarse de todo y abandonar el campo de batalla. A veces es bueno saber cuándo izar la bandera blanca. Si momentos antes había pensado en marcharse dando golpes, ahora pensó que si apenas le quedaban minutos de vida, si ese

iba a ser su final, lo más sensato e inteligente sería pasarlo pensando en sus seres queridos, no dando coces y berridos.

En sus padres fue en quienes pensó primero. Casi con total probabilidad estarían muertos porque de no ser así estarían tocando como quien dice las tres cifras, y muy pocos llegan a los cien. Se le pasó por la cabeza imaginar cómo debieron ser los últimos días de su padre en el interior de aquel pulmón de acero. Y eso lo entristeció. Cuando ves flaquear alguien que con tanto vigor ha vivido, te dices que absolutamente nada permanece. Todo cuanto nos rodea es tan efímero y pasajero como un suspiro. Y pensar en eso lo aterró.

Después se acordó de su hermana Kelly, la que estaba siendo devorada por el cáncer. Ese monstruo invencible de múltiples caras y nombres. No tuvo tiempo de verla en ninguno de los saltos que había dado. Aquello le fastidió especialmente porque en el último, su hermana Natalie había sido bastante explícita en cuanto a su estado y su esperanza de vida. Pero él tuvo que volverla a joder yéndose otra vez detrás de la dichosa Johanna Neuman. Al menos se consoló recordando la última imagen que tenía de ella, la de una jovencita de piel tersa y lozana que sonreía constantemente, a pesar de todo y en cualquier situación. Se preguntó si al final se iría a la otra vida con esa bendita sonrisa en la cara, internamente lo apostó todo a que sin lugar a dudas, así debió ser. Para Tom también tuvo un par de pensamientos. Ese hermano al que se quería parecer pero que nunca llegó a conocer del todo. Curioso, ¿no? Al fin y al cabo la admiración no tiene por qué tener una razón de ser ni unas reglas exactas. Recordaba cuando le aconsejó que cuidase bien de Amy, Amy Waters, y también de su Tessa, su prometida en secreto. Al final su hermano acabó siendo engullido por las fauces del maldito Vietnam, Tessa en los brazos del indeseable de Frank Lavallo, y Amy... Todavía no había terminado con su familia. Le quedaba Nat. Deseó que al final hubiese encontrado a alguien que la hiciese feliz. Alguien que la entendiese y le diese ese afecto del que tanto adolecía. Podría ser posible que ella todavía continuase con vida. Podría. Y que estuviese sonriendo en ese preciso momento.

La sierra se escuchó aún más cerca. El ruido se intensificó y se detuvo en un par de ocasiones. Imaginó que coincidiendo con las incisiones.

No sentía nada a nivel físico, aparte de lo que le llegaba a través de sus oídos, pero por alguna razón sí sintió cómo una gota surcaba toda su cara. Una gota que imaginó que sería sangre. Aunque a lo mejor puede que fuese una lágrima.

—Ya estoy terminando. Voy a repasar las incisiones y extraemos el hueso craneal —dijo el doctor Shy, el encargado de abrir esa ventana en la parte superior de su cabeza.

Era cuestión de segundos que empezaran a hurgar en su cabeza, como si fuese la caja de fusibles de un cuadro eléctrico. Y se quería despedir de una persona en particular. Una que inconscientemente se había reservado, como ese gran bocado, para el final. Amy Waters. No dejaba de preguntarse por qué nunca le prestó la atención que merecía. Ni tampoco por qué no podía dejar de pensar en ella ni por qué la dejó abandonada aquel día en el baile de graduación. Estaba preciosa, irradiaba vida, y estaba rendida a él. En cambió él tuvo que estropearlo todo y correr tras Johanna Neuman. Y no lo hizo una vez, sino varias. Todas y cada una de las veces que la misma tesitura se había presentado ante él. Siempre tropezando en el mismo error. Se imaginó cómo habría sido su vida de haber tomado otra decisión aquel día en el baile. Para empezar, tal vez no habría dado ningún «salto» y ahora mismo, en este preciso instante, estaría paseando con Amy. Cogidos de la mano a punto de entrar al cine. Planeando lo que harían el próximo domingo o discutiendo sobre qué nombre les pondrían a sus futuros hijos.

Otra gota rodó por su cara. Y esta vez sí estuvo seguro de que había sido una lágrima y no la sangre de su cabeza.

—¿Habéis visto eso? —preguntó una voz masculina que hasta el momento no había intervenido.

—¿El qué? —respondió el doctor Ashcroft.

—Me ha parecido ver que le caía una lágrima. ¿Puede ser?

—Puede ser. Tal vez haya tenido un espasmo en el lagrimal. Ten en cuenta que estamos a punto de acceder a su sistema nervioso central. Cualquier cosa que veas o escuches a partir de ahora es normal —sentenció Helmut con autoridad—. Cualquier cosa —apuntilló con aterradora solemnidad, y la persona que le había hecho la pregunta se preguntó si no se habría equivocado de profesión. Las piernas le temblaron mientras observaba cómo un hilillo de sangre salía por una de las orejas del paciente que tenía enfrente.

La sierra volvió a gemir y Harald trató de centrar de nuevo sus pensamientos en Amy. Se preguntó si estaría viva y le deseó todo lo mejor. Lo mejor que era capaz de imaginar, y de nuevo le pidió perd...

El ruido de un fuerte portazo lo sacó de sus pensamientos. Y por lo visto no fue al único. La sierra pareció alejarse unos centímetros de sus oídos. Otra

gota avanzó por toda su cara. Esta vez sí debía ser de sangre.

—¡Paren inmediatamente esa operación! ¡Paren esa operación! La policía está a punto de llegar. ¡Lo que están haciendo es ilegal! ¡Esa intervención no tiene ningún respaldo médico ni legal! ¡No existe autorización válida para una operación así!

A Harald casi se le para el corazón al escuchar aquella voz. ¿Era realmente quien le había parecido que era?

—¿Quién es usted? ¿Quién la ha dejado entrar? Usted es la que no tiene ningún derecho a estar aquí, está interfiriendo en una delicada intervención quirúrgica y poniendo en riesgo la vida de una persona —respondió airado el doctor Ashcroft.

—Le he dicho que paren inmediatamente la operación. Saben perfectamente que esa intervención es ilegal. Están acabados. Se lo aseguro. Así que ni se les ocurra ponerle un solo dedo más encima sino quieren testificar como acusados de un delito contra la especie humana —Esa voz se escuchó ahora más cerca y más nítida.

Y ya no le cupo ninguna duda de a quién pertenecía. Desde luego que no. Era Amy. Su Amy otra vez.

—Harald, estoy aquí, Harald, he venido a por ti. Nos vamos a casa —su voz sonó tan dulce como ese primer susurro en el oído, en medio de la total oscuridad.

Harald sonrió internamente de pura felicidad y se sintió de nuevo como en casa. Como en esa casa de 1965 llena de vida y de ruido en la que a tan solo unos metros de distancia vivía su vecina, mejor amiga y, ¿futura mujer?, Amy Waters. Esa casa en la que su padre y su madre esplendían vitalidad y sus hermanas soñaban con grandes vidas mientras que su hermano Tom ponía a punto la Venom para hacerla rugir como nunca. Para hacerla volar.

—No te preocupes por nada, Harald, estoy aquí y he venido a llevarte conmigo, ¿vale? Y a decirte que te quiero, que siempre te he querido y que te perdo...

Por alguna razón, el sentido del oído también lo abandonó y no pudo escuchar cómo acababa esa frase de Amy. Esa frase. Pero esa sensación de estar de nuevo en casa todavía perduró durante unos cuantos segundos.

Y después, de nuevo como ese oleaje en una playa olvidada, su conciencia se fue mar adentro y todo se quedó en silencio.

Todo.

—¡Harald! ¡Harald! ¿Pero qué has hecho?

Nolan Bushnell se llevó las manos a la cabeza al ver a Harald allí sentado y «conectado». Tenía la piel de la cara del color de la pechuga de pavo cuando ya ha entrado en la fase de exudado y es inminente que empiece a oler mal. Por su aspecto le dio la impresión de que tal vez, su amigo, socio y único ser querido que le quedaba, acababa de hacer el último viaje. «Ese» viaje para el que solo existe el billete de ida y cuyo destino queda un poco más lejos de lo que alcanza nuestra consciencia. Se afanó en quitarle el casco para la simulación y experiencia extracorporal y apagó el interruptor para las emergencias de todo el sistema. «*Volver*» emitió un ruido parecido al que hace el fuego cuando se apaga con un cubo de agua, pero todavía tardó un par de segundos más en mostrar la «luz verde» para la desconexión segura de todo el equipo de estimulación neurosensorial. A Nolan le temblaban tanto las manos que le costó mucho más de lo normal extraer los electrodos intradérmicos de su pecho y de su espalda, ni que decir del cable que iba directamente al tallo cerebral. Se había quedado medio pegado a la piel de su nuca, como la suela de un zapato en una carretera recién alquitranada, y al estirar provocó que el cuerpo de su amigo diese una espantosa sacudida que hizo vibrar hasta el suelo. Comprobó con cierto alivio que, aunque de forma débil, todavía respiraba. Trató de tomarle el pulso en el cuello primero y después en la muñeca, pero no encontró ni rastro de actividad cardíaca.

—¡Harald! ¡Harald! ¿Por qué lo has vuelto a hacer? ¿Por qué? —Las lágrimas empezaron a brotar de los viejos y arrugados ojos de Nolan. Surcaron la piel de su cara, esa piel salpicada de manchas solares, y se perdieron en el cuello de su camisa como el rastro que deja la resaca marina.

Corrió todo lo rápido que le permitieron sus débiles y artríticas piernas hacia el extremo norte del laboratorio de pruebas y descolgó de la pared el desfibrilador automático portátil.

Regresó con los primeros síntomas de su ágor inestable haciendo acto de presencia y pegó los dos electrodos del desfibrilador al pecho de Harald, su viejo amigo de la infancia.

Hicieron falta cinco descargas y llegar a la potencia máxima para que el pecho de Harald empezase a moverse por sí mismo. Su cuerpo, literalmente,

echaba humo. Como cuando echas un par de salchichas frías a la sartén y todavía no se han empezado a dorar.

—¿Se puede saber por qué demonios has vuelto a conectarte a «*Volver*»? Sabías perfectamente lo que pasaría, y aun así lo has hecho. Tu cuerpo ya no está preparado para conectarse de nuevo, lo sabes de sobra, hace años que dejó de estarlo. ¿Es que quieres morir, estúpido? —A Nolan le aterraba la idea de quedarse solo en el mundo, algo que, a los ochenta y cinco años de edad y no habiendo tenido descendencia, era más fácil de lo que parecía. Toda una vida yendo y viniendo para acabar con... ¿un solo amigo? Y gracias.

Harald entreabrió los ojos con lentitud y al reconocer a Nolan frente a él, lejos de alegrarse, le empezaron a caer las lágrimas. Unas lágrimas tan amargas como ese mal trago para el que nadie te prepara. Del que nadie tiene narices a hablar.

—¿Cuánto tiempo llevas conectado? ¿Eh? ¿Cuánto? —Nolan, viendo que Harald no tenía demasiadas ganas de hablar y que estaba sufriendo «las primeras arcadas» demasiado pronto, echó una vista a la pantalla de control de la consola principal de «*Volver*». Y lo que vio lo dejó completamente helado. Cuatro días y cinco horas de «viaje». Tiempo suficiente para mandar al otro barrio a prácticamente el noventa y nueve por cien de la población. Por no hablar de que ese tiempo era más que suficiente para dejarte el cerebro como una lechuga. La máquina no estaba preparada para viajes de más de un día. La mayoría de pruebas que habían hecho para aumentar ese tiempo habían acabado relativamente mal.

—¿Pero estás loco? ¿Es que te quiere matar? ¿Es eso? ¿Querías matarte? Dime, ¿me reconoces? ¿Sabes quién soy? —Nolan trataba de asegurarse de que a su amigo no se le había frito el cerebro.

Las «primeras arcadas» dieron paso a las «segundas arcadas», también con mucha mayor antelación de la normal. Harald giró la cabeza hacia la derecha en un gesto instintivo y echó una papilla de color amarillo sepia que tardó décimas de segundo en inundarlo todo de un fétido olor.

—¿Qué día es hoy, Nolan? ¿Qué día es? —Las palabras de Harald parecían como esos náufragos que esperan un rescate en alta mar. Braceando en medio de la más absoluta nada.

—Demonios, Harald, ¿cómo que qué día es hoy? ¿Cómo que qué día es hoy?

—¿Qué día? —En los ojos de Harald había verdadera urgencia.

—Veintiuno de mayo, del año dos mil treinta y tres —dijo Nolan sabiendo en qué estaba pensando su amigo. No solo había tratado de viajar atrás en el tiempo, sino de quedarse en ese tiempo pasado. El verdadero anhelo que lo empujó a embarcarse junto a él tantos años antes en la creación de «*Volver*».

La expresión de Harald fue de pura desolación.

—¿Está viva? ¿Está ella viva ahora? ¿La has visto? —No era la primera vez que hacía esa pregunta después de uno de aquellos «viajes». Siempre con la esperanza y el sueño loco de, ¿y si a la vuelta resulta que...?

—Dios mío, Harald, por supuesto que no, lo sabes de sobra. Eso no puede ser ni nunca podrá ser posible. Murió, Harald, murió en el 1965 y nada ni nadie podrán cambiar eso nunca. Lo que intentas no es posible, ¿no te das cuenta? ¡No estás viajando al pasado realmente, Harald! ¿Lo entiendes? El viaje es solo una recreación de lo que pasó, solo tiene lugar en tu memoria, solo te has estado moviendo aquí arriba —Nolan puso uno de sus torcidos dedos en el centro de la frente de Harald, que, tras escuchar eso, experimentó las «terceras arcadas» y echó una papilla de color verdoso. Del color de la piel del aguacate. Esta vez sin el olor de la anterior.

Harald se levantó a duras penas del sillón. Estaba deshidratado, desnutrido y con una atrofia muscular generalizada. Se tambaleó como una cría de ciervo nada más nacer y al tercer paso se fue al suelo con suma torpeza. Ni tan siquiera puso las manos para evitar darse de morros en el suelo. Se escuchó un ruido con eco, como el que hace una cacerola cuando la golpeas con un cucharón de madera. Un dong.

—Harald, ¿quieres hacer el favor de estarte quieto? Llevas más de cuatro días conectado, cuando sabes de sobra que el límite es uno, es un milagro que estés vivo, así que haz el favor de quedarte quieto de una vez y dejar que yo me encargue a partir de ahora, ¿estamos?

Harald entrecerró los ojos con debilidad. Su mirada estaba fija en la nada. Sus ojos habían ido adquiriendo en los últimos años un extraño tono gris, igual que el que tienen la mayoría de bebés al nacer.

—¿Me has oído, Harald? ¿Me has oído?

Harald tragó saliva y las lágrimas corrieron por su cara.

—No inventamos «*Volver*» para que te matases, por Dios, lo inventamos para que gente como tú o como yo pudiese disfrutar de nuevo de algunos momentos de su pasado de forma muy puntual y controlada, pero de ningún

modo para que te quedases atrapado allí dentro ni mucho menos para que intentases locuras como cambiar lo que ya pasó o evitar que una persona muriese —Nolan trataba de que su «socio» fuese consciente de lo que había hecho, entonces el «lo siento me he equivocado» y prometiese no volverlo a hacer, pero nada de eso ocurrió. Harald estaba abatido. Deshecho. Había vuelto con las manos vacías otra vez. Y Amy seguía muerta, igual que los últimos sesenta y siete años.

Y los muertos no vuelven a la vida. ¿Verdad que no?

Tras tres intentonas más, finalmente Harald «se dejó» convencer para ir a casa, darse una ducha, comer algo y, sobre todo, descansar hasta que su cuerpo se recuperase. Y ya tendrían tiempo de hablar. De que entonces el «me he equivocado» y el «no lo volveré a hacer».

—¿Estarás bien solo? Preferiría quedarme en tu casa esta noche, Harald. Tus constantes parecen estar bien, pero no tengo claro si están estables.

—Estaré bien, de verdad, solo necesito descansar, me parece que voy a dormir por lo menos treinta horas seguidas —Tras una ducha y una cena ligera basada en líquidos, lo cierto es que Harald se sentía algo mejor. Lo suficiente para aparentar cierta seguridad.

—Como quieras, pero prométeme que descansarás y que me llamarás si necesitas hablar o si se te pasa por la cabeza ir a... ya sabes, «*Volver*».

—Tienes mi palabra, Nolan, muchas gracias por todo, amigo, descansa tú también, y disculpa por... el susto —Harald agachó la mirada, avergonzado.

Nolan asintió en silencio mientras sujetaba el viejo sombrero de fieltro gris con el que se tapaba los cuatro pelos que le quedaban en la cabeza. Pero antes de marcharse, y viendo que todo parecía haberse quedado en un susto, como co-creador de «*Volver*», sintió cierta curiosidad científica por la experiencia que había tenido Harald.

—Harald, ¿te importa si te pregunto...?

—¿Cómo ha sido? Para nada.

Nolan asintió con cierta vergüenza. Incluso se puso un poco rojo. No era el momento más apropiado para hablar de aquello, pero esa curiosidad suya...

—En realidad ha sido más o menos como las veces anteriores. Solo que esta vez ha durado más, el viaje ha sido más largo.

—Cuatro días y cinco horas...

—Exacto, más de cuatro días.

—¿Y cómo configuraste «*Volver*» para hacer algo así?

—Como siempre. Le puse una fecha exacta, en este caso...

—El catorce de mayo de 1965, como todas y cada una de las más de cien veces que te has conectado —intervino Nolan sin ánimo de reprobación.

—Sí, esa fue la fecha que escogí. Ya sabes, el día del baile graduación, el día que... —A pesar de haberlo hablado y verbalizado un millón de veces y de que Nolan lo sabía de sobra, y también, aparte de las veces que había «viajado» hasta allí con «*Volver*», no conseguía sacarse de la cabeza esa angustia que le provocaba su recuerdo. El recuerdo de la tragedia. De la

muerte de Amy. Y todas y cada una de las veces, se le encogía el corazón.

—¿Y la vuelta? ¿Cómo configuraste la vuelta?

—No configuré la vuelta, Nolan —Harald aguantó la mirada a la espera de la reacción de su amigo, que no tardó en llegar.

—¿Cómo que no configuraste la vuelta? Eso no es posible, el código fuente no lo permite.

Harald negó con vergüenza y arrepentimiento.

—Ahora sí...

Nolan se llevó las manos a su pelada frente.

—Por el amor de Dios, Harald, ¿pero qué has hecho? ¿Se te ha ido la cabeza? ¿Era esto un suicidio? ¿Eh? ¿Era esto un adiós?

—Siento no haberte consultado antes y haber utilizado tus claves, estoy avergonzado, y no, no era un suicidio ni un adiós, era un... un último intento.

Para modificar el código fuente de «*Volver*» hacían falta las claves de los dos. Pero tras más de setenta años de amistad y a punto de entrar en el hangar, Nolan no se imaginó que tendría que ir escondiendo sus claves delante de su único amigo.

—No pasa nada, Harald, pero no lo vuelvas a hacer, por favor, no lo vuelvas a hacer —Harald asintió sin levantar la vista—. Bueno, ¿y qué? Tras ese catorce de mayo del sesenta y cinco, ¿qué diablos ocurrió después? ¿Estuviste vagando por los cuatro tormentosos días posteriores al baile de graduación? Debe de haber sido duro... muy duro...

—Nada de eso —En la cara de Harald se dibujó una sonrisa. En la de Nolan, el signo de la inteligencia creadora. Se le puso cara de científico, de conquistador—. Después del día del baile de promoción, he estado como... dando saltos, ¿entiendes? Ha sido extraño.

—¿Saltos? ¿Qué demonios significa eso?

—Sí, saltos en el tiempo. Tras ese día de mil novecientos sesenta y cinco amanecí en el setenta y seis, después en el ochenta y nueve, luego en el dos mil dieciocho, y luego... ha sido cuando me has despertado... —El rictus de Harald se tornó serio—. Ha sido como si el presente, el verdadero tiempo al que pertenezco, hubiese estado absorbiéndome a pequeños saltos hasta traerme de vuelta hasta aquí otra vez. ¿Sabes lo que quiero decir?

Harald hizo una pausa y en su rostro emergió cierta contrariedad. La verdad es que todavía no sabía muy bien por qué la máquina se había

comportado así, por qué «*Volver*» lo había estado poniendo nuevamente en situaciones con un extraño parecido a...

—¿Y bien? —La enfermiza curiosidad científica de Nolan lo estaba devorando por dentro.

—¿Y bien, qué?

—¿No tienes nada más que contarme?

El brillo volvió de nuevo a iluminar los ojos de Harald.

—No sé exactamente cómo definir lo que ha ocurrido, Nolan, pero ha sido increíble. He visto a Amy, amigo mío, y no me refiero al día del baile de promoción. La vi en el setenta y seis, en el ochenta y nueve y en el dos mil diez. ¿Entiendes? Es como si no hubiese muerto aquella noche del catorce de mayo. Y en todas y cada una de las veces... estaba viva y yo... discutía otra vez con Frank y la abandonaba nuevamente por Johanna... —Las lágrimas brotaron de nuevo de los cansados ojos de Harald. No solo nunca pudo superar lo que pasó aquel día, el día del baile de graduación, sino que se había pasado toda su vida tratando de repararlo, arreglar el pasado. Cuántas veces se había preguntado qué habría pasado si aquella noche, cuando Amy bailaba pegada a él a punto de decirle que lo quería, no hubiese salido corriendo hacia Johanna para quitarle de encima a Frank. Qué hubiese ocurrido si cuando empezaron los golpes y puñetazos por culpa suya y Amy trató de calmarlo, de pararlo, él se hubiese serenado y no la hubiese empujado ni tirado accidentalmente al suelo. Pero sobre todo, cuando llegó la policía y todo el mundo empezó a correr, con Amy todavía en el suelo, qué hubiese pasado si él no hubiese salido corriendo con Johanna, dejando a Amy allí tirada, a merced de los pisotones y de esa avalancha humana contra la que no pudo luchar, de la que nadie la pudo salvar. Si él no hubiese tomado ninguna de aquellas decisiones, Amy no habría muerto pisoteada por sus compañeros de promoción. Y entonces seguiría viva.

Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos. Como ese corte en una arteria principal. Por ejemplo en la yugular, por ejemplo allí abajo, en el «triángulo de Scarpa», también llamado el «triángulo de los toreros», por donde pasan la arteria y la vena femoral.

—Lo que pasó, pasó, Harald, y los errores que cometimos... en fin, somos humanos, socio, y nos equivocamos, está en nuestra naturaleza —Nolan había tratado millones de veces de hacerle entender que no fue culpa suya, que fue un trágico accidente, y los accidentes pasan, nos gusten o no. Y a sus

ochenta y cinco años, todavía seguía pensando que merecía la pena intentarlo.

—Tú no lo entiendes, Nolan, es como si en cada uno de los «saltos» se me hubiese presentado nuevamente la oportunidad de hacer bien las cosas, de elegir a Amy en lugar de a Johanna, de protegerla y de tratar de estar con ella a toda costa. En cambio es como si mi maldita cabeza se empeñase una y otra vez en escoger nuevamente a Johanna Neuman en lugar de a ella... ¿lo entiendes ahora? ¿Lo entiendes? —Harald se estaba sofocando cada vez más.

—¿El qué? ¿Qué se supone que tengo que entender, Harald? ¿Qué debería de entender?

—¡Que todas y cada una de las veces elijo mal! ¡Maldita sea! ¡Siempre cometo el mismo error sin importar la situación ni el momento! ¿No lo entiendes? ¡Soy un maldito inútil! ¡Un estúpido egoísta! ¡Estoy condenado a cometer siempre el mismo fatídico error! ¡Y Amy continúa muriendo todas y cada una de las veces por mi culpa!

—¡Harald, por el amor de Dios! ¡Quitando del catorce de mayo del sesenta y cinco, esos días no han sido más que una invención de tu cabeza! ¡Eres tú el que no lo entiende! ¡Tu mente solo ha tratado de recrear una y otra vez la misma situación, una situación en la que tú actuaste de cierta manera, como podrías haber actuado de cualquier otra! ¡No sabías lo que pasaría! ¡Nadie puede! ¡Olvídate de una maldita vez! ¡Olvídala ya, por Dios! ¿Quieres saber por qué siempre eliges mal? ¿Por qué siempre te equivocas? Porque «Volver» te envía exactamente a tu mismo «yo», al mismo que eras en esa fecha, y ese «yo» es el mismo que era y actúa de la misma manera que lo hacía. ¿Y te preguntas por qué siempre te equivocas? Todas y cada una de las veces seguirás siendo «tú», Harald, el mismo que eras entonces, y todas y cada una de las veces harás exactamente lo mismo, todas —Nolan se estaba poniendo sumamente nervioso. Sabía que Harald nunca la olvidaría y que, a estas alturas, puede que ya fuese tarde para quitarle de la cabeza que la máquina que habían creado no era una máquina del tiempo, era más bien una máquina de realidad virtual.

Curiosamente, ver así a su amigo, hizo que Harald se sosegara un poco. Es difícil permanecer impasible ante el llanto y la desesperación más desconsolada de una persona de ochenta y cinco años. Más si esa persona no acostumbra a elevar la voz ni a perder los papeles. Como acababa de hacer Nolan.

—De acuerdo, Nolan, me parece que se ha hecho ya bastante tarde y que

los dos necesitamos descansar. Tienes razón. Nadie puede devolverle la vida a Amy, nadie puede cambiar lo que ya ha pasado. Puede que mi cabeza solo haya estado tratando de decirme que... lo deje estar de una vez.

Nolan lo miró pensando en si solo estaba diciendo aquello porque era lo que tenía que decir para tranquilizarlo, para que lo dejase en paz. No le cupo la menor duda de que así era. Demasiados años juntos. Todavía tenía dudas acerca de si los más de cuatro días que había estado conectado a «*Volver*» no le habían causado graves daños cerebrales. ¿Pero qué otra cosa podía más que confiar en él? Desde luego, ya no era ningún niño a quien hay que vigilar.

—Bueno, Harald, no sé si estás diciendo eso porque es lo que quiero oír o porque lo piensas realmente, pero lo que sí sé es que a los dos nos hace falta descansar, sobre todo a ti. Supongo que mañana lo veremos todo con más claridad, y podremos hablar, ¿te parece?

—Me parece.

Los dos amigos se dieron un fuerte abrazo y se despidieron con la promesa de hablar del tema de nuevo. No dejarlo en el tintero y hacer como si no hubiese pasado.

Una vez se quedó solo, Harald cogió aire con fuerza y repasó mentalmente todo lo que había «vivido» durante el tiempo que había estado conectado a «*Volver*». El primer día, el catorce de mayo del sesenta y cinco, había transcurrido más o menos igual que el resto de las más de cien veces que había «vuelto» a intentarlo, igual que en el «original», pero ¿qué demonios había pasado con los otros días? Por mucho que Nolan dijese que solo había sido una invención de su cerebro, una recreación de los mismos hechos pero con otro decorado y en otro año, a él le había parecido tan real como ese catorce de mayo del sesenta y cinco. Le había parecido como si de algún modo, esa extraña realidad paralela en la que Amy seguía viva a través de la cual había ido saltando hasta reencontrarse de nuevo con «su» presente, existiese de alguna forma que no alcanzaba a comprender, al menos en parte. Sabía que «*Volver*», en el fondo solo era una poderosa máquina con un avanzadísimo software de última generación y unas novedosas conexiones que hacían que pudieses revivir casi cualquier momento de tu pasado, revivirlo casi de forma exacta a como lo viviste en su día, pero aún así, la experiencia era tan sumamente real que... ¿quién sabía si no estarían creando como una especie de realidad paralela? ¿Era eso posible? ¿Podía suceder algo así? Su cabeza le decía que no, pero su corazón le decía que a veces, lo imposible es justo lo que ocurre.

Y entonces se le ocurrió la loca idea de hacer un par de comprobaciones.

Corrió hasta su ordenador y se conectó a las bases de datos de la población a las que tenía acceso de forma clandestina. Tecleo el nombre de Amy Waters y...

A punto estuvo de venirse abajo al ver que la fecha de su defunción seguía siendo la misma, ese fatídico 14 de mayo del sesenta y cinco. Tenía la esperanza de haber cambiado algo, haberle dado al menos un día más, pero, ¿por qué iba a haber cambiado nada si «volviese» las veces que «volviese» él seguiría comportándose de la misma manera porque seguiría siendo el mismo, tal y como había dicho Nolan? Tras preguntarse eso, lejos de venirse abajo, su mente empezó a funcionar en toda su magnitud. En su cabeza se abrió una nueva posibilidad. Una nueva vía. Él seguía siendo el mismo el día que volvía, en este caso, el catorce de mayo del sesenta y cinco, ¿pero qué ocurría

con el resto de días posteriores? ¿También era él mismo o se iban produciendo pequeñas variaciones con los días?

Se le ocurrió una forma de comprobarlo.

Buscó el nombre de su hermano Tom en la base de datos. Nada. La fecha de su muerte también había sido el mismo día y en el mismo escenario. Sin cambios aparentes. Maldito Vietnam.

Introdujo el nombre de sus dos hermanas, Nat y Kelly. Mismo resultado. Kelly había muerto de cáncer de mama y Nat completamente sola en la residencia Paradise Fields. Su orgullo le impidió trasladarse a su enorme casa cada una de las veces que se lo propuso. Las fechas de su muerte, si no recordaba mal, coincidían con la realidad.

Harald se quedó pensando un momento frente al ordenador. Lejos de entregarse a la consternación, probó con el nombre de sus padres, y no tardó en ver que la fecha de su muerte seguía siendo la misma, pero...

¿Qué demonios? Se dijo.

¿Qué demonios es eso?

Vio una noticia en la que se hacía referencia a que su padre se había convertido en la persona que más años había vivido en el interior de un «pulmón de acero». Los ojos de Harald se iluminaron y la boca se le secó como un trapo húmedo secado al sol. En el recuerdo que él tenía de la realidad actual, su padre jamás había pisado el interior de uno de esos trastos, aquello solo había tenido lugar en uno de esos «saltos» que había estado dando hasta el presente, concretamente en el segundo, en el del ochenta y nueve, cuando su hermana Nat le ordenó que se hiciese cargo de sus responsabilidades y lo limpiase. Pero la realidad era que su padre había muerto en la cama de su casa sin más aparataje que una mascarilla de oxígeno. Con los pulmones completamente deshechos, sí, como consecuencia de su trabajo en la mina y de su desmedida afición al tabaco, pero lo del pulmón de acero era algo completamente nuevo. Estaba seguro. Tan nuevo como su renovada esperanza.

El corazón le empezó a latir con fuerza.

Si había cambiado algo, por poco que fuese, si lo del pulmón de acero era cierto, podía cambiar el resto. Le costase lo que le costase. Podía salvar a Amy. Solo era cuestión de encontrar la forma de hacerlo. Pero lo haría.

Se levantó como un resorte y se fue directo al baño. Necesitaba comprobar algo más, necesitaba una prueba de confirmación que le dijese que

lo del pulmón de acero no había sido el único cambio. Se miró la frente con detenimiento en el espejo. Con mucho detenimiento. Sabía que era una locura pensar que allí podía encontrarse lo que estaba buscando. Pero...

Pero.

Tuvo que agarrarse con fuerza a la pila del lavabo para no caerse de bruces y añadir otro golpe más a la colección que guardaba en la cara.

¿Podía ser posible realmente lo que estaba viendo en aquellos momentos? Explotó en una desmedida carcajada que hasta a él mismo le pareció un tanto histriónica. No era para menos.

En la parte superior de su frente, de forma casi imperceptible y muy muy suave, pudo ver la tenue silueta de una cicatriz. Una cicatriz con forma de una ventana de unos cuatro centímetros de largo por dos de alto. Y esa cicatriz solo podía deberse a una cosa. La operación con el doctor Helmut Ashcroft y su enfermera Melanie. La operación en la que estaban tratando de «curarlo».

Y, obviamente, él no recordaba haber sido operado nunca de la cabeza. Ni por asomo. Recordaría algo así. Y sin embargo esa cicatriz, aunque muy poco visible, ahí estaba. Aquello también pertenecía a uno de esos saltos, concretamente al último y más terrorífico de todos.

Le empezó a palpar todo el cuerpo. Sintió cómo el corazón le golpeaba no solo en el pecho, sino también en las sienes y en la nuca.

¿Había cambiado realmente ciertas cosas tras su viaje al pasado o aquello solo eran imaginaciones suyas? ¿Se había traído esa cicatriz de ese viaje?

Introdujo el nombre de Helmut Ashcroft en la base de datos y vio que, efectivamente, existía un Neuropsiquiatra con ese nombre. Sus ojos se llenaron de vida al ver que todavía vivía y que disponía una dirección pública.

Se calzó de nuevo los zapatos y se puso una cazadora por encima. No había tiempo que perder. Tenía que ver cuanto antes al doctor Ashcroft y preguntarle si se habían conocido en el pasado, si era él el responsable de esa cicatriz.

Llamó a un taxi y de camino hasta el lujoso barrio donde residía el doctor, su cabeza empezó a darle vueltas a cómo podía volver de nuevo a conectarse y conseguir salvar a Amy. Lo primero que pensó fue, sería tan fácil como decirle al Harald del 1965 que olvidase a Johanna y se centrara en quien de verdad importaba, pero claro, ¿cómo demonios podía darse un mensaje a sí mismo en el pasado? Esa sí que era una idea rematadamente

estúpida. Una locura. Pero rápidamente pensó en una segunda vía. Si el día «original» al que había viajado tantas y tantas veces, se reproducía exactamente igual que en el «original», y los pequeños cambios se habían producido en los días o saltos posteriores, sobre todo en los dos últimos, sería cuestión de...

Sus ojos se iluminaron de viva esperanza.

Para salvar a Amy quizás no tenía por qué viajar al día de su muerte, sino antes, mucho antes, así, de esa forma, tal vez...

Tal vez.

Podría ser que ella no muriese en ese estúpido baile de promoción.

Tenía que intentarlo.

Pero antes quería asegurarse de que el doctor Ashcroft y él se conocían. Esa sería una prueba real de que no estaba loco y que se habían producido cambios en el pasado. Cambios que habían tenido, aunque de forma leve, su incidencia en el presente.

Cuando se presentó frente a la casa del doctor, ya eran casi las diez de la noche. Hacía frío y la bruma lo estaba inundando todo de una blancura espesa. Humedad y frío.

Aporreó la puerta y esperó con el corazón en la boca.

Y la puerta no tardó en abrirse.

Ante él apareció la figura de un hombre mayor anudándose con esmero una elegante bata de seda llena de ornamentos. Quizá de su edad. Quizá unos años menos. Quién sabía. Aunque cuando se encendió la luz que había sobre el marco de la puerta, le pareció que la persona que tenía frente a él era quizás, exactamente la misma que recordaba de la operación. ¿Y era eso posible después de tantos años, exactamente después de quince años? Aunque, rápidamente se dijo, ¿qué importaba eso ahora?

—¿Quién llama? ¿Qué ocurre? ¿Quién es usted? —La figura de aproximadamente metro noventa y una envidiable esbeltez para su edad, expresó cierto desagrado.

—¿Es usted el doctor Ashcroft, verdad? ¿Helmut Ashcroft, no?

De nuevo hizo una pequeña pausa. Estiró un poco su largo cuello de noble para ver bien a la persona que tenía delante. A ese visitante nocturno que acababa de interrumpir su descanso.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —repitió de nuevo con una expresión

todavía más adusta.

—Por favor, dígame, ¿es usted el doctor Ashcroft, no es así? Solo quería preguntarle por algo que pasó hace ya bastantes años y que no recuerdo demasiado bien —Harald subió un par de los doce escalones que lo separaban de esa espigada figura, que se hizo instintivamente para atrás.

—No sigas, no subas ni un escalón más, o llamaré a la policía, le advierto.

—Está bien, disculpe, tiene razón. Todo esto debe de resultarle tan inoportuno, tan extraño —dijo Harald levantando ambas manos tratando de transmitir que no suponía ninguna amenaza ni había ido allí buscando pelea—. Mi nombre es Harald Kaufman, y últimamente he tenido serios problemas con mi memoria, pero al parecer, la estoy recuperando. Si no me equivoco usted es el doctor Helmut Ashcroft y me operó hace ya bastantes años. Tengo una cicatriz justo aquí —Harald señaló la parte superior de su frente.

Los ojos del presunto doctor Ashcroft se abrieron de par en par.

—Lo siento, pero lamento decirle que se ha equivocado. No soy la persona que busca. Ahora si me permite... —dijo haciendo ademán de cerrar la puerta.

—¡No! ¡No lo haga por favor! No cierre la puerta —Tras la voz de Harald había verdadera súplica—. Sé que es usted, lo he visto en la base de datos, no he venido a buscar problemas, en serio, solo quiero que me diga si me recuerda, por favor, solo eso, necesito saberlo, necesito saber que mi memoria no miente —De los ojos de Harald habían empezado a brotar nuevamente las lágrimas.

El doctor Ashcroft, tras una nueva pausa, relajó un poco las duras facciones de su cara. Sacó del bolsillo superior de la bata unas pequeñas gafas de montura redonda y extremadamente fina y se las puso en un elegante gesto propio de la realeza.

—Acércate.

Harald sonrió y subió un par de escalones más.

—Ya. Quédate ahí. Esta distancia es suficiente.

Harald se detuvo y observó cómo el doctor Ashcroft y sus ciento noventa y tantos centímetros de altura se inclinaban hacia delante para estudiar bien esa fina cicatriz de la parte superior de su cabeza.

—Lo siento, pero no fui yo. Nunca he hecho una operación semejante. Ahora si me disculpa —dijo el doctor Ashcroft dándose media vuelta para

meterse de nuevo en casa.

Pero Harald lo había visto. Había visto cómo sus ojos emitían ese fugaz cambio de tensión que hacen cuando ven algo que les llama poderosamente la atención.

—Espere, doctor Ashcroft.

Helmut Ashcroft se detuvo junto al marco de la puerta. Ya no cabía ninguna duda de que aquel sí era su nombre. Y para Harald eso ya era más que suficiente. No había conocido a esa persona más que en ese último salto, así que, ya tenía la prueba que necesitaba para creer que sí habían cambiado algunas cosas, por mucho que el neuropsiquiatra se empeñara en negarlo por alguna extraña razón.

—Qué.

—¿No le dice nada el nombre de... «el viajero en el tiempo»? —Harald recordó que durante aquel último «salto», era así como lo llamaban en el Instituto Psiquiátrico de Oregón.

Y de nuevo, los ojos del doctor titubearon en medio de ese recóndito lugar en el que parecía estar ocultándose su verdadero «yo». La piel de su cara se arrugó como la de un zorro oculto en su madriguera.

—No conozco a nadie con ese nombre, lo siento —Helmut cerró la puerta tras de sí y, oculto tras una cortina, esperó a que ese hombre desapareciera de su propiedad de una maldita vez. Y piensa: no recuerdo haber operado nunca a ese hombre, pero reconozco que esa cicatriz lleva mi firma. Una firma que no debería estar danzando por ahí tan alegremente. De ningún modo. Tampoco recuerdo a nadie con ese nombre, Harald Kaufman, pero a lo largo de mi longeva carrera he tratado con muchos «viajeros en el tiempo». Desde luego, algo extraño está pasando o, mejor aún, algo extraño ya ha pasado.

Y a continuación, no sin algo de temor, se dice: esta es una de esas ocasiones en las que tengo que ponerme en contacto con EL. Porque EL sabe lo que va a pasar, y EL sabe lo que hay que hacer.

Harald volvió todo lo rápido que pudo hacia las instalaciones en las que se encontraba «su» máquina, «*Volver*». Una nave industrial en la que Nolan y él tenían el laboratorio de pruebas de la empresa de Ingeniería informática e inteligencia artificial que entre los dos habían levantado hacía ya más de cincuenta años.

Las rodillas le fallaban. Esa atrofia muscular que se había agudizado tras más de cuatro días «conectado», no era algo que se pudiese obviar. Lo primero que hizo cuando bajó del taxi que lo llevó hasta allí, fue irse de bruceas contra el suelo. Otra vez. Aunque en esta ocasión sí puso las dos manos para impedir que su cara parase el golpe contra el cemento. Se levantó como pudo y fue arrastrando los pies hasta la puerta de entrada.

En cuanto se halló en el interior, tras recuperar un poco el aliento, lo primero que hizo fue cerrar bien la puerta para que nadie pudiese entrar, en este caso, Nolan. Más que cerrarla, la atrancó. Hizo lo mismo con las dos puertas de emergencias. Y ahí fue cuando notó el primer pinchazo. Un pinchazo que fue más bien como si lo acabasen de atravesar con una lanza justo en el centro de su pecho, primero, y acto seguido lo mismo pero en el cerebro, como ensartado por un taladro de medio metro de largo. Trató de llevarse su mano izquierda al corazón, pero esa mano la sintió muy pesada. Tanto como un camión.

Se acercó a duras penas hasta la consola principal de «*Volver*», y lo hizo arrastrando la pierna izquierda que, al igual que la mano de ese mismo lado del cuerpo, estaba dejando de responderle. A ello se le sumó el ojo y también parte de la cara. Lejos de sentir terror, se dijo que aquello era una señal, que había llegado el final y tenía que darse prisa. Porque, al contrario de lo que pensaba su madre, para él lo más importante no era el principio, sino el final. Aunque, paradójicamente, para cumplir con ese final, tenía que volver al principio.

Pensó durante unos segundos qué fecha escoger. Le vinieron a la mente su once cumpleaños. El décimo aniversario de Tom. Los quince de Nat. Los cuarenta de su padre o las navidades del cincuenta y tres, su recuerdo más viejo. El más viejo del que tenía pleno conocimiento de la edad que tenía, cinco años. Y se dijo, ¿por qué no?

Tenía que salvar a Amy costase lo que costase.

Escogió el veinticuatro de diciembre del cincuenta y tres, Nochebuena, y dejó en blanco el casillero «hora de regreso». Conectó el cable principal, el que iba directamente a su tallo cerebral. Apenas sintió dolor, tenía esa zona medio acorchada. Puso el resto de electrodos intradérmicos en su pecho y espalda con la mano que todavía le funcionaba. Y justo cuando se iba a colocar el casco para entrar en la simulación sensorial y corporal, algo hizo que se detuviera.

Alguien, mejor dicho.

—Sabía que volverías, lo sabía, lo he visto en tus ojos, y no puedo permitir que lo hagas, Harald —La voz de Nolan, acercándose desde un extremo de laboratorio, hizo que por un momento, Harald pensara que estaba frente a una especie de fantasma o algo parecido.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo demonios has entrado? —Harald creía haber cerrado bien todas las puertas.

—He llegado un poco antes que tú, Harald, solo eso, no empieces a pensar en cosas raras. Y ahora, por favor, no hagas esto más difícil. Te ayudaré a bajar —Nolan se acercó hasta el sillón para la simulación en el que Harald estaba a punto de volar hacia ese pasado contra el que llevaba toda la vida luchando.

—Nolan, no te metas en esto por favor. Esto es algo entre Amy y yo, toda mi vida está en juego, no te entrometas, te lo ruego —La voz de Harald se asemejaba a la de alguien que ha estado toda la noche bebiendo y apenas se tiene en pie. Un balbuceo apenas entendible.

—Por Dios, Harald, estás sufriendo un ictus, ¿no te das cuenta? ¡Acabas de sufrir un derrame cerebral! ¡Tiene que verte un médico inmediatamente! —Nolan se alarmó todavía más al ver que el cuerpo de su amigo hacía ademán de caerse hacia el costado izquierdo del sillón, pero Harald se aferró al reposabrazos con su brazo derecho y aguantó la posición.

—¡No te acerques, Nolan! ¡Ni se te ocurra acercarte! ¡Ha habido cambios! ¿Entiendes? ¡Cambiar las cosas que ocurrieron sí es posible! ¡He cambiado cosas del pasado y ahora salvaré a Amy! —El ojo izquierdo de Harald presentaba un derrame espantoso, y la piel de su boca, en ese mismo lado, se había descolgado hasta el punto de parecer uno de esos muñecos de cera que ha empezado a derretirse.

—Harald, por favor, me parece que estás empezando a delirar. Acabas de

despertar tras cuatro días conectado y por lo que veo, sí tienes daños en el cerebro. Cambiar el pasado no es posible, ¿lo entiendes? No lo es. Y menos con esa máquina, esa máquina solo simula lo que pasó. Por favor, no hagas tonterías, todavía hay tiempo de que los médicos puedan parar ese derrame, pero tienes que dejar que te lleve a un hospital ahora, por favor, Harald, haz lo que te pido. ¿Crees que tu cerebro va a aguantar otro «viaje»? No vas a llegar ni a despegar, amigo mío, te quedarás frito en el encendido y, créeme, no he estado tan seguro de algo en la vida —Nolan se acercó aún más y le tendió una mano a su único amigo, que la rechazó con hostilidad.

—¡No! ¡No se te ocurra tocarme, Nolan! ¡No te metas en esto! ¡Esto es algo entre el pasado y yo! ¡Y no pienso rendirme ahora! —Harald fue consciente de que ya apenas podía hablar. La lengua era de corcho. Lo estaba empezando a ver todo borroso. Borroso y oscuro. Atinó a ponerse el casco y antes de que Nolan dijese algo más, le dio al botón de encendido. Sintió otro pinchazo en el pecho y otro más en el cerebro.

—¡Pero qué has hecho! —Nolan se acercó hasta el panel de control con la intención de desconectarlo, de destruir todo el equipo si era preciso. «*Volver*» ya se estaba poniendo en marcha, estaba cogiendo velocidad y el «despegue» era inminente.

Y Harald, de forma totalmente irracional e instintiva, le dio un fuerte empujón a Nolan con su brazo derecho, con el que sí tenía aún algo de fuerza.

Nolan, que a sus ochenta y cinco años el único equilibrio que conservaba era el mental, trastabilló y cayó de espaldas al suelo, golpeándose con violencia en la parte posterior de la cabeza. Se quedó completamente inmóvil y Harald, antes de que «*Volver*» lo mandase directamente hasta las navidades de 1953, vio cómo alrededor de su amigo empezaba a formarse un espeso charco de sangre.

Y piensa: hasta pronto, amigo mío, te prometo que impediré que esto ocurra.

Y tras ese pensamiento, tras ese intenso deseo, todo se inunda de una cegadora luz blanca. Su cuerpo da una fuerte sacudida y su cabeza parece de trapo. Y por un momento, desaparecen todos los sonidos, todos los olores, las sensaciones, las emociones, y los pensamientos. Los pensamientos también.

Todo desaparece.

Lo primero que ve es a su hermano Tom. No tiene más que diez años, pero ya apunta maneras de la persona que un día será. Le ha pedido a mamá que lo peine como ese nuevo cantante que, aunque todavía no es muy conocido, tiene «ese algo» que hace especiales a determinadas personas. El otro día le preguntaron en la radio, «¿cómo sueñas?» Y el respondió: «no sueño como nadie». Se llama Elvis Presley, y es de Memphis.

En el otro extremo del salón puede ver a sus hermanas, Nat y Kelly, están decorando el árbol de Navidad. No es muy ostentoso, de hecho apenas es un tronco seco con las ramas medio peladas, todos los adornos son en plan artesanal, casero. Pero es suyo, su árbol, el de su familia, y para él es el árbol de Navidad más hermoso del mundo. El que más brilla.

Su padre lee el periódico en el sillón que queda más cerca de la ventana que da a la calle. Los primeros copos de nieve han empezado a caer. Tiene una pierna cruzada sobre la otra y ríe con verdadero júbilo. Está leyendo la sección que más le gusta, la que está dedicada al humor. Con un cigarro que está a punto de consumirse entre sus dedos, se enciende otro.

Su madre pide ayuda para sacar la bandeja del horno. Ya es la tercera vez que se le queman las galletas de la suerte esa mañana, aun así, todo está impregnado de ese maravilloso olor que tienen los alimentos que se cocinan con amor, de ese olor que hay en los hogares en los que se respira vida.

Y él. Mira hacia un lado y a otro, y sonríe. No por algo en particular, sino porque es ahí donde quiere estar. Justo en ese lugar y en ese momento en el tiempo. En ningún sitio más.

Alguien golpea con timidez la ventana del salón que da a la calle, la que está más cerca del sillón en el que lee su padre, que se gira y observa.

Harald, en cambio, se acerca.

Al principio le cuesta reconocer quién es, pero, ¿quién más podría ser? Lleva un gorro que le tapa las orejas y el contorno de su cara, pero esos ojos son inconfundibles. Es Amy Waters, se ha soltado un momento de la mano de su madre para ir a saludarlo. Le dice «hola» con la mano y le sonríe, él tarda un poco en reaccionar, no sabe muy bien cómo actuar, nunca se le ha dado demasiado bien saber qué es lo que tiene que hacer, qué es lo que realmente quiere hacer, y siempre se acaba preguntando qué debe hacer.

¿Debo?

Pero en lugar de eso, en esta ocasión, su respuesta a esa pregunta es: quiero.

Y responde al saludo con Amy con otro saludo. Uno muy efusivo. Ella sonríe y su madre no tarda en cogerla de la mano y llevársela de nuevo de allí. Hace frío.

Cuando Harald se gira, su padre lo está mirando de reojo con una media sonrisa en la cara, pero trata de disimular volviendo a clavar sus ojos en la sección de humor del periódico, encendiéndose si acaso otro cigarro.

Sus hermanas Nat y Kelly también han sido testigos de la situación y sonríen dándose pequeños y tiernos codazos.

Pronto estará lista la cena, y después, una vez todos estén durmiendo, tal vez, ese noche, la de ese año en concreto, sí haya verdaderos regalos. Es nochebuena, y al día siguiente será Navidad.

Cuando Harald despierta, tarda un rato en orientarse. Le duele la cabeza, aunque no mucho más de lo normal. Se lleva una mano al abdomen y descubre que esa prominente panza que ha estado malcriando durante las últimas semanas, parece haber crecido un poco más durante esa noche. Y sonrío.

Se prueba otra vez el smoking con el que «debe ir» al baile de promoción, es lo que toca. Le queda algo justo, sobre todo a la altura de la cintura y en el cuello, donde aprieta tanto que le es un poco difícil respirar.

Su padre le recuerda que un Kaufman debe recoger a una dama en coche y traerla de vuelta a casa sana y salva. Y lo hará en el coche de la familia, el Chevrolet Bel Air. No es el mejor coche del mundo, pero es seguro y tiene una bonita tapicería amarilla.

Antes de ir a recoger a Amy Waters, su vecina de toda la vida, su hermano Tom, que está arreglando su moto en el jardín y en pocos días partirá a Vietnam, quiere tener unas palabras con él. Le confía un secreto, uno muy personal, y le pide un favor. Uno que tiene que ver con ese secreto y con algo que, tal vez, Dios no lo quiera, pudiera pasar.

Harald y Tom se funden en un abrazo. Se está haciendo tarde y si no quiere dejar de ser un caballero antes de que empiece la noche, ha de salir ya porque su pareja de baile debe estar esperando. Una pareja que, no ha sido él quien la ha escogido, porque fue ella quien lo escogió a él.

Cuando Amy sube al Bel Air, lo primero en lo que Harald se fija es en su sonrisa. Está enmarcada por unos labios que se ha pintado por primera vez y que le dan un toque diferente, tanto como para que, tal vez, piense en ella como mujer, y no como amiga. Lo segundo en lo que se fija es en lo bien que huele. Desprende un aroma que le resulta difícil de identificar, pero que en cualquier caso, piensa, le va a ser aún más difícil de olvidar. Y lo tercero en lo que se fija es en el vestido que lleva. Le queda justo por encima de las rodillas, apenas un par de dedos, y es de un tono verde primavera. Y piensa: tal vez, si en lugar de verde, el vestido hubiese sido amarillo, haría juego con la tapicería del coche. Y a continuación sonrío y se dice que acaba de tener una de esas sensaciones de «esto ya lo he vivido». Y se dice: qué estupidez más grande se me acaba de pasar por la cabeza, eso nunca podrá ser posible, porque solo se vive una vez. ¿Verdad?

La noche se desmadrará un poco en cuestión de horas. Lo invitarán a unos cuantos tragos y también a un par de cigarrillos traídos desde Francia. Puede que se encuentre algo mareado y que no sea demasiado consciente de lo que dice, de lo que hace. Mucho menos de lo que debería hacer.

Amy se pegará a él porque está sonando esa bonita canción que tanto le gusta, con la que tantas veces ha soñado. Pero Harald, a lo lejos, no puede evitar fijarse en Frank Lavallo, que trata de aprovechar la situación para meterle mano a Johanna Neuman, la chica por la que medio instituto suspira. Y entonces siente el fuerte impulso de ir hasta allí y golpear a Frank. Proteger a Johanna. Pero justo en ese instante, Amy se ha pegado aún más a él, parece que va a decirle algo al oído, algo importante. Y Harald vuelve a sentir esa «estúpida» sensación de «esto ya lo he vivido», pero esta vez es más fuerte, y también algo diferente. Y ahora piensa que no tiene nada de estúpido, y en lugar de tratar de apartarla de su cabeza, mira a Amy a los ojos y siente algo que nunca antes ha sentido, algo que no sabe cómo identificar, pero que hace que todo, absolutamente todo lo que ocurre a su alrededor, deje de existir.

Con sus dos manos acaricia el contorno de su cara. Esa extraña y poderosa sensación no lo suelta, todavía lo acompaña, la mira de nuevo a los ojos y piensa: Dios mío, ¿cómo no he podido verla antes?

Y entonces, sin pensar en aquello que debe o que quiere hacer, sin pensar en nada en absoluto, la besa en los labios y por un instante siente que acaba de hacer lo importante en su vida.

A partir de ese momento no se despegarán el uno del otro ni un solo segundo, Harald tardará bastante en llevarla a casa esa noche, tal vez no esté haciendo exactamente lo que se espera de un caballero, pero en el fondo, y eso es algo que no alcanza a entender, piensa que la ha echado tanto de menos que en esos momentos estar que con ella es lo único que importa. Es su vida, y estar con Amy Waters a partir de ahora es lo único que quiere hacer. Y ese sí es su verdadero deber.

Cuando Harald despierta, puede que lo haga el día quince de mayo de mil novecientos sesenta y cinco, el día siguiente al baile de promoción. Es posible que no sienta ningún dolor de cabeza ni encuentre ningún cenicero lleno en la mesilla de noche. Que tan solo encuentre el recuerdo en su cabeza de la mejor noche de su vida, y que piense que algo nuevo acaba de empezar, algo por lo que lleva, extrañamente, toda la vida luchando.

Y es posible, solo lo posible, que Nolan Bushnell no cree nunca ninguna empresa de ingeniería informática, ni mucho menos se le pase por la cabeza inventar una máquina para «volver» al pasado con un socio llamado Harald Kaufman, ese amigo de la infancia. Y puede que incluso algún día, se haga la pregunta: ¿para qué querría alguien inventar algo así?

FIN

LAS CAJAS MUSICALES

«Yo no dirigí mi vida. No la diseñé. Nunca tomé decisiones. Las cosas siempre surgían y las hacían por mí. Eso es lo que la vida es».

B. F. Skinner

1982

1

Es posible que fuese la noche número veintinueve o treinta que Janis y Louis pasaban sin dormir. Qué más daba. El caso era que ya hacía días que habían dejado de contar de puro agotamiento. Y el nivel de desesperación estaba empezando a sobrepasar esa línea a partir de la cual empiezan a verse las cosas a través de un filtro bastante opaco. Por no decir que se ven a través de un filtro con ausencia total de luz.

Y la principal causa —está feo decirlo—, no era otra que su primer hijo, Liam. Apenas tenía dos meses y hasta la fecha todavía no había encadenado más de una hora seguida durmiendo. Problema persistente y que se agudizaba por las noches, hasta el punto de enlazar tramos de entre cuatro y cinco horas seguidas sin pegar ojo ni un solo minuto.

Janis y Louis ya no podían más, y lo estaban empezando a pagar el uno con el otro. Erosión.

El pediatra al que lo llevaban, el doctor Moses, que era el que les quedaba más cercano de entre los que les entraban en su humilde seguro médico, les había repetido todas y cada una de las veces que el bebé era completamente normal. No le pasaba nada, estaba sano, simplemente no dormía. Como tantos otros niños a esa edad. A veces pasaba, y esa vez les estaba pasando a ellos. Nada de lo que preocuparse. «Tened un poco de paciencia, ya dormirá». Esa era la frase con la que el doctor Moses los despedía cada una de las veces que salían de una nueva consulta.

Pero ni Janis ni Louis, que en su entorno parecían ser los únicos que estaban pasando por una situación similar, estaban dispuestos a aceptar que algo así pudiese ser normal. Entre otras cosas porque los dos estaban experimentando en sus propias carnes que una relación, por muy sólida que fuera, si no conseguían que Liam durmiese en breve, podría acabar hecha añicos. Trizas. Nadie era capaz de soportar ese tormento y salir como una rosa del estómago de un huracán.

Y esa erosión que se estaba encargando de limar día a día el poco humor que les quedaba estaba dando lugar a algo peor. Algo de lo que ninguno de los dos se había atrevido a hablar, pero que apenas les dejaba espacio para pensar en nada más. Y ese algo, podrido y oscuro, no era otra cosa que un insano odio. Se habían empezado a odiar porque, sin ser muy bien conscientes, cada

uno le echaba la culpa al otro de que Liam no durmiese. Y como consecuencia, de su creciente malestar e infelicidad. Y a medida que las noches sin dormir aumentaban, esa inquina se iba haciendo cada vez más grande. Como una muela infectada que, poco a poco, acaba inundando de caries la dentadura entera.

Si no hacían algo pronto, si la situación no cambiaba en breve, la unidad familiar no tardaría en explotar. Y acabarían por despedazarse el uno al otro. Y lo que un día fue gracioso, ahora sería trágico.

Pero Louis, que era el que menos tolerancia al sufrimiento tenía y, por qué obviarlo, también al esfuerzo o al sacrificio, parecía haber encontrado un diminuto rayo de esperanza al que aferrarse, y estaba dispuesto a luchar por él costase lo que costase.

—¿No dicen que los bebés se pasan el día durmiendo? ¿Que deben dormir alrededor de veinte horas? ¿Eh, no dicen eso?

—Bueno, tal vez veinte no, Louis...

—Me da igual, veinte, dieciocho, quince, eso no importa. Te puedo asegurar que Liam no duerme ni siete horas al día, y el estúpido del doctor Moses se empeña en decir que es normal, que el niño no tiene nada malo, que está sano. ¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué? —Janis trataba de calmar a Liam que, aparte de no dormir, también se pasaba la mayor parte del día llorando. Pensó que no hacía falta que el mendrugo de su marido le recordase que su hijo no dormía ni siete horas, lo veía ella cada día con sus propios ojos.

—Pienso que el doctor Moses no es alguien competente en su trabajo, eso es lo que pienso. Y que nosotros estamos descuidando nuestra labor como padres al no hacer nada al respecto. Es nuestro deber tomar una decisión acorde a nuestro pensar —Louis apoyó los codos y la parte baja de su espalda en el banco de la cocina y observó la reacción en el rostro de su mujer. Esa mujer que un día deseó sexualmente con todas sus fuerzas pero que, actualmente, le atraía menos que darse una ducha en hora punta en una prisión de máxima seguridad.

—Por Dios, Louis, ¿hablas en serio? El doctor Moses es médico titulado, ¿cómo puedes pensar algo así? Lleva por lo menos... qué se yo, treinta o cuarenta años ejerciendo.

—¿Tú no lo piensas?

—No, claro que no. Si lo pensase hubiese obrado en consecuencia hace

mucho.

Louis le profirió una mirada perruna.

—Pues yo sí, desde hace tiempo, pero no sabía cómo planteártelo sin que te lo tomases a mal, que es precisamente lo que estás haciendo en estos momentos. Y lo pienso porque es la verdad, ¿y sabes lo que vamos a hacer?

—¿Qué? —Liam no quería mamar más, y ahora Janis trataba de que aceptase por bueno el chupete, pero Liam no hacía más que tirarlo al suelo con la lengua. Después la miraba con cierto desafío y parecía estar retándola. A veces Janis pensaba que tanto su hijo como su marido competían por ver quién la sacaba más de quicio.

—Vamos a buscar una segunda opinión, algo que ya hace mucho tiempo que deberíamos haber hecho.

—Ya, Liam, ya. Ya está, cariño, ya está —Liam pareció encontrarse algo más cómodo cuando Janis lo puso contra su pecho y empezó a mecerlo. Pero esa mejoría no duraría mucho.

—¿Me estás escuchando, Janis? ¿Has oído lo que te he dicho? —Louis soltó un eructo con el último trago de su Budweiser. Se encendió un cigarro y tras la primera calada volvió a eructar.

—Sí, Louis, claro que te he oído, ¿pero crees que es buena idea? Por favor, Louis, ¿te acabas de encender un cigarro? Ya sabes que no me gusta que fumes delante de Liam, que desde que has vuelto a fumar tose más por las noches.

—No creo que buscar una segunda opinión sea una buena idea, creo que es lo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo y, puede que estemos de suerte, porque es posible que incluso ya conozca a la persona ideal, a la persona que nos va a ayudar con este problemilla —Louis abrió la nevera y le llegó un fétido olor a podrido, pero lejos de intentar detectar de qué alimento procedía, aguantó la respiración hasta que localizó su presa. La Bud que había guardado allá en el fondo, donde el refrigerador enfriaba más. Sonrió internamente y se sorprendió a sí mismo diciéndose para sus adentros, «ven con papá».

—¿No quieres saber quién es? —reiteró Louis viendo que su mujer parecía estar esquivando el tema.

—Schhhhh —Janis no dejaba de mecer a Liam contra su pecho—. Baja la voz, Louis, creo que se está durmiendo—. Con el nacimiento de Liam, Janis se había cortado el pelo muy corto por cuestiones, según ella, de comodidad y

practicidad. Y ese nuevo peinado era algo que Louis detestaba desde la primera vez que lo vio. Pero eso tampoco se lo había hecho saber. «Supongo que me acostumbraré». Se había dicho para sí. Pero lejos de acostumbrarse, cada día le molestaba más. «Mi mujer parece un hombre, uno con muy mala leche», se decía.

Liam parecía haberse dormido, aunque internamente, tanto Louis como Janis pensaban: solo lo parece, en cuanto lo dejemos en el carro o en la cuna, nos va a demostrar que no es verdad, y se va a despertar. Aun así, Janis, que tenía la espalda y los dos brazos completamente engarrotados, dejó a Liam en la cuna. Arqueó su espalda hacia atrás y se escuchó un ruido similar al de las ramas secas cuando se quiebran.

—¿Podrías hacer el favor al menos abrir la ventana, Louis? ¡Aquí no se puede respirar!

—Es que fuera hace frío.

—Y aquí dentro hay un bebé pequeño.

—Bah, mi padre fumaba todo el tiempo delante de mí y de mis hermanos y mírame, ¿ves algo malo en mí?

Janis lo miró y pensó: ahora mismo no veo nada bueno en ti, Louis. Pero por razones obvias, se lo cayó.

—A ver, ¿cuál es esa segunda opinión de la que querías hablarme?

Louis asintió con cierto orgullo y se hizo el interesante.

—Es un médico que, según he podido saber, tiene mucho bagaje en el campo de la neuro... neuro... —Louis no era bueno con las palabras que había aprendido más tarde de los diecisiete. Era como si su capacidad para almacenar nuevos términos fuese limitada y ese límite, además de ser ridículamente pequeño, estuviese ya a rebosar.

—Con la neurología —añadió Janis.

—Exacto. Eso es. Me lo ha recomendado Carter. El hijo de su hermana era, según me ha dicho, clavadito a Liam. No dormía prácticamente nunca, y fue llevarlo a ese médico experto en neurol... —Louis volvió a quedarse atascado con la palabra. Ponía una cara extraña cuando se atascaba. Torcía la boca y el labio y arrugaba la nariz. A Janis nunca le gustó esa cara, aunque ahora, menos.

—En neurología —Janis volvió a darle un empujoncito.

—Eso. Fue llevarlo y en apenas uno o dos días su hijo empezó a dormir como un santo —Louis remató la Bud y esperó a que Janis se pronunciase. En

cuestiones relacionadas con la crianza de Liam, ella siempre tenía la última palabra, algo que Louis tampoco soportaba.

—¿Y bien?

—Y bien, nada. Carter me ha pasado su número y he concertado una cita para mañana.

—¿Que has hecho, qué?

—Concertar una cita, Janis, para mañana. ¿Acaso no soy su padre igual que tú? Tengo derecho, te lo recuerdo. No veo que tú andes consultándome muchas cosas, ¿y me has oído quejarme?

—¡Pero son cosas intrascendentes, Lou! ¡Nada parecido a llevar a Liam a un médico a tus espaldas!

—No iba a llevarlo a tus espaldas, esperaba que fuésemos los dos, bueno, los tres, mejor dicho.

—Pues ya puedes ir llamando a ese médico y cancelando la cita, Lou, de ningún modo llevaré a mi hijo a ese...

—¿A ese, qué? Venga, sé valiente y dilo. Es porque me lo ha recomendado Carter, ¿no es así? Y piensas que Carter no es alguien que pueda recomendar algo bueno sea cual sea la situación, porque es un simple remolcador, igual que yo, ¿me equivoco?

—¿Pero qué estupideces son esas? No tiene nada que ver ni con Carter ni con que los dos os dediquéis a ir por ahí remolcando coches.

—¿Ves, como sí hay algo?

—¿Algo de qué? ¿El qué hay?

—Déjalo, yo me entiendo —Louis se cruzó de brazos y soltó un bufido de hastío. Miró hacia un lado y, lejos de provocar cierta pena en su mujer, que era lo que pretendía poniéndose así, lo que provocó fue que ella se fijase en la prominente y mantecosa barriga que se le estaba formando y que rebosaba por encima del pantalón. Y entonces lo que sintió fue verdadera repulsión.

—Vamos a ver, Louis, ¿cuánto cuesta ese médico? ¿Podemos pagarlo?

A Louis se le iluminaron los ojos.

—¡Ea! ¡Esa es la cuestión! ¡Eso mismo fue lo que yo le pregunté a Carter! ¡Es gratis, Janis! ¡Gratis! ¿Puedes creerlo?

—¿Cómo gratis? Y no levantes tanto la voz, por favor, vas a despertar a Liam.

—Lo que has oído, gratis.

—¿Completamente?

—Hasta el último centavo.

—¿Y cómo es eso posible? Ningún médico trabaja gratis en este país ni en ningún otro que se conozca.

—¡Ea! ¡Eso mismo fue lo que yo le dije a Carter!

—Al grano, Lou, ¡y no grites, que no estoy sorda y vas a despertar a Liam!

—Vale, vale, perdona. El médico en cuestión es por lo visto un adalid en el campo de la investigación y las nuevas terapias para el tratamiento de problemas con el sueño y cosas así. Actualmente se encuentra trabajando en un nuevo método y a los que participen en su estudio no les cobra. Eso fue lo que me dijo Carter y lo que me reiteró la secretaria del doctor cuando la llamé para pedir cita, así que...

Janis se quedó pensando en lo que acababa de decirle su marido. En cómo diablos había sido capaz de utilizar una palabra como «adalid» sin pronunciarla como si tuviese un pastel de arándanos en la boca, y también en que, por una vez, a lo mejor su marido podía tener razón en algo y haber encontrado una solución a sus problemas. ¿Por qué no?

—Bien, Lou, pero prométeme que si no me gusta cómo trata a Liam nos iremos de allí inmediatamente, prométemelo —Janis levantó un dedo admonitorio.

—¿Eso es un «sí»? —A Louis se le llenó la cara de una sonrisa completa. Una sonrisa que se extendió desde su despoblada frente hasta la misma punta de su picuda barbilla.

—Prométemelo, Louis, prométemelo —Janis seguía con el dedo índice en alto.

—Te lo prometo, reina mía, tus deseos son órdenes para mí —Louis se acercó a ella con suma elegancia y la rodeó por la cintura. Después trató de acercarla hasta él para darle un beso. Durante una fracción de segundo la había visto de nuevo atractiva e internamente se había preguntado, ¿por qué no?

—Por el amor de Dios, Lou, ahora no es el momento, estoy cansada y quiero pegarme una ducha —dijo apartando sus manazas con brusquedad—. Así que, si no te importa y ya que muestras tanto interés en la educación de nuestro hijo, ¿te encargas de vigilarlo mientras yo me relajo un poco?

—A sus órdenes, reina mía —dijo Louis tratando de parecer gracioso.

En cuanto Janis desapareció por la puerta y Louis escuchó cómo abría el grifo de la ducha, abrió la nevera, aguantó la respiración y sacó otra cerveza. Había que celebrar que, por una vez, se iban a hacer las cosas a su manera, y esta vez se iban a hacer bien.

De camino a la consulta del doctor Helmut Ashcroft, el médico experto en neurología con el que habían concertado la visita, Liam sacó a relucir todo su repertorio y se estaba empleando a fondo. Louis era el que conducía, como siempre maldiciendo y criticando, y Janis la que iba detrás con el bebé. Desde la noche anterior cuando ella lo dejó en la cuna, tras algo menos de una hora de paz y tranquilidad, apenas había vuelto a dormir. Tenía los ojos vidriosos y unas preocupantes ojeras del color de la piel de las ciruelas. Lo poco que había comido esa mañana lo había vomitado, no paraba de llorar y parecía que nada lo consolaba.

Tanto Janis como Louis como Liam, parecían completamente desesperados aquella mañana.

Aun así, Louis necesitaba repasar con su mujer un par de cosas antes de entrar en la consulta del doctor Ashcroft. Más que nada para ponerse de acuerdo en cómo afrontar la situación. A Louis le resultaba muy estresante enfrentarse a personas o situaciones que estaban fuera de su estrecho círculo de confort.

—¿Ya sabes lo que le vas a decir al doctor cuando nos pregunte, Janis?
—Ninguno de los dos tenía dudas acerca de quién sería el interlocutor con el doctor.

—¿A qué te refieres? ¿Qué hay que decir aparte de que nuestro hijo no duerme, no come y no para de llorar?

—A eso precisamente me refiero, tampoco creo que sea bueno para Liam ni para nosotros exagerar las cosas. No nos olvidemos de que el bebé, aparte de su problemilla con el sueño, está bien. Eso dijo el doctor Moses.

Janis aguantó el grito y reprimió las ganas de estrangular a su marido.

—Vamos a ver, Lou, porque no sé si te estoy entendiendo, ¿estás queriendo decir que yo exagero las cosas? ¿Es eso?

Liam le subió un poco más el volumen a sus llantos.

—No, no he querido decir eso, Janis, pero si tú vas por ahí diciendo que nuestro hijo está muy mal, quizá se piensen lo que no es y lo traten como lo que no es, y acaben dándole un tratamiento que no se corresponde con su estado.

Janis volvió a contener el grito. El odio que sentía por su marido estaba

ya entrando en esa fase en la que decididamente, se empieza a plantear seriamente hacer algo al respecto. Algo malo.

Cerró los ojos intentando controlar el temblor de párpados y cogió aire frunciendo un poco los labios para no ahogarse con su propia bilis.

—Está bien, Lou, dime qué es exactamente lo que quieres que le diga al doctor Ashcroft.

Louis se encendió un cigarro con el mechero que incorporaba el cacharro de coche que llevaba y lo inundó todo de un fuerte olor a tostado. A goma quemada.

—Hay que hablar con naturalidad, Janis, nada más, decir que a nuestro pequeño le cuesta un poco coger el sueño, ya sabes, el buen sueño profundo, pero por lo demás, el chaval está perfectamente. Nada de contarle al doctor nuestra vida ni la de nuestras familias ni ninguna otra cosa que no le interesa ni a él ni a nadie. Solo eso, naturalidad y al grano. No olvides que ante todo somos una familia y es nuestro deber defendernos, no ponernos en «evidencia».

Janis volvió a coger aire y se le llenaron los pulmones de humo de tabaco. Tosió. Su marido estaba insinuando que ella se dedicaba a ir por ahí cacareando los pormenores de su vida íntima para ponerlo en «evidencia» y que tenía tendencia a exagerar las cosas, pero prefirió tragarse de nuevo la rabia y no llegar a la consulta todavía más alterada.

—Está bien, Lou, no tienes por qué preocuparte.

Louis vio por el espejo retrovisor cómo su mujer «hacía respiraciones» con los ojos entrecerrados, y no le gustó. Solía hacer eso cuando estaba muy nerviosa y era él, presuntamente, la causa de esos nervios, por lo tanto...

No estaba dispuesto a soportar ni un solo minuto más ser él quien tuviese que cargar siempre con el centro de todas las miradas acusatorias. Además, con lo descuidada que se había vuelto con su persona y, especialmente con su cuerpo, tendría que empezar a plantearse que su marido podría estar pensando en volar en busca de otro nido. Un nido que lo acogiera con verdadero amor.

Por eso era tan importante que las cosas en la consulta del doctor Ashcroft fluyesen como la seda.

La dirección de la consulta médica estaba Cincinnati, en una zona de nueva construcción pero bastante aislada, todo hay que decirlo. Ellos vivían en Hamilton, una ciudad bastante más pequeña pero también mucho más tranquila, y cuando llegaron notaron cierto contraste, aunque no lo suficiente

como para plantearse que su comportamiento en esa gran ciudad debía ser diferente al de la gente de Hamilton. Así que, haciendo alarde de las costumbres de esa pequeña gran ciudad, Louis aparcó subiendo las ruedas encima de la acera y, lejos de maniobrar un poco, dejó el coche tal cual se quedó, interfiriendo bastante el paso de los peatones por la acera. Janis ya no tenía fuerzas para discutir y eludió hacer comentarios. Tras esa consulta, una vez en casa, hablaría seriamente con su marido y le pediría que se tomaran un tiempo, ya lo tenía decidido. Porque ya no lo soportaba ni un solo segundo más. Lou se había convertido en una especie de amplificador de todos sus problemas y quebraderos de cabeza. Cuando su marido estaba presente, básicamente, todo lo que iba mal, iba aún peor.

3

La secretaria del doctor Ashcroft, una mujer entrada en años y con las mandíbulas tan apretadas como las herraduras de un caballo, apenas les dirigió la palabra durante el tiempo que estuvieron esperando en la elegante sala de espera que, todo hay que decirlo, no fue mucho.

—Señor y señora Frohnmayer, pueden pasar a la consulta, el doctor Ashcroft los espera.

La secretaria de mandíbulas equinas los hizo pasar y Louis «dejó» que su mujer y su hijo fuesen los primeros en entrar. Si había que parar algún golpe, ¿quién mejor que su mujer para semejante dicha?

Tanto a Louis como a Janis les llamó poderosamente la atención la apariencia física del neurólogo. No era lo que esperaban porque, sencillamente, no se parecía a la imagen que tenían de un médico en sus cabezas.

El doctor Helmut Ashcroft medía cerca de dos metros. Metro noventa y dos, mínimo. Los rasgos de su rostro eran duros, huesudos, como el relieve de las grandes montañas rocosas. Su cabeza, coronada por un corte de pelo a cepillo de no más de un centímetro de altura, tenía la forma un tanto apelinada. Podría decirse sin miedo a incurrir en un equívoco que medía sobradamente más de largo que de ancho. Incluso que el largo equivalía más o menos a dos veces el ancho.

Aun así, los recibió con una sonrisa con cierto encanto. Afable. Que invitaba a confiar en él.

—Encantado de recibirles, señor y señora Frohnmayer, soy el doctor Helmut Ashcroft y es un placer tenerles hoy aquí, en la consulta. Estaré encantado de ayudarles en lo que pueda. Por favor, tomen asiento —El doctor Ashcroft, después de estrecharle la mano a Louis y a Janis, se levantó en signo de cortesía y estiró el brazo para señalarles con exquisita educación el par de sillas que se encontraban frente a su mesa.

Louis y Janis se miraron y trataron de decirse algo mentalmente. Louis sonrió como si estuviese a punto de recibir el premio Nobel al trabajo bien hecho. Janis escogió el camino de la cautela.

Tras anotar sus datos personales y los del pequeño Liam en un elegante folio de excepcional grosor e intrincada textura, cruzó sus grandes manos por

encima del escritorio y se echó un poco hacia atrás reclinando el respaldo de su elegante silla con revestimiento de piel de bisonte. Pareció disfrutar observándolos durante unos cuantos segundos, tal vez tratando de enfocar el problema con una visión de conjunto. Obtener una panorámica completa de todo el paisaje.

—Díganme, ¿qué ocurre con Liam? —El doctor Ashcroft, haciendo alarde de su buen ojo clínico, dirigió la pregunta directamente a Janis. Hecho que hizo que ella bajase un poco la guardia.

—El pequeño Liam, en líneas generales, está bien, pero le cuesta bastante coger el sueño, ya sabe, el buen sueño profundo —Janis se sorprendió a sí misma repitiendo con exactitud las palabras que le había dicho su marido en el coche. Y se odió por ello.

—¿Cuántas horas diría usted que duerme su hijo al día, señora Frohnmayer?

Louis carraspeó mientras se acomodaba con estruendo en la silla. Janis lo miró y se avergonzó. Su marido trataba de decirle algo de un modo tan infantil, que incluso la enorme vergüenza que la estaba martirizando se mezcló un poco con la pena.

—Pues es difícil de saber con exactitud, pero yo diría que no más de siete horas al día —dijo Janis con preocupación. Liam, a pesar de seguir sin dormir, al menos sí había dejado de llorar desde que habían entrado en la consulta.

—¿El problema se agudiza por las noches, o es algo generalizado a lo largo del día?

—Es algo generalizado, pero yo diría que se agudiza más por las noches. El doctor Moses, nuestro pediatra, nos dijo que podría deberse a un problema con la leche materna. Por lo visto hay niños que no la toleran bien y es por las noches cuando empiezan a sentirse verdaderamente molestos. Pero la verdad es que no hemos hecho nada al respecto.

Janis tenía a Liam sentado sobre su regazo de cara al doctor, le había puesto el chupete y se le veía bastante tranquilo.

—¿Está usted alimentando a su hijo con leche materna exclusivamente o la está complementando con leche de fórmula?

—No, solo leche materna, hasta el momento no he tenido problemas con la lactancia. Me refiero a la cantidad de leche que genero cada día.

—Doy fe de ello, doy fe de ello —añadió Louis con retintín para oprobio

de su mujer.

Tanto Janis como Helmut quisieron hacer como que no habían oído nada.

—Perfecto, en ese caso, me inclino a pensar que lo que les ha dicho su médico de zona podría estar relacionado con el problema del sueño, aunque si les soy sincero y antes de aventurarme a hacer un diagnóstico precipitado, no creo que esa sea la causa principal, dado que el problema de su hijo con el sueño es durante todo el día, no solo por las noches. Y eso es una prueba irrefutable de que el problema es sin duda otro. Dígame, ¿tuvo usted algún tipo de complicación durante el embarazo?

Janis arqueó las cejas y dudó en si decirle lo de los sangrados y el terrible dolor en sus genitales cuando trataba de mantener relaciones sexuales con su marido. Pero recordó lo de «no ir cacareando nuestra vida íntima» y se lo cayó.

—No, aparte de las náuseas y la fatiga, ya sabe, lo normal.

El doctor Ashcroft sonrió y anotó un par de cosas en su elegante hoja de papel color marfil.

—¿Alguna complicación en el parto?

—No, todo normal también.

—Perfecto. Pues de momento ya no hay más preguntas. Ahora, si me lo permiten, me gustaría echarle un vistazo al pequeño Liam —dijo Helmut poniéndose en pie y recordándoles lo que imponía su altura. Liam alzó la vista y se quedó mirando al cielo de esa habitación, que coincidía más o menos con el lugar en el que el doctor Ashcroft tenía su abollada cabeza.

Janis, siguiendo las instrucciones del doctor, desnudó completamente a Liam y lo puso sobre la camilla que tenía en la consulta. Louis prefirió quedarse sentado en la silla. Y Janis piensa: mejor, así no molestará al doctor.

Helmut sacó un fonendoscopio Littmann y, tras ajustarse con delicadeza las olivas en sus orejas, auscultó a Liam poniendo la campana de doble membrana circular en su pecho y espalda. No dijo nada, pero miró a Janis y asintió con amabilidad en señal de que el corazón y los pulmones del pequeño eran fuertes y sanos. Como un roble, pensó Janis. Después empezó a palpar su abdomen clavando sus largos dedos en la blanca y tierna piel de Liam, que, aparte de soltar algún que otro graznido, no daba muestras de estar pasándolo peor que cuando Louis intentaba dormirlo.

A continuación empezó a palpar la cabeza del bebé. Puso la yema de sus dedos sobre la frente de Liam y rodeó todo su perímetro craneal haciendo

pequeños y suaves círculos. Para acabar, exploró tanto las orejas como el fondo de ojos del primogénito de los Frohnmayer utilizando un otoscopio primero y un oftalmoscopio después.

Una vez terminó con la exploración, Helmut guardó todas sus herramientas en el más completo de los silencios, hecho que contribuyó a que los nervios y el miedo afloraran en Janis. Louis, por el contrario, aguardaba tranquilo en su silla. Tan tranquilo que se había sacado un cigarro y estaba esperando a que el doctor se sentara para pedirle permiso antes de encendérselo.

—¿Puedo vestirlo ya, doctor? —preguntó Janis con cierto temor observando que Helmut seguía sin decir nada. Algunos silencios pueden ser tan aterradores como la peor de las verdades.

—Sí, perdone, señora Frohnmayer, ya puede vestirlo, la exploración ha terminado.

Janis lo vistió a todo correr con el corazón percutiendo en su interior. Tenía un mal presentimiento, un presentimiento horrible. El doctor larguirucho debía de haber visto algo malo en Liam y no sabía cómo darles la noticia. En cuanto lo hubo vestido, se sentó con el ánimo por los suelos.

—¿Y bien, cómo lo ha visto, doctor, ha encontrado algo malo, verdad? Dígame la verdad, se lo ruego, no me llevo demasiado bien con las evasivas —dijo Janis viendo que Helmut parecía tener solo ojos para la hoja de papel color marfil y su pluma de grabados dorados.

Helmut terminó de escribir y tras cerrar la pluma haciendo un clic con la tapa, volvió a cruzar las manos por encima del escritorio y sacó nuevamente a relucir esa sonrisa afable con la que los había recibido.

—No, nada de eso, señora Frohnmayer, no he encontrado nada malo en su hijo, por lo que a mí respecta, parece estar completamente sano, aunque... — Helmut hizo una mueca. Las montañas rocosas de su cara parecieron juntarse un poco más y estar a punto de colisionar unas con otras.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Janis algo más tranquila, pero todavía visiblemente nerviosa.

—Tranquilícese, se lo ruego, señora Frohnmayer, ya le he dicho que su hijo no presenta signos de enfermedad, no obstante, sí parece estar padeciendo un cuadro de estrés neurológico que, según he podido observar, se corresponde perfectamente con el tema de mi estudio. Su hijo padece lo que yo llamo, «síndrome de adaptación neurológica». Y como decía, no tiene por qué

preocuparse porque no es nada grave, aunque...

Helmut abrió y cerró un par de veces su valiosa pluma haciendo un doble clic. Janis respiró un poco mejor tras vaciar un poco más ese globo de presión interior. Aun así, el doctor parecía estar queriendo decir algo para lo que le estaba costando encontrar las palabras adecuadas.

—¿Aunque, qué? Dígalo sin rodeos, doctor, no tenga miedo.

Helmut sonrió y miró a Janis con cierta admiración y complicidad, y ella se puso roja como una copa de vino. Hacía tiempo que un hombre —un hombre inteligente— no la miraba de esa manera.

—El «síndrome de adaptación neurológica», que es lo que a mi juicio padece su hijo, es un problema neurológico clasificado como «no grave» pero con posibilidades de volverse bastante insidioso con los años. Me explico. Cuando nacemos, todo nuestro cuerpo, y en especial nuestro sistema nervioso, sufre un pequeño trauma al verse sometido de forma brusca a un cambio de hábitat. Pasamos del vientre materno a la vida en el exterior en una fracción de segundo, y como ya se puede usted imaginar, los cambios bruscos no siempre son bien recibidos por nuestro organismo. Imagínese que de repente nos fuésemos a vivir a la Luna, o mejor aún, bajo el mar, ¿cómo cree que nuestro cuerpo llevaría el cambio?

Helmut volvió a mirar a Janis a los ojos buscando la comprensión y el entendimiento total, y eso mismo fue lo que encontró, además de un candor de mejillas que iba en aumento.

—Supongo que no lo llevaríamos demasiado bien —dijo Janis con la voz más dulce que pudo reunir teniendo a su lado al mentecato de su marido.

—Supone bien, señora Frohnmayer. A nosotros nos pasa eso mismo, solo que nuestro cuerpo está preparado para adaptarse a ese cambio de forma bastante rápida, aunque hay veces que cuesta un poco, un poco bastante, y eso es precisamente lo que le está ocurriendo a su hijo. Como decía, no es algo grave, pero sí no lo atajamos pronto, el estrés adaptativo al que está siendo sometido, podría llegar a repercutirle en un futuro, manifestándose en ciertos problemas relacionados con la cognición, el habla, las relaciones interpersonales o incluso el sistema motriz.

Janis asintió embobada y ni se percató de que su marido se estaba revolviendo en la silla de una forma pueril y poco decorosa.

—¿Ha entendido lo que le he dicho, señora?

—Sí, sí, lo he entendido a la perfección. ¿Y tiene cura?

Helmut sonrió soltando esta vez una pequeña carcajada. A Janis y a Louis les llegó un fresco olor a menta.

—Señora Frohnmayer, según cómo veo yo la medicina, cómo veo yo el ser humano, todo, absolutamente todo en esta vida, tiene una cura. La cuestión es, ¿está esa cura en nuestras manos?

A Janis le faltó poco para que su hijo se le escurriera entre los brazos. En aquel momento sintió que cualquier cosa que le hubiese dicho el doctor, se la hubiese creído.

—¿Será muy caro? —preguntó Louis de repente—. Me refiero al tratamiento—. En sus dos manos seguía dándole vueltas al cigarro. Un cigarro al que ya le faltaba la mitad del tabaco, que ahora descansaba en el suelo de la consulta del doctor.

Helmut sonrió al escuchar la pregunta del millón. A Janis, nuevamente, se le llenó la cara de vergüenza.

—No será caro, señor Frohnmayer, de hecho, el tratamiento en el que estoy pensando es completamente gratis y, además, totalmente inocuo —dijo Helmut mientras se levantaba.

Louis no sabía qué significaba aquello de «inocuo», pero respiró tranquilo al escuchar otra vez la palabra mágica, una de la que sí sabía bastante: «gratis». Esa palabra era música para sus oídos. Janis no sabía ni dónde meterse.

Helmut abrió un armario y, con sumo cuidado, extrajo un objeto, con apariencia de pesar lo suyo, envuelto en una tela negra aterciopelada.

Lo depositó con cuidado encima de su escritorio y retiró la tela negra con suavidad.

Janis y Louis observaron con cierta perplejidad —no era lo que esperaban— que el misterioso objeto no era otra cosa que una caja de madera de unos veinte centímetros de largo por unos quince de profundidad y otros tantos de altura. Aunque, todo hay que decirlo, la dichosa caja tenía unos exquisitos acabados y el mismo color marrón oscuro de la madera de caoba o la de palisandro.

—¿Qué significa exactamente esto, doctor? —preguntó Louis que, ante semejante sorpresa, se había sentido un poco ofendido. Él esperaba más bien un saco de pastillas o una garrafa de jarabe de arce. No una caja vieja.

—Esto es lo que va hacer que vuestro hijo duerma, señor Frohnmayer, observe.

Antes de que Louis o Janis tuviesen tiempo a decir algo más, el doctor Helmut Ashcroft le dio un par de vueltas a la pequeña manivela exterior que tenía la caja y tras ello, la abrió.

Se empezó a escuchar una música parecida a la que hace sonar la mandolina. En el interior de la caja, sobre un soporte también de madera, tres golondrinas con el cuerpo de metal y bonitos grabados en sus cuerpos de hojalata empezaron a rodar y a mover el pico y las alas alrededor de un simbólico árbol de largos brazos, también de metal. Tanto las golondrinas como el árbol se habían desplegado al abrir la tapa gracias al pequeño resorte que tenían en la parte inferior de la fina estructura con la que estaban sujetas a ese doble fondo de la caja.

Tanto Janis, como Louis, como el propio Liam, se quedaron medio hipnotizados viendo danzar a las golondrinas al son de una enigmática música que se reproducía a un volumen bajo pero excepcionalmente nítido.

Tras unos cuantos segundos, el doctor Ashcroft volvió a cerrar la caja con cuidado.

Janis fue testigo de que, misteriosamente, Liam había empezado a bizquear, y solía bizquear justo antes de coger el sueño. Pero prefirió no hacer comentario alguno al respecto. Por el momento.

—Bien, señor y señora Frohnmayer, sé que esto puede resultar difícil de creer, pero es precisamente en esto en lo que se basa mi estudio, tratar el sueño mediante el sonido.

—¿Esto es hipnosis? —preguntó Louis escandalizado de manera un tanto ofensiva.

—No, no es hipnosis, nada de eso. Son sonidos, nada más. Está más que comprobado que ciertos sonidos son capaces de producir efectos a nivel celular hasta un punto que es difícil de imaginar. Las melodías que contienen esta caja musical han sido especialmente diseñadas para favorecer la relajación celular y, como consecuencia, propiciar el sueño —Helmut hizo una pausa para observar sus reacciones, sobre todo la de Janis, que al fin y al cabo, intuía que era la que tendría la última palabra—. Y como he dicho anteriormente, es un tratamiento totalmente inocuo, pero si no les parece bien, en ese caso, puede que otras personas que están en lista de espera sí estén interesadas... —Helmut bajó la mirada y cogió la tela negra aterciopelada para volver a cubrir la caja.

—No —Janis, en un impulso irracional, puso una de sus manos sobre las

huesudas y fuertes manos del doctor, que levantó una enigmática mirada en cuyo fondo había un extraño brillo. Janis retiró la mano al percibir que ese contacto, que ya estaba durando demasiado, estaba cerca de empezar a significar algo—. Por favor, doctor Ashcroft, explíquenos si es tan amable cómo funciona, y disculpe nuestra reacción inicial, no era exactamente lo que esperábamos, y...

—No pasa nada, señora Frohnmayer, lo entiendo. Verán, el funcionamiento de la caja no puede ser más sencillo —Helmut volvió a abrirla pero esta vez bloqueó con un lápiz la manivela con la que se le daba cuerda. No quería que el sonido interrumpiera su discurso—. Como ven, en apariencia esto no deja de ser una caja musical, seguro que no es la primera con la que se topan, pero como pueden imaginar, no es una caja musical al uso. Su funcionamiento es similar al de cualquier otra. Para empezar, tan solo tienen que darle cuerda haciendo girar la manivela hasta que lleguen a un tope y la manivela no gire más. Ahí la sueltan, sin forzar. Con eso el mecanismo de la caja se pondrá en marcha, la música se empezará a escuchar y... en fin, ya han visto cómo vuelan estas golondrinas —Helmut dejó escapar una sonrisa infantil, llena de inocencia, que se encargó de erradicar en cuanto fue consciente de ella—. En segundo lugar, como pueden observar, la caja, aparte de la manivela, tiene dos mecanismos de control más —Helmut señaló dos pequeñas palancas metálicas que se asemejaban a un interruptor. Estaban situadas a un lado en la plataforma de madera en la que descansaban las tres golondrinas autómatas y el árbol de largos brazos—. Esta palanca de aquí —dijo señalando la de más arriba—, es para elegir velocidad, que puede ser «normal» o «rápida», y esta de aquí —señaló la de más abajo—, es para escoger el volumen, que puede ser «normal» o «alto». Visto esto, el funcionamiento es simple y llanamente el que acaban de ver. No hay más y no le den más vuelta. Cuando quieran que su hijo duerma, denle cuerda a la caja, seleccionen el volumen y la velocidad, y dejen que los sonidos obren su magia. Es aconsejable empezar con un sonido y una velocidad normal, dejando las otras dos posiciones para cuando su hijo esté especialmente nervioso o inquieto. Otra cosa más, al principio es aconsejable utilizar la caja solo por las noches, pero sin olvidar utilizarla todas y cada una de ellas. La ponen en marcha cuando se ponga el sol y la dejan sonar hasta que se pare, más adelante podrán emplearla también en determinados momentos durante el día. Bien, ¿qué les parece? Fácil, ¿verdad?

Louis tragó saliva y alargó una mano para tocar la suavidad de la

superficie de la caja.

—¿Le importa si me lo enciendo? —preguntó levantando el arrugado cigarro en alto.

Los duros rasgos de Helmut se estrecharon como el desfiladero que da paso al infierno.

—Preferiría que se lo fumase fuera, señor Frohnmayer, detrás de ustedes entrarán más pacientes, probablemente niños.

Janis se cubrió de vergüenza.

—Está bien, doctor, probaremos la caja, no creo que tengamos nada que perder con ello —dijo Janis tomando una decisión.

—Hacen bien, señora Frohnmayer, llévense la caja, pruébenla, y si su hijo no mejora en un espacio corto de tiempo, vengan a verme y probaremos con otra cosa —En la mente del doctor, «otra cosa» significaba el proyecto «cabeza de hojalata», algo que, bastantes años más tarde daría mucho que hablar—. De todas formas, la señora Lieserl, mi secretaria, les llamará regularmente todos los lunes para hacerles unas preguntas relacionadas con el estado de Liam, de esta forma llevaremos un control adecuado sobre el estudio. Si tienen alguna duda pueden hacérsela saber a Lieserl o pedir una nueva consulta conmigo. ¿Alguna pregunta?

Louis estaba cansado. Fatiga mental. Se quería largar y fumar hasta reventar y beberse una Bud tras otra bien frías.

Janis, por el contrario, sí tenía muchas preguntas en la cabeza, pero estaba cansada, y pensó que lo mejor sería marcharse ya y dejar de molestar al doctor Ashcroft, que tan amable y generoso se había mostrado con ellos.

—No, no tenemos ninguna pregunta, doctor Ashcroft, ha sido usted muy amable, y no quisiéramos hacerle perder más su valioso tiempo —dijo Janis levantándose con Liam en brazos. Louis la imitó y dio gracias a tan sabia decisión.

—Todo lo contrario, señora Frohnmayer, ha sido un verdadero placer atenderles y hablar con ustedes —Helmut dijo aquello mirando exclusivamente a Janis.

Les tendió la mano, de forma desenfadada a Louis y poniendo todo su empeño y delicadeza cuando estrechó la de Janis, y les recordó que podían pedir una nueva cita si las cosas no iban bien.

Introdujo la caja en esa bonita —y cara— tela aterciopelada y a su vez, introdujo el conjunto —tela y caja— en otra caja, esta vez de cartón. Aunque

un cartón de alta densidad, un cartón, según pudo apreciar Louis, también «caro».

Al salir de la consulta se tropezaron con otro matrimonio que les recordó a ellos. Mismo abatimiento, misma desolación, idéntica mirada de perro rabioso. Liserl, la secretaria, se refirió a ellos como los Hunt, y antes de salir de allí, pudieron escuchar perfectamente cómo se dirigían a su bebé por el nombre de Patrick. Nombre que estuvieron a punto de ponerle a su hijo Liam, lo que les llevó a pensar en que, hubiesen hecho lo que hubiesen hecho en la vida, habrían acabado irremediablemente justo en el punto en el que se encontraban en ese mismo momento. En realidad no eran conscientes —quizá no podían serlo— de lo certero que había sido ese pensamiento.

Cuando la familia Frohnmayer abandonó su consulta y el doctor Helmut Ashcroft volvió a quedarse solo, algo en su interior, probablemente ese uno por cien de su conciencia que a veces parecía querer oponerse a quién era él en realidad y a lo que hacía día a día, dijo:

«Por favor, Dios mío, si existes en algún lugar, no permitas que abran esa caja».

Y tras ello, su conciencia, ese otro noventa y nueve por cien que gobernaba su día a día, remó de nuevo mar adentro y puso rumbo hacia ese lugar sombrío al que se dirigía.

El camino a casa fue de lo peor que Janis y Louis recordaban haber vivido.

Fue subir al viejo Ford, y Liam empezó a llorar de una forma tan desconsolada que llegaron a pensar que al bebé le pasaba algo realmente grave. Algo muy distinto a eso a lo que el espigado doctor se había referido alegremente como el llamado «síndrome de adaptación neurológica». En cambio lo que estaban viviendo en aquellos momentos no tenía nada de alegre.

Louis no paró de fumar en todo el camino, y Janis, durante un periodo de tiempo indeterminado, se unió a su hijo Liam y también soltó unas cuantas lágrimas. Lágrimas de desesperación, de miedo, de auténtica incertidumbre.

Durante unos cuantos minutos, los que transcurrieron desde la consulta con el doctor Ashcroft hasta que Louis arrancó y se encendió el primer cigarro, Janis había llegado a pensar que tal vez lo de la caja podría funcionar. Pero ese pensamiento se había diluido demasiado rápido, tanto como para no dejar ni el buen sabor que dejan las buenas ilusiones. Y en esos momentos su sensatez, su sentido común, le decía que aquello no era más que una estupidez, una de un calibre parecido a las disparatadas ocurrencias que se le pasaban a su marido por la cabeza día sí día también.

Al llegar a casa, Louis se fue directo a por una cerveza y Janis, tras pelear con su hijo para que comiera un poco, le dio un baño y se fue con él a la cama. Ya que no iba a dormir, al menos tendría las piernas estiradas. Se dijo para sí.

—¿Te has llevado la caja? —gritó Louis desde la otra punta de la casa con un incipiente balbuceo. Acababa de rematar la segunda Bud y no hacía ni veinte minutos que habían llegado a casa.

—¿Qué? ¿Que si me la he llevado a dónde? —respondió Janis elevando la voz más allá de lo que la hacía sentirse orgullosa.

—Al cuarto, con Liam, ya sabes, la caja de música, ¿te la has llevado?

Janis ni se acordaba de la caja.

—No, Louis no me la he llevado, tráela tú si quieres.

—Perfecto, ¿dónde está?

—¿Y yo qué sé? Te la he dado a ti cuando hemos salido de la consulta. ¿No la has subido?

Janis trataba de mecer a Liam en sus brazos, que tenía los ojos completamente irritados de tanto llorar. El cerebro de Louis se quedó tres o cuatro segundos en el limbo, como uno de esos pájaros que ha perdido de vista la bandada, pero rápidamente reaccionó.

—Se me ha debido de olvidar en el coche, enseguida subo.

Antes de que Janis le dijese que no hacía falta, que estaba tan agotada que en esos momentos no le importaba ni la caja ni ninguna otra cosa, su marido salió dando un portazo que, aparte de hacer temblar las paredes de la casa, hizo que Liam estallara de nuevo en llanto como un resorte. Y si Janis pensaba que ya no podía odiar más a su marido, se equivocaba.

Louis tardó unos veinte minutos en subir, el tiempo que tardó en beberse otra Bud en el bar de Stan, ya que había bajado... ¿por qué no?

Cuando regresó, tropezó con la puerta, con el mueble recibidor, y con el jarrón que había en medio del pasillo, pero terminó llegando como un campeón a la habitación donde su mujer y su hijo trataban de conciliar el sueño. Janis lo miró como nunca creyó que podía mirar a nadie, pero eludió hacer comentario alguno, estaba tan cansada...

Janis cogió la caja casi sin pensar en nada, a esas alturas sus pensamientos se habían reducido casi exclusivamente a imaginar formas originales y poco sospechosas de librarse de su marido. Le dio vueltas a la manivela hasta que notó «el tope», abrió la caja y la puso bien ceca de Liam, a un palmo de su cara más o menos.

No habían pasado ni treinta segundos, cuando Liam empezó a dar muestras de que su llanto estaba cesando. Tras otros treinta segundos, aceptó el chupete que Janis le tendió, cosa que era muy raro en él. Y durante el siguiente minuto, tanto Janis como Louis fueron testigos de cómo Liam empezaba a cerrar los ojos y en su cara se dibujaba una tierna sonrisa.

Al minuto siguiente Liam dormía tan plácidamente que casi por primera vez pudieron apreciar en toda su magnitud las bellas facciones del rostro de su hijo. Siempre tan constreñido por su propia naturaleza.

Se quedaron boquiabiertos durante unos cuantos minutos al son de esa relajante música que, como había dicho el doctor Ashcroft, había obrado su magia.

Tal fue la emoción que sintió Janis, que no pudo contener un llanto ahogado lleno de tensión y frustración acumulada. Fue una especie de liberación. Su marido la rodeó con un brazo y ella no tuvo fuerzas ni para

apartárselo.

Esa noche Liam durmió seis horas seguidas.

El día siguiente, en el cómputo global de todo el día, es posible que llegase a dormir unas catorce horas.

Algo parecido ocurrió en el tercer y cuarto día tras la visita al doctor Ashcroft, solo que en lugar de catorce puede que fuesen dieciséis o diecisiete.

Y a la quinta noche, Louis, que había visto cómo el humor de su mujer mejoraba de forma paralela a lo que lo hacía el de su hijo, se atrevió a comprar marisco y una botella de buen champagne para celebrarlo. Champagne «caro». Se encargó él mismo de prepararlo, y lo cierto es que no lo hizo del todo mal. Fue una velada como hacía tiempo que no recordaban. La sonrisa volvió al rostro de su mujer, que pareció volver a encontrarle sentido a su humor. Estuvieron riendo, bebiendo y después... Pasó algo que ningún de los imaginó hacía tan solo cinco días que volvería a pasar. Hicieron el amor. Y disfrutaron. Incluso soñaron con la posibilidad de tener un segundo hijo.

Y así fueron pasando los días, las semanas y los años.

2010

Todavía no se había atrevido a contárselo a nadie, ni tan siquiera a su novia y mejor amiga, Kate Myers, pero Liam llevaba ya tres noches sin poder dormir ni un solo minuto, y eso era algo que, aparte de tenerlo en un estado de irritación y malestar creciente y continuo, lo tenía muy preocupado.

La caja había dejado de sonar después de veintiocho años.

Kate acababa de regresar de Quantico, Virginia, ya era oficialmente agente especial del FBI, y el plan era buscar una vivienda y probar a vivir juntos. Pero si Liam no resolvía antes el asunto de la caja, y aun resolviéndolo, si no encontraba una solución a cómo encajar algo así en su vida, su mera existencia podía suponer un impedimento para cualquier relación. Era muy consciente de que su dependencia a ese extraño artefacto era total y absoluta.

Liam obtuvo una beca para jugar en el equipo de béisbol de la prestigiosa Northwestern University, en la ciudad de Evanston, Illinois, muy cerquita de Chicago y del lago Michigan. Según su entrenador en el modesto club de Hamilton, que fue donde empezó a despuntar, tenía un codo derecho de oro, una muñeca de platino, y tanta fuerza en el golpeo como un huracán. Y si las lesiones lo respetaban y él no se desviaba del camino, algo que parecía poco probable por su dócil carácter, acabaría siendo una estrella conocida en todos los rincones del planeta. Mapplethorne, que así era como se apellidaba su entrenador, presumía de tener el don de encontrar la aguja en el pajar. Según él, Liam era esa aguja, y el pajar absolutamente todos los demás.

Liam no se desvió del camino, pero las lesiones no lo respetaron, al menos una de ellas, la de mayor gravedad. Al cuarto año de estar en la Northwestern, y justo cuando estaba a punto de firmar un contrato profesional con los Giants, se hizo el codo literalmente picadillo en un accidente de tráfico múltiple. Dejó de ser de oro para ser simplemente de latón. Los médicos fueron tajantes, ya nunca volvería poder estirarlo por completo. Curiosamente, durante la intervención policial fue donde conoció a Kate, por entonces todavía oficial de policía del estado de Illinois. Y el flechazo fue instantáneo. Los de la Northwestern, a pesar de que ya no volvería a jugar más al béisbol como consecuencia de la reconstrucción casi total que tuvieron que hacerle en su codo de «oro», y también de que sus notas eran muy justas,

tuvieron la deferencia de permitirle acabar sin coste alguno la ingeniería en comunicación que estaba cursando y de la que apenas le quedaba un año académico para terminar. Y esa deferencia fue debida a que Liam, allá donde fuese, dejaba una huella imborrable. Su simpatía y su gran corazón cubrían de sobra las oscuras e insondables lagunas que a veces mostraba en sus capacidades cognitivas y de comprensión. Pero terminó la ingeniería en comunicación —con un par de fuertes empujones por parte de algún que otro profesor, todo hay que decirlo—, y decidió probar suerte en Chicago, porque entre otras cosas, su relación con Kate Myers iba viento en popa, a pesar de no haberle hablado nunca de algo tan importante para él como lo era «la caja».

En el fondo, y a pesar de haber estado postergándolo durante toda su vida, durante sus veintiocho años de vida, Liam siempre supo que algún día tendría que enfrentarse a la verdad, a su verdad. Y esa verdad no era otra que no podía vivir sin «la caja de música», algo que de tan extraño, casi tanto como nuestra propia existencia, ni tan siquiera se atrevía decirlo en voz alta. Sabía que eso carecía de toda lógica, que no parecía tener el menor sentido, y tal vez no lo tuviese, pero durante toda su vida no recordaba haberse dormido sin ella ni una sola vez. Ni una sola. Era cierto que a lo largo de sus veintiocho años, tanto sus padres como él mismo, habían tratado de «retirar» la caja, pero hasta la fecha no habían tenido éxito con tal empresa. Sonoros y lamentables fracasos. Había estado de campamento, en concentraciones con el equipo de béisbol, tanto en Hamilton como en Evanston, de viaje de fin de semana con Kate o incluso de viaje de negocios con la empresa para la que trabajaba, pero ninguno de esos días en los que se había dejado la caja en casa había conseguido dormir. Y lo peor de todo era que, aparte de no dormir, su humor y su simpatía se venían debajo de forma tan severa que hasta a él mismo le costaba reconocerse. Era como si se convirtiese en otra persona. En una persona mala.

Después de tres días con la caja estropeada —su récord hasta la fecha sin utilizarla—, su estado anímico era una completa ruina. No quería ver a nadie, ni a la propia Kate, no contestaba a las llamadas de sus padres, y estaba empezándose a plantear dejar de ir a trabajar. No tenía hambre, le costaba respirar, le había empezado a picar todo el cuerpo y no se podía concentrar en nada. Lo único en lo que pensaba, lo único en lo que parecía poder pensar, era en arreglarla. Algo en su interior parecía estar diciéndole que si no conseguía hacerla funcionar en breve, y como consecuencia, no volvía a dormir en breve, se volvería completamente loco en cuestión de unos pocos días. Incluso, quién

sabe, a lo mejor esa locura lo empujaba a hacer cosas malas. Porque ya se le habían empezado a pasear por la cabeza pensamientos que hasta la fecha jamás se habían atrevido a cruzar «el paso de peatones». Como él llamaba al trayecto que había entre el pensamiento consciente y el subconsciente.

Había intentado hacerla funcionar de todas las maneras que se le habían ocurrido sin haber obtenido ningún éxito, incluso había tratado de hacer girar él mismo las tres golondrinas, que ahora presentaban un aspecto mucho más ajado que cuando era niño. El último pensamiento al que había recurrido era que, tal vez, si conseguía abrirla... con un poco de suerte tan solo sería cuestión de cambiar algún muelle o apretar algún que otro tornillo.

Pero la caja tampoco presentaba ninguna zona desde la que poder acceder a su interior sin tener que desarmarla por completo. No tenía tornillos ni ninguna otra forma de cierre desde la que poder abrirla para poder acometer una reparación, algo que debería haber sido previsto por su fabricante. Parecía haber sido encolada con un pegamento de fuerza extraordinaria con la intención de no abrirse jamás.

Desesperado, decidió llamar a su madre. No habían hablado mucho del asunto desde que era niño, del asunto de su procedencia, pero la ocasión lo requería. Se convirtió desde muy pronto en uno de esos temas tabú del que nadie quiere nunca hablar. Pero ahora era diferente. Ahora estaba al límite.

—¿Cómo estás, hijo? Vienes a final de mes, ¿verdad? No sabes las ganas que tenemos de verte.

—Bien, mamá, estoy bien, como siempre, supongo.

—¿Y Kate? ¿Está ahí contigo? ¿Cómo está?

—Bien, mamá, Kate está bien, ya sabes, trabajando mucho.

—Lo sé, lo sé, es una mujer muy trabajadora, hijo, y muy valiente, espero que estés cuidando de ella y que la trates con el respeto que se merece, no hay demasiadas mujeres así, no sé si te lo había dicho —Janis dijo aquello soñando con que su hijo no sacase a relucir los malos modos de su padre.

Liam estaba especialmente irritado aquella mañana, a los ya de por sí molestos síntomas que había experimentado desde la primera noche sin dormir, se le había sumado uno nuevo: un extraordinario ardor en el pecho, tan fuerte como si hubiesen prendido una cerilla en el interior de sus pulmones y estos estuviesen rellenos de keroseno. Pero aún así, se dijo que a su madre no le podía hablar mal, a su madre no.

—Verás, mamá, es sobre la caja...

—¿Cómo dices?

—La caja de música, mamá, ya sabes, mi caja de música.

Janis, a unas trescientas millas de distancia, sintió cómo esas palabras sepultaban a paladas las escasas esperanzas que le quedaban de que su hijo ya no la utilizara. Se le revolvieron las tripas. La caja maldita, como ella la llamaba. Nunca se desharían de ella.

—¿Qué ocurre con la caja, hijo? Creía que hacía tiempo que ya te habías deshecho de ella —En el fondo, Janis sabía que eso no era así.

Liam, de forma totalmente inconsciente, se había empezado a arañar el pecho y el cuello de una forma tan intensa, que se alarmó al observar que tenía las uñas de los dedos de su mano derecha completamente llenas de sangre. De nuevo, esos extraños y desagradables pensamientos empezaron a danzar por el interior de su cabeza. No paraban de cruzar «el paso de peatones».

—No, mamá, no me he deshecho de ella. Y el caso es que... se ha estropeado y necesito arreglarla...

Se hizo una pausa de la cual ninguno de los dos ni sabía ni se atrevía a salir. Pero a uno de los dos le iba la vida en ello. Así que...

—¿Recuerdas el médico aquel que os la regaló a papá y a ti? ¿Podrías darme su dirección o su número de teléfono, por favor? O su nombre, al menos —Liam se sintió como si acabase de pedirle a su pobre madre parte de su atrofica pensión para comprar heroína.

Janis tapó el auricular de su teléfono y soltó un suspiro amargo. Después un ensordecedor grito de rabia. Después se encendió un cigarro, hacía años que su marido le había pegado ese infernal vicio. «No se me pegará nada bueno de ti, Louis», solía decirse.

—No tengo su dirección ni su número, hijo, aquello fue hace muchos años, de hecho ni recuerdo el nombre de aquel médico, ¿para qué quieres esa caja vieja? Creo que lo mejor es que te deshagas de ella de una vez, Liam, y eso es algo que deberíamos haber hecho hace muchos años —Janis sabía perfectamente para qué la quería y por qué no se deshicieron de ella. En el fondo, egoístamente, siempre supo que más que por su hijo, lo hizo por ella. El no deshacerse de la caja maldita cuando estuvo en su mano. Y de esa forma, tanto ella como su marido habían podido descansar mejor y hacer otras tantas cosas, ¿verdad que sí? Y en cuanto a que no recordaba al médico... lo recordaba perfectamente, y no solo en lo concerniente a aquella primera consulta. Porque después pasaron algunas cosas. Cosas de las que nunca quiso

hablar por razones obvias.

Liam volvió a arañarse el cuello, esta vez sintió cómo se arrancaba un poco de piel.

—Por Dios, mamá, ¿me quieres decir que no sabes quién te dio la caja? ¿No lo recuerdas o no lo quieres recordar? Fuisteis tú y papá quienes me metisteis en esto, así que me parece que estáis en la obligación de al menos decirme quién os la dio para que pueda tener unas palabras con él, ¿no crees?

—No me gusta que me hables así, hijo, te recuerdo que soy tu madre.

Los párpados de Liam temblaron. Cogió aire apretando los dientes y le dio un puñetazo tan fuerte a la pared de pladur que tenía enfrente que su puño hizo un buen agujero. Los malos pensamientos seguían cruzando el paso de peatones sin parar. Sacó la mano con brusquedad y apenas le importó ver que se había hecho dos buenas desolladuras en la muñeca. Sangre. Trató de limpiársela en un acto reflejo pasándosela por la frente. Su aspecto era terrorífico.

—Mamá, no me vengas ahora con esas estupideces, te lo estoy pidiendo amablemente, dime quién os dio la caja, te lo advierto, dímelo ahora mismo o... —Se había prometido no hablarle mal a su madre, pero...

—¿O qué, hijo? ¿Qué vas a hacer? ¿Te estás oyendo, por el amor de Dios? ¿Qué piensas hacer? ¿Venir aquí y pegarme? Tira esa estúpida caja de una maldita vez, hijo, tirla y olvídate de ella para siempre, te lo ruego.

Janis, que había roto a llorar de pura desesperación y culpabilidad, pudo escuchar lo ruidosa que se había vuelto la respiración de su hijo. Y se asustó, primero por él, y después por ella. No se acordó de pensar que su marido también podría salir mal parado en algún momento. Tampoco le importó.

Liam fue a decir algo, algo que nunca imaginó que podría siquiera ni pensar, pero en el último momento consiguió retenerse y colgó el teléfono antes de abrir la boca. Aunque tras ello, cogió el teléfono y lo hizo completamente añicos contra el mueble sobre el que solía descansar.

Volvió a golpear la pared repetidas veces e hizo nuevos agujeros del tamaño de un melocotón. Estaba completamente enloquecido, fuera de sí, ni se reconocía ni veía forma de parar aquello.

Cogió el cuchillo de cocina más grande que tenía, se puso de nuevo frente a la caja, y empezó a hurgar por todas y cada una de sus juntas y lo que parecían puntos de cierre. El cuchillo se le resbaló varias veces, algunas de ellas acabó en el interior de sus dedos, de sus antebrazos. Se podían contar al

menos dos buen cortes que necesitarían puntos de sutura, pero justo cuando estaba a punto de llegar al máximo de su desesperación, ocurrió algo.

Se escuchó un *cloc*.

Y todo él se paró de golpe.

Por la parte inferior de la caja se abrió una especie de cajetín. Algo menos de un cuarto de lo que mide un paquete de tabaco. El corazón de Liam empezó a golpear con más fuerza. El ardor de su pecho alcanzó el punto máximo de ebullición. Extrajo el cajetín completamente y vio que en su interior, doblada por la mitad, tan solo había una diminuta hoja de papel. Un papel color marfil algo más grueso de lo normal. Lo desdobló y leyó lo que había escrito. Tan solo era un número de teléfono. Pero bastó para que sus pulsaciones, esa compulsión por arañarse y golpear todo cuanto encontrase a su paso, y el ardor de su pecho, desapareciesen casi instantáneamente.

6

Marcó el número de teléfono con un molesto temblor de manos. Respiró de alivio al escuchar que daba tono, ¿cuántos años llevaba esa hoja ahí dentro? ¿Veintiocho? ¿Tal vez más? Hubiese sido muy razonable que ese número ya no existiese. Pero no fue el caso. Porque todo lo que lo rodeaba aquella parecía estar fuera de lo llamado «razonable».

Después de unos diez tonos, la llamada se cortó. Volvió a marcar y pasó exactamente lo mismo. Pero a la tercera llamada, tras cuatro tonos, alguien descolgó.

Liam esperó y desde el otro lado tampoco dijeron nada, pero ambos se oían respirar.

—¿Hola? ¿Con quién hablo? —preguntó Liam finalmente.

—¿Quién eres? Has llamado tú —contestó una voz que a Liam le resultó extrañamente familiar.

Liam se pensó qué responder sin parecer un lunático, al final se dijo que a lo mejor, probar con la verdad no estaría del todo mal. A esas alturas lo que pareciese o dejase de parecer le habían empezado a importar más bien poco.

—He encontrado este número en el interior de una caja de música y... después he llamado —Liam apretó los ojos y los dientes sintiéndose ridículo por cómo debían haber sonado sus palabras.

La voz que había al otro lado tardó unos cuantos segundos en responder.

—¿Y qué quieres? —dijo finalmente.

—Me gustaría saber si podría usted arreglar mi caja de música.

La voz tardó en responder.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque... la necesito, supongo.

—¿Para qué?

A Liam, esas preguntas lo estaban poniendo bastante nervioso, pero de algún modo se vio obligado a responder. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—La necesito para poder dormir, porque si no puedo dormir... —No sabía con certeza qué ocurriría si no dormía, pero intuía que sería algo malo.

—¿Qué? ¿Si no puedes dormir, qué pasa?

Liam cogió aire y sintió cómo temblaba todo su cuerpo. Pensó que un

adicto a la heroína de toda la vida no debía de sentirse mucho peor después de tres días sin su dosis.

—Si no tengo la caja, no podré dormir nunca más, y si eso ocurre no estoy seguro de poder seguir viviendo.

Esa voz se tomó de nuevo unos segundos antes de responder.

—¿Podrías estar aquí mañana?

Liam sonrió esperanzado.

—Podría estar donde usted me dijese hoy mismo, si hiciese falta.

—No, hoy no, mañana.

—De acuerdo, mañana.

Esa extraña y familiar voz le dijo una hora y le dio una dirección, una dirección que estaba en Cincinnati, Ohio, muy cerca de Hamilton, donde vivían sus padres. Todo cuadraba.

Esa noche tampoco podría conciliar el sueño, pero al menos pasaría esas horas en vela sabiendo que al día siguiente no solo podría tener su caja arreglada, sino que se vería cara a cara con el que parecía ser su creador. Y eso lo llenó de una emoción tan grande que rompió a llorar de pura felicidad.

Lo primero que hizo al día siguiente fue llamar al trabajo y decir que estaba enfermo. Le dieron un día de permiso pero con un tono de «ojo, cuidado Liam, cuidado».

Llamó a Kate y le dijo que tenía que viajar hasta Ohio porque su padre no se encontraba muy allá, según le había dicho su madre.

—Voy contigo.

—No hace falta, Kate, además tú tienes trabajo.

—Me deben días, muchos días, créeme, y no tengo nada urgente encima de la mesa, aviso a mi compañero Peter y en media hora estoy contigo, ¿de acuerdo?

—No sabes cuánto te lo agradezco, Kate, pero de verdad que no hace falta, creo que prefiero ir solo, ya sabes cómo es mi madre, la he visto muy nerviosa, y...

—¿Y qué? Claro que sé cómo es tu madre, y no me cabe ninguna duda de que no le importará que yo vaya. ¿Ocurre algo, Liam? ¿Algo que debas decirme?

Una de las grandes habilidades de Kate, una que, le había traído tanto cosas buenas como malas, era que tenía una enorme facilidad para contagiarse de aquello que estaban sintiendo los que estaban a su alrededor, y eso le permitía, a su vez, «entrar» en su interior e imaginar qué estarían pensando y qué podría haberlos llevado a sentirse así. En el caso de Liam, percibió que había algo que le preocupaba mucho y de lo cual no quería que ella estuviese al tanto. Aquello no era la primera vez que lo percibía, pero nunca antes con la intensidad que lo estaba percibiendo ahora.

—No hay nada que deba decirte, Kate, si hubiese algo te lo diría, ¿de acuerdo? Y ahora, si no te importa, el tiempo se me echa encima, ya hablaremos.

Liam le colgó el teléfono. Era la primera vez que hacía algo así. Él era todo bondad y simpatía. Pero un nuevo «yo», cuya única y exclusiva prioridad era «la caja», parecía haber emergido de algún lugar de las profundidades de su interior dispuesto a devorar cualquier cosa que se interpusiese en su camino. Como el monstruo del lago Ness. Pero de verdad.

Kate se quedó un par de segundos con el teléfono en la mano intentando

asimilar lo que acababa de suceder. Aquello era nuevo. ¿Qué demonios podía haberle pasado a su novio para que se comportase de esa manera? Por su cabeza empezaron a dibujarse un montón de posibilidades. Las líneas maestras de lo que podría ser la columna vertebral que sustentase ese comportamiento. Le empezaron a llegar multitud de recuerdos de su reciente estancia en Hogan's Alley, la ciudad falsa en la que se había estado entrenando duramente para ser Agente Especial del FBI. Allí todo era muy sencillo. O eras policía, o eras delincuente, o eras un inocente ciudadano. Nada más. Así era allí y así era en el famoso videojuego que sacó a la venta la compañía Nintendo. Pero en la vida real, como su propia vida, había veces en las que no te servía ninguna de esas tres opciones. Como era el caso de Liam. Al final concluyó que la opción que más se acercaba a la realidad era que Liam era un inocente ciudadano a punto de convertirse en un peligroso delincuente.

A pesar de que eso parecía ser el pensamiento de una paranoica, cuestión que, tras el duro y reciente entrenamiento en el FBI no era algo que se pudiese descartar, se dijo que solo había una forma de averiguarlo. Ver qué hacía exactamente Liam en Ohio. De ningún modo lo dejaría caer en las garras de la delincuencia, si es que ese era finalmente el lugar al que se dirigía. A lo mejor, sencillamente, solo era que había conocido a otra mujer y no sabía cómo decírselo. Ese pensamiento la llenó de un terror que, aunque diferente, no le pareció mejor que la primera opción. En ningún caso se le pasó por la cabeza que Liam pudiese estar diciéndole la verdad.

Así que cogió un par de cosas, avisó a su compañero Peter para que la cubriese, y se puso en marcha antes de perderlo de vista.

Llegó bastante tiempo antes de la hora a la que había sido citado. Aparcó a una distancia prudencial para no parecer un acosador y esperó a que se hiciesen las siete de la tarde. Si todo va bien, se dijo, después iré hasta Hamilton y les haré una visita a mis padres.

El lugar en el que se encontraba era una zona bastante aislada de Cincinnati. Una especie de polígono industrial en el que apenas se veía movimiento. El número en concreto al que debía ir, el ciento setenta y seis, era como una vieja vivienda encastrada entre dos grandes naves industriales. Fachada sin pintar y llena de humedades. Persianas descolgadas. Un farolillo de encendido automático sobre el dintel de la puerta como único rastro de presencia humana en el interior. Pensó que debía ser uno de esos edificios que se levantaban para dar cobijo a los trabajadores que venían de fuera y en el que además, solían reservar un pequeño espacio para las oficinas, o tal vez, echar una partida de cartas en la más absoluta tranquilidad una vez al mes.

Ya faltaba poco para entrar, y Liam estaba nervioso, pero él mismo se dijo que eran unos nervios buenos. Ese tipo de nervios que te preparan para recibir algo que deseas, que anhelas.

Cuando se hizo la hora, cogió su caja de música, envuelta en su inseparable tela de terciopelo negra, y se dirigió hasta allí sin ser consciente de que a unos cien metros de distancia, alguien lo vigilaba a él. Alguien con quien llevaba tiempo compartiendo momentos de intimidad, sueños y proyectos, pero a quien nunca se había atrevido a contarle algo tan importante para él como lo que llevaba escondido bajo el brazo.

Llamó a la puerta y esperó a que le abriesen.

Tras casi un minuto de larga espera, la puerta se abrió lentamente. Una luz amarilla, llena de nostalgia, lo inundó todo hasta el tercer peldaño de la pequeña escalera en la que Liam se encontraba.

—Pasa —dijo una figura excepcionalmente alta.

Liam asintió, se limpió los pies en la alfombrilla y entró sin decir nada.

+

Fuera, Kate continuaba haciéndose preguntas acerca de qué demonios podría estar haciendo allí su novio y qué podría ser ese misterioso objeto que

con tanto recelo llevaba con él.

Llamó a su compañero Peter para que le echara un cable.

—¿Sí, Kate?

—¿Podrías hacerme un favor, Peter? Es importante.

—Hablas muy bajo, ¿me tengo que preocupar? Si estás en un aprieto di: «tranquilo, no te preocupes, yo me encargo de hacer hoy la cena». Y en cuanto haya localizado tu posición saldré para allá con refuerzos.

Eso le arrancó una bonita sonrisa. Una de esas que te hacen cosquillas en la barriga. Siempre tan atento con ella, tan pendiente de cómo estaba, de cómo se sentía.

—No, Peter, no estoy en un aprieto, déjalo en que prefiero que no sepan que estoy aquí.

—De acuerdo, tú dirás.

—Estoy en el polígono industrial de Covedale, en Cincinnati, necesito que me digas a nombre de quién está el número ciento setenta y seis.

—¿Solo eso?

—Sí, de momento solo eso.

—Enseguida, no cuelgues.

—Gracias, Peter, permanezco a la espera.

Kate esperó unos treinta segundos con el teléfono pegado a la oreja y la vista fija en esa vivienda a la que acababa de entrar su novio. Preguntándose si realmente había sido buena idea seguirlo hasta allí. Al fin y al cabo era su vida, ¿quién era ella para tratar de averiguar lo que hacía o dejaba de hacer Liam en su tiempo libre? ¿Acaso quien actuaba eran sus propios miedos e inseguridades? ¿O es que se había metido tanto en el rol de agente especial que se creía con el derecho de averiguarle la vida a la gente fuese quien fuese?

—Kate, ¿sigues ahí?

—Sí, claro.

—Apunta, la vivienda pertenece a un tal Liam Frohnmayer, por cierto, ¿tu pareja también se llamaba Liam, verdad? —Peter tardó décimas de segundo en atar cabos—. Un momento, ¿es a tu pareja a quien estás siguiendo? Por Dios, Kate...

Pero Kate se había quedado completamente helada, que su novio tuviese esa vieja vivienda a su nombre era lo último que se esperaba. Una vivienda de la que al parecer, o no tenía llaves o las había perdido, porque lo había visto

llamar a la puerta.

—¿Kate? ¿Sigues ahí? ¿Estás bien?

Kate cogió aire mientras se masajeara las sienas con su mano izquierda.

—Sí, Peter, perdona, muchas gracias por todo, es solo que...

—No era eso lo que esperabas.

—Exacto.

—¿Quieres hablar?

A Kate le había dolido más de lo que esperaba lo que acababa de descubrir, la cuestión ahora era, ¿qué había ido a hacer allí su novio con tanta urgencia y tanto secretismo? ¿Tenía algún familiar viviendo allí escondido y no quería que nadie más lo viviese? ¿O era aún peor? ¿Tal vez era Liam uno de esos secuestradores que tienen a sus víctimas cautivas durante años? De nuevo la paranoia de la agente especial recién graduada. Se dijo que necesitaba parar, coger distancia. Verlo todo con otro prisma, quizá desde el prisma de la confianza. ¿Por qué tenía que ponerse siempre en lo peor? Su novio tenía una parte que desconocía, privada, y así tendría que ser hasta que él decidiese contárselo. Eso era lo justo.

—Sí, Peter, la verdad es que me vendría muy bien hablar, pero estoy un poco lejos de allí, como habrás podido comprobar.

Peter hizo una pausa y dudó entre si decirle lo que deseaba decirle, pero aquella era una gran oportunidad, y tenía que arriesgarse.

—¿Llegas para cenar? Invito yo.

Kate cerró los ojos con fuerza y volvió a masajearse las sienas. ¿Qué tenía de malo una cena entre compañeros?

—De acuerdo, Peter, salgo ya para allá, calculo que tardaré...

—No te preocupes, no corras, cuando llegues has llegado, y entonces cenamos y hablamos, ¿te parece?

—Gracias, Peter, eres un cielo.

—De nada, luego nos vemos.

Kate arrancó el motor y salió de allí diciéndose que nunca más. Nunca más haría algo así. Eso de seguir a tu pareja no estaba bien, la confianza era la base de cualquier relación. Y a pesar de que era evidente que Liam le estaba ocultando algo, debería haber tenido más paciencia y darle pie a que se lo contase él mismo. En cualquier caso, en cuanto lo viese tendría unas palabras muy serias con él porque aquello de hacerse la idiota no iba para nada con

ella.

De camino, una vez consiguió quitarse a Liam y a sus negocios extraños de la cabeza, se dijo unas cien veces que lo de Peter era solo una cena, nada más. Todo el mundo cenaba, ¿no? ¿Qué podía tener de malo una simple cena entre compañeros de trabajo?

+

El interior de la vivienda a la que acababa de entrar no se parecía en nada a lo que uno pudiese imaginarse desde el exterior, con esa fachada a medio terminar.

Su primera impresión fue que acababa de cruzar una puerta que lo había conducido directamente al pasado. Concretamente a los años setenta, quizá los ochenta. Todo parecía tan antiguo, pero a la vez tan nuevo, que el contraste resultaba bastante llamativo. Era como si acabasen de amueblarla con los mismos materiales y objetos de decoración que se utilizaban tres o cuatro décadas antes. El papel de las paredes, de colores sólidos y apagados. La moqueta marrón con franjas rojas en el suelo de toda la casa. Sobrecargada, saturada. La escasez de luz en casi todas las estancias. Todo entre agradables e irregulares sombras. Muebles de apariencia moderna para la época, pero desfados para la actual. Contrachapados anaranjados y cromados en mate. Un aparatoso mueble principal en el salón de madera maciza en cuyo centro podía verse una televisión antigua, pero con apariencia de estar completamente nueva. Aquello parecía una casa museo.

Liam se perdió unos instantes recorriendo con curiosidad esa vivienda en la que incluso había espacio para un equipo de música cuyo principal atractivo, según podía apreciarse, era que tenía doble pletina para la grabación de cintas de casete. Por lo demás, se asemejaba a un equipo de alta fidelidad.

—¿Sabe alguien que estás aquí? —preguntó finalmente ese hombre de aspecto imponente.

—No.

—¿Te ha seguido alguien?

—No.

—¿Seguro?

—Sí —respondió Liam nervioso.

El hombre alto se quedó mirándolo a los ojos un par de segundos.

—Está bien, sígueme.

Liam lo siguió hasta el sótano, todavía más oscuro que el resto de la vivienda. Accedieron por unas empinadas escaleras en las que el hombre alto tuvo que encorvarse lo suyo para no darse con el techo, y llegaron hasta una estancia un tanto extraña. Parecía un piso en miniatura en un espacio de aproximadamente treinta metros cuadrados.

Una de las paredes estaba cubierta por una especie de monitores que parecían estar conectados en línea, bajo ellos, un panel con un montón de controles, botones, e indicadores luminosos. Todo estaba apagado, pero a su vez parecía estar en condiciones de funcionar a pleno rendimiento. No vio ni una mota de polvo en su superficie. Una cama en un rincón, un sillón con una mesita para el café a un lado, lámpara de lectura *vintage* incluida, revestida en con tela color mostaza. Una mesa con cuatro sillas alrededor, una nevera, una de esas lámparas que cuelgan tanto del techo que deja la mitad de la estancia en penumbra. Una camilla, y un banco de acero inoxidable en el que, aparte de dos pilas, había unos cuantos instrumentos sobre él que a Liam se le antojaron muy parecidos a los utilizados en los quirófanos.

—Siéntate en la camilla, por favor —dijo el hombre alto.

Liam se acercó a la camilla, se sentó y junto a él dejó con cuidado la caja envuelta en la tela negra.

El hombre alto se acercó con un oftalmoscopio y empezó a explorar sus ojos con minuciosidad. Liam no se había atrevido hasta el momento a decir absolutamente nada por iniciativa propia. Era tal el miedo y a la vez el respeto que le infundía ese hombre que pensó que acatar órdenes sería lo más adecuado.

Tras terminar de explorar sus ojos, el hombre alto volvió a guardar el oftalmoscopio en su estuche.

—Déjame ver tu brazo —dijo el hombre alto mirando el brazo que Liam se lesionó en aquel accidente de tráfico y que, aparte de tenerlo algo más delgado que su brazo izquierdo, lo llevaba siempre ligeramente flexionado.

El hombre alto estuvo explorando y valorando la movilidad de su codo, antebrazo y muñeca, ante algún que otro gesto de dolor por parte de Liam.

—¿No puedes estirarlo del todo?

—No —respondió Liam con una mueca de dolor mientras el hombre alto forzaba un poco sus articulaciones—, tuve un accidente de tráfico hace unos

años y me tuvieron que reconstruir el codo casi por completo. Según me dijeron los médicos, todavía he de dar gracias, es casi un milagro que pueda usar esta mano —dijo Liam abriendo y cerrando el puño de su mano derecha.

El hombre alto palpó bien todas las estructuras del codo mientras asentía mirando hacia la nada.

—Tal vez pueda ayudarte con esto.

—¿Con qué? —preguntó Liam esperanzado.

—Con tu codo. Tal vez pueda hacer que vuelvas a estirarlo de nuevo completamente, y que lo muevas exactamente como lo movías. ¿Te gustaría?

Liam asintió antes de responder moviendo el cuello arriba y abajo repetidas veces.

—Sí, claro que me gustaría, ¿puedes hacer eso?

El hombre alto lo miró muy serio.

—Puedo.

Dejó de tocar su codo y escarbó entre diferentes objetos que tenía sobre el banco de acero inoxidable. Parecía estar decidiendo en ese momento por dónde seguir.

—¿Desde hace cuánto no funciona la caja? —preguntó el hombre alto de repente.

—Cuatro días, bueno, de aquí poco serán cinco.

—¿La caja se te cayó o se paró sola?

—Se paró sola.

—¿Qué le ocurre exactamente?

—Que cuando le doy cuerda ya no se escucha la música. Pero es extraño porque la manivela sí parece funcionar, sigue moviéndose exactamente igual.

El hombre alto asintió con seriedad. Abrió otro estuche de cuero parecido al del oftalmoscopio y extrajo un fonendoscopio.

—Levántate la camisa para que pueda auscultarte, por favor.

Liam obedeció.

—Y ahora trata de respirar de forma tranquila y profunda —El hombre alto pegó la fría campana al pecho de Liam y escuchó su interior—. ¿Cuánto es el máximo de tiempo que has estado sin utilizarla?

—Hasta ahora, que llevo ya cuatro noches sin utilizarla, tan solo había estado un día y medio más o menos.

—¿Alguna vez has podido dormir sin la caja?

—No, que yo recuerde

Liam tenía tantas preguntas, pero a la vez tenía tanto miedo a incomodarlo y que eso supusiese mandarlo todo a paseo, que decidió refrenarse y esperar. Necesitaba llevarse bien con ese hombre, necesitaba su caja.

—Bien, quítate la camiseta y tumbate.

Liam obedeció y el hombre alto acercó un pequeño carro de acero inoxidable hasta el cabezal de la camilla. Extrajo de un pequeño cajón un manojo de cables en cuyos extremos habían pequeños electrodos. Los empezó a pegar por su cabeza y por su pecho. También puso en su brazo izquierdo un brazalete para medir la presión arterial.

Encendió el equipo y un pequeño monitor, tras emitir unos cuantos pitidos irregulares, empezó a mostrar unas cuantas líneas que subían y bajaban constantemente.

—¿Por qué estás aquí, Liam? —preguntó el hombre alto de repente.

Liam lo miró, algo inquieto, y se preguntó una vez más quién demonios era ese hombre y si era él quien había hecho la caja. Pero sobre todo, qué era lo que tenía para que tuviese esa dependencia total hacia ella.

—Estoy aquí porque necesito que arregle mi caja, por favor, la necesito —Esas palabras sonaron desesperadas.

El hombre alto lo escrutó con la mirada. Seria. Sus angulosos rasgos, bajo esa escasa luz, acentuaban sus facciones. La cuenca de sus ojos. Profunda y oscura. Su nariz. Larga, afilada. Sus pequeños pero huesudos pómulos. Como aplastados y excavados.

—¿Y si no?

—¿Cómo dice?

—Si no puedo arreglar tu caja.

La cara de Liam se llenó de miedo. La piel de su nuca se tensó. Frío en las muñecas.

—Moriré. Si no arregla mi caja moriré —dijo Liam completamente aterrado ante la posibilidad de poder escucharla nunca más.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de algo así?

Liam no supo muy bien qué responder a eso.

—No lo sé, supongo que es algo que... presiento.

El hombre alto, tras echarle un vistazo al monitor de constantes, lo detuvo y empezó a retirar los electrodos de la cabeza y el pecho de Liam. Después lo

miró muy serio a los ojos y cruzó sus largas y nudosas manos entrelazando unos dedos con otros. Suspiró.

—Tengo una mala noticia, y una buena noticia, ¿cuál quieres oír primero?

Liam sonrió pensando que aquello era una broma, pero el rostro del hombre alto no tenía nada de gracioso. Ni de jocoso.

—No lo sé, la mala, supongo.

—La mala noticia es que no puedo arreglar tu caja, Liam, las cajas musicales no se arreglan, son de un solo uso, y la tuya ya ha sido usada. Formaba parte de un tratamiento, y al parecer, el tratamiento ha llegado a su fin.

Liam se quedó mirándolo y por primera vez desde que había llegado allí, sintió el deseo de cogerlo por el cuello y retorcérselo hasta sacarle toda la maldita verdad en lo concerniente a esa caja. Pero, con las lágrimas asomando por el balcón de sus ojos, se contuvo.

—¿Y la buena noticia, cuál es? —preguntó Liam con la voz quebrada. Infantil y temblorosa.

—La buena noticia es que ya no la necesitas, Liam, el tratamiento ya ha terminado. Nunca más volverás a necesitar la caja, siempre y cuando estés aquí. Este lugar es ahora «tu caja». Tú formas parte de ella, de su interior.

Liam se quedó algo contrariado. Se vio a sí mismo como una de las golondrinas autómatas que se movían alrededor del árbol que había en el interior de su caja. Y ese pensamiento le hizo sentir un miedo atroz.

—No sé qué ha querido decir exactamente, pero le recuerdo que he llegado hasta aquí porque llevo cuatro días sin poder dormir y ya no lo soporto más, me estoy muriendo, ¿no lo entiende? ¡Necesito la caja! ¡La necesito! —Liam alzó la voz con los ojos cubiertos de lágrimas. Se arrepintió al instante.

—No vuelvas a levantarme la voz. Si vuelves a gritarme todo habrá terminado y estarás solo, ¿entiendes eso? Solo.

Liam estudió sus ojos, su mirada, y asintió sin remedio. A pesar de no entender nada.

—Di; lo entiendo, no volveré a levantarle más la voz. Dilo —Los rasgos del hombre alto se volvieron más adustos.

—Lo entiendo, no volveré a levantarle más la voz.

El hombre alto dejó escapar el aire de sus pulmones. Su rostro era una

mezcla entre la condescendencia y el enfado.

—Verás, Liam, todavía es pronto para que lo entiendas, para que lo entiendas «todo», pero de momento debería bastarte saber que todo esto, tú incluido, forma parte de algo muy grande, algo tan grande como nunca podrías imaginar —Liam abrió los ojos y, a pesar de no saber muy bien a qué se refería el hombre alto, percibió que decía la verdad, una verdad siniestra—. De momento te pido que seas paciente y que confíes en mí. Eres parte esencial en todo esto, Liam, parte esencial del «plan», el plan que lo cambiará todo para siempre, la vida tal y como la conocemos. Dime, Liam, ¿te gustaría formar parte? ¿Te gustaría ser una pieza clave en el gran cambio que se avecina?

Liam se había quedado completamente absorto escuchando la voz del hombre alto. Algo en su interior le estaba diciendo que ese hombre no mentía, que él formaba parte de algo que estaba más allá de lo que la gente consideraba normal. Desde siempre tuvo la certeza de que esa caja de música escondía algo que estaba fuera de toda lógica, algo tan incomprensible como fascinante. Y ahora estaba empezando a entender, era como si esa caja le hubiese estado diciendo algo todos estos años, preparándolo día a día. Y había llegado el momento de pasar a la siguiente fase.

—Sí, me gustaría formar parte, pero... cuándo...

—¿Cuándo volverás a dormir?

Liam asintió.

—Hoy mismo, si quieres, ya te he dicho que aquí dentro podrás dormir siempre que quieras. Este es ahora tu sitio, Liam, es aquí donde debes estar, desde aquí es desde donde harás lo que debes hacer a partir de ahora. Y aquí podrás dormir, y no solo eso, este lugar es especial, Liam, mucho más de lo que imaginas, si tú te portas bien con él, él se portará bien contigo, te lo aseguro. En el mundo existen lugares mágicos, Liam, lugares en los que las cosas, empezando por el transcurso del tiempo, no ocurren exactamente igual que en el resto del planeta. Y este es uno de esos lugares.

—¿Tendré que vivir aquí?

—Podrás salir, pero tendrás que volver a dormir cada día, además de estar pendiente de esto —El hombre alto señaló la zona de los monitores en línea.

—¿Y qué tengo que hacer? —Lo cierto es que Liam, desde que había llegado a esa extraña casa se encontraba mucho mejor. Esa inquietud, los

picores, los problemas para respirar, habían desaparecido.

—Lo que tienes que hacer es muy sencillo, tan solo tienes que estar pendiente de los monitores. A través de esas pantallas que ves ahí te llegarán mensajes, unos mensajes a los que tendrás que dar respuesta. Normalmente te llegará un mensaje a la semana, a veces más, a veces menos. Debes informar siempre de que has recibido el mensaje y de que has hecho lo que se te pedía, nada más. ¿Crees que podrás?

¿Podía?

—Sí, creo que sí, ¿cuándo empiezo?

—Ya has empezado, Liam, a partir de ahora eres el responsable de esta unidad.

Liam se quedó pensando en cuántas unidades más habrían. Y rápidamente, sobre el panel de los monitores vio escrito un número, el mismo que había sobre el dintel de la puerta. Ciento setenta y seis.

—¿Y los monitores, cómo funcionan? —Liam, que a pesar de no ser el alumno más brillante, había conseguido graduarse como ingeniero en comunicaciones, y no entendía cómo podían funcionar esos monitores. Parecían tan antiguos. Se dijo que a través de internet imposible, eran de una tecnología mucho más antigua. Pensó en algún sistema telefónico, o incluso de radio, pero era algo que ya tendría tiempo de investigar.

—Los monitores, aunque no lo parezca, siempre están encendidos, tú solo deberás preocuparte por ver los mensajes que llegan, ejecutarlos y responder como te he dicho, nada más.

—¿Y quién envía los mensajes? ¿Y con qué fin? —Esas preguntas le salieron de forma automática.

—Eso no forma parte de las cosas que debes saber en estos momentos, Liam, tú solo debes preocuparte por lo que te he dicho, del resto deja que se ocupe el resto.

Liam asintió nuevamente, lo cierto es que todo aquello de formar parte de algo importante, algo que tal vez sería recordado por los siglos y que parecía ser tan grande, le estaba empezando a gustar.

—Una cosa más, Liam, me voy a tener que marchar ya y no sé cuándo podremos volver a vernos, ¿cuántas personas conocen la existencia de la caja?

Liam sonrió. Y se dijo que había hecho bien en no hablarle nunca de ella a nadie.

—Ninguna.

—¿Ninguna? —El hombre alto enarcó las cejas y la cuenca de sus ojos se acentuó aún más.

—Ninguna aparte de mis padres, claro.

El hombre alto asintió en silencio.

—Bien, Liam, habrá que poner solución a eso, ya te avisaremos, de momento solo haz lo que te he dicho y por supuesto, no puedes hablarle nunca ni de la caja ni de este lugar a nadie. Imagino que también que tendrás que poner fin a ciertos asuntos de índole personal relacionados con tu anterior vida, ¿de acuerdo?

Liam asintió y se quedó pensando en eso de que habría que poner «solución a eso». ¿Qué había querido decir con eso el hombre alto?

—En la casa tienes todo lo que necesitas, «todo», si buscas bien encontrarás cosas que ni te imaginas, y si alguna vez necesitas ponerte en contacto con nosotros, puedes enviar un mensaje desde el primer monitor y esperar a que se te conteste, no siempre será rápido.

Antes de que Liam tuviese tiempo de preguntar algo más, el hombre alto se marchó y lo dejó en la más completa soledad. En un extraño lugar en el que todo parecía sacado de otra época. Todavía no sabía a ciencia cierta de qué iba todo aquello, ni qué es lo que tendría que hacer, ni por supuesto por qué razón. Pero ese sitio tenía algo que lo tranquilizaba, era como si de algún modo, sintiese ese sitio como su hogar.

Y esa primera noche, antes de tener tiempo a hablar con Kate o con sus padres, vio cómo se encendía el monitor número dos. Acababa de recibir el primer mensaje.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Decirle que lo estuviste siguiendo hasta esa extraña vivienda? No sé, Kate, tal vez lo mejor sea no forzarlo demasiado de momento, ¿no crees? —Peter había estado escuchando todo lo que Kate había necesitado contarle para desahogarse. La cena no estaba siendo muy allá, pero la cerveza primero, y el vino después, habían conseguido crear un ambiente bastante más desinhibido del que se rodeaban en su día a día en el trabajo.

—Sí, lo sé, y puede que tengas razón, pero no sabes cuánto me molesta que me mientan y que me engañen, Peter, es algo que me supera. ¿No te pasa con nada? ¿No hay nada que te haga perder el control alguna vez? Pues a mí sí, el engaño me saca completamente de mis casillas.

—Kate, a lo mejor se te está pasando por alto que Liam no te ha engañado, ¿no crees? ¿Qué pruebas tienes de algo así? ¿Una casa en medio de la nada que no conocías que tenía? Te recuerdo que a veces las cosas tienen una explicación mucho más inesperada de lo que piensas, y no por ello tienen que significar que te estén engañando, ni que sean algo malo, simplemente, es posible que Liam no haya tenido el valor de hablarte de una parte de su vida.

—¿Y por qué no iba a tener el valor de hablarme de esa parte de su vida después de casi cuatro años de relación? ¿Acaso no me he mostrado siempre comprensiva? ¿Te parezco una persona con la que no se pueda hablar? ¿Es que muerdo o algo así?

Peter se dijo: «no lo sé, ¿muerdes?» Entre los nervios, el enfado que llevaba, y la cantidad de alcohol ingerida, la vio realmente preciosa. Ardiente.

—Te recomiendo una cosa, Kate, y lo digo por experiencia, me refiero a mi experiencia con las parejas que he tenido. Deja que sea él quien te lo cuente, hazme caso. Si tratas de presionarlo demasiado, tal vez sea peor. Mi consejo es que estos días te muestres más comprensiva que nunca, más receptiva a escuchar, si acaso dale pie a hablar de vuestros sentimientos, de vuestras intimidades, y ya verás como él solo te lo cuenta todo.

Peter solo trataba de aconsejarla lo mejor que sabía, pero Kate, por su expresión, no daba la impresión de habérselo tomado demasiado bien.

—Eh, Kate, ¿estás bien? ¿Te ha molestado algo de lo que te he dicho?

—No, perdona, Peter, es solo que estoy un poco confusa, algo contrariada, no sé, pensaba que Liam confiaba en mí, que estaba siendo lo que

un hombre espera de una mujer, de una buena mujer, pero al parecer...

—Ya, Kate, se acabó.

—¿Cómo dices?

—Se acabó el echarte la culpa de todo. A veces las cosas pasan porque tienen que pasar, así de sencillo, tienen que pasar como paso previo a otras cosas que vendrán después. No trates de buscar la culpa en ti, Kate, si me lo permites, para mí tú sí eres esa mujer que un hombre espera, esa mujer que un hombre anhela, y si Liam no lo ha visto, o es ciego o entonces no es el hombre con el que debes estar —Las palabras de Peter habían sido muy efusivas. A veces el alcohol hace que determinados sentimientos y estados de ánimo se exacerbén. Kate se puso completamente roja al escuchar las palabras de Peter, pero quiso pensar, o aparentar, que había dicho aquello hablando en términos generales, o simplemente para subirle el ánimo.

—Muchas gracias, Peter, no sé cómo agradecerte todo esto, soy una pesada sin remedio, y ni siquiera te he preguntado cómo estás tú, ¿alguna mujer en el horizonte? —Kate se había cansado ya de oírse.

Peter se dijo: «sí, en el horizonte que tengo justo enfrente de mis ojos en estos momentos».

—Cómo siempre, ya sabes, tanteando el terreno, pero de momento no hay nada, parece que no tengo suerte últimamente ¿Te parece si pedimos una copa?

A Kate se le antojó que Peter no se sentía muy cómodo hablando de su vida privada.

—No sé si es buena idea, Peter, entre el lío que tengo en la cabeza y lo cansada que estoy, no sé yo si me sentará demasiado bien.

—Una rápida y te llevo yo a casa, no se hable más —dijo Peter con esa tierna sonrisa mientras hacía ademán de llamar a la camarera. A Kate le supo mal decirle que no. Se dijo que con darle dos tragos a la copa sería suficiente para no hacerle el feo. Y lo de llevarla a casa, ¿era eso lo correcto?

Tras pedir las dos copas, Kate tuvo la impresión de que a Peter se le iban los ojos detrás del culo de la camarera, una chica bastante más joven que ellos y, todo hay que decirlo, con un cuerpo espectacular. Le llamó la atención porque no lo había visto nunca como ese perfil de hombre. Estar compartiendo mesa con una mujer, aunque no sea tu pareja, y desviar las miradas hacia otra, no era que le pareciera de buen gusto. Al menos a ella. Tal vez, al igual que con Liam, también se había equivocado con la imagen de «caballero respetable» que tenía de Peter, a lo mejor se tenía que plantear su futuro como

analista de perfiles del FBI, algo en lo que creía que era buena.

—No me lo puedo creer Peter —dijo Kate con una sonrisa.

—¿El qué?

—¿Le estabas mirando el culo a la camarera?

—¿Yo?

—¡Pero si es una cría! —De no ser porque Kate estaba sonriendo, Peter se hubiese sentido un poco molesto, más bien cohibido.

—De eso nada, una cría no es, y además, no la estaba mirando —Peter se había sonrojado. Por supuesto que la había mirado.

—La has mirado. No pasa nada, Peter, sé cómo sois los hombres, algunos hombres, sé de vuestras necesidades, y puedo entender que si hace tiempo que no estás con una chica, pues... ¿pero con una cría? —Kate terminó de nuevo con una sonrisa en la cara, algo que hizo que Peter se terminase de soltar.

—Pues sí, en eso tienes razón, hace tiempo que no estoy con ninguna mujer, tal vez todo sería más sencillo si consiguiese sacarte en algún momento de mi cabeza —Peter se quedó totalmente paralizado al decir aquello. Kate también. No pretendía decir algo así, y menos en ese momento. Pero entre que estaba en un aprieto del que no sabía cómo salir sin quedar como un salido y que, ciertamente, Kate le atraía bastante, dijo lo primero y más contundente que se le ocurrió para volver a llevársela a su terreno. Peter, a veces, con tal de quedar bien, era capaz de cualquier cosa.

Kate se quedó sin palabras. El candor de sus mejillas subió otro tono. Se remojó los labios con el vino que quedaba en su copa y miró todo cuanto había en la mesa. Cualquier cosa para no alzar la mirada y encontrarse con los ojos de Peter.

—Vaya, lo siento, Kate, no quiero que pienses que... no pretendía incomodarte —dijo Peter tragando una saliva que le supo muy amarga.

—No pasa nada, Peter, me parece que se ha hecho un poco tarde, ¿te parece si nos marchamos? —A Kate le había incomodado bastante el comentario. No por lo que había dicho, sino por venir de Peter, su compañero. Y por la situación. Ella tenía pareja, una pareja con la que pretendía empezar una vida en común y con la que estaba en plena crisis. ¿Qué esperaba con ese comentario? ¿Terminar de confundirla? En realidad, ahora que lo pensaba mejor, más que incomodado, le había molestado. Porque no era el momento.

—Claro, Kate, será mejor que nos marchemos.

Anularon las dos copas que habían pedido y salieron de allí en medio de

un silencio incómodo. Extraño. Parecían dos personas completamente diferentes a las que habían entrado hacía tan solo un rato, a las dos personas que trabajaban codo con codo para combatir el crimen.

—¿Quieres que te acerque a casa, te pido un taxi?

—No hace falta, Peter, ya puedo yo, cogeré el coche, estoy bastante bien para conducir —No lo estaba—. Nos vemos mañana en la oficina, ¿vale?

—Claro, Kate, hasta mañana —Peter había planeado, antes de ese inoportuno comentario, que la despedida sería un buen momento para acercarse, sería «su» momento, pero tal y como estaban las cosas en ese momento, pensó que lo mejor sería dejar las cosas como estaban y no estropearlo más.

Cada uno se fue en una dirección. Pero apenas cuatro pasos después, Peter quiso decirle algo más, sentía que no había hecho todo lo posible por arreglar lo que había estropeado. Y eso a él se le daba francamente bien. Convencer. Hacer creer. Generar confianza.

—Kate.

Ella se dio la vuelta, cansada. Le pesaban los párpados y le dolía la garganta de tanto hablar. Y la cabeza de tanto pensar.

—Qué.

—Lo siento, de verdad, olvida lo que te he dicho, ha sido un error, soy un estúpido. No sé cómo he podido tener tan poca sensibilidad con el lío que ahora mismo tienes en la cabeza. Ha sido muy egoísta por mi parte, soy consciente, y te prometo que nada de esto estaba planeado, te lo juro, solo me ha salido de dentro. Te parecerá extraño, pero yo estoy casi tan sorprendido como tú. ¿No sabes de esos sentimientos que a veces tenemos y de los cuales no eres muy bien consciente hasta que un detonador emocional los activa y los convierte en una realidad? —Kate asintió—. Si te parece, mañana pido el cambio de compañero, no quisiera que esto te afectara, que afectara tu prometedora carrera como agente especial.

Ese comentario, al contrario que el anterior, a Kate sí le gustó. Le gustó mucho. Y le hizo volver a sonreír. Y a confiar. A creer en ese compañero como el caballero inquebrantable, gentil e incorruptible.

—No pasa nada, Peter, no hace falta que pidas ningún cambio, por mí seguimos como hasta ahora. No sé, debe ser alcohol que ha hecho que reaccione de forma un poco brusca. Perdona si te ha molestado mi actitud, eres un cielo, de verdad, y no sabes cuánto agradezco todo el apoyo que me has

dado desde el primer día, que estás dando en estos momentos. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Peter asintió y sonrió esperanzado. A su modo de ver, había arreglado el entuerto de la mejor manera posible. Y se dijo: «Bien, bien bien».

—Claro, Kate, hasta mañana.

Esta vez sí, cada uno se fue en busca de su propio coche. En cuanto Kate se sentó al volante del Dodge, sonó su teléfono móvil. Era un mensaje de Liam.

«¿Te viene bien que hablemos ahora?»

10

—Es un poco tarde para hablar, ¿no crees? —Fue lo primero que le dijo Kate cuando descolgó el teléfono. Todo lo contrario a lo que Peter le había aconsejado, que era aquello de mostrarse comprensiva, cercana, bla-bla-bla.

—Lo siento, Kate, pero no he podido llamar antes, verás, yo... tengo que decirte algo... —Las palabras de Liam surgieron como del interior de una cueva húmeda, oscura y habitada por seres extraños.

Y a Kate, esa voz se le antojó a gran preocupación. De nuevo se contagió un poco de ese tormentoso sentimiento que supuraba. Su novio sufría. Y se arrepintió en el acto de haber entrado como lo había hecho. A matar.

—Liam, cariño, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás en casa? Voy hacia allá.

—No, Kate, por favor, no vengas —dijo Liam en medio de un sollozo que se asemejaba al preámbulo de una gran tormenta.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy en casa.

—¿Y dónde estás? Dime dónde estás y voy hacia allí ahora mismo, ¿ha pasado algo, Liam? Por favor, confía en mí, te prometo que sea lo que sea lo arreglaremos.

Kate imaginaba dónde estaba, pero no le importaba conducir de nuevo unas tres horas para llegar hasta allí. Escuchó cómo Liam, de fondo, lloraba desconsoladamente. Había tratado de tapar el auricular del teléfono, pero no lo suficiente como para evitar que se escuchase un sollozo ahogado.

—Kate, escúchame bien —dijo Liam recuperando algo de vigor en la voz.

—¿Qué?

—No puedo continuar con esta relación, no puedo seguir estando contigo, lo siento mucho, Kate, pero hemos terminado —A Liam le dolió en el alma decir aquello. Kate era la mujer con la que siempre había soñado. Pero era incompatible con su nueva vida, con una vida que llevaba fraguándose casi desde que nació. El primero de los mensajes que había recibido le había dado instrucciones claras, y el segundo... también.

—¿Pero qué estás diciendo, Liam? No digas estupideces.

—No es ninguna estupidez, Kate, quiero que dejemos nuestra relación, voy a volver a Ohio, con mis padres, y me gustaría que... me olvidases para siempre, por favor. Han pasado cosas que no entenderías, y te pido por favor que te alejes. Ahora quiero estar con mi familia y empezar una nueva vida.

El corazón de Kate latía cada vez con más fuerza. Si pensaba que antes no entendía nada, ahora estaba completamente perdida.

—No sé qué te ha podido pasar para que te estés comportando así, Liam, pero quiero hablar contigo en persona, quiero que me digas lo que acabas de decirme mirándome a los ojos —La voz de Kate también se estaba empezando a empañar. La preocupación que sentía iba en aumento.

A Liam le costó un par de segundos responder.

—Lo siento, Kate, pero eso no va a poder ser. De verdad, si alguna vez me has querido, si alguna vez has sentido algo por mí, olvídate, por favor. Es mi decisión y te ruego que la respetes, no quiero estar más contigo, Kate, en serio, esta relación ya ha terminado.

—Escúchame, Liam, escúchame un momento, por favor. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? ¿Eh? ¿Lo recuerdas?

—Sí... —Liam estaba a punto de colgar, pero ese recuerdo...

—Bien, ¿y recuerdas lo que me dijiste cuando te conocí en aquella ambulancia de camino al hospital? ¿Eh? ¿Lo recuerdas?

—Sí...

—¿El qué? ¿Qué me dijiste?

—Que en un mundo lleno de malas personas, solo podían pasar cosas malas —Apretó los párpados con fuerza. Hacía tiempo que no recordaba esas palabras. En aquel momento, ya intuía que su futuro como jugador de béisbol profesional acababa de terminar, tenía el codo totalmente astillado, lo llevaba colgando como si fuera de trapo. Había que estar ciego para no verlo. Y todo por culpa de un conductor borracho que se había saltado un semáforo, alguien que no tuvo ni la decencia de parar para prestar auxilio. Liam perdió ese día su carrera como jugador de béisbol profesional, pero otras personas perdieron la vida en ese accidente múltiple.

—¿Y yo qué te respondí? ¿Lo recuerdas?

—Que mientras tú estuvieras ahí, mientras tú estuvieras con vida, lucharías cada uno de tus días por evitar que eso fuese así —Liam ya no ocultaba sus lágrimas al hablar.

—Bien, Liam, pues ahora quiero que escuches con atención, sé que te has

metido en algún lío, uno del que por alguna razón no me has querido hablar. No importa. Solo quiero que sepas que sea lo que sea tiene solución, yo puedo solucionarlo, Liam, te lo prometo, puedo hacer de este mundo un lugar menos malo, te lo prometí aquel día y te lo prometeré todos y cada uno de los días de mi vida. Pero necesito que me ayudes a ayudarte, necesito que me cuentes lo que ha ocurrido y yo te prometo que te ayudaré a salir de esta, por favor, Liam... —Kate no tenía ninguna duda del que hasta ese momento había sido su novio durante los últimos cuatro años, debía estar metido en un gran lío, uno relacionado con esa misteriosa vivienda. Porque si algo había aprendido, tanto en la vida como en su estricta formación como agente especial, es que Liam tenía un gran corazón, uno de los mejores que había tenido el placer de conocer, y era completamente ilógico la forma en la que se estaba comportando. Debía de haber un elemento ajeno que de algún modo lo estuviese empujando a comportarse de esa forma.

—Kate.

—Vamos, Liam, por favor, deja que nos veamos, te lo ruego, sabes que te amo con todas mis fuerzas y que...

—No vuelvas a llamarme nunca más, Kate.

Tras esas palabras, Liam colgó el teléfono y rompió a llorar con todas sus fuerzas. De algún modo que no alcanzaba a comprender, algo en su interior le decía que, a pesar del dolor, no había otra opción. Nunca en la vida podría estar con Kate. Él formaba parte de algo muy grande, algo muy importante, algo que lo cambiaría todo para siempre. Se lo había dicho el hombre alto, se lo había estado diciendo la caja todos estos años en silencio, lo tenía grabado a fuego a su interior. Era como si el hombre alto, tan solo hubiese abierto la puerta donde había estado hasta ese momento su nuevo y verdadero «yo».

Y ese nuevo yo, no solo no podía estar con Kate ni con ninguna otra mujer, ese nuevo yo hacía cosas. Cosas muy malas. Pero necesarias.

Fue de nuevo hacia el monitor número tres, el que había arrojado el segundo mensaje y, con algo más de tranquilidad, se limpió las lágrimas de los ojos y lo leyó nuevamente. Era duro, muy duro, pero era lo que tenía que hacer. Su nuevo «yo». Ese lugar era «su caja» ahora y él una de las golondrinas. Así era y así sería, una golondrina que estaba a punto de echar a volar alrededor de su árbol de largos brazos. Le dio al pulsador de recibido; ejecución en proceso, y empezó a preparar «todo» lo necesario para llevar a cabo su primera misión.

Kate se quedó pensando unos instantes. Era muy tarde, casi la una de la madrugada, si faltaba de nuevo al trabajo podrían aperebirla, a pesar de que no tenía ninguna duda de que Peter la cubriría de la mejor forma posible. Además, tal y como el propio Peter le había aconsejado, no era bueno presionar tanto a las personas, si Liam había tomado una decisión unilateral, ¿quién era ella para hacerlo cambiar de opinión?

Sí, claro, todo eso era fácil de decir, pero su instinto le decía que su novio estaba metido en un buen lío, que aquella era una de esas ocasiones en las que alguien está pidiendo ayuda a gritos y nadie lo oye. «Aunque yo sí te oigo, Liam, yo sí te oigo». Era su deber hacer todo lo posible por ayudarlo, y si después continuaba sin querer estar con ella, pues ya se vería, pero no podía dejar que se hundiera delante de sus propios ojos. Más aun si su novio era ese ciudadano inocente que está dando el paso hacia el peligroso delincuente. Estaba convencida de que fuese lo que fuese podía pararlo antes de que fuese demasiado tarde.

Tras estar divagando un buen rato más, decidió que, intentaría dormir un poco y al día siguiente hablaría con Peter para ver si le podía echar una mano. Su idea era volver a Cincinnati y empezar por ver qué se escondía en esa extraña vivienda, y después tratar de descubrir qué era eso que con tanta fuerza afligía a Liam. Lo miraría a los ojos, cogería cada una de sus manos y sabría interpretar la intensidad de su dolor. Porque en el fondo, el odio y la maldad no son más que una manifestación de nuestro dolor. Un dolor que todos padecemos en mayor o menor medida, la cuestión es, ¿hasta dónde somos capaces de soportar? O mejor aún, ¿hasta cuándo?

Pero pensó que lo mejor, lo más sensato sería dejar todo eso para el día siguiente. Se dijo que por una noche más no se iba a terminar el mundo, ¿verdad que no? Al día siguiente se pondría en marcha a primera hora y lo resolvería todo.

Su nueva casa escondía algunos secretos que, como le había dicho el hombre alto, no imaginaba. En el piso de arriba había una habitación acondicionada para ver cine. Era como una pequeña sala auténtica pero en miniatura. Con un par de filas de butacas, un proyector, una pantalla que ocupaba toda una pared, y hasta una máquina de palomitas.

También vio una especie de pequeño taller con herramientas y extraños artilugios a medio hacer que de momento decidió dejar para más tarde.

La colección de cintas de casete y de discos de vinilo antiguos era impresionante.

En el sótano donde estaban los monitores había una segunda puerta, una que al parecer, conducía a otro sótano, más abajo, se asomó y se dijo que eso lo vería en otro momento, se lo reservaba. Estaba cansado y ya eran demasiados estímulos, demasiadas sensaciones nuevas en un solo día.

Pero sin lugar a dudas, el espacio que más le había impresionado y, al mismo tiempo asustado, fue la habitación llena de armas que encontró. Armas de todo tipo, la mayoría de ellas no sabía ni cómo se llamaban, aunque su aspecto era temible.

Pensó que la llamada a Kate le pasaría una mayor factura, pero no fue así. Una media hora después de hablar con ella y de estar vagando por la casa, ese dolor y esa aflicción por la pérdida, parecieron diluirse un poco. Una hora más tarde, su cabeza había estado tan concentrada investigando todo cuanto había a su alrededor, que apenas pensó en ella. Y después de eso, tras tumbarse a leer un rato en su nueva cama, se quedó totalmente dormido como hacía tiempo que no dormía. Y descansó como nunca antes lo había hecho. Haber completado esa primera misión, lejos de hacerlo sentir mal, lo había tranquilizado. Su sensación fue que había hecho lo correcto, que había hecho lo mejor, y sobre todo, que era por un bien mayor.

Se levantó con la convicción absoluta de que su nueva vida, y como consecuencia, las cosas que tendría que hacer por el bien del «plan», de ese gran plan del que formaba parte, era lo mejor que le había pasado nunca. Todo cobraba un sentido. Era como si en su interior, todas las preguntas, los miedos, las dudas, la incertidumbre a la vida o el miedo a morir, hubiesen desaparecido de golpe. Los engranajes habían dejado de chirriar y la música

ahora en el interior de su cabeza con armonía y sin estridencias. Y todo gracias a esa casa, «su caja». Era como si todo a su alrededor, todo cuando existía, cobrase un sentido, armónico, un sentido que a partir de ese momento iba a requerir que él hiciese ciertas cosas, empezando por lo que iba a tener que hacer ese mismo día. Aquello que le había dicho el monitor número tres.

Se preparó un buen desayuno, se dio una ducha templada, cogió lo necesario para completar esa nueva y dura misión y salió en dirección a ese primer destino que marcaría su vida para siempre.

13

—¿Cómo que no quieres la comida? —dijo Janis elevando la voz desde la mesa del salón.

—No me apetece, no tengo hambre —Louis se encendió un cigarro y se cruzó de brazos. Llevaba unos cuantos días desgano, pero ese día se había levantado con el estómago completamente cerrado.

—Louis, haz el favor de venir aquí y comerte el estofado de carne, no me he pasado toda la mañana en la cocina para que tú ahora me vengas con esas.

Janis acababa de servir los platos en la mesa, pero su marido seguía sentado en ese viejo y raído sofá del salón. Miraba por la ventana. Con su mano derecha le daba caladas cortas al cigarro, inconscientes, y con la izquierda arañaba el reposabrazos de imitación piel. Ya casi había conseguido agujerearlo. La llegada del otoño le había afectado por alguna razón. Y algo en él parecía haber cambiado. Las hojas del castaño fueron las primeras en empezar a caer, en cubrir las calles de amarillo. Ahí fue cuando Louis acercó ese viejo sillón a la ventana, hasta entonces, año tras año, siempre había estado frente al televisor. Y desde ese día, sus conversaciones no pasaban de: «mira, Janis, las acacias también han empezado a soltar las hojas». O también: «pensaba que los álamos serían los últimos, pero me equivocaba, también han empezado ya con la muda, concretamente hace tres días, quizá los últimos este año sean los sauces, o quién sabe, a lo mejor son los nogales, nunca se sabe con los nogales».

Y lo cierto es que ese repentino cambio de actitud tenía a Janis muy preocupada. Era como si su marido estuviese... ¿deprimido? Nunca imaginó que fuese el prototipo de hombre con tendencia a deprimirse. Durante toda su vida todo cuanto había pasado a su alrededor parecía haberle resbalado por completo. Pero en cualquier caso se dijo que después de todo, ella tampoco era psicóloga y su marido no dejaba de ser una persona, aunque a veces le pareciese más bien un animal. Así que, ¿quién era ella para decidir si su marido podía o no estar deprimido?

—Vamos, Louis, ven a comer conmigo a la mesa, el estofado de carne es tu plato preferido, he comprado pan de harina de centeno, el que a ti te gusta, y he puesto a refrescar seis latas de Budweiser gran reserva, ¿no te apetece? — Janis se había acercado hasta él y se le encogió el corazón al comprobar que

había estado llorando. Nunca antes había visto llorar a su marido—. ¿Por Dios, Louis, qué te ocurre? Me estás preocupando. ¿Has estado llorando? ¿Qué ha pasado?

Louis la miró y a continuación empezaron a temblarle los labios. Apagó el cigarro con torpeza y se levantó apoyando las manos en sus rodillas. Se escuchó un ruido parecido al que hace alguien partiendo nueces. Estaba a punto de cumplir sesenta y cinco, y hacía tiempo, mucho tiempo, que se encontraba tremendamente cansado. Tanto como para rechazar hasta una Bud bien fría.

—Está bien, Janis, probaré un poco ese estofado.

Janis siguió el triste paso de su marido hasta la mesa. Cojeaba del lado derecho, el de la hernia. Después de tantos años, era la primera vez que se decía, «Dios mío, todavía lo quiero, por alguna razón todavía amo a este hombre. No dejes que le pase nada, Dios mío, no aún, no tan pronto».

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué te pasa, Louis? —dijo Janis tras sentarse junto a él en la mesa.

Louis cortó un pedazo de pan de centeno y probó el estofado con la punta de la cuchara. Le costó tragar. La cerveza ni la miró.

—¿Qué me pasa? No me pasa nada, Janis, y me gustaría que dejases de hacer eso.

—¿De hacer el qué?

—De insistir. Te he dicho que no me pasa nada, y no me pasa nada — Louis bajó la mirada para no tener que mirar a su mujer a los ojos.

—No te creo, Louis, sé que te pasa algo y que no quieres hablar de ello, en ese caso, no voy a forzarte, pero no me digas que no te pasa nada porque te conozco y sé que no es cierto. ¿Te traigo una cerveza? —Janis siempre había odiado la faceta bebedora de su marido, pero con el paso del tiempo, con los años, incluso a eso había llegado a cogerle cariño. No se había dado cuenta que ya había una cerveza en la mesa. Sin tocar. Algo inaudito en Louis.

—No hace falta, Janis, no me apetece.

—¿Que no te apetece? ¿Cómo que no?—Eso sí era preocupante—. Vamos, Louis, ¿qué te ocurre? Me parece que hemos compartido ya unas cuantas cosas en esta vida como para andar ocultándonos las cosas a estas alturas, ¿no crees? Vamos, puedes contármelo, confía en mí —El rostro de Janis se había cubierto de arrugas, completamente, pero aún conservaba ese brillo en los ojos. Sus ojos seguían siendo exactamente los mismos que los del

primer día. Y en cuanto Louis los vio, en cuanto alzó la mirada y se fijó en ellos, no pudo evitar romper a llorar.

—Lo siento, Janis, lo siento por todo —Empezó a decir Louis entre sollozos.

Janis se acercó más a él y lo abrazó con todas sus fuerzas, apretándolo contra su pecho. Ese pecho, caído y arrugado, en el que tantas veces se había perdido su marido. Pero el deseo también hacía tiempo que había desaparecido.

—¿Dime qué pasa, Louis? ¿El qué sientes? —Janis se había contagiado y también había empezado a llorar.

—He sido un marido horrible, Janis, y una ruina de padre —dijo Louis con los ojos cubiertos de finas venas rojas.

—Por Dios, Louis, no digas eso.

—Es la verdad, Janis, y tú lo sabes. No he sido el marido que merecías que fuese, ni de cerca, menos aún el padre que Liam se merecía. Me he pasado toda la vida metiendo la pata y aprovechándome de las buenas personas como tú, no he sido una buena persona, Janis, no lo he sido, y ya no lo soporto más. No soy más que un bocazas, una carga —Por alguna razón, con casi sesenta y cinco años, Louis se había visto por primera vez como el resto lo veía a él, como pensó que debía verlo. Y se sintió como el enanito del relato de Oscar Wilde, que el día que por primera vez vio su rostro reflejado en un espejo, no pudo soportar su propia fealdad y se le rompió el corazón. Y con ello, murió.

—Eso no es verdad, Louis, no lo es.

—Sí lo es, Janis, sí lo es, y tú lo sabes, desde el primer día —Louis levantó la voz.

—Bueno ¿y qué? Nadie es perfecto, Louis, yo también he cometido errores, todos los cometemos. Ser consciente de ellos es bueno, es lo que nos hace ser mejores personas.

Louis negaba con la mirada totalmente empañada. Estaba abatido y nada lo consolaba.

—Ya no hay tiempo, Janis, ¿no te das cuenta? Nuestro tiempo ya pasó, ¿qué nos queda ahora, eh? ¿Qué nos queda? Vamos a cumplir los sesenta y cinco y de aquí poco ya ni trabajaremos, ¿y después, qué? ¿Esperar a que nos dé un ataque al corazón? ¿A que tengamos que orinar en una bolsa o comer a través de una sonda? ¿A que nuestros ojos dejen de ver o el médico nos prohíba hasta el agua?

—No sé a dónde quieres ir a parar, Louis, ni por qué piensas todo eso. Claro que dejaremos de trabajar, y nos jubilaremos, y trataremos de aprovechar el tiempo que nos quede todo lo que podamos y con la mejor calidad de vida, ¿qué tiene eso de malo?

—¿Aprovechar el tiempo, dices? ¿Haciendo qué? Todo aquello que algún día fuiste, que algún día te gustó, ya no existe. ¿No te das cuenta? Estamos completamente perdidos, solos. Esto no tiene ningún sentido, Janis, no lo tiene, la vida no tiene el menor sentido, al menos no la mía. Ya no puedo hacer nada de lo que me gustaba sin que me duela, ya ni siquiera disfruto con la bebida, pronto tendré que abandonar mi trabajo, no me quedan amigos, nuestro hijo se ha marchado y apenas me habla, y mi mujer, la única persona que ha estado siempre a mi lado, es a quien peor he tratado, ¿lo entiendes ahora? ¿Qué sentido tiene esto? ¿Meter la pata una y otra vez hasta que nos den sepultura? ¿Qué sentido? ¿Qué vamos a hacer cuando nos jubilemos? ¿Estar todo el día discutiendo mientras nos maldecimos en silencio? ¿Arrastrándonos día a día hasta que ya no podamos ni andar?

Janis también había empezado a llorar. Su estado de ánimo tampoco era para tirar cohetes desde que Liam se había marchado a Chicago, pero ver así a su marido y escucharlo decir todo lo que estaba diciendo, le estaban afectando más de lo que imaginaba. Era como si en el fondo, todo lo que estuviese diciendo Louis, ella también lo pensara de algún modo. Como si esa oscura y trágica realidad, fuesen la más pura verdad. Que nada tenía ningún sentido.

—Por Dios, Louis, hacer el favor de parar ya —dijo Janis levantado la voz. No quería escucharlo más. Hubiese sido mejor no haberlo forzado a hablar.

—¿Por qué? ¿Porque tengo razón, no es eso?

—¡No! ¡No la tienes! ¡Déjame, Louis! ¡Déjame de una vez! —Janis se levantó llorando de la mesa, y Louis, por primera vez en mucho tiempo, fue consciente del daño que le estaba haciendo, del impacto inmediato de sus palabras acciones en los demás, en este caso, de la única persona que siempre había estado a su lado. Se levantó como un resorte haciendo sonar de nuevo los huesos de sus rodillas y fue tras ella.

Janis se había tumbado en la cama de la habitación boca abajo. Lloraba aplastando su cara contra las sábanas. Con las manos daba tímidos puñetazos contra el colchón. Toda ella temblaba.

—Janis...

—Déjame, Louis, no quiero hablar...

—Vamos, Janis, perdóname, no sé qué me pasa, será que me hago mayor y no digo más que estupideces, pero no llores más, por favor, tú no...

—¿Por qué no? ¿Por qué yo no puedo llorar y tú sí? —dijo Janis girándose con el rostro totalmente ensombrecido.

—Porque tú siempre has sido la fuerte de esta relación, la que le ha dado un poco de cordura y de sensatez a esto, y sí tú no aguantas... yo no aguanto... —dijo Louis rompiendo de nuevo a llorar.

Janis lo miró de nuevo y al verlo así, tan cerca de ella, tan sincero, en ese decorado que llevaban tantos años compartiendo al que llamaban hogar, hizo que sus lágrimas cesaran un poco.

—Tenemos que ser fuertes, Louis, yo aguantaré solo si tú también aguantas, ¿lo entiendes? —dijo Janis mirándolo a los ojos—. No sé qué sentido puede tener todo esto, pero sé que tenemos que aguantar y que llegar hasta el final, pero tenemos que hacerlo juntos, ¿lo entiendes?

Louis asintió y sacó una pequeña sonrisa de esperanza. Se le pasó por la cabeza que, tal vez, todavía podían pasar algún que otro buen momento, aunque siguiese pensando que nada tenía el menor sentido. Y que ver a su mujer llorar era decididamente peor que verla sonreír.

—¿Crees que algún día podrás perdonarme, Janis? —preguntó Louis cuando parecía que ya no tenía nada más que decir.

—¿Por qué?

—Por no haber sido el hombre que merecías y por... haberte empujado a llevar a Liam a que lo viese el doctor aquel...

Los ojos de Janis se abrieron de par en par. ¿Qué sabía Louis de aquel doctor? O mejor dicho, ¿sabía algo de las visitas que ella le hizo posteriormente?

—¿A qué viene eso ahora, Louis?

Louis se encogió de hombros.

—¿Nunca te has parado a pensar que a lo mejor no fue buena idea llevarlo? Ya sabes, lo de la caja y todo eso. ¿Nunca has pensado que a lo mejor lo hicimos por nuestro propio egoísmo y que todo hubiese sido diferente si Liam no se hubiese criado con esa caja?

Janis pensaba exactamente lo mismo, pero de ese tema nunca habían hablado. Nunca. Y tampoco era bueno hacerlo en ese momento.

—No lo sé, Louis, no sé cómo habría sido Liam de no haber ido a esa consulta, como tampoco sé qué habría sido de nosotros, pero ¿qué importancia puede tener eso ahora? Hicimos lo que hicimos porque en el momento pensamos que era lo mejor para todos, ya está. No te atormentes, Louis, no merece la pena. Tampoco creo que fuese para tanto.

—Pues yo creo que sí, Janis, sí fue para tanto y sí merece la pena hablarlo. Llevamos allí a nuestro hijo porque no soportábamos no dormir, no soportábamos escucharlo llorar cada día, Dios santo, no nos soportábamos el uno al otro, ¿no lo recuerdas? Y yo fui quien te empujó a ir. Yo. Y mira cómo ha crecido nuestro hijo.

—¿Cómo? ¿Qué le pasa a nuestro hijo?

—Janis... sabes de sobra que Liam no es normal.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso? —Janis pensaba lo mismo, pero no se había atrevido a hablar nunca de eso con nadie. Y tampoco le apetecía hacerlo en ese momento.

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso conoces alguna persona que no se haya despegado de una caja de música en veintiocho años? ¿Te parece eso normal? ¿Que no pueda dormir sin ella? ¿Te parece normal que no ha pasado ni un solo día en el que tu hijo no se haya quedado absorto mirando esa caja como embobado y siguiendo las golondrinas con la mirada? No es normal, Janis, no lo es. Y no solo es eso. Es... no sabría cómo explicarlo... a veces tengo la impresión de que todo cuanto dice o hace, lo hace porque es lo que hay que hacer, no sé, como si no tuviese sentimientos propios, ¿me entiendes? Como si no tuviese una personalidad propia, sino una impuesta.

Janis se tapó la cara con las dos manos y sollozó otro rato. Su marido había dado en el blanco en todo. El ataque de brutal sinceridad que estaba teniendo la estaba matando. Y se dijo que a veces valen más un montón de mentirás que una sola verdad.

Louis iba a decir algo más, ya no lloraba, estaba algo más tranquilo, pero todavía le quedaba algo dentro, otra ración más de esa horrible verdad de vida, pero el timbre de la puerta hizo que se parara en seco. Janis también alzó la mirada. Nadie solía llamar a casa de los Frohnmayer, y menos a mediodía.

—¿Vas tú o voy yo? —preguntó Janis frotándose los ojos.

Al final fueron los dos.

Kate tardó unas horas en cerrar un par de expedientes que su jefe le había dejado encima de la mesa la noche anterior. Hubiese querido salir antes, pero tratar de obviarlos habría podido considerarse incluso como ofensivo. Ser agente especial era incompatible con tomarse licencias personales de ese tipo.

Habló con Peter y le contó la conversación que había tenido con Liam y lo que pensaba hacer al respecto, pero Peter, tras superar esa vergüenza inicial que traía consigo como consecuencia de lo ocurrido con ella la noche anterior, dijo lo que pensaba.

—Lo siento, pero no pienso lo mismo, Kate. No creo que sea buena idea que vayas ahora hasta Cincinnati.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Por varias razones. Para empezar, Liam no te ha dado hasta ahora ninguna muestra de andar por ahí con gente poco recomendable, no tiene ni un solo antecedente, ni tan siquiera una multa de tráfico. Para continuar, como tú bien has dicho, sus padres no pasan apuros económicos en la actualidad, tiene un trabajo fijo que, si bien no es el mejor pagado del mundo, le da de sobra para comer, no ha tenido, que sepamos, relaciones conflictivas en el pasado, tú eres su única pareja conocida, ningún problema con amigos o debido a algún suceso que conozcamos, así que dime, ¿qué motivo podría existir para que Liam estuviese metido o a punto de meterse en un lío de grandes proporciones como tú dices? Porque yo no veo ninguno.

Kate se quedó pensando en las palabras de Peter. Sus argumentos eran implacables, pero él no sentía lo que ella había percibido al hablar con él. Peter no lo conocía como lo conocía ella, y sabía que aunque resultase ilógico, algo pasaba.

—De verdad, Kate, mi consejo es que no le des más vueltas de las necesarias. A veces de tanto que observamos algo empezamos a ver fantasmas donde no los hay. Y te digo lo mismo que te dije ayer, dale su espacio, no lo agobies, si ha tomado una decisión, respétala. Tú solo muéstrate cercana y comprensiva, y dale pie a hablar.

—Pero si me ha colgado el teléfono y lo tiene desconectado desde ayer, Peter, ¿a ti te parece eso normal? ¿A ti te parece que así puedo darle pie a hablar? —Kate estaba manifiestamente nerviosa. No le hizo gracia que Peter

volviese a salir con aquello de que fuese cercana y comprensiva, ¿es que acaso no lo había sido a lo largo de toda su relación? Se preguntó incluso si la opinión y los consejos de Peter no estarían condicionados por su propio interés. Y ese posible oportunismo le molestó.

—Está bien, Kate, no te alteres, haz el favor. Lo último que quiero es ponerte más nerviosa de lo que ya lo estás. Yo te he dicho lo que pienso en base a lo que tú me has contado, pero si finalmente decides entrar en acción, te apoyaré en todo lo que necesites, espero que lo sepas —Peter volvió a sacar su yo gentil. Y al ver el modo en que Kate alzó la mirada y le brillaron los ojos, se dijo nuevamente: «bien, bien, bien».

—¿De verdad harías eso por mí, Peter? ¿Me ayudarías a pesar de que no piensas que sea lo correcto?

—Por supuesto, Kate, que no te quepa la menor duda. Y espero que jamás pienses que algo de lo que te diga o haga va en contra de lo que creo que es mejor para ti. Siempre podrás contar conmigo y siempre estaré ahí para lo que puedas necesitar.

Kate no solía manifestar el afecto de ese modo, pero a veces el cuerpo se lo pedía. Se abrazó a Peter con fuerza e incluso le dio un beso en la mejilla.

—Eres un cielo, Peter, ¿entonces me vas a ayudar?

—Si vas a ir tú sola de todos modos, por supuesto.

—Muchísimas gracias, de verdad, nunca olvidaré esto, Peter.

«Yo tampoco». Pensó Peter mientras Kate lo volvía a abrazar.

Salieron de la oficina del FBI de Chicago y, sin levantar mucho revuelo, pusieron rumbo hacia Cincinnati. Si se deban prisa tal vez llegarían a mediodía.

—¡Liam! ¡Qué sorpresa! ¿Por qué no nos has avisado de que venías a comer? —dijo Janis al ver que la persona que había llamado a la puerta era su hijo.

—Ha sido un viaje improvisado, mamá, dicho y hecho —dijo Liam con una sonrisa más apagada de lo normal.

—Pasa, hijo, pasa, justo ahora íbamos tu padre y yo a empezar a comer.

A Louis se le antojó extraña la visita sorpresa de su hijo, pero a Janis, que hacía solo dos días había tenido una horrible conversación con él acerca de la caja, y desde entonces no había vuelto a saber nada, esa visita, lejos de sorprenderle, la asustó un poco.

Liam dejó la pesada mochila que llevaba con él junto a sus pies.

—Deja que lleve tu mochila a la entrada, Liam, comerás más a gusto sin tener que estar tropezándote con ella toda la comida.

—No hace falta, mamá, la mochila está bien aquí.

—Está bien, hijo, como quieras.

Janis recalentó un poco el estofado de carne mientras Liam y Louis se observaban, cada uno sentado en un extremo de la mesa.

—¿Cómo te va todo en Chicago, Liam? Tengo entendido que pronto te irás a vivir con Kate, eso fue lo que dijiste la última vez que te vimos, ¿me equivoco?

—En Chicago todo bien, papá, y con Kate todo estupendamente bien, como no podía ser de otra manera. De hecho no podría ir mejor.

En su cabeza, Liam vio cómo las golondrinas se ponían en marcha y empezaban a batir sus alas en el aire, y daban vueltas en círculo alrededor del árbol de largos brazos.

Louis se dijo para sus adentros, «ya lo está volviendo a hacer, actuar. Fingir algo que no es. Como si no tuviese sentimientos propios, ni mucho menos una personalidad».

—Ya están aquí los platos —dijo Janis sentándose a la mesa—. Cuéntanos, Liam, ¿qué te trae por aquí?

De nuevo, Janis trató de hacer lo mismo que solía hacer con su marido o con casi todo aquello que le había preocupado en la vida, obviar el problema

como si no existiera. Solo que el problema sí existía, de hecho estaba a punto de caerle encima.

—Ya te lo he dicho, mamá, ¿cuántas veces te lo he de volver a repetir para que lo entiendas? Ha sido un viaje relámpago, dicho y hecho. Nada más —Janis y Louis se quedaron boquiabiertos. Su hijo nunca les había hablado así. Louis se dijo que si esa era su verdadera personalidad, más hubiera valido que la hubiese continuado ocultando.

—Está bien, hijo, no hace falta que te enfades —dijo Janis con el tono más suave que pudo reunir.

Tanto Louis como Janis probaron el estofado y se abrieron cada uno una Bud gran reserva. En cambio Liam se había quedado medio embobado, tal y como Louis había descrito tan solo unos momentos antes.

—Hijo, ¿no te apetece probar el estofado? ¿No tienes hambre? ¿Qué ocurre, Liam? Estás muy raro —dijo Janis viendo que Liam no respondía.

Y la razón no era otra que él solo tenía en la cabeza en las golondrinas batiendo sus alas alrededor del árbol de largos brazos. Si acaso, un pensamiento, pequeño y encerrado, casi inexistente, le decía que no lo hiciese, que lo que estaba a punto de hacer era un error. «No puedes hacer eso, Liam, es una completa locura. Sobre todo a ella, es tu madre, Liam, a ella no». Pero las golondrinas batían sus alas cada vez con más fuerza. Y Liam se agachó con disimulo y comprobó que había dejado medio abierta la cremallera de su mochila. Y palpó lo que había dentro, lo que estaba a punto de utilizar.

—Papá, mamá.

Tanto Janis como Louis dejaron la cuchara en el plato y alzaron la mirada. Preocupados. Una mirada vieja, con muchos años.

—¿Os acordáis de la caja de música, verdad? Mi caja de música.

Louis se olió que algo iba mal. A Janis no le cupo la menor duda.

—¿Qué ocurre con la caja, hijo? ¿Ya la has tirado como te dije? Esa caja es un trasto inútil, Liam, hace muchos años que debimos haberla tirado.

—Pero no lo hicimos, ni tú, ni tú —dijo Liam mirando muy serio a Janis primero y a Louis después, que entornó los ojos y se dijo, ¿y qué viene ahora?

—Vamos, Liam, olvídala ya, aquello fue hace muchos años...

—No, mamá, sabes que no puedo, lo sabes de sobra, y tú también lo sabes —añadió mirando a su padre—. Los dos la utilizasteis porque os convenía, porque era una forma de tenerme dormido y tranquilo siempre que así lo deseasteis, ¿me equivoco? Pues bien, eso era lo que deseabais y eso fue

lo que tuvisteis, solo que ahora ese niño ha crecido y tenéis que saber que toda acción conlleva una reacción, todo acto tiene sus consecuencias, y las de vuestras acciones y decisiones, están a punto de hacerse efectivas.

Ninguno de los dos sabía exactamente cuáles eran esas consecuencias de las que hablaba su hijo, pero pensaron que, tristemente, no le faltaba razón en lo de que deseaban un hijo tranquilo, y utilizaron la caja con ese fin siempre que les vino en gana, así que...

—Por Dios, Liam, ¿a qué viene esto ahora después de tantos años? —dijo Janis llena de auténtica preocupación.

—Déjalo, Janis, deja que nuestro hijo se exprese y que diga lo que siente, y que nos hable de esas consecuencias que dice que tiene cada acción. ¿Qué es lo que quieres exactamente, hijo? ¿A qué has venido en realidad? Si te sirve de algo, tanto tu madre como yo nos arrepentimos de haber usado esa caja, tienes mi palabra, fue algo que hicimos sin saber las consecuencias que podía tener, como tú bien has dicho, pero te aseguro que nuestras intenciones eran buenas y que nunca imaginamos que usarla pudiese ser algo malo, ¿qué mal podía hacer una simple caja de música? ¿Eh? —En su interior, una vocecilla le dijo a Louis, ¿en serio nunca pensaste que esa dependencia podía no ser buena?

—Nada, papá, déjalo, en realidad no esperaba que lo entendieses, supongo que debe ser muy difícil de entender que cuando sometes a alguien a un determinado estímulo durante muchos años, ese estímulo está contribuyendo de forma determinante en su desarrollo. De todas formas, no importa, las consecuencias son las que son penséis lo que penséis, y que conste que no las elijo yo, las consecuencias están directamente relacionadas con la propia naturaleza de los actos, así que, en cierta manera, las habéis elegido vosotros mismos, yo solo he venido a poner las cosas en equilibrio, que es como deben estar para que todo avance según lo previsto.

Liam se agachó y terminó de abrir la cremallera de su mochila. Janis y Louis se miraron el uno al otro con cara de no entender nada, aunque con la total certeza de que las intenciones de su hijo no eran buenas. Casi por primera vez en la vida, pensaron exactamente lo mismo, «tenemos un gran problema». Tal vez no habían vuelto a coincidir de una forma tan rotunda desde que decidieron que usar la caja de música a discreción era buena idea.

Liam palpó lo que había dentro y, a pesar del dolor que se le estaba instalando en la base del cráneo y en el centro del corazón, se dijo que cuanto

antes terminase, mejor. Tampoco le había parecido buena idea dejar a Kate de esa manera y casi de forma inmediata, había empezado a sentir que había hecho lo correcto. Que lo que había hecho era lo que había que hacer por el bien del «plan». Así que, se dijo, «allá vamos».

Kate y Peter estuvieron bastante entretenidos durante las más de tres horas que duró el viaje de Chicago a Cincinnati. Hablaron de los dos casos que tenían abiertos en ese momento y establecieron las líneas estratégicas que seguirían a partir de ahora. Estuvieron de acuerdo en casi todo, y los pocos puntos de discordancia sirvieron para que ambos conociesen diferentes formas de observar un mismo fenómeno, un mismo problema desde otro ángulo, y por lo tanto, las diferentes formas de proceder en base a dicha observación de partida. Así que, podría decirse que el viaje había sido muy enriquecedor en lo profesional. Los dos se tenían respeto y admiración. Y en cuanto a lo personal, ambos parecían mostrar un nivel de madurez encomiable, ya que no habían dado muestras de que el incidente de la noche anterior hubiese alterado su forma de comportarse en lo profesional. No a todo el mundo le resultaba sencillo separar ambos mundos.

Peter era el que conducía y Kate la que estaba sentada en el asiento de copiloto, hacía anotaciones en su libreta acerca de las conclusiones a las que habían llegado y, también, aprovechaba para llamar de tanto en tanto a Liam, pero en todas y cada una de las veces el contestador le indicó que tenía el teléfono apagado. Estuvo tentada varias veces de llamar a sus padres, pero decidió que lo mejor por el momento sería no preocuparlos, tal vez, si cuando fuese a la vivienda de Cincinnati, veía algo que no le gustaba, a lo mejor hacía esa llamada. Pero de momento lo más inteligente sería no involucrarlos a ellos también. Si al final todo eran paranoias suyas, como más o menos le había dejado caer Peter, cuanto menos gente estuviese al corriente de las mismas, mejor.

—Puedes quedarte en el coche mientras yo entro, ¿te parece bien? —dijo Kate mientras, de forma totalmente instintiva, comprobaba el cargador de su arma reglamentaria. Ni se le había pasado por la cabeza que pudiese llegar a utilizarla, pero le habían grabado tan a fuego esa pauta, que la llevaba a cabo sin ni siquiera pensarlo. Como ese estímulo que, a base de recibirlo durante largo tiempo, hace que nos comportemos de una determinada manera, generando, de algún modo, un patrón de comportamiento dirigido y condicionado.

—No pienso quedarme en el coche, Kate, no he venido hasta aquí para

quedarme haciendo crucigramas. Si tú vas, yo voy —dijo Peter mientras hacía lo propio con su pistola.

A Kate le sacó una sonrisa ese noble compromiso por parte de Peter.

Se plantaron delante del ciento setenta y seis del polígono industrial de Covedale, y esperaron delante de la puerta a que alguien les abriera.

—¿Ya has pensado que vas a decirle si te abre él? —preguntó Peter casi con un susurro—. Lo digo porque en principio él no tiene ni idea de que...

—¿De que yo sé que tiene esta vivienda a su nombre?

—Exacto.

—Le diré la verdad, Peter, que estoy muy preocupada por él y que estoy aquí para lo que necesite, para sacarlo de lo que sea en lo que ande metido.

Peter asintió con una ligera sonrisa de sarcasmo, en el fondo daba la impresión de que cualquier cosa que concerniese a Liam, le resultase sospechosa.

Kate tocó tres veces más, cada una de ellas de forma más sonora, pero en ninguna de las mismas obtuvo respuesta. Tanto las ventanas de la planta baja como las del primer piso, estaban cerradas y con las persianas bajadas. Kate trató de escuchar a través de la puerta, incluso intentó ver si se «abría fácilmente», pero no fue el caso.

—Por Dios, Kate, ¿qué estás intentando hacer? ¿Sabes que pueden suspenderte por esto? ¿Se te ha ido la cabeza? Es allanamiento de morada por parte de un agente especial —dijo Peter viendo cómo Kate trataba de entrar a las bravas.

—Schhhh, no levantes la voz, Peter, es posible que esté dentro —dijo Kate con las mejillas encendidas y el entrecejo arrugado.

—Me da igual que esté dentro, Kate, no tenemos absolutamente ninguna prueba como para entrar en esta vivienda por la fuerza, ¿tienes idea de lo que puede pasarnos? ¿Tienes idea de que nos puede costar el puesto o incluso algo peor?

Kate resopló y se mordió los labios. A Peter le gustó ese enfado. Esa rabia. Lo suyo era la provocación.

—¿Y qué propones? ¿Que nos demos la vuelta sin más? ¿Que nos marchemos sin haber hecho nada?

—No, Kate, ya sabes que hay otras opciones, como por ejemplo montar un puesto de vigilancia, tratar de triangular la señal GPS de su teléfono o

incluso ponernos en contacto con sus padres o algún otro familiar cercano. Conoces el procedimiento igual que yo. Hay opciones.

Kate resopló de nuevo tratando de decidir deprisa, tenía el presentimiento de que algo no iba bien, nada bien. Al final optó por la opción que menos le gustaba, pero era la vía más rápida para saber algo más.

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de los padres de Liam. Tal vez ellos supiesen algo de él. Vivían a tan solo unos cuantos kilómetros de allí, en Hamilton, y no sería extraño que hubiesen visto a su hijo durante los últimos días.

La línea dio unos cinco tonos, y antes de llegar al sexto, pareció que cortaron la llamada. A Kate le pareció extraño, aunque puede que solo fuese un fallo de línea. Volvió a llamar y esta vez cortaron la llamada tras el segundo tono. Eso aún era menos normal. Cuando hizo la tercera llamada, el teléfono de los Frohnmayer había sido desconectado totalmente.

A Kate tan solo le llevó un segundo decidirse.

—Tienes razón, Peter, no hacemos nada aquí fuera, nos vamos a Hamilton, algo no va bien.

Sin apenas tiempo para decir nada más, Peter arrancó el coche y puso rumbo al domicilio de los padres de Liam.

—Date prisa por favor, Peter, tengo un mal presentimiento —dijo Kate mientras el Honda de Peter arremolinaba a su paso las hojas caídas de las acacias.

—Dios mío, Liam, ¿te has vuelto loco? ¿Qué vas a hacer? —Janis se había levantado de la mesa al ver que su hijo los estaba apuntando con una pistola. ¿Acaso era para tanto lo de la caja? ¿O había algo más? ¿Tenía algo que ver con sus visitas posteriores a la consulta del doctor Ashcroft?

—Siéntate por favor, mamá, no hagas esto más difícil —dijo Liam con un ligero temblor de párpados. Ese dolor en la base del cráneo había ido en aumento, también el del corazón. Pero ahora se le había sumado uno nuevo, tenía una molesta presión en la cuenca de los ojos. Era un dolor extraño. Era como si alguien estuviese apretándole los ojos hacia dentro con los pulgares, hundiéndoselos.

Janis obedeció y se sentó mirando a su marido. Louis se había quedado como paralizado y no apartaba la vista del cañón de la pistola.

—Hijo mío, ¿por qué nos estás apuntando con esa pistola? ¿Qué clase de broma es esta, Liam? —Janis, como siempre había hecho en la vida, seguía tratando de obviar la evidencia. Su hijo había ido hasta allí para matarlos, hasta Louis se había dado cuenta.

—¡Cállate, mamá, no hagas esto más difícil! ¡Cierra la boca de una maldita vez! —Liam elevó la voz al tiempo que se llevaba la mano izquierda a los ojos. El dolor en las llamadas zonas orbitales se estaba convirtiendo tan intenso que le estaba empezando a resultar muy difícil de soportar. Y a eso se le sumaba ese minúsculo y solitario pensamiento allá en el fondo, tirándole de las mangas de la camisa para decirle que aquello no era buena idea, al menos no a su madre, a su madre no podía hacerle algo así. Cuando salió de su nueva casa, de «su caja», lo tenía clarísimo. Se encontraba mejor que nunca y por primera vez en la vida sentía que todo tenía un sentido, que él formaba parte de algo grande. Pero, a medida que habían ido pasando los minutos, ese sentimiento se había ido desinflando hasta el punto de empezar a tener dudas.

—Dispárame a mí si es lo que quieres, hijo, pero deja a tu madre en paz —dijo Louis sacando el valor que le había faltado durante toda su vida—. Yo fui quien le habló a tu madre del médico al que te llevamos, fue idea mía probar un tratamiento nuevo, ella no tenía ni idea y, además, estaba totalmente en contra y prácticamente la obligué a ir. Así que, hazlo rápido, venga, sé un hombre y haz lo que has venido a hacer, pero por lo que más quieras, deja a tu

madre en paz, deja que tu madre viva, porque te aseguro que ella es tan inocente como. Yo soy el único culpable.

Liam se frotó de nuevo los ojos. Cada vez le dolían más. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Estaba su padre en lo cierto en lo referente a su madre? Pero en cualquier caso, él acataba órdenes, las que le había dado el monitor tres de su unidad, la número ciento setenta y seis, y le había dicho tajantemente que tenía que eliminar a dos objetivos, los cuales no solo conocían la existencia de la caja de música, sino también la del hombre alto.

En su interior empezó a sentir cómo algo se tensaba, cómo esa fina línea que mantiene en equilibrio nuestro interior, nuestras confrontaciones internas y contradicciones, estuviese a punto de partir. Como un globo hinchado a presión sometido a más presión.

—Hijo, piensa lo que te he dicho, dispárame a mí pero deja a tu madre, vamos, hazlo ya y márchate —dijo Louis tragando una pelota de espesa saliva y dando un paso al frente.

—Ni, Liam, no, no lo hagas, te lo suplico, soy tu madre, baja esa pistola —Janis lloraba y suplicaba con la mirada. Tal vez, en el fondo, lo que más le dolía, y eso era algo en lo que probablemente también coincidía con su marido, era que su hijo fuese capaz de hacer algo así. Eso le dolía mucho más que perder su propia vida.

—¡Callaos los dos! ¡Callaos de una maldita vez! ¡Callaos! ¡Callaos! ¡Callaos!

Liam apuntó a su padre, se aseguró de que el seguro estaba quitado, y puso el dedo en el gatillo.

Peter se equivocó un par de veces antes de dar con la dirección de los padres de Liam, y Kate se dijo que a partir de ese día conduciría ella. Estaba cansada de seguir los estándares y las tradiciones. Ella conducía infinitamente mejor que él y si no le parecía, le diría que se buscara otro compañero.

—Sería bueno que te tranquilizases, Kate, que yo sepa no hemos recibido aviso de ningún tipo de que en el domicilio de los padres de Liam se esté produciendo o se haya producido algún tipo de delito.

Kate lo miró y esperó un par de segundos antes de responder. No era de las que se callaba, pero solía esperar un par de segundos para dejar enfriar un poco las palabras en su interior. Eso solía servir para suavizarlas.

—Peter, te agradecería que dejases de hacer eso.

—¿El qué?

—Lo que llevas haciendo desde ayer, poner en entredicho mi instinto.

—¿Qué? Vamos, Kate, ¿pero qué estás diciendo?

—Llevas desde ayer tratando de hacerme creer que todo está en mi cabeza, que no hay pruebas de ningún tipo para preocuparse, pero yo te digo que sí porque conozco a mi pareja y sé cuándo algo no es normal y cuándo algo empieza a ser demasiado extraño, pero tú sigues tratando de hacerme dudar y de decirme que mi instinto y mi percepción se equivoco. Y eso es a lo que me refiero con lo que quiero que dejes de hacer de una maldita vez.

Tanto Peter como la propia Kate se quedaron un poco parados después de esas palabras. Él no estaba esperando esa cortante reacción, ella no estaba acostumbrada a esas detonaciones emocionales externas.

—Está bien, Kate, lo siento, tienes razón, no debería haberte hecho dudar.

Kate se quedó mirándolo y por primera vez, se preguntó cómo lo hacía siempre para justo cuando estaba a punto de hacerle perder los nervios, conseguir decir lo correcto para que ella bajase nuevamente la guardia. ¿Era una especie de don o algo así?

—De acuerdo, Peter, no pasa nada, entremos de una vez, ya hablaremos de esto más tarde.

Salieron del coche sin hacer ruido, y justo cuando iban a cruzar la acera, el teléfono de Kate empezó a vibrar en el interior de su chaqueta. Esperanzada

con la idea de que fuese Liam, vio quien llamaba. Pero no lo era, no era su pareja, era su jefe. Pensó si descolgar o no y se dijo que no pasaba nada por que esperase un poco. Pero al segundo siguiente fue el móvil de Peter el que empezó a sonar, también su jefe.

—Kate, es nuestro jefe, ¿no crees que deberíamos...?

—No, Peter, llamaremos más tarde.

La llamada al móvil de Peter llegó a su fin y acto seguido, volvió a sonar insistentemente el de Kate. Ella soltó un suspiro de fastidio y dirigió una mirada molesta a Peter.

—Creo que deberíamos coger, Kate, puede que sea importante, ya sabes que el jefe nunca llama a no ser que...

—Ya lo sé, maldita sea, ya lo sé.

Están a solo unos pasos de la puerta de la casa de los Frohnmayer, pero Kate descolgó esa llamada, se dijo que lo haría corto. Aunque no imaginó lo que su jefe tenía que decirle, algo que le haría cambiar totalmente de planes.

Tras apenas un tenso minuto de conversación en el que apenas dijo unas cuantas palabras, volvió a guardarse el teléfono en la chaqueta y miró a Peter con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre, Kate? ¿Qué demonios ha ocurrido?

Kate lo miró con el rostro completamente ensombrecido. Nunca antes se había sentido como se sentía en ese momento.

—Es mi hermana Lana, está ingresada en la unidad de cuidados intensivos del Memorial, se ha intentado quitar la vida.

Kate nunca olvidaría la expresión de asombro y de pánico en el rostro de Peter. Sin perder ni un solo segundo, volvieron a entrar en el Honda sin ni siquiera acordarse ni de Liam ni de sus padres. Y, de nuevo Peter al volante, esta vez por razones de seguridad, pisó el acelerador a fondo para volver a Chicago en tiempo récord. Tal vez no llegaran a tiempo de verla con vida.

Apenas un par de segundos después de que salieran de allí, se escucharon cuatro disparos procedentes de la casa de los Frohnmayer. Primero dos, y luego otros dos. Pam-pam. Pam-pam.

A unos veinte metros de distancia, tanto Helmut Ashcroft como la persona que está con él, desde el interior del coche en el que están sentados, han visto cómo la pareja de agentes especiales del FBI ha estado a punto de estropearlo todo, pero al final no ha sido así, porque las cosas y los acontecimientos se suceden en perfecta armonía. Y nada ocurre por casualidad. También han escuchado los cuatro disparos perfectamente. Helmut asiente en signo de aprobación, la persona que está con él permanece impassible.

Esperan unos segundos, y entran al interior de la vivienda de los Frohnmayer.

Lo primero que ven, en uno de los extremos del salón, es a Liam. Está sentado en el suelo. Abrazado a sus rodillas, que las tiene encogidas contra su pecho. Tiene la mirada perdida. Su respiración es ruidosa. Junto a él está la pistola que acaba de utilizar. Helmut pone una mano sobre su cabeza y Liam levanta una mirada llena de miedo, de no entender nada. Está como perdido.

En el otro extremo del salón, abrazados y presos del miedo, están los Frohnmayer. Janis y Louis. No entienden qué ha pasado. Están en shock. Han visto cómo su hijo les disparaba, dos veces a cada uno, no olvidarán nunca el fuerte ruido de la detonación, en cambio ellos no han recibido ningún disparo. No hay agujeros en su cuerpo. Y les parece un milagro. Pero en realidad, ahora que están empezando a asimilar lo que acaba de pasar, saben que se debe a que las balas debían de ser como las que usan en las películas, de mentira. Balas de fogeo. Pero al parecer, Liam no tenía ni idea de eso y, evidentemente, ellos tampoco. En cualquier caso, están aterrados, y moralmente deshechos. La intención de su hijo, su tentativa, ha sido la de asesinarlos a sangre fría. Los dos reconocen al doctor Helmut Ashcroft, a la persona que va con él no la han visto nunca.

Helmut se acerca a Janis, la mira con seriedad, ella se imagina, o mejor, intuye lo que viene ahora. Un trato es un trato, se dice a pesar del terror y el arrepentimiento que siente. No solo por lo de la caja, sino también por lo que vino después.

—Ahora sí, el tratamiento de Liam ha terminado, recibirá lo acordado en unos días —dice Helmut mirando a Janis.

—¿Y qué va a pasar con él ahora? ¿Está bien? —pregunta Janis sumida

en el miedo y la desesperación. En realidad nunca imaginó que aquello terminaría de esa manera.

—Liam está y estará bien, se lo aseguro, tan solo está... conmocionado, pero se recuperará y volverá a ser el que era. Aunque ahora se tendrá que venir conmigo, no obstante, podrán verlo más adelante —Helmut habla con total tranquilidad. Ha dicho la verdad en lo concerniente a que está conmocionado, pero no ha dicho el porqué. Liam acaba de dar el paso, acaba de cruzar «el paso de peatones» de su interior. Ha sufrido una fractura emocional irreversible debido a la gravedad de los hechos, de sus actos, a la decisión que ha tomado y a lo que ha intentado hacer, matar a sus propios padres. Ahora sí, ya es una de las golondrinas de Helmut, y ahora sí, ya está preparado para estar al mando de la unidad ciento setenta y seis, una unidad que ya lleva tiempo a su nombre porque Helmut no ha dudado nunca de sus métodos, como tampoco duda de que Liam no fallará en lo que tendrá que hacer a partir de ahora. El plan debe continuar según lo previsto. El gran cambio se acerca, y Liam será una pieza fundamental. En eso tampoco ha mentido.

Louis, que es el que menos enterado está de la situación, mira a Helmut y después a su mujer.

—¿Qué está pasando aquí, qué ocurre, Janis? ¿Acaso tú sabías algo de esto?

Janis lo mira con lágrimas en los ojos.

—El doctor me dijo que podíamos reforzar el tratamiento de la caja con un tratamiento farmacológico a cambio de unas aportaciones económicas y de una suma más consistente cuando el tratamiento terminase. Pero yo no sabía que...

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? ¿Tú sabías esto? —Lo último que esperaba Louis era que su mujer hubiese sido capaz de hacer algo así. Que hubiese sido capaz de administrar a su hijo unos fármacos experimentales, que es lo que parece que ha pasado.

—Yo no sabía que esto acabaría así, el doctor dijo que era un tratamiento experimental para acallar el llanto y conciliar el sueño, era algo conjunto a la caja, y tú estabas de acuerdo con la caja... y necesitábamos el dinero, Louis, tú apenas ganabas remolcando coches, y a mí me despidieron cuando me quedé embarazada. ¿Cómo crees que hemos conseguido llegar a fin de mes y pagar todas las facturas todos estos años? ¿Acaso crees que llegaba con tu

pobre sueldo? —Janis trata de justificarse. Louis, en cambio, se deja caer al suelo y apoya su espalda contra la pared. Rompe a llorar mientras Helmut, la persona que va con él, y su hijo Liam, abandonan la casa.

Y ahora sí, piensa: La vida ya no tiene ningún sentido.

Kate, tras un vertiginoso viaje de vuelta con Peter al volante, sí llegó a tiempo de ver a su hermana Lana con vida, entre otras cosas porque los médicos hicieron un gran trabajo y consiguieron estabilizarla a pesar de las graves heridas que tenía. Lana ya hacía tiempo que había dado muestras de estar cayendo en un profundo y oscuro pozo de tristeza, pero jamás había intentado algo así, jamás había intentado quitarse la vida. Y ninguna de sus personas cercanas se imaginaba que pudiese hacer algo así. Es posible que porque tampoco nunca llegaron a conocer en profundidad ni cuál era la causa ni la magnitud de ese dolor interior que sufría. A lo mejor tampoco se interesaron lo suficiente. A lo mejor, simplemente no pudieron llegar tan hondo, tanto como profundo era el abismo que Lana guardaba en su alma,

Y, desgraciadamente, no sería la última vez que lo intentaría. Tal vez en otra ocasión, tendría más éxito.

Ese día, algo en Kate cambió para siempre. Sintió algo así como una fractura interior, como si algo se hubiese hecho pedazos y ese algo fuese su inocencia. Le cambió el carácter, le cambió su forma de ver la vida, y le cambió su forma de relacionarse con los demás. Intentó ponerse en contacto un par de veces más con Liam, pero su cuenta de teléfono había sido cancelada. En cualquier caso, se centró en estar con su hermana y en hacer bien su trabajo, tratando de cada día hubiesen en el mundo menos personas malas haciendo cosas malas. No volvió a ir a Cincinnati a ver si encontraba a Liam o a sus padres. Si él había decidido cortar la relación y no saber nada más de ella, pues que así fuera. Aunque en el fondo, una parte de ella, todavía pensará durante muchos años que ahí pasó algo extraño, muy extraño. Y quizá algún día consiga descubrirlo. Quién sabe.

Tiempo después, y casi sin darse cuenta, acabará enamorándose de su compañero, de Peter Updike. Con él sí se irá a vivir, y pasarán juntos por algunas cosas maravillosas. Pero, tampoco sin saber muy bien por qué la razón, tras varios años de relación, descubrirá que Peter le está siendo infiel, precisamente con su mejor amiga. Y entonces, sí le cambiará el carácter de forma definitiva. Se verá envuelta en un gran lío y la terminarán trasladando a la oficina de Buffalo, donde estará al mando, junto con el agente especial Patrick Hunt, del caso del Hombre del coche. Un asesino en serie cuya única

pista hasta la fecha, es un sedán negro.

Y allí pasarán muchas más cosas, algunas de ellas parecerán desafiar toda lógica, incluso algunas que —y esto es algo que ella todavía no sabe—, estarán íntimamente relacionadas con su ex novio, Liam Frohnmayer, y con lo que le pasó, pero eso ya es otra historia.

FIN

CABEZA DE HOJALATA

«La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro es sólo una ilusión obstinadamente persistente».

Albert Einstein

1

Actualidad

Elizabetha. Elizabetha Michelson. Has vuelto a entrar con la clase empezada. Otra vez. Y desvías mi atención. Vistes rematadamente mal, ninguna de las prendas que llevas combina entre ellas. Tu pelo está sucio, peinado de cualquier manera. Desde aquí puedo ver que tienes las medias agujeradas por al menos tres sitios diferentes, y que hueles a tabaco, has vuelto a fumar a lo grande, siempre he tenido muy buen olfato. Estás molestando a tus compañeros, a mis alumnos. Has tropezado con al menos tres de ellos y me has interrumpido tres veces con tus ruidos. Pero lo peor de todo, sin ninguna duda, es que aun así, a pesar de que eres un completo desastre y de que toda tu vida es un completo caos, por alguna extraña razón que no consigo entender, me atraes, no puedo evitar desearte con toda mi alma. Y me odio cada día por ello.

Porque soy un hombre casado.

Porque te doblo la edad.

Y porque eres infinitamente más inteligente que yo.

Leonard Oppenheimer era doctor en física teórica, uno de los más reconocidos del panorama actual. Impartía clases en una de las universidades más prestigiosas del mundo, la de Berkeley, California, y, aparte de sus múltiples cualidades como físico teórico, que eran muchas, tenía una cualidad que lo hacía muy particular. Era capaz de dividir completamente su mente en dos. No era algo que hiciese conscientemente, era algo que estaba en su naturaleza y que se ponía en marcha en situaciones digamos que, particulares, como la entrada a mitad de clase de Elizabetha, o en situaciones de máximo estrés, donde podía llevar a cabo diferentes operaciones mentales de muy distinta índole pero de forma simultánea. Leonard llamaba a esa extraña cualidad «mi segundo cerebro», y solo le había hablado de ella a su único amigo, la persona a la que confiaba todos sus temores y preocupaciones, el doctor en neuropsiquiatría Helmut Ashcroft. Helmut, tras hacerle las pruebas pertinentes, había concluido que su problema era que tenía un cerebro excepcionalmente activo para el grado de madurez de nuestro córtex, del córtex cerebral del ser humano. Lo que Andrew le había querido decir, en

términos más cercanos, era que su nivel intelectual no se correspondía con el grado de desarrollo del cerebro humano, el cual, según su teoría, todavía se encontraba en grado de maduración, hablando en términos evolutivos. Como dirían los astrofísicos, «el cerebro humano todavía está en fase de expansión», y el nivel de actividad neuronal de Leonard parecía querer correr demasiado, de ahí esos desdoblamientos mentales puntuales. Pero quitando de ese pequeño problemilla, si es que se podía llamar así, estaba sano como un roble.

La entrada de Elizabetha a mitad de clase había desdoblado nuevamente la mente de Leonard, y se dijo que tal vez debería tener unas palabras con ella al terminar su conferencia.

Porque la gente debería estar haciendo cola para escuchar la única clase magistral que daba a la semana, no entrar a mitad como si aquello fuese una sala de cine barata.

Porque cada vez que su mente se desdoblaba, que su «segundo cerebro» entraba en funcionamiento, que era lo que ella había provocado, acababa tan agotado que tardaba días en recuperarse.

Y porque deseaba con toda su alma poder estar más cerca de ella, aunque solo fuese durante unos cuantos minutos y tras ellos su odio hacia sí mismo subiese un par de peldaños más.

Así que, cuando Leonard terminó su lección magistral sobre cómo entender y abordar la teoría de la relatividad de Einstein y sobre alguna de las particularidades de la dimensiones espacio y tiempo, alzó la voz para llamar al orden a Elizabetha.

—Señorita Michelson, la espero en mi despacho en cinco minutos, y no se retrase, por favor.

A varios alumnos, aparentemente, les alegró el llamamiento de Elizabetha. Entre otras cosas porque no sería la primera vez que tras una visita al despacho de Leonard, un alumno quedaba excluido para siempre de sus clases. Y había mucha gente que quería ver a Elizabetha fuera de aquella clase. Y esa gente alegraría que era una impresentable, una maleducada o incluso una tarada, pero en el fondo de todos y cada uno de ellos, tras capas y capas de mentira y falsedad, se encontraría la verdadera razón de su antipatía: la envidia, ese motor de propulsión de miles de caballos capaz de hacer volar por los aires cualquier principio, promesa o moralidad.

Elizabetha tardó unos diez minutos en llegar al despacho de Leonard, puede que fuesen quince, y a Leonard, aparte de llegarle un intenso olor a

tabaco, se le volvió a dividir la mente. Su segundo cerebro acababa de ponerse en marcha y, tal y como se había imaginado, Elizabetha le atraía mucho más en persona.

2

Cinco años antes.

George y Laci Michelson sabían que el momento al que estaban a punto de enfrentarse, llegaría. Y sabían que cuando ese momento llegase, no sería fácil. Pero nunca imaginaron que sería tan duro como lo estaba siendo, y eso que todavía se encontraban en la antesala, en los momentos previos. Si algo bueno tenían los Michelson —en muchos otros aspectos de su vida eran personas deleznable, por no decir que en prácticamente todos—, era que cumplían sus promesas. Y también que no se mentían entre ellos, no entre los miembros de su familia. Y bajo esos dos principios, tal vez los únicos dos principios que tenían los Michelson, decidieron hace muchos años que cuando Elizabetha cumpliera los dieciséis, hablarían con ella. Y le contarían toda la verdad.

—¿Es ella, George? ¿Es ella? —preguntó Laci viendo que su marido se había acercado a la ventana para ver si el coche que había parado frente a su casa era el de Eric Kahneman, el nuevo novio de Elizabetha—. ¿Es ella, George? ¿Lo es?

—Sí, es ella, se están despidiendo, imagino que no tardará en entrar —dijo George apartándose de la ventana y dirigiéndose de nuevo a donde estaba su mujer.

—¿Qué vamos a hacer, George? ¿Se lo vamos a decir? —Laci tenía todo el cuello sudado. Se estaba mordiendo las uñas y apestaba a rancio. Hacía varios días que no se cambiaba la ropa interior, por no hablar de aquello de lavarse los dientes o darse una ducha.

—Se lo vamos a decir, Laci, es lo que prometimos, y es lo que haremos. Además, Elizabetha es de los nuestros, y merece saber la verdad —George se rascó la entrepierna y después las axilas, para el centro de la espalda escogió una de las aristas más vivas de la casa, la de la puerta de la vitrina donde guardaba el whisky puro de malta. Cuando estaba nervioso, a George le empezaba a picar todo el cuerpo.

—¿Y si se enfada mucho? ¿Y si deja de querernos, George? ¿Qué vamos a hacer? Yo no lo soportaré, no soportaré que Elizabetha deje de quererme —Laci seguía mordiendo las uñas. George se acercó hasta ella, puso una mano en su barbilla y le alzó un poco el rostro para mirarla bien a los ojos.

—Eso no va a suceder, Laci. Elizabetha es de los nuestros, tanto tú como yo hemos dado nuestra vida por ella, se lo hemos dado todo, todo nuestro amor y toda nuestra dedicación, ella es nuestro sueño, nuestra vida, fruto de nuestro amor, y créeme, lo entenderá. Es una chica muy inteligente, ya lo sabes, mucho más que tú o que yo, qué caray, mucho más inteligente que tú y que yo juntos. Y sabrá ver en el interior de nuestros corazones, y entender que nuestros fines siempre fueron honorables.

Laci, como siempre había hecho en la vida, confió en su marido. Él era su norte, y su brújula, por no decir que también era el mundo en el que se movía. Sin él su vida estaría perdida. Así que, si George lo decía, así sería.

Elizabetha no tardó en entrar.

De su hombro izquierdo colgaba una mochila decorada con chapas de Radiohead y planchas de tela de Jean Michel Jarre.

Su intención era ir directa a su habitación, pero...

Pero.

—Elizabetha, espera, ¿tienes un momento? Tu madre y yo quisiéramos hablar contigo —dijo George interceptando a su hija.

Elizabetha miró a su padre y después a su madre, que seguía mordiéndose las uñas en el fondo del salón mientras continuaba pensando: «no es buena idea, no es buena idea, no es buena idea contárselo. Dejará de querernos. Y yo me moriré si lo hace».

—Claro, ¿qué pasa? —preguntó Elizabetha mientras pasaba al salón.

—Siéntate, por favor —dijo George aparentando normalidad—, hay algo de lo que tu madre y yo quisiéramos hablarte.

El corazón de Elizabetha empezó a escupir sangre con fuerza. Algo no iba bien. Sus padres tramaban algo malo. Su madre estaba más nerviosa de lo normal. Y su padre hablaba como cuando lo hacía con esas personas con las que hacía negocios, negocios malos. Pero aún así se sentó y esperó a que se pronunciasen. Y deseó estar equivocada.

Su padre se puso frente a ella, y la miró muy serio. Lo que estaba a punto de decirle cambiaría su vida para siempre. Otra vez.

3

Actualidad

Elizabetha. Elizabetha Michelson. A pesar de haber estado fumando compulsivamente durante los últimos minutos, desprendes un aroma natural agradable. Debiste pintarte las uñas hace por lo menos una semana, y en ninguna de ellas conservas el esmalte completo. Tan solo se aprecian en cada una de ellas pequeñas islas irregulares de pintura roja. Claro que sí, porque eres muy dejada. Un completo desastre. Eres más alta de lo que aparentas vista de lejos. Tal vez llegues al metro setenta. Tu mirada es inteligente, muy viva, aunque también hay mucho miedo en ella. Pero todavía no sé a qué. Es como la mirada de un ciervo asustado, cuya pierna está presa por uno de esos infernales cepos. Tienes pecas, no muchas, pero las tienes. Y no me gustan las pecas. Tus cejas, como era de prever, tampoco están bien recortadas. Aún así desprenden cierto encanto. Encanto natural. Y el resto de tu cuerpo, es un completo misterio, porque como siempre, llevas varias capas de ropa sin ninguna personalidad encima y me es muy difícil imaginar o intuir cómo serás por dentro, cómo serás estando desnuda.

Lo sé, estoy enfermo, porque no debería estar pensando en nada de esto.

Soy un hombre casado y tengo dos hijas.

Te doblo la edad y aun me sobran años.

Y eres infinitamente más inteligente que yo. Y eso, por encima de todo, es lo que menos soporto.

—¿Sabe cuánto vale una de mis clases, señorita Michelson? Y no me refiero a lo económico. ¿Sabe cuánto vale cada minuto de mi tiempo, señorita Michelson? —dijo Leonard Oppenheimer cuando Elizabetha se sentó en la elegante silla de confidente que había frente a su escritorio bicentenario.

Elizabetha negó con la cabeza. Puso una mano sobre la otra a la altura de su regazo. Bajó la mirada.

—Le agradecería, si no es mucho pedir para usted, que me mirase a la cara cuando le hablo, señorita Michelson —dijo Leonard aumentando el volumen y la tonalidad de su voz.

Elizabetha, obediente, levantó un poco el cuello y miró al doctor Oppenheimer a los ojos.

Dios mío. ¿Cómo demonios es posible que sienta tal atracción por ti? Jamás en la vida me había pasado algo parecido. No puedo evitar pensar en cómo serás bajo todo ese horrible montón de ropa que llevas. En cómo será el tacto de tu piel, o qué se sentirá con tus caricias.

—¿No tiene nada que decir, señorita Michelson? ¿Nada que alegar?

—Lo siento —dijo Elizabetha con la voz llena de incertidumbre.

—¿Lo siente? ¿El qué siente? ¿Sabe en lo que estoy pensando ahora mismo, señorita Michelson? Y míreme cuando le hablo.

Elizabetha alzó un poco la cabeza y miró a Leonard con miedo. Después negó moviendo el cuello hacia ambos lados.

—Estoy pensando en prohibirle la entrada para siempre a mis conferencias y, si me lo permiten, en hacer que la expulsen para siempre de esta universidad.

Elizabetha abrió los ojos y Leonard percibió que aquello no solo no se lo esperaba, esa posibilidad también le aterraba.

—No, por favor, no lo haga.

—¿Que no lo haga? Y dígame, ¿por qué razón no debería hacerlo? Sabe perfectamente igual que el resto de sus compañeros que dije expresamente lo que podría significar interrumpir una de mis clases, y usted no ha llegado a tiempo a ninguna de ellas. ¿Cómo se supone que debo tomarme eso, señorita Michelson? ¿Debería tomármelo como una total falta de respeto? ¿Y qué me dice de sus compañeros? ¿Qué pensarán si no hago nada al respecto? ¿En qué lugar quedará mi autoridad y mi prestigio si usted se va de rositas y continúa, porque no me cabe ninguna duda de que continuará, llegando a cualquier hora y de cualquier manera a mis clases?

Elizabetha alzó el cuello otra vez y volvió a negar con la cabeza. Tragó saliva con dificultad, estaba aterrada.

—Por favor, se lo ruego, no lo haga, le prometo que no volverá a suceder, llegaré a mi hora siempre, pediré disculpas en público, haré lo que haga falta, pero por favor no me expulse. Se lo suplico —En los ojos de Elizabetha había verdad. Necesidad y miedo.

Leonard suspiró y dirigió su mirada hacia uno de los extremos de su despacho.

¿Qué debo hacer contigo, Elizabetha? O mejor aún, ¿qué debes hacer

tú por mí?

—¿Puedo preguntarle, y respóndame solo si usted quiere, cuál es la razón por la que, en primer lugar, siempre llega tarde a mis clases y, en segundo lugar, necesita asistir a ellas?

A Elizabetha le parecieron justas ambas preguntas. Y le pareció que contestar a ellas, al menos de forma parcial, era lo que debía hacer.

—Llego tarde a sus clases porque estoy trabajando en algo y a menudo pierdo la noción de la hora que es. Hace tiempo que padezco insomnio y eso hace que no controle demasiado bien el paso del tiempo, mis sensaciones a veces son contradictorias. Y necesito asistir a sus clases y a esta universidad porque necesito aprenderlo todo acerca de cómo funciona el espacio-tiempo, y no hay nadie que lo conozca mejor que usted. Necesito saber cómo funciona en realidad el pasado, el presente y el futuro y hasta qué punto podemos influir en ellos. Esas son mis respuestas —A Elizabetha todavía le quedaban más respuestas, muchas, pero pensó que con esas tal vez sería suficiente.

Y Leonard no pudo evitar mirarla con cierta fascinación mientras la escuchaba hablar, expresión que, tras ser consciente de ella, borró de su cara inmediatamente.

—Respóndame a una cosa más, señorita Michelson, y tal vez me piense buscar una solución a su problema, ¿de dónde nace esa necesidad que afirma tener por querer influir en nuestro pasado, presente y futuro? ¿Podría responderme a eso, por favor?

Elizabetha se quedó pensando qué responder a eso sin mentir, porque de ningún modo le contaría la verdad. Pero tampoco recurriría a la mentira, algo que, a pesar de odiarlo con todo su ser, se lo habían grabado a fuego en casa desde que era una niña. No mentirás ni faltarás a tus promesas. Bajo ningún concepto. Palabra de Michelson.

Cinco años antes

George la miró con una frialdad carente de vida, algo que, si se tenía en cuenta lo que estaba a punto de decirle, hacían de él una persona tan horrible como horribles eran sus actos.

—Elizabetha, te pido que no digas nada hasta que termine de hablar, que no tomes una decisión precipitada hasta que madures el alcance de tus acciones, y que hagas un esfuerzo por entender los motivos de lo que hicimos.

Elizabetha, que se había quedado medio en blanco, asintió.

George, tras rascarse de nuevo la entrepierna, miró a su mujer, que se estaba tapando la cara con las manos. Había llegado el momento de la verdad.

—Elizabetha, tu madre y yo... —George había memorizado el discurso, pero se le había borrado por completo. No se acordaba ni del principio—. En fin, no se me dan muy las palabras, no eres hijas nuestra, Elizabetha, te... te secuestramos cuando tenías tres años —George se había dicho que emplear la palabra «secuestro» no era buena idea, pero, tal y como él mismo decía, no se le daban muy bien las palabras.

Elizabetha se quedó completamente paralizada. Miró a su madre, que la miraba con el rostro lleno de culpa, miedo y arrepentimiento, y después volvió a mirar a su padre, que, a tan solo unos centímetros de su cara, permanecía a la espera de que dijese algo, de que se pronunciase. Es curioso cómo en menos de un segundo te puede cambiar la imagen que tienes de alguien y como consecuencia lo que piensas y sientes por él. Elizabetha vio a sus dos padres como dos peligrosos psicópatas que acababan de quitarse las máscaras, y sintió verdadero pánico a estar cerca de ellos tan solo un minuto más.

Salió corriendo en dirección a su habitación, que estaba en la planta superior. George y Laci se miraron. Laci empezó a llorar, ahora pasaría lo que se había temido, que su hija la dejaría de querer. George, por el contrario, pensó que lo mejor era actuar con rapidez, antes de que su hija se empezase a imaginar cosas que no eran o, quién sabe, cometer alguna estupidez como por ejemplo denunciarlos.

—Vamos, Elizabetha, no hagas tonterías y abre la puerta, déjame que te lo explique, no es lo que piensas —dijo George golpeando la puerta con su mano

derecha. Hizo un tras-tras con los nudillos y juntó la oreja a la madera para escuchar qué hacía su hija al otro lado.

A Elizabetha no le salía la voz, trató de gritar pero se sintió como en una de esas pesadillas en las que no puedes hablar, tan solo ver y oír, y sentir. No hizo falta que se lo pensara demasiado, abrió la ventana de su habitación y, sin ni siquiera pensar cuántos metros la separaban del suelo, saltó.

Se escuchó un *crac* parecido al que hace una taza de loza cuando se rompe. Y ese ruido provenía de su tobillo derecho. Trató de levantarse y salir corriendo, pero el dolor que sintió fue tan intenso que se desvaneció en el acto.

Estaba atrapada, atrapada con sus padres.

Actualidad

Elizabetha, bajo la atenta mirada de Leonard Oppenheimer, escogió la proporción de «verdad» que le permitiese continuar en sus clases pero al mismo tiempo que no revelase todos los detalles de por qué necesitaba realmente conocer a la perfección el espacio-tiempo.

—Es difícil de explicar, porque en realidad, esa necesidad es algo que ni yo misma termino de entender muy bien. Solo sé que proviene de una parte de mí en cuyo interior hay alguien en busca de respuestas. Y esa es una de ellas.

—¿Qué respuestas, señorita Michelson? ¿Cuáles esas respuestas que ansía conocer? —Leonard intuía cuáles eran, pero quería oírse las decir.

—La respuesta a si es posible viajar en el tiempo —Elizabetha acababa de decir más de lo que deseaba. Y se maldijo por no ser capaz de sobreponerse a ese estúpido condicionamiento comportamental al que la habían estado sometiendo los tarados de sus padres desde que era pequeña. «No mentirás y no faltarás a tus promesas, Elizabetha».

—¿Y para qué querría alguien viajar en el tiempo? ¿Acaso es eso lo que usted desea, señorita Michelson, viajar en el tiempo? —preguntó Leonard encantado. La posibilidad de viajar en el tiempo era uno de los campos teóricos sobre los que más había escrito. Tenía el convencimiento que sus estudios, algún día, llegarían bastante más lejos que los de Einstein o Stephen Hawking.

Elizabetha se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no me lo quiere decir? Respóndame, señorita Michelson, ¿por qué querría alguien viajar en el tiempo? —Leonard aumentó el volumen de su voz y eso hizo que Elizabetha se sintiese muy incómoda. Nerviosa. Y pensó que lo raro era que la voz, esa voz de su cabeza, todavía no hubiese hecho acto de presencia, todavía no hubiese dicho nada. Porque estaba a solas con una persona demasiado tiempo ya.

—No lo sé, no sé por qué querría alguien hacer algo así —respondió de nuevo Elizabetha bajando la mirada. Tanto las manos como los pies le habían empezado a sudar. No sabía por qué querría hacer alguien algo así, sabía por

qué lo quería hacer ella.

Leonard dejó escapar una sonrisa relajada. Balsámica.

—Vamos, señorita Michelson, tan solo bromeaba, le tomaba el pelo, era una pregunta sin maldad, pero ya veo que se ha puesto usted muy nerviosa, la próxima vez mediré mejor mis palabras —dijo Leonard disfrutando con el nerviosismo de Elizabetha—. Ya sé qué vamos a hacer, si a usted le parece bien, por supuesto.

Elizabetha alzó los ojos y la expresión de su cara denotó expectación máxima.

—Lo que usted diga me parecerá bien, doctor Oppenheimer.

—Eso espero, porque esto solo lo he hecho un par de veces a lo largo de mi carrera, señorita Michelson, y tiene usted que saber que solo lo hago porque... —Leonard iba a decir lo que realmente pensaba, que ella tenía un potencial excepcional, lo había visto en sus exámenes y en sus trabajos, pero se contuvo, porque él no se inclinaba ante nadie, a él lo alababan, nunca al contrario—. Lo hago porque cuando observo que un alumno podría dar mucho más de sí de lo que está dando, y ese es su caso, hay que aprovecharlo. Bien, dicho esto, usted no volverá a venir a una conferencia mía, nunca.

Elizabetha lo miró perpleja. ¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba esa supuesta excepción que solo había hecho dos veces en su carrera?

—No se alarme, señorita Michelson, ya le he dicho que si usted volvía a mis clases, yo quedaría en muy mal lugar, pero se me ha ocurrido una alternativa, le daré clases particulares, ¿qué le parece? ¿Acepta?

Elizabetha lo miró completamente sorprendida, ni en el mejor de sus sueños imaginó que algo así le podía pasar.

Asintió llena de júbilo.

—Bien, en ese caso, empezaremos mañana, dígame su dirección y estaré allí a las siete de la tarde, y no quiero ni cosas raras ni encontrarme con que no hay nadie en casa, siete en punto de la tarde —Leonard preparó una hoja en blanco y se quedó con el bolígrafo en alto esperando a que Elizabetha le dijese dónde vivía. Pero Elizabetha se había quedado de nuevo sin palabras.

Porque nunca imaginó que alguien con el prestigio de Leonard Oppenheimer pudiese entrar nunca en su casa.

Porque su casa era un completo caos, un lugar intransitable no apto para recibir visitas, además de esconder entre sus paredes sus tesoros más preciados, como por ejemplo todo lo concerniente a «sus visiones».

Pero sobre todo porque el hecho de que estar a solas con una persona en un lugar cerrado, era algo que no soportaba, era algo que la ponía muy nerviosa, y que la voz, esa voz de su cabeza, no toleraba bajo ningún concepto.

¿Pero qué otra opción le quedaba?

—Señorita Michelson, ¿se encuentra usted bien? ¿Sería tan amable de decirme su dirección? No tengo todo el día.

—Sí, sí, claro, disculpe.

Elizabetha le dio su dirección entre temblores de voz y acto seguido salió de allí tan rápido que apenas le llegó para decir ni adiós ni gracias, algo que, a Leonard le gustó. No era una chica como las demás, de eso no había ninguna duda, y él era un fanático de la gente extraña, como él las llamaba, afición que compartía con su único amigo, el doctor Helmut Ashcroft.

Dejas tras de ti un rastro con olor a tabaco y a tu esencia personal que permanecerá en mi despacho lo que queda del día. Cojeas levemente con tu pie derecho, y esa es sin duda otra peculiaridad tuya que te hacen diferente.

Rehúyes a mis miradas y te encojes de hombros constantemente.

Escondes las manos bajo la mesa y tu cara expresa mucho más de lo que dicen tus palabras.

No debería haberte propuesto lo que te he propuesto, Elizabetha, es una completa locura que, en contra de lo que te he dicho, jamás había hecho. Pero ahora mismo, y puede que de aquí hasta mañana, no dejo de pensar en cómo será tu casa. Cómo será el lugar en el que vives y en el que duermes cada día. Pero también, no puedo dejar de pensar qué es eso que no me has querido contar, qué es eso que te da tanto miedo y que su recuerdo te ha atenazado al menos tres veces durante el tiempo que has estado en mi despacho.

De nuevo me digo que estoy enfermo, que no debería pensar en ti ni mucho menos haber forzado un encuentro en tu casa, y el problema es que eso es algo que no había planeado, en realidad es algo que no he podido evitar; en el fondo, me digo, es como si ya hubiese pasado, y que nada se puede hacer por luchar.

6

Cinco años antes

Cuando Elizabetha despertó, creyó que acababa de tener una pesadilla. Uno de aquellos terrores nocturnos que tuvo durante varios años cuando era pequeña. Pero en cuanto sintió el fuerte dolor que provenía de su tobillo derecho y observó que la habían encadenado a la cama, supo que la pesadilla no había hecho más que empezar.

¿Cómo podía ser cierto algo así? ¿Cómo podía haber estado viviendo tantos años con sus dos captores sin ni siquiera haber dudado ni una sola vez de que Laci y George no eran sus verdaderos padres? Pensó que debía de haber algo más, aquello no podía ser cierto.

El *tras-tras* de los nudillos de George tras la puerta la pusieron de nuevo en alerta máxima.

Entraron tanto él como Laci. «Su madre» llevaba una bandeja con un tazón de café con leche, un zumo de naranjas recién exprimidas y unas tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. Olía bien. George abrió un poco las persianas y los rayos de sol la deslumbraron por completo.

—¿Qué hora es? —preguntó Elizabetha extrañada de que hubiese tanta luz natural. Su último recuerdo era que había saltado por la ventana cuando empezaba a anochecer.

—Son las nueve de la mañana, cariño, has dormido un montón de horas —dijo Laci con el rostro cubierto del rastro de un montón de lágrimas—. Ayer te hiciste daño en un pie y te dimos unos tranquilizantes para el dolor y para que pudieses descansar, y vaya si lo has hecho.

Los ojos de Elizabetha se fueron de nuevo hacia ese pie derecho y, como por arte de magia, el intenso dolor empezó otra vez con su *ñaca ñaca* percutor. Como un serrucho mellado haciendo surco en el tronco de un árbol. Le habían colocado una tablilla de madera a cada lado del pie, cada una de ellas de un grosor y una longitud diferente, y después le habían enrollado una venda vieja para sujetar las tablillas. Todo el bloque estaba muy apretado. Los dedos ligeramente hinchados. Amaratados.

—¿Te duele mucho, mi vida? —preguntó George acercándose al tobillo maltrecho—. Me gustaría ver cómo va esa herida, ¿me permites que vea cómo

va esa herida, mi vida? —George trató de tranquilizar a su hija, pero de soltarle las cadenas que iban de cada una de sus muñecas a la estructura de la cama no dijo absolutamente nada. Elizabetha se fijó en lo horribles y grotescas que le parecían ahora esas gruesas venas de su nariz.

—Me duele mucho, claro que me duele, creo que tengo algún hueso roto, ¿por qué me habéis encadenado a la cama? ¿Por qué no me lleváis a un hospital? ¿Quiénes sois vosotros? —Elizabetha empezó a perder los nervios en cuestión de segundos. Tiró bien fuerte de las cadenas y se hizo daño en las muñecas— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me tienen secuestrada! —Intentó erguir su postura, pero fue inútil porque la longitud de las cadenas era muy corta.

—¡Elizabetha! ¡Ya está bien! ¡Cálmate! —gritó George viendo que se estaba poniendo demasiado nerviosa. Si no conseguía calmarla rápidamente, la veía muy capaz de armar un buen escándalo, uno que a nadie allí le interesaba. Sobre todo a él y a su mujer.

—¡Socorro! —Elizabetha estaba completamente aterrada y no podía dejar de llorar y de gritar. George y Laci se miraron y se entendieron con la mirada, como llevaban haciéndolo toda la vida. ¿Qué hacemos? Se preguntaron, y después, tras la expresión de Laci, George pensó: «de acuerdo, vuévela a dormir, amor mío, tal vez después despierte algo más tranquila».

Así que, sin mediar palabras, Laci sacó una jeringuilla del bolsillo de la bata —por lo visto ya había pensado que algo así podía pasar y la tenía preparada—, y se la clavó a «su hija» directamente en el muslo ante sus infatigables gritos de pavor y de dolor. Tres dedos de aguja de punta hueca se hundieron en su piel.

—Lo siento, cariño, pero estás muy nerviosa y te hace falta descansar, tal vez luego lo veas todo con más claridad, tal vez luego podamos hablar de todo, cariño. No te preocupes por nada, por favor, somos tus padres, los mismos de siempre, y no dejaremos que te pase nada. Nunca —dijo Laci acariciando la frente de su hija mientras observaba cómo se le cerraban los ojos con rapidez. Le acababa de suministrar una buena dosis de un potente anestésico que la tendría unas ocho horas durmiendo. Quizá más. Su idea era que en uno de aquellos «despertares» Elizabetha se levantase con humor suficiente para poder hablar de todo con tranquilidad, como una familia normal. Los Michelson eran de la opinión de que las «cosas de familia» se resolvían en familia, y así era que tenían pensado poner fin a su feo asunto.

A sus trapitos sucios.

George y Laci abandonaron la habitación de su hija para que pudiese descansar. Y no pudieron evitar preguntarse qué harían si Elizabetha no conseguía razonar.

—Lo entenderá, Laci, ya lo verás. Tarde o temprano entenderá por qué lo hicimos, y aprenderá a vivir con ello. Fue nuestra decisión, tuya y mía, ¿quién dice que hubiese tenido una vida mejor con otra familia? Eso nadie lo sabe. Ni tú, ni yo, ni nadie. Además, nadie es perfecto, y ella terminará entendiendo que puede que hayamos cometido errores en el pasado, pero es innegable que la hemos cuidado como a una hija ¿o no? Se lo hemos dado todo y estoy seguro que pocos padres, biológicos o no, lo habrían hecho mejor que nosotros — dijo George cogiendo a su mujer por los hombros.

—¿Seguro?

—No me cabe la menor duda.

—George...

—¿Qué ocurre ahora, Laci? —dijo George con fatiga en la voz y pereza en la mirada.

—¿Entonces todavía piensas que hicimos lo correcto llevándonos a Elizabetha? ¿De verdad hicimos bien?

George resopló. Estaba harto de esa pregunta. Él no era perfecto, pero su mujer...

—Hicimos lo que había que hacer, Laci, y no creo que sea bueno que te sigas planteando la misma cuestión cada puñetero día. Eso es malo para la salud de aquí arriba, muy malo —George puso un dedo en la frente de Laci y a ella se le bizquearon los ojos—. Concéntrate en lo que tenemos que hacer a partir de ahora, en convencerla para que no quiera marcharse o intentar volver con su familia de origen. ¿Te parece bien?

Laci asintió. Estaba empapada en sudor y su cuerpo desprendía un olor a cañería podrida. George no olía mucho mejor, pero al menos se había untado la cara con *after shave*. Algo mitigaba.

—Te quiero, George, más que nunca.

—Y yo a ti, reina mía, conseguiremos salir de esta como siempre hemos hecho, te lo prometo.

Laci se abrazó a su marido y deseó con todas sus fuerzas que eso fuese cierto.

Actualidad

Elizabetha apenas había dormido durante las últimas veinticuatro horas. Había estado trabajando intensamente en su línea de investigación personal cuya intención no era otra que tratar de descubrir si viajar en el tiempo era o no posible. Tal y como le había dicho a Leonard el día anterior, a veces — cada vez con más frecuencia— perdía la noción del tiempo. A veces el tiempo pasaba despacio. A veces el tiempo pasaba deprisa. Y a veces parecía estar completamente parado y no moverse en absoluto. Era algo parecido a lo que Albert Einstein había querido decir con su teoría de la relatividad especial y general y las llamadas dilataciones temporales. Aunque nada que ver con el viaje en el tiempo que ella tenía planeado realizar.

Estaba convencida de que había hecho avances importantes, al menos en el plano teórico, pero todavía se encontraba a años luz del práctico. Se sabía de memoria los trabajos de Hawkins, Gott, Novikov, Everett o Feynmann, entre muchos otros. En su cabeza, en su interior, la respuesta a la pregunta de si se podía viajar en el tiempo, al contrario de lo especulativos que resultaban ser todas las grandes figuras de la física teórica —al menos de puertas para afuera—, era un «sí» rotundo, muy al contrario de lo que pensaban la mayoría de sus predecesores. En cambio, la respuesta a las preguntas de cuándo y cómo podría ser posible hacer ese viaje la tenía en blanco. Esperaba que Leonard pudiese echarle una mano, porque necesitaba viajar en el tiempo costase lo que costase.

Eliza, ¿por qué no descansas un rato y sales a dar una vuelta? Llevas muchas horas sobrecargando tu cerebro, has trabajado mucho y es bueno tomarse un respiro de vez en cuando. ¿Te parece si nos tomamos un respiro? Una copa estaría bien.

Esa voz de su cabeza, que le hablaba desde «aquel día», parecía tener cada vez una voluntad más fuerte. En el fondo, Elizabetha no tenía ninguna duda de que esa voz tan solo era un síntoma de una enfermedad mental. Probablemente una esquizofrenia con alucinaciones auditivas. Ese síntoma estaba muy bien descrito por la sociedad médica y no le quedaba ninguna duda de lo que significaba y del tratamiento que los psiquiatras solían prescribir

para acallar esas voces. Pastillas. Muchas pastillas. Y eso era algo que no ella no se podía permitir en estos momentos. Su idea era tratar de ignorar esa voz y permanecer a la espera de que la enfermedad no evolucionase demasiado rápido, pero en cualquier caso, bajo ningún concepto se pondría en manos de los psiquiatras, a quienes les tenía auténtica fobia. Pero, tristemente, la enfermedad sí parecía estar evolucionando muy deprisa. Porque la voz cada vez hablaba más y más. Y a todo ello había que sumarle “sus visiones”. Las terroríficas alucinaciones visuales que empezó a experimentar poco después de que se partiese el tobillo al saltar desde la ventana de su cuarto. Unas visiones que no tenía ni idea de dónde procedían, pero sí tenía claro qué era lo que le mostraban. Le mostraban cosas que iba a pasar. Cosas que, de hecho, pasaban. Cosas malas. Y eso era su mayor prueba de que, efectivamente, los viajes en el tiempo podían ser reales. Si ella podía ver cosas que iban a pasar significaba que esas cosas, en realidad, era como si ya hubiesen pasado, y si eso era así, entonces el tiempo no funcionaba como la ciencia pensaba que funcionaba. El futuro estaba ahí, en alguna parte, igual que el momento presente e igual que el pasado. En su interior creía firmemente que, de algún modo, tanto el pasado, como el presente, como el futuro, estaban sucediendo al mismo tiempo, cada uno en un plano de realidad. Y la verdadera solución al problema de los viajes temporales radicaba precisamente en aprender a diferenciar entre dichos planos para después moverse entre ellos.

Y todo ello con una sola intención, con un solo motivo, volver atrás en el tiempo para impedir que «lo más horrible» tuviese nunca lugar.

Vámonos, ya, Eliza. Date una ducha y salgamos. Te vendrá bien una copa y bailar un rato. Tal vez conozcas a alguien. Ya sabes, a alguien con el que pasar un buen rato. Tú igual que yo sabes que tienes unas necesidades. Y deja de pensar ya que estás enferma, porque, aparte de que no lo estás, eso no te hace ningún bien.

Estaba pasando lo que Elizabetha ya se había imaginado que pasaría, que la voz se pondría pesada porque estaba a punto de estar a solas con una persona en un lugar cerrado y trataría de convencerla para salir. Eso hizo que recordase su cita con Leonard y a continuación en las dilataciones temporales en las que solía entrar cada vez con más frecuencia. Periodos de tiempo que pasaban demasiado rápido o demasiado despacio. Tras consultar la hora, se llevó las manos a la cabeza al comprobar que acababa de estar en uno de esos periodos que pasan demasiado rápido, solo faltaban cinco minutos para las siete, y Leonard era de los que aparentaba ser alguien rigurosamente puntual.

Se levantó como si tuviese un muelle en el culo y empezó a contar en su cabeza. Se empezó a agobiar de nuevo con el tiempo. Otra vez. Con los minutos desperdiciados. Miró el reloj que colgaba del centro del humilde salón y después se fue corriendo a la «habitación de los relojes». La habitación donde llevaba cabo su particular investigación. Donde tenía, además, todo lo relacionado con los crímenes del Hombre del coche. Tenía fotos de las víctimas. Tenía fotos de Kevin. Y de Wendy. Y de Jack. Y de Mía. Ella vio lo que ocurriría antes de que ocurriese. Pero no hizo nada porque pensaba que el futuro, de algún siniestro modo, ya estaba escrito. Tenía que darse prisa porque algunos de ellos, todavía salían en sus visiones, en algunas de ellas, concretamente las más insidiosas y desagradable.

Comprobó que todos los relojes funcionaban, que no había habido ningún retraso y anotó en su pizarra el «tiempo restante». Tres millones, ciento cuatro mil, setecientos veintiún minutos. Algo más de seis años. Ese era el tiempo que según sus cálculos —en realidad, según sus visiones—, le quedaba de vida. Pero esperaba poder cambiar ese límite algún día. El sonido de las manecillas de los relojes empezó a hacerse muy persistente en el interior de su cabeza y de nuevo se le pasó por la mente que todo cuanto había hecho, todo en lo que había trabajado durante los últimos años, no valía absolutamente para nada. Cientos de miles de minutos perdidos. Varios millones, para ser exactos. Y eso hizo que la ansiedad se apoderase otra vez de ella.

Cuenta y respira, Elizabetha. Cuenta y respira. Y deja la mente en blanco. Vamos, yo te ayudo. Cuenta: uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. No importa lo que hagas o digas, todo está escrito.

Elizabetha hizo caso de las indicaciones de «la voz» y se sentó en el suelo con los ojos cerrados. Empezó a contar y a respirar en profundidad. El sonido de las manecillas de los relojes retronando en su cabeza menguó. El contador de minutos de vida restantes pareció disminuir su velocidad. Todo empezó a calmarse de nuevo. Entreabrió los ojos y cruzó un brazo por encima del otro, metiendo la cabeza entre las rodillas. Y allí volvió a respirar.

Antes de tener tiempo para nada más, el sonido del timbre de la puerta la arrancó de cuajo de sus pensamientos.

Leonard acababa de llegar.

Se levantó con rapidez y abrió sin ni siquiera preguntar quién era ni mucho menos tener tiempo de arreglar la casa o de arreglarse ella misma.

Y Leonard se quedó sin palabras al verla.

Elizabetha, con su ya habitual pérdida de la noción del tiempo, no había tenido tiempo de vestirse como era debido. Tan solo llevaba puestas unas bragas color crema y una camiseta raída y extra ancha bajo la que se transparentaba su piel a la perfección. Incluida la piel de sus pechos, porque el sujetador tampoco lo llevaba.

Leonard carraspeó y bajó la mirada. Se incomodó. Elizabetha tardó un par de segundos en ser consciente de lo que sucedía. Se miró los pies desnudos y rápidamente la vergüenza le coloreó las mejillas. «Al menos no estoy totalmente desnuda, que podría haberlo estado perfectamente». Se dijo recordando la de veces que se quitaba toda la ropa cuando se empezaba a agobiar. Cuando el paso de los minutos y segundos empezaba a volverse insufrible.

Su primer impulso fue salir de allí corriendo, pero aquella era su casa y la persona que tenía delante había ido hasta allí para ayudarla. Así que, eso quedó descartado de inmediato.

—Dios mío, doctor Oppenheimer, ruego que disculpe mi indumentaria, yo... no me he dado ni cuenta de que iba... —Elizabetha trató de tapar con una mano la zona de su pubis, por si también se transparentaba algo—. Pase, por favor, voy a ponerme algo de ropa encima.

Leonard apretó un poco los labios y entró tras observar cómo Elizabetha se perdía por el fondo del pasillo y torcía con rapidez hacia la derecha.

Te dije que no quería ni impuntualidades ni cosas raras. Lo de la puntualidad es cuestionable, pero nada más llegar ya me he encontrado con la primera cosa rara. Tu indumentaria.

Como ya me había imaginado, tu casa, al igual que tú, es un completo caos.

Lo tienes todo desordenado. Nada parece haber sido almacenado u organizado siguiendo algún tipo de orden.

El pasillo está lleno de lo que a simple vista parecen ser revistas de publicaciones científicas. Las cuales tienen una buena capa de polvo encima.

La luz es escasa. Porque debes tener varias persianas estropeadas y las bombillas de la casa han perdido tanto brillo que apenas alumbran más allá de lo que está en penumbra.

Has escrito en las paredes del pasillo, en casi todas ellas. Eso es fascinante. Son fórmulas matemáticas, ecuaciones y derivaciones de alto

nivel de complejidad. Aunque también has estado escribiendo lo que parecen ser algunos de tus pensamientos. Pensamientos que, según he podido leer, son algo apocalípticos. Como por ejemplo: «moriré cuando cumpla veintisiete años, veinte días, cinco horas, y cuatro minutos». Da un poco de miedo. Pero me gusta.

Entro hasta lo que parece ser el salón de la casa, si no me equivoco es el lugar en el que estudias y pasas la mayor parte del día, y todo está patas arriba. No encuentro ni un solo lugar fiable en el que dejar mi chaqueta y mi maletín. Ni mucho menos en el que sentarme.

Huele mal. A tabaco y a cerrado. Hay ropa amontonada por todas partes. Montones de libros viejos de física, matemáticas y de ingeniería. Papeles tirados por el suelo, la mayoría de ellos hechos una pelota.

El lugar en el que vives es mucho peor de lo que me había imaginado, y sin embargo, por alguna extraña y enfermiza razón, desearía quedarme aquí contigo para siempre.

—¿Le apetece algo de beber, doctor Oppenheimer? —dijo Elizabetha desde el umbral de la puerta sacando a Leonard de sus pensamientos.

Leonard se dio la vuelta y vio que Elizabetha ya se había puesto algo de ropa encima. Algo en la línea de su habitual look. Una minifalda vaquera sobre unas medias gruesas tipo leotardos que se veían bastante viejas y una sudadera deportiva. Una de esas que llevan cremallera, que tienen una capucha y que parecen de algodón.

—¿Tiene café?

—Sí.

—Uno doble estará bien.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

—Enseguida vuelvo, doctor Oppenh...

—Señorita Michelson —Leonard la interrumpió—. Si voy a darle clases particulares en su propia casa, agradecería que me llamase por mi nombre de pila. Gracias —Leonard llevó sus ojos hacia otra parte con gallardía.

Elizabetha asintió y se esfumó con rapidez. Leonard volvió a fijarse en la ligera cojera de su pierna derecha. Le pareció más acusada que la vez anterior.

No tardó en volver con una jarra de café llena y un par de tazas. La de Leonard la llenó hasta arriba, la suya hasta un poco más de la mitad.

—¿Le importa si fumo? —preguntó Elizabetha con un cigarro en la mano.

A Leonard no solo no le gustaba el tabaco, sino que le violentaba estar cerca de alguien mientras estaba fumando. Había oído decir a algunos de sus más celebres colegas que el tabaco agudizaba la mente, ayudaba a tener «ideas felices» y a concentrarse a un nivel más profundo, pero a él le producía el efecto contrario. Algo parecido al estupor.

—En absoluto, señorita Michelson, adelante. Esta es su casa y puede fumar cuanto quiera —Leonard se sorprendió porque de manera inconsciente, acababa de hacer algo que nunca hacía, anteponer el bienestar de los demás al suyo propio. Tal vez había sido cosa de su «segundo cerebro». Se dijo.

Elizabetha se encendió el cigarrillo y abrió un poco la ventana que tenía frente a ella. Deferencia. La corriente de aire hizo que prácticamente todo el humo acabase en la cara de Leonard. Que no dijo absolutamente nada.

—Bien, señorita Michelson, dado que el campo de estudio que más le interesa es el de las peculiaridades de la dimensiones de espacio y tiempo, creo que sería bueno que viese de qué punto partimos, ¿le parece bien?

Elizabetha asintió con entusiasmo. El contorno de sus ojos había adquirido una coloración de un tono cereza. Propia de los estados carenciales derivados del insomnio y la fatiga crónica.

—Me parece bien.

—A continuación le haré unas cuantas preguntas, usted responda de la mejor manera que sepa y pueda, no hace falta que lo haga a la velocidad de la luz, pero tampoco se demore demasiado en responder. Bien, empecemos — Leonard sacó un pequeño cuaderno tapizado en piel de su maletín y un elegante y pesado bolígrafo revestido en metal ajado—. ¿De dónde es usted?

La primera pregunta y el corazón de Elizabetha ya había sufrido el primer vaivén.

No le hables de tu pasado, Lizzy, no le interesa. No le digas de dónde eres. Dile que se marche.

Pensar en su pasado la bloqueaba. Hablar de él hacía que las heridas se volviesen a abrir.

—Soy de Athens, del estado de Ohio. Está a unas dos horas de Columbus y a unas tres de Cincinatti.

—Sé dónde está Athens, señorita Michelson. Ha recorrido un largo trayecto hasta California.

—Dos mil quinientas diecisiete millas para ser exactos —añadió

Elizabetha.

—¿Vive sola?

Elizabetha se sonrojó y agachó la mirada. Leonard percibió que tenía reparos en contestar. Se avergonzaba.

—Señorita Michelson, olvídense de sus prejuicios morales y límitese a contestar. Esta entrevista es exclusivamente de carácter científico. La he dicho que necesito saber cuál es su punto de partida, y eso incluye ciertos aspectos de su vida, aparte de lo que concierne estrictamente al campo de la física teórica. Necesito saber unas cuantas cosas sobre usted para entender cómo funciona su forma de pensar y de razonar. Saber cómo ha llegado al punto de estudio en el que ahora se encuentra, de esa forma podremos seguir avanzando. Créame, es la única manera.

Elizabetha alzó la mirada, enfrentándose a sus miedos y a sus «principios».

—Perdón, no estoy muy acostumbrada a hablar de mí. Sí, vivo sola.

—¿Cómo paga esta vivienda? ¿Cómo consiguió hacer el largo viaje desde Ohio hasta California?

Deja ya de responder, Lizzy, ese hombre no es bueno para nosotras. ¿Qué tiene que ver lo que te está preguntando con la física? Vayamos a tomar una copa. Quizá conozcamos a alguien interesante. Y ya sabes a qué tipo de interés me refiero. Por favor, vámonos.

—La pago con un dinero que me dejaron mis padres. Hice el viaje hasta aquí con algo de ese dinero y con la ayuda de diferentes personas con las que me encontré por el camino —El párpado derecho de Elizabetha tembló ligeramente.

—¿Quiere decir que ha cruzado medio país haciendo autoestop?

—Más o menos.

—¿Cómo consiguió entrar en una universidad como la de Berkeley?

—Haciendo el examen extraordinario de ingreso.

Leonard sonrió. Remató el café de un sorbo y se rellenó la taza de nuevo hasta arriba.

—Ya sé que hizo el examen extraordinario de ingreso, señorita Michelson, de hecho fui yo quien tuvo el placer de corregirlo. Mi pregunta es, ¿cómo consiguió obtener plaza? ¿Cómo demonios consiguió quedar la primera? Era un examen de física avanzada, y por lo que he podido leer, su

expediente está bastante limpio hasta que usted aparece en escena en California. De hecho, no tenemos copia alguna del mismo.

De nuevo, ese párpado derecho delator, tembló.

—Supongo que se me da bien la física —Elizabetha bajó la mirada.

Leonard sonrió con sarcasmo y cierto disimulo.

—Se le da bien la física. Muy bien. ¿Se preparó el examen usted sola?

—Sí.

—¿Tiene hermanos?

Elizabetha arrugó el entrecejo.

—No.

—¿Sus padres todavía viven?

Lizzy. Ya está bien. Olvidalo. Dile que se marche. Sabe algo y se está entrometiendo demasiado. El doctor Oppenheimer podría tener intenciones que desconoces.

—No.

—¿Ninguno de ellos?

—Ninguno.

Leonard se quedó estudiando un instante el rostro de Elizabetha y asintió en silencio mientras se pensaba si merecía o no la pena desenmascararla en ese momento. Porque no tenía ninguna duda de que prácticamente todo lo que le había respondida hasta ahora, había sido mentira.

8

Cinco años antes

A Elizabetha le costó al menos veinte minutos de intensa lucha despertarse. Al menos esa fue su sensación. Fue como estar sumergida en una charca de arenas movedizas en la que todo esfuerzo por salir se convertía en un nuevo hundimiento.

Pero al final consiguió abrir los ojos y, para su sorpresa, no se encontraba peor de lo que lo estaba antes del pinchazo.

Su pie derecho fue otra vez el encargado de recordárselo todo. Como un resumen de las mejores escenas del capítulo anterior. Vio las dos tablillas con el vendaje y a continuación percibió el dolor. Ese intenso y sucio dolor.

Como si tuviesen alguna cámara allí dentro y la estuviesen observando continuamente, sus padres no tardaron ni cinco minutos en entrar. Eso sí, de nuevo con el tras-tras de los nudillos de George en la parte más hueca de la madera de la puerta. A pesar de la situación, le daban algo de sostén a los modales.

La puerta se abrió con cuidado y a continuación entraron en procesión. Primero él, con una insultante sonrisa caballeresca en el rostro, después ella, de nuevo con la bandeja de alimentos y una buena curva en la parte alta de su espalda. En lugar de las tostadas y el zumo, estaba vez era un poco de sopa, un pedazo de carne dura, y un vaso de agua que le pareció inusualmente largo. Como un tubo en el que dejar a marchitar unas cuantas flores. En lugar de un pedazo de pan para acompañar, probablemente porque no habían ido a comprar, Laci había puesto como sustituto una magdalena. No era la primera vez que lo hacía. Ella preparaba el menú y si no tenía los alimentos que se precisaban, los sustituía por otros que según ella se le parecían. Como no había pan, le había puesto una magdalena. En una ocasión, en lugar de tostadas le sirvió galletas. En otra, el agua de los garbanzos en conserva en lugar de agua mineral normal. O unas lonchas de jamón york cosidas con hilo de pescar en lugar de un pavo relleno cosido con hilo para cocinar. Laci hacía cosas así, y a George le encantaban. A Elizabetha no. Pepino utilizado como fruta. Lentejas en lugar de arroz. Tortillas de un tamaño considerable con harina y aceite en lugar de huevos. Esas cosas.

—¿Cómo te encuentras, cariño? Te he preparado sopa de pollo y un filete de buey —En la sopa no se veía el pollo por ningún sitio, parecía agua sucia, y el filete era tan blanco como la merluza.

—No tengo hambre.

—¿Me permites ver tu pie, querida mía? —preguntó George tras atusarse un poco el grasiento pelo. Le hacía una onda justo en el centro de la frente que cuando se le caía un poco hacia abajo, se asemejaba a un garfio.

—Puedes hacer lo que te dé la gana —Elizabetha respondió con desánimo y miró hacia la ventana.

George y Laci se miraron y se sonrieron. Se tomaron la respuesta de su hija como un avance. Un pasito hacia delante.

—Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo George sentándose a los pies de la cama. Al flexionar el tronco sobre su grandioso y compacto abdomen, su cara se puso roja como una fresa. Retiró el pedazo de cinta americana que había utilizado para cerrar el vendaje y empezó a quitar la venda con una infantil sonrisa en la cara. La onda rebelde de su pelo cayó hacia delante y se formó ese siniestro garfio que le llegaba casi hasta la punta de la nariz.

—¿Te duele mucho, hija? —preguntó Laci con voz lastimera.

Elizabetha la miró y movió el cuello hacia ambos lados.

—No —La expresión de la cara de Elizabetha no se correspondía con lo que acababa de decir. Apretaba los dientes y sus fosas nasales se abrían y cerraban con esfuerzo.

—Vaya por Dios, esto tiene peor pinta de lo que pensaba —dijo George al ver el estado que presentaba el tobillo de Elizabetha una vez hubo retirado toda la venda. Se atusó la onda de pelo hacia atrás, pero casi inmediatamente volvió a caer hacia delante.

Elizabetha se incorporó un poco y miró hacia pie. Emitió un suspiro sofocado, uno de esos que se expulsan hacia dentro. Se tapó la boca con las dos manos. Su tobillo derecho estaba totalmente hinchado y deformado. Con una zona central morada como una berenjena y otra zona un poco más extensa, de un color el rojo cereza, llena de capilares con pinta de estar a punto de reventar.

—Dios mío, George, ¡tiene una pinta horrible! —dijo Laci llevándose también las dos manos a la boca.

Elizabetha todavía estaba tratando de calmar la ansiedad y el pánico y aun no podía hablar.

—No tiene el mejor aspecto del mundo, vaya que no, eso es verdad, pero tampoco hay que alarmarse, puedo asegurar que he visto cosas peores, y que la niña volverá a caminar —dijo George de nuevo con esa infantil sonrisa en su cara—. Ahora tengo que moverte un poco el tobillo para ver si está roto, hija mía, pero no te preocupes porque la mamá te dará algo para el dolor —George miró a Laci y ella entendió lo que le pedía con rapidez. Los Michelson eran una pareja que se entendían infinitamente mejor cuando se comunicaban mediante miradas, gestos y expresiones, que cuando lo hacían con las palabras.

Antes de que Elizabetha tuviese tiempo de gritar que por favor no la durmiesen otra vez, «su madre» le metió un trapo húmedo en la boca.

—Muerde esto, hija. Te vendrá bien para canalizar el dolor. También lleva un poco de «producto», pero no te preocupes, te mantendrás despierta —dijo Laci con la cara llena de pena. Llamaba «producto» a cualquier medicamento o agente químico tanto de uso médico como de uso doméstico, tal se daba, ella no diferenciaba. Todo era «producto».

George empezó a mover arriba y abajo el tobillo de Elizabetha, que a pesar del trapo en la boca, sintió un dolor tan intenso como el que había sentido cuando saltó por la ventana. Quizá más. El «producto» debía estar caducado o estar destinado a otro uso, porque no le estaba haciendo ningún efecto.

Viendo que Elizabetha había empezado a revolverse con mucha fuerza, George miró a Laci con dureza y esta no tardó en obedecer y tratar de mantener a Elizabetha tumbada en la cama. Se escuchó un *croc-croc* procedente del tobillo herido, y George miró hacia el infinito. Parecía estar sintonizando su sexto sentido para el diagnóstico médico. Volvió a mover el tobillo, primer arriba y abajo y después haciendo círculos, y de nuevo se escuchó el *croc-croc*. Sonrió y miró a Laci asintiendo. Ella le devolvió una sonrisa tan grande como una nave.

La cara de Elizabetha había adquirido un color blanco roto.

—Buenas noticias, hija, tu tobillo no está roto y podrás volver a andar de aquí poco —dijo George sudoroso como si acabase de asistir un parto. Tras ello, miró a Laci, y esta le retiró el trapo de la boca. Volvió a mirarla y Laci le ofreció un poco de agua del vaso que parecía un florero. Elizabetha se lo bebió sin rechistar y medio adormecida, medio mareada, pensó: están completamente locos.

—Voy a ponerte las tablillas otra vez, hija, con un poco de suerte, en una semana, si todo va bien, podrás levantarte de la cama. No te preocupes porque tu madre y yo cuidaremos de ti, eres lo que más queremos y jamás dejaríamos que te pasase nada malo —dijo George irguiendo un poco su tronco. Dejó de comprimir su abdomen y la piel de su cara recuperó de nuevo su habitual color rosa porcino.

—Tenéis que llevarme a un hospital —dijo Elizabetha entre jadeos—. Creo que tengo al menos un hueso roto, de verdad, me duele muchísimo, por favor, papá, mamá, llevarme a que me vea un médico —Elizabetha estaba a punto de derrumbarse. El dolor que sentía era grande, pero la preocupación era aún mayor.

George y Laci se miraron y no tuvieron dudas al respecto: nada de hospitales.

—No es necesario, cariño, podemos cuidar nosotros mismos de ti —dijo George con una sonrisa siniestra—. Puede estar bien segura de que si necesitas un médico, lo tendrías. Pero no tienes ningún hueso roto, lo he comprobado yo mismo, así que tan solo es cuestión de tener un poco de paciencia y guardar reposo, ¿de acuerdo? —El rostro de George se endureció, era el mismo que ponía cuando hacía «negocios».

—Come un poco, hija, necesitas recuperar fuerzas —dijo Laci acercándole la bandeja a la cama.

Cuando George terminó de poner las tablillas y el vendaje, se levantó y salió de la habitación, no sin antes dirigirle una peculiar mirada a Laci. Elizabetha, que conocía de sobra esa presteza sin igual que tenían para la comunicación no verbal, se dijo que tramaban algo. Dentro de su particular locura, guardaban cierta organización.

Una vez estuvieron a solas, Elizabetha miró a Laci con dureza. Trató de transmitirle que, de mujer a mujer, lo que le estaban haciendo era algo horripilante. Decir que la tenían secuestrada era ser muy magnánimo. Tal vez la palabra tortura se acercaba más a su realidad.

—Creo que te debemos una explicación, hija. Solo te pido que hagas un esfuerzo por comprendernos, tu padre y yo no somos perfectos, pero te queremos. Te queremos más que a nosotros mismos, eso no ha cambiado ni nunca cambiará.

Elizabetha la miró con desprecio. Pero después pensó que, a pesar de no tener ningunas ganas de oírlo, si George y Laci no eran sus verdaderos padres,

si toda su vida no era más que una gran mentira, no estaría de más escuchar lo que Laci trataba de contarle, aunque la aborreciese de los pies a la cabeza. Más que nada porque necesitaba saber quién era ella en realidad.

—Tú dirás... —dijo Elizabetha sin fuerzas para mirarla a los ojos.

Laci se tomó aquello, de nuevo, como un pasito hacia delante. Terminaremos por volver a llevarnos bien, hija, y si no, ya lo verás. Se dijo mientras llevaba su atención hacia atrás en el tiempo. Concretamente hacia trece años atrás.

—Verás, hija, es posible que ahora te sea difícil de entender, solo tienes dieciséis años y lo que te voy a contar solo se comprende cuando tienes ciertos años, pero que me cuelguen si no eres infinitamente más inteligente que las muchachas de tu edad. Así que, creo que haciendo un pequeño esfuerzo, no te será difícil saber de lo que te estoy hablando —Laci hizo una pausa y le dio un trago al vaso de tubo que había sobre la bandeja de comida. Se relamió y los labios se le llenaron de arrugas, a través de las cuales emergieron cuatro largos pelos negros, uno de ellos, además, coronando una fea verruga. A Elizabetha nunca le entusiasmó la imagen de «su madre», pero en aquel momento le repugnó—. Ya sabes que tu padre y yo llevamos juntos como quien dice desde que éramos dos chiquillos. Sí, yo no levantaba ni metro y medio del suelo cuando tu padre me dio el primer beso. Vaya que sí, dos inocentes chiquillos que acababan de despertar a la vida y que se prometieron amor eterno antes incluso de saber qué significaba eso. Sabes que nunca lo tuvimos fácil, sobre todo tu padre, que tuvo que buscarse la vida y ponerse a trabajar antes de que le saliera el primer pelo de la barba, pero lo hizo por el bien de su familia, de sus hermanos pequeños y de su pobre madre, que enviudó muy joven, y muy joven tuvo que empezar a hacer cosas que no son agradables de contar, hija. Cosas que solo se hacen cuando hay verdadera necesidad y que solo una mujer puede hacer, no sé si eso lo entiendes. Pero las hizo, igual que las hizo mi George, y yo, y salimos adelante, ya lo creo que sí. Como verás, aquella era otra época y madurábamos antes. Y no tardamos demasiado en saber que lo que ambos queríamos era formar una familia, nuestra familia. Tienes que saber que no existe nada más importante en la vida, ricura mía, la familia primero, después el resto, nunca lo olvides —Laci se puso muy seria cuando dijo aquello—. Así que, en cuanto reunimos algo de dinero para poder pagarnos un lugar en el que dormir, nos pusimos a ello, a buscar esa familia con la que cobijarnos y protegernos del hostil mundo que nos rodea.

Laci hizo una pausa que aprovechó para coger aire. Hablar del pasado le

gustaba, quizá demasiado, y parecía estar saboreando cada recuerdo de su pasado. Elizabetha le pegó un vistazo a la bandeja de comida. Era realmente asquerosa, pero llevaba como día y medio sin comer y el estómago se retorcía con fuerza en su interior. Y necesitaba reponer fuerzas como fuera. En eso se parecía a «sus padres», salir adelante a cualquier precio y bajo cualquier precepto.

—¿Te importa acercarme un poco la bandeja? —preguntó Elizabetha sin mirarla a los ojos.

—Claro, hija, come un poco, ricura mía, que te vas a quedar en los huesos y todavía tienes que guardar cama muchos días —Otro pasito hacia delante, se dijo Laci.

Elizabetha cogió aire y se puso con el filete de carne blanca ayudándose un poco con la magdalena. Para su sorpresa, no estaba del todo mal la mezcla.

Laci disfrutó de nuevo viendo comer a su hija, y su mente no tardó en volar de nuevo al pasado.

—En cuanto tu padre y yo nos pudimos establecer un poco en nuestra humilde vivienda, y si te digo que no era más que un colchón, un inodoro, y un pequeño fogón de gas que teníamos apoyado sobre una vieja caja de coca-colas, no te estaría mintiendo. Que me cuelguen si miento. Como decía, en cuanto nos establecimos mínimamente nos pusimos manos a la obra para tener nuestro primer hijo antes de que yo hiciese los veinte. Tu padre creo que era un año mayor que yo, qué caramba, todavía sigue siéndolo —Laci rompió a reír tras escuchar su propia redundancia y su dentadura se llenó de oscuros huecos en los que antes hubo dientes. A Elizabetha se le arrugó la unión entre la nariz y los labios. En cuanto se le terminó la magdalena dejó de agradarle el filete de carne—. Y tampoco te miento si te digo que lo intentamos de todas las formas posibles. Que me corten una mano si miento, que me la corten —Laci alzó su mano derecha en alto poniéndose otra vez muy seria. A Elizabetha aquello no le hizo ni pizca de gracia—. Buscar familia puede resultar agotador, ya lo creo que sí. Tú padre llegaba de «hacer negocio» cuando ya se había puesto el sol y había días en los que no tenía fuerzas ni para descalzarse, y yo te puedo asegurar que tampoco me pasaba el día limándome las uñas de los pies, pero aun así no hubo día que falláramos en nuestro intento por buscar familia. Pero... como ya te puedes imaginar, la familia no llegaba. Nos dimos un tiempo prudencial. Un año. Y al cabo de ese año, nos dijimos, otro año. Y así hasta... —Laci empezó a contar con los dedos. Elizabetha se fijó en lo

largas que llevaba algunas de sus uñas, otras las tenía completamente mordisqueadas. Parecía una bruja neurótica—. Caramba... no lo recuerdo. Pero si te digo que estuvimos intentándolo al menos diez años, no te estaría mintiendo. Yo ya estaba desesperada, y tu padre... el pobre... no encontraba consuelo en nada. Ni siquiera en «hacer negocio».

Laci hizo una nueva pausa y se sacó un cigarro. Se lo encendió y le ofreció el paquete a su hija.

Elizabetha se quedó mirando el paquete y sintió algo muy muy extraño. Ella no fumaba más que algún que otro cigarro a escondidas y en contadas ocasiones, pero lo que sintió, o mejor dicho, lo que vio, fue algo muy extraño. Se vio a sí misma fumando. Uno detrás de otro. Nerviosa. Lo que en realidad ve es una versión de ella que es igual, pero al mismo tiempo diferente. Como más mayor. Con más años.

Y tras ese ligero y atípico lapsus, Elizabetha se sintió algo desorientada, primero, después asustada, y a continuación aceptó, con un ligero temblor en las manos, ese cigarro que Laci le ofrecía. Por extraño o raro que pareciese, acababa de tener la sensación de que se había visto a ella misma en el futuro. Y lo que había visto no le había gustado nada.

—Eso está bien, ricura mía, yo nunca me atreví a fumar delante de mi madre, y eso era porque nunca tuvimos confianza. Empiezas fumando a escondidas y terminas por hablar de todo menos de Lo importante, ¿me sigues?

Elizabetha asintió. Tras las dos primeras caladas se había mareado un poco, pero en cierta manera, y ella era la primera sorprendida, ese cigarro le estaba sentando divinamente bien. Y eso hizo que Laci y su perorata le parecieran algo menos repulsivo.

—Bien, como te iba diciendo, tu padre estaba desesperado, y yo... yo me sentía de todo menos mujer. Y es a eso a lo que me refería al principio con lo de que no es fácil entender lo que siente una mujer que no puede concebir. Tal vez a un hombre puedas llegar a entenderlo, yo digo que sí, pero a una mujer... a una mujer solo la puede entender otra mujer. Y te aseguro que cuando la vida te arranca el don de la procreación, cuando la vida te deja fuera de sus planes y te dice que tú no vales para su gran plan, entonces te sientes... te sientes despojada. Como si fueses la única a quien no le han permitido la entrada al jardín del edén. Y así es como me sentí yo, señalada por la vida, como si yo no fuese digna para ella y no mereciese que en mí creciera el milagro de la vida. Te aseguro, hija mía, que cuando llegue el momento, cuando en tu interior

se despierte esa fuerza que te empuja a seguir existiendo más allá de tu propia muerte, entonces, y solo entonces, entenderás lo importante que es para nosotras procrear.

Laci cabeceó y apagó el cigarro tras tres rápidas caladas que envolvieron su rostro en humo. Elizabetha, de alguna forma que no llegaba a entender, había sentido lo que Laci le quería transmitir. Lo había sentido de un modo que quedaba fuera del alcance de toda lógica, porque más que sentirlo, lo había visto. Lo había visto, pero no en ella, sino en otras personas, en muchas más personas. Después de eso apagó su cigarro y se aguantó las dos arcadas que le entraron. Se había mareado, como consecuencia del cigarro y de lo que acababa de ver.

—¿Y nunca visitasteis algún médico? —Elizabetha se sorprendió a sí misma participando en la conversación. Laci se dijo que eso valía por dos pasitos más hacia delante. Uno por el cigarro, dos por la pregunta.

—Claro que lo hicimos, ricura mía, y no solo a uno, sino a varios de ellos y, casualidades de la vida, así fue como te encontramos —Laci asintió repetidas veces mientras elevaba las cejas y en su frente aparecía un mar de arrugas. Sonrió y sus ojos se escondieron casi por completo bajo sus párpados.

Elizabetha se sobrecogió. Ya llegaba la parte crucial de la historia. Su propio secuestro. «Su madre» estaba a punto de revelarle su verdadero origen. De nuevo empezaron los nervios y llegaron dos nuevas visiones, dos de esas extrañas visiones. En una de ellas, tiene las manos llenas de sangre. En la otra, está junto a un hombre muy alto, no sabe el qué, pero traman algo malo. Ninguna de las dos visiones son buenas, tampoco sabe si son reales ni lo que significan, pero su corazón se agita. Laci saca de nuevo el paquete de tabaco y Elizabetha vuelve a aceptar, esta vez las manos le tiemblan todavía más.

—Visitamos a un montón de médicos, y todos nos dijeron exactamente lo mismo, que no había ningún problema, que todo era normal y que solo era cuestión de tener un poco de paciencia. Ja. Paciencia. En fin, no sé quién demonios fue pero el caso es que alguien nos habló de un médico muy bueno que era de Cincinnati, un auténtico especialista en traer churumbeles al mundo. Y como ya te puedes imaginar, allí que nos fuimos tu padre y yo. Pero la visita a Cincinnati tampoco fue como esperamos. Digamos que fue todavía peor. Ese medicucho, ese supuesto gran especialista nos dijo algo que nunca olvidaríamos. El malnacido nos dijo que éramos infértiles, ¿puedes creerlo?

Que ni tu padre ni yo podíamos tener hijos. Los renacuajos de tu padre eran muy escasos, prácticamente inexistentes, y yo no tenía óvulos. Mi cuerpo hacía algo parecido a la ovulación, pero sin ovular, una cosa muy extraña, ¿puedes creerlo? En fin, ya te puedes imaginar el disgusto más grande que nos dieron. Yo no tenía fuerzas ni para volver a Athens, y tu padre ya no sabía ni cómo consolarme, y entonces... —Laci levantó la vista y miró hacia el infinito—. Entonces fue cuando tú apareciste, ricura mía. Apareciste y tu padre y yo nos miramos, y supimos de inmediato que tu destino estaba ligado al nuestro. Supimos que aquello había sido una señal y que tú tenías que estar con nosotros.

A Elizabetha le llegó una fuerte sensación de quemazón en los dedos de la mano. El cigarro se le había consumido y se estaba quemando. Lo echó al cenicero y le dio un trago al vaso largo de agua. Estaba asquerosa. Parecía que llevase aceite o algo parecido.

—¿Quieres que te lo rellene, ricura mía? Si lo prefieres podemos llamar a tu padre y que sea él quien nos lo traiga —Laci le guiñó un ojo y Elizabetha no entendió muy bien qué quería decir con aquello.

—No hace falta, estoy bien.

—Claro, hija, lo que tú prefieras, faltaría más. ¿Por dónde iba? Ah, sí, ya me acuerdo. El momento en el que te vimos por primera vez —A Laci se le iluminó el rostro—. Como decía, estábamos abatidos, qué digo abatidos, hundidos, y créeme si te digo que eso también sería utilizar una palabra muy amable para describir cómo nos encontrábamos. Créeme. Habíamos comprado unas hamburguesas y nos las estábamos comiendo en el interior del coche, parados en el parking de unos grandes almacenes. Yo comía y lloraba al mismo tiempo, me estaba poniendo perdida. Tú padre comía y bebía whisky al mismo tiempo, con un par de cigarros encendidos bajo el salpicadero. Nunca había visto así a George. Era algo muy deprimente. Pero de pronto apareciste tú —El rostro de Laci resplandeció como un cuerpo de una luciérnaga. El tono de su voz se elevó. Parecía que estaba representando una función—. Ibas junto con unos cuantos chiquillos y chiquillas más y un matrimonio que no debían saber ni dónde tenía la cabeza. Ya lo creo que no. Menudo par de estúpidos. No sé, puede que fueseis siete u ocho en total, siete y ocho chiquillos, me refiero, aparte de ese par de cretinos que os llevaban a rastras como si fueseis un rebaño de ovejas descarriadas. Acababais de salir de comprar de alguna tienda de alimentación y os dirigíais a la furgoneta en la que os llevarían a casa. Y ese estúpido matrimonio, no parecía ser consciente de la suerte tan

grande que tenían —Laci apretó los dientes y Elizabetha vio en sus ojos verdadera rabia—. Recuerdo que tú ibas rezagada. Te habían dejado la última y no parecías importarles en absoluto, ricura mía. Te caíste de bruces y nadie te vio. Con sangre en las manos, te levantaste y ni siquiera lloraste. Llevabas arrastrando los cordones de las zapatillas y pisándote todo el tiempo el bajo del pantalón, que te venía desproporcionadamente grande. Nadie estaba pendiente de si estabas bien o mal, ni tan siquiera de si estabas. No parecías importarle a nadie, ricura mía. Yo me llevé las manos a la boca y tu padre cabeceó al ver aquello. Era como si la vida se estuviese riendo de nosotros. Ese matrimonio despreciando la vida, tratándoos como si fuéis una carga, y tu padre y yo despojados totalmente de ese don, de ese privilegio. Y entonces fue cuando lo vimos claro. La vida no se estaba riendo de nosotros, nos estaba haciendo una señal. No estaba diciendo: este regalo es vuestro, cogedlo, este regalo es para vosotros, cogedlo.

A Elizabetha le entró un ataque de tos al imaginarse la situación que le estaba narrando Laci. Y tras la tos le entró una enorme náusea.

—Hija mía, ¿te encuentras bien? —Quiso saber Laci al ver el rostro de su hija—. ¿Quieres que te lleve a que te vea un...? —No terminó la pregunta. Por un momento había bajado la guardia. Pero bajo ningún concepto podía llevarla a que la viese ningún médico. No. Todavía era pronto para algo así, George se lo había dejado bien claro. Y George era un fuera de serie en todo lo concernientes a hacer «negocios» de ese tipo, de los que no quieres que nadie se entere de lo que estás haciendo ni con quien.

—Estoy bien, no te preocupes, aunque sigo pensando que deberías llevarme a que me viese un médico... mamá... —dijo Elizabetha sin mirarla a la cara. Y a Laci se le dibujó una enorme sonrisa en la cara al escuchar de nuevo la palabra «mamá». Pero acto seguido se dijo que no. Todavía era pronto para dejarla salir al exterior. Para eso, como había dicho George, necesitarían una prueba de lealtad, una prueba de que su hija era una Michelson a todos los efectos. Así que hasta la prueba de lealtad, nada de nada.

—Creo que lo mejor será dejarte descansar un rato, hija, más tarde podemos seguir hablando si quieres, y te cuento el final de la historia —Laci hizo ademán de levantarse. Tenía miedo de que Elizabetha tratara de persuadirla para que hiciese algo que no debía. Porque ella podía aparentar ser una persona ruda y bruta, pero en el fondo, allá en lo más profundo de su ser, no era más que una inocente y asustada chiquilla dispuesta a fiarse del

primer lobo feroz que viese disfrazado de caperucita.

—No, por favor, me gustaría conocer el final ahora, mamá, por favor...
—Elizabetha volvió a utilizar la palabra mágica. Había sido consciente del efecto que había producido en su «madre» y tenía que aprovecharlo. Además, lo cierto es que ansiaba que terminase la historia de una vez. Su propia historia.

—Está bien, hija. Te haré un pequeño resumen de lo que pasó después. Eso es lo que haré —Laci volvió a centrar su mirada y la enfocó al infinito, hacia el océano de sus recuerdos—. Como decía, tras ver aquello y sentir lo que sentimos, tu padre y yo nos miramos y nos entendimos al instante. Tenías que ser nuestra como fuera. George arrancó el coche y yo tiré lo que me quedaba de hamburguesa. Os seguimos. Lo primero que hicimos fue seguimos para saber dónde vivíais. Y ahí fue como empezamos a sospechar que algo raro pasaba con tus verdaderos padres y con tu familia. Ya sabes que tu padre es un verdadero tiburón de los «negocios», lo sabes de sobras, él conoce la profesión y sabe navegar en aguas muy oscuras. Ya lo creo que sí. Y no tardó en decirme que, o el mentecato de tu verdadero padre, que era quien conducía, era alguien rematadamente estúpido, o estaba siguiendo una ruta para evitar que nadie los siguiese. Porque, según George, hacía las maniobras típicas del despiste. A veces aceleraba, a veces frenaba, a veces daba como vueltas en círculo y otras parecía dar mucha vuelta para acabar en un mismo lugar. George decía que ese tipo de conducción se hacía cuando querías asegurarte de que nadie te siguiese, así que, no dudamos en que ese padre tuyo, tampoco era trigo limpio. Y ahí fue cuando nos miramos de nuevo y nos dijimos con la mirada que esa era otra señal. No solo te íbamos a llevar con nosotros, sino que te íbamos a rescatar del interior del estómago de la ballena.

Laci volvió a elevar las cejas, llenando su frente de arrugas. Se encendió un cigarro y, sin preguntar, le encendió otro a Elizabetha, que lo cogió sin rechistar.

—Vivíais en una especie de granja. Una de esas que está bien escondida entre los árboles. Al principio pensamos que simplemente erais una familia de ecologistas o algo parecido. Ya sabes, fanáticos de lo natural y ese tipo de idioteces, pero nada de eso, lo que erais, más bien, era una especie de secta o algo parecido. Incluso en lo alto de esa gran casa madera en la que vivíais había como una especie de estandarte, o de símbolo o yo qué sé, era como el esqueleto de un árbol de largos brazos, acompañado de un nombre, que parecía ser el nombre de una zona de acampada o algo así: «Las golondrinas».

No sé, aparte de aquello, también os hacían hacer cosas raras y vivíais escondidas. Y digo raras porque a veces os sentabais en el suelo y ese hombre os preguntaba cosas y vosotros os levantabais y hacíais otras cosas. Como si os estuviese adiestrando, ¿me entiendes? ¿Quién demonios vive así? De todas formas, en realidad eso no nos importaba un carajo, lo único que necesitábamos era conocer cuáles eran vuestras costumbres y vuestras rutinas para llevarte con nosotros al menor descuido. Y eso fue precisamente lo que hicimos. Os estuvimos vigilando durante un par de días y, cuando tu padre estuvo seguro de cuál era el mejor momento, entramos en mitad de la noche sin hacer ningún tipo de ruido y te llevamos con nosotros. Te llevamos con nosotros para siempre.

Elizabetha sintió un fuerte escalofrío agitar toda su médula espinal. El tobillo derecho empezó a dolerle otra vez. Y el cigarro, a pesar de estar fumándoselo a gusto, volvió a darle arcadas. Pero aparte de ambos dolores, también empezó a dolerle la muñeca derecha de una forma espantosa. Tal vez debido a las cadenas, tal vez —quién sabe—, a otra cosa.

—Y lo mejor de todo, lo más increíble de todo este asunto, ¿sabes qué fue? —preguntó Laci con el rostro lleno de felicidad.

—¿Qué?

—Que esos ecologistas de pacotilla o lo que fuesen, ni tan siquiera denunciaron tu desaparición, ¿puedes creerlo?

Elizabetha negó con la cabeza.

—Eso no es posible, estás mintiendo.

Si algo no soportaban los Michelson, era que los tachasen de mentirosos o de faltar a sus promesas, sus dos únicos principios.

—¿Cómo que no? Sí lo es, hija mía, sí es cierto. Ya te he dicho lo que pasaba con esa familia tuya, era rara de narices, y si me preguntas qué pienso, te diré que les hicimos un favor llevándote con nosotros. Eso es lo que pienso. Y si me preguntas qué hubiera sido de ti si no te hubiésemos rescatado, te diré que ahora mismo no serías más que un conejillo asustado encerrado en una jaula. Eso es lo que pienso.

Elizabetha volvió a negar. En realidad ya se sentía como un conejillo asustado encerrado en una jaula. Tenía unas ganas terribles de llorar. El tobillo cada vez le dolía más. También la muñeca derecha. Y quería perder de vista de una vez a Laci. Ya había tenido más que suficiente. Pero antes quería saber algo.

—¿Puedo saber cómo se llamaban mis verdaderos padres? ¿Puedo saber de dónde eran? ¿Dónde estaba exactamente ese lugar que has llamado «Las golondrinas»?

Laci arrugó el ceño. No le gustó la pregunta.

—¿Y por qué demonios querías saber algo así? —Su cara mostró ese lado rudo y bruto.

—Porque son mis padres, y quiero saber cómo se llamaban y de dónde eran, me parece que tengo derecho, ¿no crees? Y porque creo que también merezco saber quiénes eran en realidad y qué hacíamos allí.

—Pues no, no lo creo. No creo que debas saber nada de eso, ya te he contado todo lo que necesitabas saber. Y no seas maleducada. Te acabo de contar toda la historia desde el principio y no has entendido nada. Nada. Nada. Te he contado algo que guardaba en lo más profundo de mi corazón, mis sentimientos, y a ti solo te importa saber quiénes eran ese par de alfeñiques estúpidos que te adiestraban como si fueses un caballo. Eres una desagradecida estúpida. Lo eres. Lo eres. Lo eres —Laci había estado elevando mucho el tono de voz. Estaba muy enfadada. De su boca colgaba un hilo de saliva blanca. Los labios le temblaban y miraba a Elizabetha con verdadera rabia. Y ya había empezado a repetir palabras. Elizabetha no la había visto hacer eso más que en tres o cuatro ocasiones, todas ellas habían acabado en una gran bronca.

Se levantó de la cama y al hacerlo, no se sabe si a propósito o sin querer, apoyó su mano derecha en el tobillo malherido de Elizabetha, que gritó con todas sus fuerzas.

Laci se dirigió a la puerta al tiempo que a Elizabetha empezaban a resbalarle las lágrimas. Y antes de salir se giró y la apuntó con un dedo. Los labios le temblaban cada vez más. La uña de su dedo índice, mordisqueada y mal recortada, parecía una sierra a punto de rajarla de arriba abajo.

—Se acabaron los calmantes y los cigarros. Se acabó la comida y se acabaron las visitas. Se acabó el cambiarte y se acabó el hacerte compañía. De ahora en adelante, estás sola. Estás sola. Estás sola. Estás sola.

Laci cerró de un fuerte portazo y la lámpara del cuarto se balanceó sobre la cabeza de Elizabetha. Si había albergado alguna duda durante la última media hora, ya no le quedaba ninguna, Laci estaba completamente loca. Antes de siquiera pensar en ponerse a llorar o a gritar, la puerta del cuarto volvió a abrirse con violencia y apareció Laci de nuevo. Hecha una verdadera furia.

Sujetaba algo en las manos.

—¿Quieres saber quién eras? ¿Quieres saber qué eras para tus padres? —Laci apretó bien fuerte lo que llevaba en las manos, era algo parecido a un trapo viejo—. Esto es lo único que llevabas puesto cuando te encontramos, esto es lo que eras para ellos. ¡Ingrata! —Laci le lanzó el trapo a la cara y se fue de nuevo dando un fuerte portazo. Esta vez, además de hacer que la lámpara se balanceara, también hizo que cayera sobre el pelo de Elizabetha un pedazo de yeso procedente del techo.

Con el poco margen de movimiento que le dejaban las cadenas que la sujetaban a la cama, y los ojos llenos de lágrimas, desplegó el trapo que Laci le acababa de tirar encima. Era un vieja camiseta de Winnie the Pooh. Color verde abeto, con el oso en el centro sonriendo, pero con una mirada triste. A Elizabetha no dejaban de caerle las lágrimas. Al desplegar del todo la camiseta vio que en el centro se ocultaba algo más. Un objeto pequeño. Era como una especie de pulsera de metal oxidada, cuyo punto de cierre había sido cortado con una sierra o unas tenazas porque daba la impresión de que en su día había sido soldada para no perderse de la muñeca de quien la portara. Era una pulsera menuda, más o menos del tamaño que usaría una niña de tres años. En el centro de esa pulsera, podía leerse perfectamente la inscripción que había grabada: «Cabeza de hojalata número ocho».

Actualidad

Tras finalizar la primera ronda de preguntas y terminarse prácticamente el solito la jarra entera de café, Leonard Oppenheimer consideró que de momento ya no necesitaba saber nada más acerca del pasado de Elizabetha. Entre otras cosas porque ya sabía lo más importante, por alguna razón que desconocía, había estado eludiendo decir la verdad en todo momento. Puede que con mentiras, puede que con evasivas o medias verdades, pero Elizabetha no quería que él supiera cuáles eran sus auténticas raíces. Pero ya tendría tiempo de averiguar qué era eso que no quería que él supiese y que parecía tenerla todo el tiempo medio aterrada, ahora era momento de valorar sus conocimientos estrictamente teóricos.

—Dígame, señorita Michelson, en qué punto diría usted que se encuentra su nivel de conocimientos de física. Dígame, ¿diría que su nivel es alto, medio o bajo?

—Diría que es... —Elizabetha se pensó bien qué responder. Pero ella no mentía, ella era una Michelson—. Alto.

Leonard sonrió.

—Muy bien, en ese caso, ¿podría usted explicarme brevemente y en el lenguaje más sencillo que pueda por qué los viajes en el tiempo no son posibles?

Elizabetha no se esperaba esa pregunta. Se indignó.

—Pero, doctor Oppenheimer, yo pensaba que íbamos a hablar precisamente de...

—Señorita Michelson —Leonard la interrumpió elevando la voz—. No me importa lo más mínimo lo que usted piense o deje de pensar, tan solo conteste a mi pregunta.

Elizabetha se cruzó de brazos. La clase particular no estaba siendo como ella pensaba. No sabía qué responder a eso porque no creía en eso. Así que respondió lo que respondieron otros antes que ella y que tampoco sabían muy bien qué responder a eso.

—Según Stephen Hawking, si fuese posible viajar en el tiempo, y en un futuro pudiésemos lograr ese hito como especie, en estos momentos estaríamos

siendo visitados por hordas de viajeros del futuro.

Leonard apreció la resignación en la voz de Elizabetha. Le hizo gracia su rebeldía. Miró el reloj de forma disimulada. Ya eran cerca de las nueve y pronto tendría que irse a casa. No quería que la primera clase acabase con un regusto amargo en la boca.

—Bien, señorita Michelson, y ahora explíqueme, también de forma breve y comprensible, por qué sí es posible viajar en el tiempo.

En el rostro de Elizabetha se dibujó una sonrisa mágica. Y esa magia pareció llenar de vida el corazón de Leonard.

—Por la teoría de la relatividad especial y general de Albert Einstein. Eso fue el principio de todo.

Leonard sonrió satisfecho.

—¿Y qué dice esa teoría, si se puede saber?

Elizabetha sonrió aún más.

—Dice que el tiempo, lo que llamamos tiempo, en realidad no es un constante, es algo más, algo diferente, algo que depende de la velocidad a la que se mueven las cosas a su alrededor, como por ejemplo nosotros mismos. El «tiempo» no es un río que fluye incesantemente en el que nosotros nos vemos arrastrados irremediabilmente por su paso, sino más bien, es como un mar en el cual se puede navegar, más deprisa, más despacio, o una dirección diferente a la que lo hacemos. También dice que a velocidades cercanas a la luz, el tiempo se ralentiza, incluso se detiene casi por completo. Esto se ha comprobado muchísimas veces con relojes atómicos en aviones supersónicos o lanzaderas espaciales. Aquellos que han sido puestos a velocidades muy altas, han mostrado que en su contador habían pasado menos minutos que en un mismo reloj que estaba siendo objeto de control del primero y que estaba parado en la Tierra. Por lo tanto, el tiempo no es algo estable, sino es algo que depende de la velocidad y la dirección. Si nos movemos rápidos, el tiempo pasa despacio, si nos movemos despacio o no nos movemos, el tiempo pasa rápido. Y en cuanto a la dirección... es ahí donde tengo más dudas que resolver.

Leonard, que se había levantado y caminaba por el destartalado salón de Elizabetha, se metió las manos en los bolsillos y recordó el entusiasmo con el que él descubrió las teorías de los grandes genios como Einstein.

—¿Y cree usted que demuestra eso que podemos viajar en el tiempo, señorita Michelson?

—Eso demuestra que efectivamente, podemos viajar... hacia el futuro...

—¿Y qué ocurre con el pasado? ¿Podemos viajar al pasado?

Justo en ese punto, el más importante, era donde Elizabetha tenía más dudas. La dirección hacia dónde moverse.

—Einstein también dijo antes de morir, que el pasado, el presente y el futuro no son más que una ilusión obstinadamente persistente, no existen como tal, lo que entendemos por «tiempo» o por «paso del tiempo» es tan solo una percepción, y no es solo Einstein quien dijo algo así, qué va, son muchos más. Tenemos un concepto equivocado de lo que es el «tiempo» y de cómo funciona, y por eso pienso que lo primero que habría que hacer es cambiar el paradigma sobre el que trabajamos, reestructurar las grandes teorías, empezando de cero si es necesario...

—Señorita Michelson —Leonard la interrumpió de golpe viendo su creciente y contagioso entusiasmo—. Es tarde, la primera clase ha terminado, ya tendremos tiempo de hablar de todo eso en la segunda sesión, pero antes de que me marche necesito que me responda a una última pregunta.

Elizabetha alzó la mirada y tuvo un mal presentimiento.

—Claro, pregunte.

Leonard se acercó a ella, que estaba sentada en una silla, y apoyó cada una de sus manos en una rodilla de Elizabetha, que se echó a temblar inmediatamente. No soportaba que la tocasen. Nadie. Aparte de que ese momento en particular, eso mismo que estaba viviendo, ya lo había visto con anterioridad. Y sabía de sobra que era el preludio de algo muy malo. Algo feo.

—Por lo que estoy viendo, no se defiende mal con algunas de las grandes teorías, veremos qué ocurre con el resto cuando llegue el momento, pero lo que necesito saber en estos momentos, lo que de verdad importa ahora mismo es, ¿qué demonios estamos haciendo aquí? O mejor dicho, ¿qué demonios estoy haciendo yo aquí? —El rostro de Leonard se endureció. Y Elizabetha empezó a temblar todavía más.

Lo sabe, Lizzy. Lo sabe. Te dije que sabía algo. No respondas. Tienes que hacer algo ahora. Tienes que hacerlo si quieres continuar viviendo. Tienes que hacer lo que tú ya sabes, lo que solo tú y yo sabemos. Hazlo.

Y Elizabetha piensa: sabe algo.

Y Elizabetha piensa: el momento ha llegado.

Pero antes de tener tiempo de reaccionar, Leonard se separó de ella y se puso de nuevo la chaqueta, y, sonriendo con cierto aire paternal, se dirigió

hacia la puerta. Antes de salir le dijo a Elizabetha:

—De ahora en adelante no se tome tan a pecho nuestras conversaciones, señorita Michelson, no es la primera vez que veo cómo tiembla tras una de mis preguntas. Nos veremos en dos días a la misma hora, hasta entonces, piense en la pregunta que le he hecho.

Una vez se hubo quedado sola, Elizabetha rompió a llorar y se fue directa al cuarto de los relojes. Sacó de su pequeño santuario la pulsera en la que ponía «cabeza de hojalata número ocho», y se abrazó a ella llorando.

Y se dijo: necesito más que nunca viajar al pasado. Necesito viajar al pasado cuanto antes para evitar que todo lo malo pase, porque ya ha empezado.

10

Cinco años antes

Tras la tensa conversación entre «madre» e «hija», Laci llevaba ya un día entero sin ir a ver a Elizabetha, tiempo en el que apenas había parado de chillar y de llorar. El tobillo derecho le dolía cada vez más, al igual que su muñeca de ese mismo lado del cuerpo. Había tirado de las cadenas con todas sus fuerzas una infinidad de veces, pero el único avance que había conseguido era hacerse más daño. Un par de feas y sangrantes desolladuras habían aparecido en ambas muñecas, que le producían un intenso escozor cada vez que se movía mínimamente. Las tenía en carne viva y los dedos cuarto y quinto de ambas manos los tenía adormecidos y apenas le respondían.

Algo en lo que hasta ese día no había reparado, era que, casualidades de la vida o no, la única ventana que había en su cuarto y que daba al exterior, tenía doble acristalamiento, con lo que difícilmente llegaban los sonidos al exterior. Tal vez sus padres ya habían previsto que algún día podrían necesitar que la habitación dispusiese de un buen aislamiento acústico, o tal vez, tan solo instalaron aquellas ventanas porque a su padre se le antojó que era «recomendable». Siempre que hacía algo que podía incitar a que alguien lo cuestionase o simplemente le preguntase, solía decir, «es recomendable, se recomienda que sea así». Y ahí lo dejaba. Normalmente nadie continuaba preguntando. Simplemente George actuaba movido por una palabra: «negocio». Y su negocio no era bueno. No era vendedor de verduras en una parada del mercado precisamente. George se dedicaba a otras cosas. Sus negocios eran otros. A veces daban mucho dinero. A veces suponían tener que tratar con gente bastante indeseable. Y a veces suponían la muerte de una persona.

Lo que peor llevaba Elizabetha de su encadenamiento, aparte de la creciente desesperación y psicosis que se estaban apoderando de ella, era el asunto de la higiene. Algo en su interior, tal vez su propia naturaleza, le decía que cuando alguien dejaba de asearse, cuando alguien dejaba que sus propios fluidos de deshecho lo inundaran, entonces es que había empezado a perder uno de los principales puntos de sostén de la condición humana. Porque el ser humano, por naturaleza, no solo quería «estar», sino «estar bien». Y

Elizabetha no lo estaba en absoluto. Se había meado encima un par de veces y necesitaba ir al baño urgentemente para otros menesteres de mayor envergadura. Allí dentro apestaba. Hedor. La humedad de su propia orina le había provocado rozaduras en ambas ingles. Tenía hambre, sed y también, ganas de fumar. Se dijo que si su situación no cambiaba pronto, en muy poco tiempo enloquecería totalmente, si es que no se había muerto antes de hambre o de una infección.

George y Laci se habían mantenido bien firmes y no habían ido siquiera a saludar. Llegó incluso a imaginarse que habían muerto envenenados por algún bote de comida caducada o alguna de las extrañas mezclas de alimentos que hacía Laci, incluso era posible que se hubiera equivocado y le hubiese echado el «producto» para matar ratas a la sopa. Esas cosas pasaban, a veces, esas cosas pasaban, como por arte de magia o por obra y gracia del destino. Pero ese pensamiento no le trajo más que ansiedad. ¿Qué demonios iba a hacer ella si sus padres morían? ¿Cómo iba a escapar estando encadenada? Se empezó a imaginar que algo así sucediese y que acabaría muriendo allí atrapada después de de días y días sin comer ni beber, y el pánico la invadió por completo.

Su respiración se agitó y la desesperación y la urgencia hicieron que volviese a tirar de las cadenas. Las desolladuras de sus muñecas se hicieron más pronunciadas y la sangre empezó a resbalar por sus antebrazos. Pero aun así siguió tirando con fuerza. Estaba como poseída. En su interior no podía pensar en otra cosa que no fuese escapar. Escapar. Escapar. Escapar. Llevaba ya tres días allí tumbada y el pie derecho no podía ni moverlo. El dolor no solo era constante, sino que iba en aumento. Continuó tirando y gritando con todas sus fuerzas y no escuchó los pasos que provenían de la escalera. Alguien subía. Pero lo que sí escuchó, algo que hizo que su corazón se detuviese en seco, fue un clic que provenía del lado derecho de la cama. Un clic que podía cambiarlo todo. Algo parecía haberse roto. Sin tiempo para ver qué era exactamente lo que había producido ese ruido, la puerta de su cuarto se abrió.

George y Laci aparecieron ante ella. Se quedaron mirándola un par de segundos. George trató de sacar esa sonrisa entre lo estúpido y lo infantil. Laci estaba compungida. Pálida. Los ojos enrojecidos. Se notaba que había estado llorando intensamente. Los dos estaban visiblemente afectados. Laci sostenía un vaso de agua. George el macuto que hacía las veces de botiquín de la casa.

—Por favor, soltarme de una vez —dijo Elizabetha llorando—. Os prometo que no intentaré escapar. Os doy mi palabra. Pero por favor dejarme

ir al baño. Necesito ir al baño. El dolor de mi tobillo es insoportable y mirad como tengo mis muñecas, mirad —Elizabetha alzó un poco sus dos brazos encadenados para que los dos vieses el estado en el que se encontraban. George no pareció ni inmutarse, pero en el rostro de Laci sí se apreció que sentía algo de su dolor, que se acercó hasta ella y le tendió el vaso de agua en un gesto de «buena voluntad».

Elizabetha se lo bebió casi de un trago y no apreció lo turbia que estaba.

—Le he puesto un poco de «producto», «producto» para tu tobillo —dijo Laci con consternación al ver que su hija se acababa de beber el vaso entero de agua. Era la viva imagen de la madre torturada por el disgusto.

Elizabetha prefirió no decir nada. Prefirió pensar que el «producto», fuese lo que fuese, tal vez la aliviase un poco. Fuese lo que fuese.

—Por favor, mamá, papá, tenéis que soltarme, os prometo que no me voy a escapar, que haré todo lo que me pidáis, pero por favor, os lo ruego, necesito ponerme en pie, ir al baño, no soporto más estar así, y necesito que me vean el tobillo, cada vez me duele más...

Laci iba a decir algo, pero George la miró y ella cerró de inmediato sus entreabiertos labios. A continuación, se sentó al borde de la cama con su macuto y miró a Elizabetha con seriedad.

—No se trata de que hagas lo que nosotros queramos que hagas, no es eso —dijo George con su grasienta onda de pelo balanceándose por el centro de su frente—. Lo que nosotros queremos es que hagas las cosas porque crees en ellas, por voluntad propia, no por obligación ni por miedo, y por supuesto, que esas cosas sean las correctas. Queremos que entiendas las cosas, hija, y que recuerdes que nosotros somos los únicos que siempre han estado ahí...

—Pero papá...

—No. Elizabetha. No. No es el momento de hablar. Tu madre ya me ha contado que te abrió su corazón y lo único que tú respondiste es que te querías ir corriendo a ver a los dos mentecatos de padres que tenías antes. Y eso no está bien, nada bien. No has entendido nada. No has entendido el motivo por el cual estás con nosotros ni el favor que te hicimos al rescatarte. Y lo que más nos duele es que nosotros sí confiamos en ti. Podríamos no haberte dicho nada de esto nunca, pero te lo contamos porque somos gente de palabra. Los Michelson nunca mentimos. Vamos con la verdad por delante y no faltamos a nuestras promesas. Pero tú... a lo mejor ya no estoy tan seguro de que seas una verdadera Michelson...

—Pero papá... —Elizabetha quiso intervenir nuevamente, pero George tampoco se lo iba a permitir en esta ocasión.

—No. Elizabetha. No. Ya te he dicho que no es el momento de hablar. Es el momento de que reflexiones y de que pienses en lo que has hecho. En el daño que le has hecho a tu madre y a mí. Y la única razón por la que hemos subido hoy a verte es porque quiero pegarle un ojo a ese tobillo tuyo, tobillo que por cierto, te dañaste por querer escapar de nosotros por la ventana, como si fuésemos los malos. Así que a partir de ahora guardarás silencio y hablarás solo cuando se te pregunte, y ya veremos si te ganas de nuevo nuestra confianza y en qué grado.

George estaba muy serio. Daba un poco de miedo. Laci lo conocía y sabía que cuando su marido ponía esa cara y usaba su tono más imperativo, era mejor no contradecirlo ni provocarlo. Vio que Elizabetha iba a volver a intervenir pero se adelantó y le hizo un gesto con la cabeza para que no hiciese tal estupidez. Elizabetha la miró con ojos suplicantes y decidió hacerle caso.

—Ahora estate quieta, voy a ver cómo va tu tobillo —dijo George tendiéndole un trapo a Laci que extrajo de su «botiquín».

Laci cogió el trapo y se lo puso a Elizabetha en la boca, que no tuvo tiempo de decir nada.

En cuanto George tiró de la cinta americana y empezó a retirar el vendaje, el dolor que sintió Elizabetha fue tan intenso que empezó a morder el trapo con todas sus fuerzas y a tirar de las cadenas de nuevo. Laci se tiró encima de ella inmovilizando su cuerpo para evitar que se hiciese más daño y también para dejar a su marido trabajar. A George le molestaba profundamente que se interpusiesen entre él y su trabajo.

—Elizabetha, estate quieta y aguanta un poco el dolor, tampoco es para tanto —dijo Laci viendo que sus gritos no cesaban y que sus ojos estaban completamente desorbitados.

George terminó de retirar la venda y, tras atusarse la onda de su pelo y erguir un poco su cuerpo, se quedó mirando el tobillo de su hija con preocupación.

Se giró en dirección a Elizabetha y la miró con cierto aire funesto.

—Esto no está evolucionando como yo esperaba, hija —George movió el cuello hacia ambos lados—. Tal vez tengas una fractura.

Elizabetha alzó un poco el cuello en dirección a su tobillo derecho, y se mareó en el acto al ver el horroroso aspecto que presentaba. Decir que estaba

hinchado quedaba muy lejos de la realidad. Estaba como deformado, al menos cuatro o cinco veces su tamaño normal. La piel alrededor de su tobillo estaba tan tensa que en algunas partes se había agrietado. Largas y espantosas grietas por las que parecía supurar algo de pus. Pero lo más preocupante, sin lugar a dudas, era que los tonos morados y rojos de la piel, estaban siendo sustituidos por un generalizado tono negro. Y eso fue lo que hizo que Elizabetha se arrancase de nuevo a intentar gritar y patalear.

—¡Elizabetha! ¡Para de una vez! ¡Para si quieres que te ayude con esto! —gritó George al ver que cada vez se revolvía con más fuerza y a Laci le costaba más sujetarla.

Pero ni Elizabetha se detuvo, ni Laci fue capaz de amarrarla bien. Así que George optó de nuevo por dormirla. Sacó una jeringuilla de su botiquín —previamente cargada—, y se la clavó en el muslo derecho.

El «producto» no tardó en hacer efecto y en cosa de pocos segundos, Elizabetha dejó de patalear. Y en cosa de pocos segundos más, a Elizabetha se le cerraron los ojos.

George se echó la onda del pelo hacia atrás y se secó un poco el sudor con la manga de la camisa. Laci lo miró con preocupación. Los dos olían que apestaban tras varios días sin visitar la ducha.

—Dios mío, George, tiene una pinta horrible, ¿crees que podrás curarlo tú? —preguntó Laci con sincera preocupación.

George hinchó su pecho con un interminable suspiro y se encogió de hombros. Soltó un bufido cargado de ignorancia.

—No lo sé, reina mía, yo sé cosas, pero no lo sé todo. Hay conocimientos que se me escapan, que no están a mi alcance. Pero no dudes que lo voy a intentar, de eso que no te quepa duda. ¿Tenemos alcohol en casa?

Laci asintió.

—Ve y tráeme una botella. Rápido. Cuanto antes intervenga mejor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Laci con miedo.

—¿Ves toda la zona negra que se le está formando alrededor del tobillo?

—Sí.

—Eso es porque dentro tiene sangre muerta. Hay que sacarla cuanto antes para que no se infecte. Pero para eso tengo que hacer unos cuantos cortes que regaremos con el alcohol que tienes que traer.

Laci miró el tobillo otra vez. Los dedos de los pies de su hija. Se

revolvió el estómago.

—¿Y con eso se curará?

—Quién sabe. Tal vez sí, tal vez no. Ya te he dicho que yo no lo sé todo. Cuando le saque la sangre muerta tendré que ponerle el hueso en el sitio, por lo visto lo tenía roto. En un principio me pareció que no, pero al parecer me equivoqué. Tal vez se lo ha roto de tanto tirar de las cadenas. Nunca se sabe. Ve a por el alcohol y yo iré empezando con las incisiones. Aquí hay mucha sangre muerta que quitar.

Laci se quedó de pie unos instantes. Pensando qué hacer. Confiaba en su marido más que en nada en el mundo, pero si su marido se había equivocado con lo del hueso roto, quién le decía que no se estaría equivocando también con lo de sacar la sangre muerta. De todos modos, ¿qué otra cosa podían hacer? Porque lo que estaba claro era que a un médico no iban a llamar. Eso sí que no.

Laci se fue a por la botella de alcohol y George empezó con la primera de las incisiones con un viejo bisturí con muy poco filo.

Elizabetha dormía todavía con el trapo en la boca.

11

Actualidad

—Te noto un poco ausente, Leonard, ¿te encuentras bien? —Anna, la mujer de Leonard Oppenheimer, no solía preguntarle a su marido acerca de sus sentimientos a no ser que notase algo muy raro. Podría decirse que convivían, que compartían casa y dos hijas, pero por lo demás, cada uno vivía su propia vida y lo que pasaba en el interior de sus cabezas era un completo misterio para el otro. Pero aquella noche, desde que Leonard había llegado, no había dicho ni media palabra. Y eso, viniendo de alguien que adoraba que lo escuchasen por encima de todas las cosas, era un buen motivo para pensar que algo preocupante le había pasado.

—Estoy bien, como siempre, no te preocupes —dijo Leonard sin mirar a su mujer a la cara. En su cabeza sobrevolaban un millar de enigmas y cuestiones por resolver, por no hablar de que su segundo cerebro, no paraba de hablarle de Elizabetha.

—De acuerdo, Leonard, como quieras —Anna abrió el bote de crema hidratante que guardaba en la mesilla de noche y dejó caer con mucho cuidado una gota en el dorso de cada mano. Tras embadurnárselas bien, se recostó del todo y se giró hacia el lado contrario al que estaba su marido. Como hacía todos los días a la misma hora—. ¿Te importa si apago la luz?

Leonard estaba tumbado con las manos por detrás de la cabeza, mirando al techo.

—No, apágala cuando quieras.

—De acuerdo, Leonard, buenas noches.

—Buenas noches, Anna.

En cuanto Anna apagó la luz del cuarto, y todo quedó a oscuras, Leonard trató de atar nuevamente todo lo que había visto en casa de Elizabetha, porque, poco a poco, desde que había vuelto a casa, le habían empezado a surgir muchas dudas en su cabeza. El caos de su casa, lo que había escrito en las paredes que parecían visiones apocalípticas del futuro, algunas de las bolas de papel que tenía tiradas por el suelo o sobre la mesa y cuyo contenido —el poco que había podido ver— estaba empezando a resultarle inquietante, su obsesión por viajar en el tiempo, sus avanzados conocimientos en el campo de

la física teórica, y ese tumultuoso tic-tac tic-tac que había escuchado en varias ocasiones y que procedía de una de las habitaciones de su casa. Y tras darle unas cuantas vueltas a todo ello, llegó a una conclusión. A una tan grande como una revelación: Elizabetha podría haber llegado ya a la solución al problema de viajar en el tiempo. Tal vez incluso podría tener «la mirada», «la mirada» de la que le habló su único amigo, el doctor Helmut Ashcroft. «La mirada» que permite ver lo que va a pasar, aquello que está más allá de nuestra consciencia.

Y casi sin pensar, se levantó de la cama. Nervioso. Tenía que hacer una llamada muy importante.

—¿A dónde vas, Leonard? —preguntó Anna que ya estaba medio dormida. Los potentes somníferos que se tomaba para dormir ya estaban empezando a hacer efecto y pronto quedaría sumida en un profundo sueño.

—Había olvidado que tenía que hacer una importante llamada de trabajo, continúa durmiendo, Anna.

—De acuerdo, Leonard, como tú quieras.

Leonard se calzó las zapatillas de andar por casa y antes de salir de la habitación pudo escuchar a la perfección los primeros ronquidos de su mujer. Esas pastillas que su gran amigo el doctor Ashcroft le había recetado, unas muy parecidas a las que él mismo llevaba años tomando, eran realmente efectivas. Su mujer caía rendida como un leño y se despertaba como una rosa tras ocho horas exactas del sueño más profundo que se pueda imaginar. Las que él tomaba eran parecidas en su efectividad, aunque no en sus efectos. Dado que estaban destinadas a algo totalmente distinto, algo que él ansiaba por encima de todo. Alcanzar el mayor nivel de conocimiento y sabiduría que se pudiese conseguir.

Si estaba en lo cierto, y Elizabetha había logrado ya —a falta de pruebas y de algún que otro fleco—, desentrañar el gran problema de los viajes en el tiempo y tenía esa mirada, esa que permitía ver el futuro, no lo podría soportar.

Llamó a Helmut y, tras un par de tonos, descolgó.

12

Actualidad

Helmut

—Claro, Leonard, claro. Si lo que me estás contando es cierto, puede que tengas razón y sí que la tenga. Puede que tenga «la mirada». En ese caso empezaríamos a entender muchas cosas, tú de cómo funciona realmente el universo, y yo de cómo funciona nuestro cerebro, las consciencia humana. El problema es que hasta dentro de tres días no podré ir —El doctor Helmut Ashcroft, tras escuchar lo que su amigo Leonard le estaba contando, no pudo reprimir un fuerte temblor de manos. Nerviosismo—. De acuerdo, Leonard, nos vemos dentro de tres días, hasta entonces tú solo... trata de no ponerla nerviosa y sobre todo no la presiones demasiado hasta que yo llegue, podría no reaccionar demasiado bien.

En cuanto Helmut Ashcroft colgó el teléfono, cerró los ojos y cogió aire con fuerza. Todo su cuerpo temblaba. Emoción. Si la persona que Leonard le había descrito, era quien él creía que era, todo se aceleraría a partir de ese momento. Una de sus cabezas de hojalata perdidas, su preferida. Si era ella, el gran cambio podría estar más cerca de lo esperado, todas sus golondrinas estaban a punto de reunirse otra vez, de reunirse alrededor del árbol de largos brazos y de empezar a batir sus alas. Casi todas «las unidades» funcionaban como un reloj y hasta la fecha habían hecho lo que tenían que hacer.

Revisó de nuevo el archivo donde guardaba toda la información del proyecto «cabeza de hojalata», y se paró en la número ocho. Si lo que Leonard le había pasado era cierto, estaba a punto de conseguir la pieza clave para que todo encajase. La número ocho le ayudaría a conseguir el resto de las piezas que le faltaban, empezando por el artefacto de Jack, la cabeza de hojalata número 1. Porque sobre el artefacto de Jack, se cimentaría la nueva civilización que estaba a punto de empezar.

El trabajo de toda una vida —de una larga vida—, estaba a punto de encontrar su culminación. A lo largo de los años había estado experimentando en prácticamente todas las facetas del ser humano en aras de conocer y aumentar al máximo sus posibilidades físicas e intelectuales, en aras de

continuar con «el plan», de que la humanidad diese ese «salto de calidad» que le permitiese superar las adversidades. Unas adversidades de carácter catastrófico e insondable que estaban a punto de llegar. La especie humana, la vida tal y como se conocía, estaba a punto contraer una grave enfermedad que la llevaría a su fin, y él era quien le pondría cura. Él, junto con «el arquitecto», sus golondrinas, y sus cabezas de hojalata.

Si con «las cajas musicales», el método de condicionamiento más radical, determinante y efectivo que la especie humana había conocido, había conseguido moldear el comportamiento y el funcionamiento cerebral hasta límites insospechados, con el proyecto «cabeza de hojalata», había ido un paso más allá. Era sin duda el más importante y valioso de todos sus proyectos de investigación, era la primera forma de convivencia real entre el ser humano y la inteligencia artificial. Era el primer paso hacia el «nuevo ser humano».

El único problema era que hasta la fecha, las «cabezas de hojalata», como él llamaba al microchip que se desarrollaba en el interior de la masa encefálica de sus «conejiillos de indias», no se desarrollaba exactamente igual en cada uno de ellos. De hecho, tan solo se había desarrollado correctamente en ocho personas. Sus ocho cabezas de hojalata. Y en todas ellas de un modo distinto. Era como si al crecer en su interior, hubiesen adquirido una naturaleza y un desarrollo propio.

El tratamiento de Helmut, su método para crear la cabeza de hojalata, era sencillo, sutil, e indoloro —al menos en sus fases iniciales—. Consistía en la administración de un medicamento por vía oral —la mayoría de las veces en forma de comprimidos— en un régimen de tres veces al día, todos los días, durante varios años. Cuantos más años, mejor. Ese medicamento lo había utilizado muchas veces disfrazado de medicamento para un problema concreto, como el déficit de atención, ciertos problemas del sueño, ciertos problemas cognitivos, síndromes derivados del autismo u otros síndromes más extraños y menos conocidos, como el síndrome de disincronía de Jack Miller, su cabeza de hojalata número uno. La más importante y evolucionada de todas ellas hasta la fecha.

La medicación secreta de Helmut llevaba en su interior una serie de metales pesados y de aleaciones en cuya estructura molecular interna, a su vez, portaban ciertas cadenas modificadas de ADN y células madre de última generación, que en combinación con dichos metales y con el propio ADN del paciente, se iban reorganizando muy poco a poco hasta conformar una especie de microchip. Mitad sintético, mitad humano. Podría decirse que era una forma

de nanotecnología muy avanzada y jamás descrita —ni tan siquiera planteada — hasta la fecha.

A lo largo de los años y tras multitud de estudios y pruebas realizadas, Helmut había llegado a una serie de importantes conclusiones:

1. En sujetos adultos, la cabeza de hojalata no se formaba de igual modo que en sujetos pequeños. Y eso quería decir que para que la cabeza de hojalata se formase debidamente el cerebro del sujeto tenía que estar en pleno proceso de crecimiento y maduración. En cerebros adultos y con todo el sistema neuronal ya establecido, los resultados no eran exactamente los mismos. Tal era el caso de su amigo Leonard Oppenheimer y de su mujer Anna. Mientras que en Leonard sí parecía haberse formado una especie de «cabeza de hojalata» muy primaria, esta era de muy escaso valor para su «plan», limitándose tan solo a una especie de apéndice de su cerebro con nulas posibilidades de maximizar y potenciar el intelecto. En el caso de Anna, por el contrario, lo único que había conseguido era que su cerebro estuviese cada vez más inactivo. El medicamento de Helmut, como ya había ocurrido en otros sujetos, parecía estar intoxicando su cerebro y bloqueando ciertas conexiones neuronales, haciendo que cada vez tuviese menos voluntad, iniciativa y pensamientos propios. De todas formas, habría que esperar a ver cómo evolucionaba uno y otro. A veces era cuestión de tener un poco más de paciencia. Obviamente, ninguno de los dos, al igual que el resto de sujetos que participaban en sus experimentos, tenía ni idea de lo que estaba tomando y para qué servía.

2. De entre las ocho cabezas que se habían formado correctamente hasta la fecha, ninguna de ellas era igual a otra. En cada sujeto adquiría unas características distintas y dotaba a su portador de ciertas cualidades únicas.

3. Lo único que tenían en común, era su «código fuente». Una serie de directrices sobre la dirección hacia la que tenían que ir. Y esa dirección era el «nuevo ser humano». Era el árbol de largos brazos. Era el arquitecto. Era la nueva civilización.

4. En cada sujeto «se despertaba» a una edad y en un momento determinado. En unos antes, y en otros más tarde.

5. Todas y cada una de las cabezas estaban dotadas de un mecanismo de seguridad para evitar su desconexión o extracción, en cuyo caso, explotarían, acabando con la vida del sujeto.

Cuando Helmut Ashcroft terminase con los importantes asuntos que tenía pendientes, volaría hacia Berkeley para llevarse de vuelta a su cabeza de hojalata más importante. La que le permitiría «ver» lo que iba a pasar, la que le permitiría adelantarse a los problemas que, sin ninguna duda, surgirían.

13

Cinco años antes

Cuando Elizabetha despertó, tardó unos cuantos segundos en orientarse. Al principio no supo reconocer el lugar en el que se encontraba ni las horas que llevaba durmiendo. Los párpados le pesaban. La cabeza la sentía como si estuviese a bordo del tambor de una lavadora. Y su pie derecho... eso fue lo que le hizo recordarlo todo rápidamente.

Lo llevaba envuelto en una gruesa venda, tan gruesa como una escayola, y el dolor que empezó a subirle hacia arriba fue tan intenso que a punto estuvo de hacer que se desmayase. Contuvo un fuerte grito en el centro del pecho que no fue a más porque se quedó momentáneamente sin respiración. Sentía como si tuviese el tobillo y parte de la pierna rodeado de afiladas cuchillas que con cada pequeño movimiento se hundían más y más en su piel. La carne en su interior, deshilachada. Las cadenas seguían estando en el mismo sitio, y sus muñecas, cómo no, seguían estando muy malheridas. Aunque al menos, tal vez como consecuencia de la cantidad de horas que llevaba durmiendo, la piel había dejado de presentar ese aspecto húmedo y gelatinoso. Carne viva. Se había formado una pequeña y fina capa de tejido que, no tenía ninguna duda, se agrietaría con el primer esfuerzo que hiciese o al menor roce con las cadenas.

No tenía ni idea de qué era lo que le había inyectado George en el muslo —desde aquel preciso momento se había jurado no llamarlo nunca más padre—, pero debía ser algo tremendamente potente. Aun sentía partes de su cuerpo adormecidas, le costaba enfocar bien la mirada y una gran sensación de angustia abrazaba su garganta. Pero lo que sí vio perfectamente, fue la horrible «visión» que, sin previo aviso, inundó todo cuanto había a su alrededor. Fue mucho más potente que la vez anterior. Parecía más bien como si su consciencia hubiese sido arrancada de cuajo del lugar en el que se encontraba su cuerpo para ser transportada a otro lugar. Un lugar en el que había sangre. Mucha sangre. Gritos de horror y de dolor. Y sufrimiento.

Cuando la visión cesó y volvió de nuevo en sí, inspiró aire con todas sus fuerzas. Daba la impresión de que había estado sin respirar desde que la visión había empezado. Miró de nuevo a su alrededor. Muy nerviosa. Jadeaba. No entendía qué demonios le estaba ocurriendo. Tal vez eran alucinaciones

debidas al dolor, a la fiebre, o a una más que probable infección masiva. Sepsis. Y sin tiempo para nada más, tuvo una segunda visión. En esta ocasión lo que vio fue a un hombre junto a ella. Un hombre alto y con las facciones duras. Como talladas en piedra. Le tendía la mano —una mano con los dedos muy largos—, y ella parecía aceptarla. La aceptada. Resignación. Dolor interior. Todo era muy extraño. El hombre alto le inspiraba miedo. La situación, angustia. Todo estaba en silencio. Todo a oscuras. Y ella completamente perdida. Cegada y desorientada.

Cesó esa segunda visión y, esta vez sí, Elizabetha no pudo reprimir la arcada que llevaba merodeando por su garganta desde que había despertado y se vomitó encima. Prácticamente era todo agua. Agua sucia. Olor a tubería. Había perdido la cuenta de los días que llevaba allí, pero al fijarse en sus muslos, la invadió el pánico de nuevo. Su tamaño era al menos el doble de pequeño del que tenían antes de su «encierro». Se delimitaba a la perfección la ligera curvatura que hacían sus fémures justo en el centro. El espacio entre rodilla y rodilla, era ahora muy amplio. Inmenso. A este paso, aunque ocurriese un milagro y lograra escapar, no tendría fuerzas ni para andar. Prácticamente no había probado bocado en los cuatro o cinco días —podían ser más— que llevaba allí. Cumpliendo con sus amenazas, ni Laci ni George se habían dignado a cambiarla. El olor que desprendía era insoportable. La orina se había secado sobre las sábanas y su piel y bajo ella se había formado una base de tierrecilla procedente de la solidificación de sus fluidos de deshecho. Sintió verdadero asco. Repugnancia. Y el dolor en el tobillo no cesaba. Era más vivo que antes. Y más punzante.

Empezó a respirar de forma acelerada. El pánico se estaba apoderando otra vez de ella. Sus ojos a ver de nuevo borroso y sus manos, de forma inconsciente, a tirar de las cadenas. Pero entonces ocurrió algo, algo parecido a un milagro.

Escuchó una voz. No podría decir con seguridad si era una voz de hombre o de mujer, solo que era una voz. Y que esa voz parecía salir directamente del interior de su cabeza. Y escucharse perfectamente.

Elizabetha, tranquilízate por favor. Empieza por controlar la respiración, eso lo primero, y lo segundo, piensa en cómo salir de aquí cuanto antes sin malgastar fuerzas innecesariamente, ¿no te parece?

Elizabetha se quedó totalmente paralizada. Al principio no se atrevió a mover ni un solo músculo. No sabía si se lo estaba imaginando o si esa voz

procedía de algún tipo de intercomunicador que George o Laci habían escondido en algún rincón de la habitación para atormentarla y torturarla psicológicamente. Pero la voz no tardó en volver.

Tú no te preocupes por mí ahora, Lizzy, tú solo concéntrate en salir de aquí. No tengas miedo de mí, porque yo soy tú. Por si no te has dado cuenta, tienes muy pocas fuerzas y tus opciones de escapar de esos dos son prácticamente nulas. Hace días que no comes, tu pie derecho... en fin, por si no lo sabes, lo más probable es que lo pierdas, pero eso no es lo peor. Lo peor es que esos dos no tienen ni idea del estado en el que te encuentras. Lo único en lo que piensan es en salvarse ellos mismos y que nadie sepa lo que hicieron contigo. No tienen ni idea de que estás a punto de morir, Lizzy, si pudieses verte en un espejo me darías la razón. Y si tú mueres, yo muero.

Elizabetha miró de nuevo de reojo hacia todos lados. El cuello rígido y la garganta bloqueada. ¿Cómo era posible algo así? Se dijo que esa voz no podía ser más que una consecuencia del estado en el que se encontraba. Le estaba ocurriendo lo mismo que les ocurre a los alpinistas que se pierden en lo alto de un ocho mil y se empiezan a imaginar cosas para no morir en la más completa soledad. Como por ejemplo que alguien más está con ellos.

No intentes buscarme, Lizzy, porque no puedes verme, ya te lo he dicho, estoy dentro de ti. Lo único que puedes hacer, si quieres, es responderme. Eso sí puedes hacerlo.

Tras una nueva pausa en la que Elizabetha cerró los ojos y trató de acallar esa voz controlando la respiración y concentrándose con todas sus fuerzas, la voz volvió a hablar.

Bien, Lizzy, eso está bien. Controlar la respiración. No puedes permitirte malgastar fuerzas ahora. Y tampoco quiero que te preocupes por mí, ya habrá tiempo de eso, yo solo estoy aquí para ayudarte, para ayudarte a escapar, Eliza. Ahora y siempre. Te daré una pista, ¿recuerdas el ruido que hizo la estructura de la cama la última vez que tiraste con fuerza de las cadenas? Antes de que George te clavase esa inyección. Pues tengo una buena noticia. Ese ruido se produjo porque partiste la soldadura de uno los barrotes de la cama. Concretamente el mismo en el que está enganchada la cadena de tu brazo derecho. ¿Qué te parecería si te digo que tirando con todas tus fuerzas un par de veces más conseguirías sacar la cadena por la parte inferior de ese barrote? ¿Me creerías? Y con uno de tus brazos sueltos, puedes tirar con los dos a la vez del lado izquierdo, y algo me dice

que esa soldadura, con un poco de esfuerzo, también se partirá. ¿Qué me dices? ¿Te parece si lo intentas?

Elizabetha continuaba con los ojos cerrados, pero sin ser del todo consciente, su mano derecha se agarró bien fuerte de la cadena como paso previo a tirar de ella.

Tienes que darte prisa, Lizzy, George y Laci no tardarán en volver, y si se dan cuenta de que la soldadura se ha roto o te ven mientras intentas escapar... no sé si tendrás más oportunidades... me entiendes, ¿verdad que sí?

Elizabetha se dijo que, aunque esa voz fuese solo una alucinación suya, no tenía por qué estar diciéndole algo que no fuese cierto. Lo del ruido que hizo el barrote era una realidad, así que, ¿qué tenía que perder intentándolo? Pero cuando estaba a punto de tirar con fuerza, pensó que, aunque consiguiese soltarse, ¿cómo iba a escapar de allí? Le sería imposible andar, y lo más probable es que o bien George, o bien Laci, estuviesen apostados en la puerta haciendo guardia.

Lizzy, por favor, primero suéltate, después te ayudaré con el resto. Confía en mí, por favor. Suéltate y después te cuento.

Y justo cuando Elizabetha iba a tirar con todas sus fuerzas de la cadena de su brazo derecho, se abrió la puerta de su cuarto. No hubo tras-tras de nudillos en la madera.

Era Laci. Y era George.

George llevaba una sierra de calar en la mano.

Laci sujetaba una botella entera de «producto».

Y entonces sí sintió verdadero miedo.

Actualidad

Elizabetha Michelson. Vuelves a recibirme en bragas. La camiseta que llevas deja que se transparente todo, porque tampoco llevas puesto el sujetador. Y vuelves a ponerme la misma estúpida excusa de que no te has dado cuenta de la hora que era. Eres vulgar. Y una maleducada. Me fijo en tus pies. En el que cojea. No puedo ver bien lo que te pasa porque llevas puestas unas horribles calzas de franjas de colores que te llegan casi hasta la rodilla. Pero se aprecia perfectamente que tu tobillo derecho es bastante más delgado que el izquierdo y que a cada paso que das parece cojear todavía más. Toda la casa apesta a tabaco. Pero tu inconfundible y arrebatadora fragancia personal hace que se me olvide lo mucho que odio ese olor. Me invitas a pasar y cuando te das la vuelta para ir a ponerte algo de ropa encima, puedo fijarme bien en cómo eres por detrás. Me deleito con los detalles. Tus curvas. En cómo andas. La tersura de tu piel. Su calidez. En cómo te mueves. En qué se sentirá al acariciarte. Y siento un deseo terrible de ir detrás de ti, arrancarte de un tirón esas impersonales y feas bragas, y poseer tu cuerpo de forma salvaje. Y de pronto me veo acelerando el paso con la intención de ceder a ese deseo que cada vez es más grande. Nadie nos oiría. Puedo hacerlo, si quiero. Podría. Pero en el último instante me detengo y me digo, ¿qué estoy haciendo?

Elizabetha no tardó en volver de su habitación con algo más de ropa encima. No mucha más. Porque la ropa, cuando trabajaba y se concentraba, le molestaba sobremanera. Cualquier cosa que le hiciese acordarse de su cuerpo. A veces era una costura. A veces era la horma de un zapato. A veces el tallaje no era el adecuado o el tirante del sujetador apretaba demasiado.

Preparó una jarra de café recién molido —había comprado una variedad de más calidad que la que solía tomar porque pensó que eso agradaría al doctor Oppenheimer—, y sin pedir permiso, se encendió un cigarro.

Leonard aprovechó el tiempo que Elizabetha tardó en arreglarse para fijarse un poco más en los detalles. En esos detalles que le habían hecho pensar tras su primera visita, que tal vez Elizabetha hubiese descubierto ya la clave para poder viajar en el tiempo, aunque lo más probable fuese que ni ella

misma fuese consciente de ello. También trató de fijarse en esos detalles que le habían hecho pensar que tuviese «la mirada». Esa mirada de la que le había hablado su amigo Helmut Ashcroft y que, a lo largo de la historia, según sus indagaciones y creencias, habían tenido más personas. No muchas, pero sí unas cuantas. Al menos que se supiese a ciencia cierta. Personas que podían ver lo que iba a pasar. El futuro. Algunos los llamaron adivinos. Otros, brujos. Médiums. Otras veces se había dicho que ciertas personas tenían el don de la premonición, el don de ver algo que todavía no había pasado o de intuir lo que iba a pasar. Y eso, tanto para el propio Leonard como para Helmut, era la principal prueba de que el futuro, en realidad, ya había pasado. Ya existía en algún plano de realidad que les era totalmente inaccesible a la mayoría de los mortales. Esa creencia era algo totalmente contraria a la conciencia y el modo de percibir el espacio-tiempo que el ser humano tenía de su existencia. En realidad, según pensaba Helmut —Leonard tenía ciertas dudas al respecto—, el tiempo era una entidad fija. Como una plano a través del cual nos íbamos moviendo a lo largo de nuestra existencia. El tiempo no era el que se movía, sino al revés, éramos los seres humanos y nuestra particular biología los que nos movíamos a través de él, de esa extraña dimensión. Aunque la sensación era justo la contraria, que aunque nos quedásemos quietos, el tiempo acabaría en cualquier caso y situación por arrastrarnos con él en su particular viaje a ninguna parte. Pero tanto Helmut como Leonard —sobre todo Helmut—, estaban convencidos de que tan solo era cuestión de cambiar la dirección o la velocidad de ese movimiento —nuestro movimiento—, incluso llegado el caso, de pararlo. Pero para llegar a ese punto, primero había que «ver» todo el plano. Y Elizabetha «veía». Porque Elizabetha, según parecía, tenía «la mirada».

—Bien, señorita Michelson, antes de que entremos en materia, me gustaría hacerle de nuevo unas preguntas de índole no científico. ¿Le parece bien? —Helmut le había dicho que no la presionara ni la agobiara, que podía ser contraproducente, pero él tenía su propia manera de hacer las cosas. Él no obedecía órdenes de Helmut ni de nadie. Cuando Helmut llegase, que obrase como él estimase oportuno, pero mientras tanto, se harían las cosas a su manera.

Elizabetha, tras calmar de nuevo sus nervios y controlar la respiración, asintió. Con los años había aprendido que por alguna razón, «la voz» le hablaba menos cuando estaba tranquila. Y sus «visiones» también eran menos frecuentes.

Leonard sacó su pequeño cuaderno tapizado en piel y lo abrió por la última página que tenía escrita. Consultó un par de cosas y lo dejó sobre la mesa. Levantó una pequeña ráfaga de aire que desprendió un suave aroma a madera vieja. Como la raíz de un árbol milenario.

—El otro día, antes de irme, le dije que pensase en el motivo por el cual yo había ido a parar a su casa, ¿ha pensado en ello?

Elizabetha se encogió de hombros.

—¿Ha pensado en ello, Elizabetha?

No respondas, Lizzy. ¿Por qué le has dejado entrar otra vez? ¿No te dije que no era bueno para ti?

—Supongo que por... —Elizabetha se quedó pensando durante un par de interminables segundos. Pensó en las opciones «verdad», o «menos verdad»—. En realidad todo es más complejo que lo que parece. Usted está aquí tras muchos años tomando decisiones, escogiendo opciones y siguiendo determinados caminos. Ha hecho un recorrido que en cierto punto, y en cierto momento, se ha cruzado con el mío. Por mi parte, las circunstancias que me han traído hasta aquí también son el resultado de una cadena de decisiones que en muchas ocasiones podrían considerarse como puramente aleatorias. Así que, he de suponer que, visto así, que usted esté aquí no deja de ser una gran casualidad. Está aquí como podría estar en cualquier otro lugar —Al final, Elizabetha se decantó por la opción «menos verdad». Porque sabía que la realidad era que aquello tenía poco de casual.

Leonard sonrió con cierta gracia. La forma de pensar de Elizabetha era del tipo que él llamaba «complejidad inusual». Acababa de dar un rodeo muy plausible y elocuente pero que, no tenía ninguna duda, no dejaba de ser eso, un rodeo para evitar la verdad.

—Esa sería una forma de verlo. Cualquier hecho puede verse como algo puramente casual, pero también como la inevitable consecuencia de otros hechos, lo cuales, a su vez, le dan sentido y son el paso previo a otro hecho que ocurrirá después, porque, seguro que sabe y que ha oído decir en más de una ocasión que, nada existe en la nada, todo está sujeto a esa red de hechos causales. Así que, yo me decantaría más bien por esa opción, señorita Michelson. En cierto modo, todo está encadenado de alguna forma que se nos escapa y entonces podríamos decir que el que yo esté aquí en este preciso instante, solo puede significar una cosa, una cosa concreta y en absoluto casual, ¿sabría decirme cuál es? Y no vuelva a decir lo de la casualidad, por

favor —Leonard no se había preparado demasiado lo que quería decir, pero en cierta manera sintió la certeza de que sus palabras expresaron exactamente lo que pensaba.

Elizabetha, por el contrario, se quedó muda.

No contestes, Lizzy. Y dile que se vaya. Dile que no te encuentras bien. O van a empezar a pasar cosas malas. Las cosas malas que ya has visto antes. ¿Recuerdas lo que pasó en casa de George y Laci, verdad? ¿Te gustó? Pues yo te digo que lo que viene ahora no es mucho mejor, Lizzy.

—No sé qué ha querido decir exactamente, doctor Oppenheimer, en realidad lo que pienso es que usted está aquí por la simple razón de que se ofreció a darme clases particulares porque yo soy un completo desastre... — Elizabetha bajó un poco la mirada, avergonzada de sus propias palabras. Se estaba haciendo la estúpida y las personas como Leonard notaban eso al instante. Y les molestaba profundamente.

Se encendió un cigarrillo y cuando levantó la vista vio a Leonard mirándola muy serio. Tal vez enfadado, tal vez era otra cosa. A continuación acercó su silla un poco más a la de Elizabetha. Ahora tan solo los separaban unos veinte centímetros. Y a ella no le gustaban nada las distancias cortas. Tal vez debió ser más cuidadosa con mostrarse con tan poca ropa. Tal vez debiera hacer de nuevo caso a «la voz», porque la voz, aunque no hablase con ella ni le respondiese, lo cierto es que siempre había estado ahí. Y como ella misma decía, nunca mentía.

Elizabetha Michelson. Me llevas provocando desde que he llegado. Me recibes por segunda vez consecutiva en ropa interior. Esta vez ni siquiera te has molestado en ponerte sujetador, y estoy completamente seguro de que lo has hecho intencionadamente para provocarme. Nada en ti es casual. Te he preguntado porque quería oírtelo decir a ti, que querías verme aquí, en tu casa, y que quieres verme sobre ti. Cada vez que te mueves, tus pechos se mueven. Cada vez que respiras, tus pechos respiran. Y cada vez que me miras, tus pechos me miran. Así que dime, ¿qué me impide saltar ahora mismo sobre ti y poseer tu cuerpo? Porque no sé si sabes que no he dejado de pensar en ti ni un solo momento.

Leonard se acercó un poco más y su mano derecha hizo ademán de dirigirse hacia delante. Exactamente hacia donde se encontraba el torso de Elizabetha. Un escalofrío de placer recorrió todo su cuerpo. Como un animal, empezó a salivar. Pero en el último momento se retuvo. En sus miedosos ojos

pudo ver el reflejo de sí mismo, pudo ver que en su interior habitaba el miedo. Y de nuevo, se hizo a sí mismo la pregunta: ¿qué demonios estoy haciendo aquí y qué pretendo con esta jovencita? No supo qué responder, pero en lo más profundo de su consciencia tuvo la certeza de que se encontraba frente a las puertas del mayor error de su vida.

—Dígame, señorita Michelson, imagínese por un momento que viaja en el tiempo —Leonard llevó la vista hacia la ventana. Trató de redirigir su mente y de acallar a su «segundo cerebro»—. Digamos que el viaje que realiza es hacia el pasado, concretamente a un punto anterior a su nacimiento —Elizabetha lo miró muy atenta mientras apuraba el cigarrillo—. Y ahora, pongamos que por un casual, conoce a sus padres y eso hace que algo interfiera entre ellos y que eso termine por hacer, por ejemplo, que usted no nazca. ¿Qué ocurriría en ese supuesto caso? Me refiero a nivel cósmico, o cuántico, llámelo como le dé la gana. Pero dígame, ¿qué ocurriría?

Lizzy. Él sabe. Él sabe lo que vas a hacer. Y él te ha mirado, Lizzy. Tiene esa forma de mirar que no nos gusta. Dile que se vaya por favor.

—En primer lugar, dudo mucho que quisiera correr el riesgo de viajar a ese punto del tiempo en concreto y que algo así pudiese pasar, pero en el caso de que lo hiciese, lo que creo que pasaría es que de todos modos, yo seguiría existiendo de algún modo. Tal vez no exactamente igual a como soy ahora, tal vez yo fuese la única persona consciente de, digamos, mi doble existencia, la anterior al viaje y la posterior, pero en todos y cada uno de los casos, lo que soy, la energía de la que estoy hecha, nunca dejaría de existir. No me desintegraría, por decirlo de algún modo. Lo dijo Albert Einstein. Y lo dijo Ígor Nóvikov.

Leonard elevó un poco las cejas mientras le daba un buen sorbo a su taza de café. Su «segundo cerebro» parecía haberse tranquilizado un poco. Bien.

—¿Nóvikov? Nóvikov no dijo eso, señorita Michelson. Einstein puede que sí, aunque no con esas palabras.

—Bueno, Nóvikov no dijo eso exactamente, tiene razón. Lo que dijo es que en un caso como el que usted ha planteado, se cumpliría lo que él llamaba el principio de autoconsistencia. El cual plantea que las leyes naturales, o de la física, por llamarlo de alguna manera, no permitirían nunca que las acciones del viajero en el tiempo pudiesen provocar algo tan grave como anular su propia existencia y, como consecuencia, el propio viaje en el tiempo, provocando eso una alteración del orden cósmico. Digamos que el viaje solo

podría cambiar pequeñas cosas, reordenar ciertas cadenas causales a un nivel discreto. Pero en ningún caso podrían anular hechos importantes, hechos dependientes de muchas causas de muy diversa índole y dependientes de muchas personas y factores, usted ya me entiende. No podríamos evitar una guerra, o un cataclismo, probablemente eso no podamos hacerlo. Cambiar algo que sea poco trascendente para el conjunto, quizá sí. ¿Podríamos por ejemplo ir al pasado y comprar un boleto de lotería ganador? Por supuesto, pero en ese caso, lo más probable es que ese boleto no saliese ganador, y si así fuese el caso, nuestras ganancias quedarían dilapidadas de algún modo. Por decirlo de forma suave, nuestros caminos están más o menos delimitados. Aunque supongo que siempre se puede coger una carretera secundaria y evitar atascos.

A Leonard le seguía sorprendiendo la forma de pensar de Elizabetha. Ni por asomo tenía él los conocimientos en física a la misma edad que tenía ahora ella

—Entonces, por lo que veo, si no podemos cambiar grandes hechos, podría decirse que los grandes hechos ocurrirán siempre y en cualquier caso, ¿no es así? Usted afirma que los hechos que provienen de muchas y potentes causas, no pueden alterar su curso, con lo cual, podría decirse, que ya están determinados por alguna razón. Y no solo los hechos pasados, sino también los futuros, que serán la consecuencia directa de lo que está ocurriendo justo en este preciso momento. Entonces, me pregunto, ¿quiere eso decir que el libre albedrío no existe?

Elizabetha se quedó pensando unos instantes de nuevo. ¿Existía? Esa misma cuestión llevaba ella planteándose desde hacía muchos años. Concretamente desde el día en el que empezó a pensar seriamente en el por qué ocurrían las cosas. Por qué a unos sí y a otros no. En el por qué de ciertas decisiones, de ciertas motivaciones y comportamientos. Mucha gente en el pasado había cometido acciones absolutamente contrarias a su forma de ser y su respuesta cuando le preguntaron ese por qué, fue que, ellos eran los primeros sorprendidos, como si una extraña fuerza se hubiese apoderado de ellos durante unos instantes y los hubiese obligado a obrar de determinada manera. Era como si existiese algo o alguien tirando de los hilos —y los hilos de las personas— para que todo transcurriese de forma coherente a esas cadenas de causalidad. Aunque para algunas personas en concreto, esas acciones no fuesen del todo coherentes con el conjunto de ellos mismos.

—Podría decirse que el libre albedrío es una especie de... ilusión —dijo Elizabetha tras pensar muy bien su respuesta—. Tenemos la sensación de que

elegimos libremente a cada momento, pero no es del todo cierto. Elegimos lo que debemos elegir, escogemos la opción que es consecuente con otros hechos que suceden a nuestro alrededor. Podría decirse que somos seres inusualmente coherentes. Coherentes con nuestro entorno y con nuestro tiempo. Coherentes con lo que ha pasado antes y con lo que pasará después. ¿Quiere eso decir que cuando pensamos que estamos escogiendo, en realidad tan solo estamos haciendo lo que se espera que hagamos, lo que debemos hacer? Esa sería la gran pregunta. Aunque después podríamos preguntarnos que, si eso es así, ¿cuál es el fin último de esa extraña coherencia? ¿Continuar así hasta el infinito?

Elizabetha, a pesar de creer firmemente en lo que acababa de decir, de pensar que el libre albedrío era algo que se asemejaba bastante a una ilusión, sí tenía la esperanza de poder cambiar ciertas cosas. Cosas que, bajo su punto de vista, no constituían grandes eventos en el conjunto del todo. Cosas relacionadas con su vida, con su pasado, aunque no con su existencia. Lo que en realidad necesitaba era evitar que las cosas malas pasaran. Que la voz nunca existiera. Que las visiones desaparecieran. Eso es lo que necesitaba. Y que la gente no muriese a su alrededor. Empezando por ella misma.

Leonard se levantó de la silla con un suave suspiro. Se desabotonó la chaqueta y se la quitó con cuidado. La dejó sobre el respaldo de la silla en la que estaba sentado. La conversación le estaba agradando, pero su «segundo cerebro», allá en el fondo, parecía continuar trabajando. Y acababa de decirle: «ponte cómodo». Se giró y vio que Elizabetha había inclinado su cuerpo hacia delante y se estaba toqueteando la zona de su tobillo derecho, la zona por la que cojeaba. Y Leonard no pudo evitar quedarse medio embobado observando las vistas de piel desnuda que ofrecía el holgado cuello de la camiseta de la señorita Michelson. Pero trató de apartar con rapidez la manifestación consciente de su «segundo cerebro», que era quién lo estaba empujando cada vez con más fuerza hacia el cuerpo de Elizabetha.

—Es evidente, señorita Michelson, que ha pensado mucho en la posibilidad de viajar en el tiempo. Y por ello supongo que ya se ha planteado la cuestión de que, si en algún momento de su vida, por ejemplo de aquí a unos cuantos años, usted pudiese viajar hacia atrás en el tiempo y cambiar alguna que otra cosa, en ese caso, ¿cree usted que estaríamos hablando en este preciso momento? ¿No cree que si ese viaje fuese posible, en algún momento futuro ya lo habría hecho y lo que está ocurriendo ahora, fuese consecuencia de ello? También es cierto que, podríamos ver la conjetura desde el punto de

vista contrario, podría ser que usted ya hubiese realizado ese viaje y estamos ahora mismo en este preciso lugar y en este preciso momento, debido a ese viaje. Aunque, en ese supuesto caso, ¿para qué querría usted volver a viajar?

Ahora fue Elizabetha la que arrugó las cejas. Las arrugó porque esa misma cuestión la traía a ella de cabeza. Esa misma cuestión era la que la hacía fumar y fumar. La que le decía que, si en algún momento de su vida, pudiese viajar atrás en el tiempo para evitar que las cosas malas pasasen, ¿no lo habría hecho ya? Por lo tanto, podría extraerse la conclusión de que si al final no lo iba a conseguir de ningún modo o, si aún consiguiéndolo, todo iba a continuar siendo irremediabilmente de la misma manera, tal y como el propio Leonard le planteó el primer día, ¿qué demonios estaban haciendo allí? ¿Eran esas estúpidas reuniones algo inútil? ¿O eran el paso previo para otra cosa? ¿El paso previo para esa otra cosa que era precisamente lo que quería evitar? ¿Estaba favoreciendo que pasase en su intento por evitarlo?

Y entonces, sin previo aviso, sufrió otra de sus visiones. De nuevo fue como si acabase de ser transportada de golpe a otra dimensión. Y de nuevo vio sangre. Dolor. Se vio a ella y vio a Leonard Oppenheimer. Y también al hombre alto.

La visión no duró demasiado, tal vez unos pocos segundos. Su consciencia se trasladó de nuevo a la modesta sala en la que estaba con Leonard. Fue una visión corta, pero muy intensa. Jadeaba. Y sintió que tenía que acabar con esa reunión cuanto antes, tal y como le había estado diciendo la voz. Que esa reunión era una completa estupidez. Jamás podría ir atrás en el tiempo. Jamás podría cambiar lo que ya había pasado.

—¿Qué demonios ha sido eso, señorita Michelson? ¿Qué demonios le acaba de ocurrir? —Leonard la miraba con perplejidad. Elizabetha respiraba con dificultad.

Vamos, Lizzy, díselo, dile que se vaya de una vez. Y ni se te ocurra decirle que ves cosas.

—Lo siento, doctor Oppenheimer, pero no me encuentro demasiado bien, creo que lo mejor será que dejemos la sesión por hoy —dijo Elizabetha cruzándose de brazos y bajando la mirada.

Leonard se quedó pensando durante un instante.

Su segundo cerebro se quedó pensando durante un instante.

Me has provocado desde que he llegado. Sabes perfectamente a qué he venido. ¿Y ahora me pides que me vaya? Me iré cuando yo estime oportuno,

señorita Michelson. Y le aseguró que no será sin llevarme lo que he venido a buscar.

Leonard se sentó de nuevo y se relleno la taza de café. Haciendo caso omiso de la sugerencia que acababa de hacerle Elizabetha. En realidad, más que una sugerencia le había pedido amablemente que se fuese. Acababa de ser testigo de «la mirada» de Elizabetha, no le cupo la menor duda. Y no se iría de allí sin que le hablase de ello. Y lo que le proponía su segundo cerebro... eso todavía estaba en el aire.

—Hábleme de sus premoniciones, Elizabetha. Porque es eso lo que acaba de tener, ¿verdad que sí?

Elizabetha alzó una mirada llena de pavor. Después volvió a bajarla y negó con timidez.

—¿No ha tenido una premonición o no quiere hablar de ello? Porque es por eso por lo que estamos aquí, ¿no es así? Usted ve cosas que van a pasar, pero por alguna razón no se atreve a hablar de ello, ¿me equivoco?

Elizabetha volvió a alzar una mirada llena de miedo. Negó moviendo el cuello hacia ambos lados.

Leonard la observó con detenimiento y, al ver que su cuerpo había empezado a temblar, pensó que un hombre decente y respetable elegiría ese momento para marcharse. Que la estaba molestando y haciéndola sufrir innecesariamente. Pero si fuese un hombre respetable no estaría allí en esos momentos, así que... se dijo que una cosa llevaba a la otra y como la propia Elizabetha había dicho, él no dejaba de ser alguien inusualmente coherente consigo mismo. Con el camino que lo había llevado hasta allí.

—He de suponer por su reacción, señorita Michelson, que no ha hablado nunca con nadie de sus premoniciones. Algo que, además, le aterra por algún motivo que desconozco. Supongo que porque piensa que debe ser algo malo, ¿verdad? ¿Como una enfermedad? No sé, puede. Tal vez se haya planteado en más de una ocasión que incluso se trate del síntoma de una enfermedad mental, como por ejemplo la esquizofrenia. O a lo mejor, he de suponer que usted ya hace tiempo que ha llegado a la conclusión de que esas premoniciones, de algún modo que desconoce, terminan siempre por suceder, con lo cual sabe que no es ninguna enfermedad, sino un extraño don o habilidad extrasensorial. En ese caso, una mente como la suya, tan racional y con tantos conocimientos, debe haber pensado que si ya ha visto lo que va a pasar, al menos en parte, es porque de algún modo, ese futuro ya existe en algún plano de realidad que por

el momento no es inaccesible al resto de los mortales. Y si ese futuro ya existe de algún modo, debe haber pensado que de igual manera, es posible que el pasado también exista en un plano de realidad que nos es imposible de visitar. Pasado, presente y futuro, no son más que una ilusión obstinadamente persistente, la única realidad es que existen al mismo tiempo, ¿no es eso lo que dijo Albert Einstein? Dígame señorita Michelson, ¿es eso lo que piensa? ¿Ya ha visto lo que va a pasar y por eso quiere viajar al pasado? ¿Para evitar que ocurra? ¿Porque piensa que el pasado, al igual que el presente o el futuro, existen al mismo tiempo?

La respiración de Elizabetha se volvió ruidosa. Atropellada. El doctor Oppenheimer había dado en el clavo en casi todo.

Y entonces Elizabetha piensa: está a punto de ocurrir lo que he tratado de evitar todo este tiempo.

Y entonces Elizabetha piensa: tengo que salir de aquí ahora mismo. Es el único modo. Salir de aquí y correr lo más lejos que me sea posible. Y no detenerme jamás.

Elizabetha se levantó todo lo rápido que pudo sin decir nada más. El respaldo de la silla en la que estaba sentada dio un fuerte golpe contra el suelo. Salió en dirección a la puerta tratando de ser veloz, pero su tobillo derecho, ese tobillo derecho, no le permitieron coger la velocidad ni la distancia suficiente para evitar lo que estaba a punto de pasar. Y antes de que empezase a pasar, se detuvo de nuevo a pensar en George y en Laci.

Leonard, sin saber muy bien por qué, salió disparado detrás de Elizabetha sin perder ni un solo segundo. Tal vez fue debido a que su amigo Helmut le había pedido que no la perdiera de vista, que la vigilase. Tal vez fue debido a que su «segundo cerebro» necesitaba algo de Elizabetha. Tal vez fue porque lo que estaba a punto de hacer, era exactamente lo que debía de hacer para que todo funcionase como tenía que funcionar.

Alcanzó a Elizabetha a mitad del pasillo. Incluso le dio algo de pena lo fácil que le resultó. Tiró de su camiseta y se quedó con ella en la mano. Era vieja y quebradiza, lavada unas mil veces. Elizabetha tropezó y se fue al suelo con torpeza. Su tobillo derecho era una limitación difícil de superar. Trató de taparse con las manos su torso desnudo. Horrorizada, vio ante ella al doctor Oppenheimer. Justo cuando iba a gritar pidiendo socorro, Leonard se lanzó sobre ella y le asestó dos fuertes bofetones que la dejaron aturdida.

—Me has estado provocando desde el primer día. Has estado jugando

conmigo todo este tiempo, y ahora me toca jugar a mí.

Incluso el propio Leonard se asustó al escuchar sus propias palabras, su tono de voz. Su segundo cerebro parecía haber tomado el control. Antes de que Elizabetha recuperase fuerzas para volver a gritar, volvió a darle un fuerte bofetón que le hicieron perder el conocimiento casi en el acto.

Era ella quien lo había provocado.

Era ella quien había estado jugando con él todo ese tiempo.

Era justo que ahora le tocase jugar a él. A su manera. Y con sus reglas.

Cinco años antes

Cuando Elizabetha vio a George y a Laci frente a ella, el miedo volvió de nuevo a invadir todo su cuerpo. Se dijo que aquella pesadilla no acabaría nunca. Pensó si aun era buena idea lo de tirar de su brazo derecho con fuerza, pero ¿qué sentido tenía ahora que George y Laci estaban frente a ella?

Por un momento deseó que esa voz le dijese algo, decidiese por ella, porque estaba tan aterrada que lo único en lo que podía pensar era en gritar. Y gritar, estaba claro, no le había servido de nada.

—Tenemos que decirte algo, hija, algo que no te va a gustar —dijo Laci con cara de amargura. Seguía con su particular reto de a ver cuántos días aguantaba sin visitar la ducha. Su pelo tenía un permanente efecto mojado consecuencia del acúmulo de grasa corporal—. La última vez que tu padre y yo vimos el estado de tu tobillo derecho... —Laci alzó los ojos buscando ayuda extra en su marido. Que supo de inmediato que su mujer lo necesitaba.

—Hija, te aseguro que hice todo lo que pude. Quité toda la sangre seca, traté de ponerte el hueso en el sitio. Pero lamentablemente, todo fue inútil — George se sentó con cuidado en los pies de la cama. La sierra de calar en la mano. Elizabetha los miró aterrada.

—¿De qué demonios estáis hablando? ¿Qué pasa con mi pie? ¿Para qué queréis esa sierra? —preguntó Elizabetha completamente sofocada.

George y Laci se miraron de nuevo. Y convinieron en silencio que lo mejor sería que continuase hablando George, que era más «docto» en conocimientos médicos.

—Hija mía, tu pie... —Suspiró mientras se atusaba la onda del pelo. Apestaba a cerveza y a tabaco—. No me andaré con rodeos, sabes que nunca lo he hecho. Vas a perder el pie, hija mía, lo tienes... cómo decirlo, lo tienes podrido por dentro, y créeme si te digo que la única solución es quitarle la parte podrida cuanto antes. Créeme si te digo que esto me duele igual o más que a ti.

Elizabetha los miró de nuevo a los dos. Su pecho subía y bajaba con fuerza. Se estaba imaginando lo que iba a pasar, había visto que algo así pasaría, algo parecido y a lo que no se había atrevido ni siquiera a prestar

atención. Pero le costaba creer que pudiese ser cierto.

—¿Qué vais a hacer? ¿De qué estáis hablando? —Su voz era nerviosa. Fatiga y miedo.

—Ya te lo he dicho, hija, hay que sacar la parte podrida. Hay que sacarla antes de que se extienda y tengamos que lamentar un mal mayor —George miró a Laci y ella asintió con tristeza. Incluso podría decirse que con dolor. Se abalanzó sobre el cuerpo de Elizabetha, que no tuvo tiempo de reaccionar. Aunque sí le quedaba algo de fuerzas para gritar.

George empezó a retirar la venda con rapidez. Querían acabar cuanto antes.

—Venda fuera, Laci, ¿le has dado algo de producto para el dolor? Cuanto antes terminemos, antes podremos empezar con el proceso de recuperación.

—No, enseguida voy —Laci soltó un momento el cuerpo de Elizabetha para coger la botella de «producto».

Lizzy, tira del barrote derecho con todas tus fuerzas, es tu única oportunidad. Ya has visto lo que te van a hacer. Vamos, Lizzy, ¿qué tienes que perder?

—Recuerda no gastar mucho, solo lo justo, tiene que quedar para limpiar bien la herida. Porque vamos a hacer una buena herida, querida mía.

Elizabetha empezó a gritar con todas sus fuerzas. Su cara y su cuello se llenó de venas. Empezó a tirar con fuerza y lo loco de las cadenas. Las muñecas ensangrentadas.

—Vamos, Laci, date prisa. Voy a empezar ya —dijo George mientras encendía la sierra de calar. Una circunferencia de acero empezó a rodar y a cortar el aire haciendo un siniestro e infernal ruido. Por un momento incluso emitió pequeños destellos que rebotaron en el cristal de las ventanas.

Elizabetha pudo ver cómo George acercaba la sierra a la altura de su tobillo. Ese par de locos iban a cortarle el pie. Continuó tirando con fuerza de las cadenas y, a pesar de que nadie allí lo escuchó, se produjo un nuevo clic bastante más fuerte que el de la primera vez. Un clic que procedía directamente de lado derecho de la cama.

Laci humedeció un trapo con «producto» y se abalanzó otra vez contra Elizabetha, que no dejaba de moverse y de gritar con todas sus fuerzas. Tal vez debido a los nervios o a la providencia, pero Laci resbaló por el sudoroso cuerpo de Elizabetha y cayó al suelo por el otro lado de la cama.

—Por el amor de Dios, Laci, no tenemos todo el día, ¿qué estás

haciendo? —preguntó George con hastío. La sierra seguía rodando y haciendo chillar el viento desde su mano—. Voy a ir empezando.

George sujetó con fuerza la frágil y huesuda pierna de Elizabetha con una mano, mientras que con la otra, con la derecha, acercó la sierra poco a poco. A su manera, quería controlar bien el punto de corte. A su manera, pero quería hacer bien el trabajo.

Elizabetha pudo sentir un poco más arriba de su tobillo derecho el aire que esa sierra generaba con su movimiento. Pudo sentir cómo el aire era cada vez más intenso. Y acto seguido, se empezó a escuchar el chirriante sonido que hizo la sierra al entrar en contacto con el hueso.

16

Actualidad

Helmut

Helmut Ashcroft, tras comprobar el funcionamiento de algunas de sus «unidades» y reajustar a un par de «golondrinas», decidió cambiar de planes. Su cabeza de hojalata número ocho era mucho más valiosa que la mayoría de sus golondrinas, su cabeza de hojalata número ocho era vital para «el plan», y cuanto antes se reuniese con ella y pudiese comprobar por sí mismo que no se trataba de ningún error, mejor.

Así que postergó las últimas cosas que tenía previstas hacer, anuló a los dos pacientes de neuropsiquiatría con los que tenía cita y un particular interés, dado que afirmaban ser viajeros en el tiempo y haber viajado dando extraños saltos temporales, y cogió el primer vuelo que encontró hacia California. Si no ocurría nada raro, en pocos minutos aterrizaría y pondría rumbo hacia Berkeley. El resto de cuestiones podía esperar.

Solo esperaba que, por el bien de su amigo Leonard Oppenheimer, no le hubiese ocurrido nada malo a Elizabetha.

Actualidad

Elizabetha Michelson. Todo en ti es tan perfecto que desde el primer día en que te vi, me ha sido imposible negarme a la evidencia. A tu superioridad. Rendirme a la extraña atracción que ejerces sobre mí. El deseo que siento por ti es enfermizo. Ya te lo dije. Y que no jugases conmigo. Y ahora que estás frente a mí, sin esa fea ropa con la que te vistes, me deleito y compruebo que eres todavía más hermosa de lo que imaginaba.

Leonard estaba totalmente fuera de sí. Su «segundo cerebro» había ganado completamente la batalla y se había hecho con el control de la situación. Primero retiró los pedazos de esa vieja y raída camiseta. Y se quedó embobado observando sus pechos. Los rozó con suavidad. Delicadeza. Puso su cara a unos milímetros de distancia y respiró el aroma que desprendía su piel. El calor que emanaba su cuerpo. Pasó una mano por su cabeza y pudo sentir que esa rabia que sentía cada vez que escuchaba hablar y razonar a Elizabetha, cada vez que su maravilloso y superdotado cerebro se ponía a funcionar, en realidad no era más que fascinación. En realidad no era más que una extraña admiración por alguien que, sin ninguna duda, lo sobrepasaba ampliamente a nivel intelectual. Y ese, precisamente, era uno de los principales motivos por los que necesitaba poseer su cuerpo. Necesitaba imponer su superioridad sobre ese maravilloso ser que yacía desnudo frente a él.

Sudaba. Su respiración, tensa y descoordinada. Se desabotonó la camisa. Las manos le temblaban. Lo que estaba a punto de hacer era lo más terrible que había en la vida, pero también lo más excitante. Su interior se dividía en dos por una gran contradicción.

Le bajó la minifalda con cuidado, acariciando sus piernas. El corazón golpeaba con fuerza en su pecho. De nuevo se deleitó contemplando su desnudez. Entrecerró los ojos y los labios. Era tal la excitación que estaba sintiendo que incluso tuvo la sensación de que se ahogaba. Antes de llegar al final, pensó que lo ideal sería ir a un lugar más cómodo. Cogió a Elizabetha en brazos y sintió un fuerte escalofrío al sentir el contacto de su suave piel contra su torso. Tras recorrer el pasillo de esa humilde casa y abrir de una patada un

par de puertas, dio con lo que debía ser su habitación. Cómo no, llena de trastos, ropa tirada, y la cama deshecha. Puso el cuerpo de Elizabetha sobre ese incómodo y viejo colchón y, sin quitarle el ojo de encima ni un solo segundo, se deshizo de su pantalón y de su ropa interior.

Estaba desnudo frente a ella. Era el momento que tanto había esperado, deseado. La sensación de ahogo cada vez era más acusada. Gotas de sudor resbalando por su frente. Las manos cada vez más torpes e indecisas. Con el llamado temblor de intención. Le quitó las bragas con mucho cuidado y contempló una vez más su cuerpo desnudo. Se puso sobre ella y, antes de consumir lo que estaba a punto de hacer, vio que todavía faltaba una prenda por quitarle. Las feas calzas de colores. Su desnudez debía ser completa. Le quitó la de su pierna izquierda y la lanzó a la montaña de ropa que ocupaba gran parte de la habitación. Le quitó su calza derecha, la del tobillo por el que cojeaba, y se quedó momentáneamente paralizado. ¿Qué demonios era aquello?

Jamás había visto nada parecido.

Cinco años antes

La cara de George, incluida su onda de pelo rebelde, no tardó en llenarse de micro gotas de sangre y de virutas de hueso. Tras haber hecho ya un buen surco a la altura del tobillo, tuvo que parar unos segundos para limpiarse la cara, apenas podía ya ver nada.

Elizabetha había perdido el conocimiento y lo había vuelto a recuperar casi inmediatamente ya un par de veces. Laci le había puesto el trapo con «producto» en la cara hasta en tres ocasiones, pero en ninguna de ellas el tiempo suficiente. El efecto conseguido tan solo había sido parcial. El dolor continuaba siendo tan intenso que no parecía ni real.

—Por el amor de Dios, Laci, ¿has olvidado traer las toallas como te pedí? Mira como me estoy poniendo, no veo nada, maldita sea.

—Límpiate con la manga de la camisa, George.

—¿Y qué demonios crees que he hecho? Ya tengo la manga de la camisa llena de sangre y no hago más que restregármela por la cara. Ver a por toallas, Laci, rápido.

Laci, que estaba sobre el cuerpo de Elizabetha, se levantó de un brinco y salió disparada hacia el cuarto de baño. Con sus gruesas caderas le dio un golpe a George en toda la cara que, al sentir el contacto con su nariz, estornudó un par de veces con violencia. Su caja torácica tembló como el capó de un tractor intentando arrancar.

—Ve con más cuidado, maldita sea, Laci. ¡Casi me partes la nariz! — George elevó la voz lleno de rabia. Odiaba que le golpeasen en su nariz, sensible y llena de venas.

Elizabetha, jadeante y completamente aturdida, cogió algo de aire durante ese pequeño impás que no duraría mucho. Tanto el rostro y gran parte del torso de George como al menos medio metro cuadrado alrededor de su tobillo derecho, estaba completamente salpicado en sangre. Su sangre. El dolor, tras haberse detenido la sierra y con la ayuda del «producto» de Laci, había menguado ligeramente.

Vamos, Lizzy, es tu última oportunidad, si no lo consigues ahora ya no tendrás nada que hacer. En cuanto vuelva Laci con las toallas, George

reanudará la amputación y no tardará en terminar, puedes estar bien segura de ello. Y cuando termine también te puedo asegurar que jamás saldrás de esta casa, ¿me has oído? Jamás. Vamos, tira de las cadenas con todas tus fuerzas, tira ahora que todavía te queda algo de fuerza.

Elizabetha, con lágrimas saladas inundando sus ojos, desnutrida, y completamente desesperada, apretó los dientes y tiró de las cadenas con todas sus fuerzas una vez más. Pero el barrote apenas se movió.

Antes de volver a intentarlo, entró Laci con un par de toallas húmedas.

—Son las únicas que he encontrado limpias, George, ya sabes, por lo de preservar el «campo» estéril, como me has explicado antes, estaban en la lavadora —Laci jadeaba. Alrededor de sus axilas, la camiseta de propaganda de un conocido detergente que llevaba había adquirido una tonalidad amarillo whisky.

George asintió en signo de aprobación y cogió una de las toallas, con la que se limpió bien la cara. La otra la puso sobre la pierna de Elizabetha, un poco más arriba del punto de corte. Para él eso significaba aquello de «preservar el campo estéril».

Encendió la sierra otra vez y ese infernal ruido que hacía el acero al cortar el aire con su movimiento, volvió a clavarse en los oídos de todos ellos.

Elizabetha agarró la cadena de su brazo derecho con todas sus fuerzas una vez más, como le había dicho «la voz», era su última oportunidad. George acercaba la sierra poco a poco a ese surco que ya había conseguido hacer en la parte inferior de su pierna, como era propio de él, cuando hacía un trabajo, lo hacía bien, y hacer dos surcos distintos para cortar un pie, no era hacer un buen trabajo. Laci, con las manos apoyadas sobre sus caderas y el rostro ensombrecido, se había quedado junto a George para observar bien de cerca la operación, debía pensar que «su hija» estaba ya tan aturdida que apenas tendría fuerzas ni para moverse. Cuando Elizabetha tiró de la cadena con todas sus fuerzas, George y su sierra ya habían entrando en contacto con su tobillo. Y esta vez sí, el barrote de hierro hueco de la estructura de la cama al que estaba encadenada, no solo se acabó de partir en el punto de soldadura, sino que se elevó y se dobló por su parte superior, quedando en posición semi horizontal.

Todo sucedió tan rápido que ninguno de los tres fue muy bien consciente de lo que estaba pasando. La cadena, tal y como «la voz» le había dicho a Elizabetha, salió despedida por la parte inferior del barrote partido y fue a

parar directamente a la cara de George, que, al no saber qué demonios pasaba ni quién le había golpeado tan fuerte y con algo tan duro, se asustó y reaccionó sobresaltándose con ese violento impacto. Y ese sobresalto hizo que llevase su cuerpo hacia atrás y sus brazos hacia arriba, como cuando alguien te da un buen susto y tú reaccionas chillando de forma escandalosa y agitando tus brazos como las alas de una mariposa. El problema fue que los brazos de George sujetaban una sierra de calar encendida y que acababa de alcanzar su máximo punto caliente, el nivel de temperatura en el que más corta. George supo de inmediato que algo no iba bien cuando, al tratar de bajar de nuevo sus brazos, percibió que la sierra se había quedado como atascada, atorada, y había empezado a chillar con estruendo. Y las sierras solo chillan de esa forma cuando cortan. Se giró completamente aterrado, y vio lo que se había imaginado. La sierra se había clavado con fuerza en el pecho de Laci y daba vueltas sin parar adentrándose hacia la parte más vital de su cuerpo.

—¡Dios mío, Laci! —Los ojos de George se llenaron rápidamente de lágrimas, muy rápidamente. En su cara se dibujó un rictus de rasgos feos y grotescos. Trató de detener la sierra rápidamente pero con el exceso de sangre, se había quedado atascada y no respondía. No dejaba de dar vueltas mientras que el cuerpo de Laci, con los ojos y la boca muy abierta, temblaba y se tambaleaba con fuerza.

Elizabetha, cuando fue consciente de lo que acababa de ocurrir, se sintió todavía más aterrada. Acababa de ser responsable de un «accidente» que, si no ocurría un milagro, sería la causa de la muerte de la única madre que había conocido. Del único y verdadero amor que George había conocido.

George, al ver que la sierra continuaba sin responder y que la abertura que estaba formándose en el pecho de su mujer era cada vez más escandalosa, tiró de ella con fuerza. Extrajo la sierra sin apenas problemas, pero del surco que se había formado en el pecho de Laci, de aproximadamente medio palmo de largo y al menos un centímetro de ancho, salió un potente chorro de sangre que fue a parar directamente a su cara, cegándolo por completo.

Vamos, Lizzy, ya casi lo tienes, tira ahora con los dos brazos del lado izquierdo. Te prometo que conseguirás partir también ese barrote. Y saldremos de aquí.

Elizabetha, llena de pánico, hizo caso de la voz y empezó a tirar con todas sus fuerzas.

George gritaba de desesperación como un león acorralado. Laci había

empezado a emitir un extraño ruido parecido al que hace alguien al intentar hablar tras haberse quedado afónico. Su cuerpo, como si fuese el tronco de un árbol acabado de cortar, cayó hacia atrás sin previo aviso. Al impactar contra el suelo, la fuente de sangre que brotaba de su pecho empezó a salir con más fuerza. Elizabetha pudo observar cómo Laci, que sin ningún tino y sin apenas fuerzas, trataba de tapar esa herida con sus manos, había llevado su vista hacia ella. Y la mirada era de auténtica rabia. La estaba culpando en silencio. George se quitó la sangre de la cara como pudo. La sierra todavía chillaba en el suelo. Se abalanzó al cuerpo de su mujer llorando y gritando, desesperado y aterrado a la vez.

Elizabetha no había sentido tanto miedo en la vida. La escena era espantosa. Tiró con ambas manos y con todas sus fuerzas un par de veces más y, como por arte de magia, se escuchó un fuerte clic que se elevó por encima del ruido de la sierra, los gritos de dolor de George, y los intentos de Laci por articular sus últimas palabras.

Ya lo tienes, Lizzy, ya lo tienes. Vámonos de aquí.

Elizabetha trató de sacar la cadena de su mano izquierda por la parte inferior del barrote, pero, a pesar de que el punto de soldadura se había roto, todavía no había conseguido doblarlo lo suficiente para poder sacar esa cadena. Alzó la vista hacia George y Laci y vio que Laci, que no le había quitado el ojo de encima desde que había caído, la apuntaba con un dedo que apenas podía sostener en alto mientras trataba de decir algo. George, que tenía la cara llena de lágrimas y de sangre, dirigió sus ojos hacia Elizabetha y, al ser consciente de, no solo de lo que estaba a punto de hacer, sino de lo que le estaba pidiendo su mujer con ese idioma no verbal que solo él podía entender, le dio un beso en los labios y se puso en pie.

—¡Te voy a matar, asesina de madres! —gritó George lanzándose contra el cuerpo de su hija.

Elizabetha, apretó los dientes con todas sus fuerzas y tiró de las cadenas una vez más. El barrote de su lado izquierdo no solo cedió, sino que al doblarse por su parte superior, se quedó en una posición horizontal. Fue todo tan rápido como milagroso. George, sin tiempo para reaccionar, no tuvo tiempo de parar su cuerpo, que se había lanzado ya a por Elizabetha. El barrote del lado izquierdo que había conseguido doblar Elizabetha se clavó justo en un lateral de su cuello, atravesándolo por completo. Parpadeó un par de veces y abrió la boca para decir algo, pero rápidamente se le llenó de

burbujas de sangre. Estiró un brazo hacia Elizabetha, pero no alcanzó a tocarla por milímetros. Llevó su otro brazo hacia su cuello para evaluar la situación y comprobó, a groso modo, que a pesar de no haberse clavado el barrote justo en el centro, sí lo había hecho en un lugar en el que debía haberse encontrado a su paso por al menos una o dos grandes venas. Problema.

Sal de ahí, Lizzy, sal y márchate de una vez.

Con Laci agonizando en el suelo y George ensartado y parpadeando de una forma muy extraña a escasos veinte centímetros de su cara, Elizabetha salió por un lateral de la cama y al poner un pie en el suelo, su pie malo en el suelo, sintió un dolor tan fuerte que no pudo evitar caer de nuevo de bruces.

Rodeó la cama a gatas. Jadeaba y tenía la cara cubierta de lágrimas. Para llegar hasta la puerta tuvo que pasar sobre el enorme charco de sangre que se había formado en el suelo. Sangre suya y de Laci. La sierra continuaba girando en algún lugar, pero estaba tan ofuscada que no la vio por ningún sitio. Lo que sí vio fue cómo George, poco a poco y con mucho esfuerzo, había conseguido ya prácticamente extraer todo el barrote de hierro de su cuello. El miedo se apoderó de nuevo de Elizabetha.

Salió de la habitación gateando, resbalándose con el charco de sangre, sin dejar de girarse para ver si George había salido tras ella. Y el terror absoluto volvió a ella cuando pudo ver cómo George había conseguido sacarse el barrote por completo y, con su mano derecha tratando de taponar ese enorme agujero de su cuello, se había puesto en pie. Se tambaleaba y por su boca caían unas desagradables e interminables cataratas de baba sanguinolenta.

Elizabetha, al ver lo que acababa de ver, se puso de nuevo en pie con mucha dificultad. Las piernas le temblaban tanto que no se atrevía ni a dar un solo paso. Su pie derecho, deformado y con el hueso supurando sangre, no se atrevía a apoyarlo. Pero tenía que hacerlo. Ante ella estaban las escaleras para bajar a la planta de abajo y poder salir a la calle, pero estaba convencida que si lo intentaba a gatas caería rodando casi con toda seguridad. Adelantó su pie izquierdo, y al tratar de hacer lo propio con el derecho y bajar el primer escalón, un dolor tan grande que podría calificarse como de otro mundo, como algo inhumano, la atravesó completamente, y cayó rodando por las escaleras.

Al llegar al final, parpadeó un par de veces y, al ver que la monstruosidad que tenía ante ella era su pie derecho y que ese pie estaba completamente partido y astillado, perdió de nuevo el conocimiento.

19

Helmut

Lo primero que hizo Helmut Ashcroft cuando se bajó del avión que acababa de aterrizar en el aeropuerto internacional de Oakland, fue llamar a Leonard Oppenheimer. Pero tras tres intentos sin éxito, desistió de poder hablar con él en ese momento y algo en su interior le empezó a decir que a lo mejor estaba pasando algo malo. Algo malo que tuviese que ver con Elizabetha y con la cabeza de hojalata primaria que Leonard tenía en su cabeza. Una cabeza sin ningún tipo de interés ni uso científico pero con muchas posibilidades de generar problemas a corto y a largo plazo. Helmut era el primero que no sabía exactamente el alcance de su propia creación, él experimentaba, y luego evaluaba los resultados. Y los resultados en personas con el crecimiento cerebral ya finalizado, no eran buenos. Ya le había quedado más que claro que la creación de cabezas de hojalata en personas adultas era un imposible, pero ahora la cuestión era, ¿qué hacía con todas esas personas a las que les había suministrado «el medicamento» y que, tras muchos años de «tratamiento», estaban empezando a reaccionar de un modo tan imprevisible como diferente? En ese momento, con el estrés de la situación y el miedo a perder de nuevo a Elizabetha, se dijo que lo más sensato sería eliminar a esas personas, a esas cabezas de hojalata defectuosas, eliminarlas cuanto antes y evitar males mayores.

Le envió un mensaje a una de sus golondrinas, una de sus más fieles y efectivas, Liam Frohnmayer. Y le pidió que le localizara la posición exacta del número de teléfono de Leonard Oppenheimer, del lugar en el que se encontraba su teléfono móvil, para ser exactos. Porque Leonard y su moderno «celular», como él lo llamaba, eran uña y carne. Y Liam, desde «su unidad», la ciento setenta y seis, no tardó ni tres minutos en darle con exactitud esa localización. Leonard se encontraba en un piso de una de las zonas más humildes de Berkeley. A Helmut no le cupo ninguna duda de que ese piso debía ser el de Elizabetha y que él se encontraba con ella.

Cogió el primer taxi que encontró a su paso y le prometió al taxista una buena propina si lo llevaba hasta allí en menos de quince minutos.

El taxista respondió que por una cifra razonable podría estar allí en tan

solo diez minutos. Pisó con fuerza el acelerador y, lo único que dijo, viendo el extraño pasajero de casi dos metros que tenía sentado en el asiento de atrás, fue:

—Cuando vea que saltamos por encima de un badén, le aconsejo que agache un poco la cabeza.

Y sin tiempo para más, abandonó con rapidez las inmediaciones del aeropuerto internacional de Oakland.

Actualidad

Leonard se quedó momentáneamente paralizado al ver el estado del tobillo de Elizabetha. No había visto nunca algo parecido. Tenía una especie de prótesis, una prótesis muy extraña. Atípica y en cierta manera aterradora. Alrededor de su tobillo se podían apreciar pequeñas planchas de metal que habían sido remachadas con unos tornillos de cabeza ultrafina. El juego de la articulación del tobillo era mitad hueso, mitad metal. También tenía como una especie de tobillera fabricada en una extraña piel, una piel que no sabría decir si era sintética, animal, o humana. Su primera impresión fue que, a Elizabetha se le debió partir el tobillo de una forma espantosa unos cuantos años atrás y alguien había estado experimentando con ella nuevas formas protésicas y de fusión hueso-metal, hueso-piel, o metal-piel. Alguien que rondaba por ahí con ínfulas de doctor Frankenstein o doctor Moreau. Y el resultado había dado lugar a algo muy muy extraño, con partes de piel cicatricial y partes de metal. Tornillos y piel sintética. Al menos podía andar, se dijo Leonard antes de que su segundo cerebro lo apartase de nuevo de esos pensamientos y lo llevase directamente a los otros. A los que pasaban por las zonas íntimas del cuerpo de Elizabetha.

Se puso sobre ella y aspiró con fuerza su aroma un par de veces más. Se acercó hasta sus labios y los besó con delicadeza. Recorrió el contorno de su cara y el largo de su cuello y se detuvo a la altura de las clavículas. De nuevo, la besó y aspiró esa fragancia natural. Acarició sus pechos con las manos llenas de sudor. Nervios. Y con cierto cuidado, incluso con cierto fervor, empezó a entrar en su interior.

En cuanto Elizabetha empezó a sentir esa invasión de su cuerpo, sus párpados se abrieron de par en par. Al ver a Leonard sobre ella, completamente desnudo y con la mirada llena de un aterrador éxtasis, empezó a gritar con todas sus fuerzas y a intentar apartarlo de ella. Ya había visto que ocurría algo parecido en sus visiones, pero en cada una de las veces lo había apartado tan rápido de su consciencia que apenas había podido reconocer qué era lo que ocurría y quién era el que estaba con ella. Ahora ya no le quedaba ninguna duda. Tampoco le quedaba la duda de por qué ella, de algún modo, terminaba haciendo lo que hacía. Lo malo, había empezado.

Leonard, al escucharla y ver que había recuperado la consciencia, aceleró el ritmo mientras trataba de asirla por sus muñecas, gritándole que se callara. Y la apretó con tanta fuerza que, tras dos nuevos intentos por parte de Elizabetha de escapar, se escuchó un crac a la altura de su muñeca derecha. Los dos se quedaron momentáneamente paralizados durante un segundo, pero acto seguido, Elizabetha empezó de nuevo a gritar con mucha más fuerza y Leonard a acelerar el ritmo de sus embestidas. Le había partido la muñeca, pero aun así continuaba agarrándola con todas sus fuerzas y tirando de sus manos de una forma desesperada, no era la primera vez que hacía algo así, de hecho, de algún extraño y casi incomprensible modo, sentía que estaba harta de hacer algo así. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Elizabetha y desde su entrepierna, habían empezado a brotar dos finos hilos de sangre.

Durante una fracción de segundo, Leonard, el Leonard que desde bien pequeño empezó a soñar con galaxias muy muy lejanas, con viajes en el tiempo, y con el movimiento perpetuo, fue consciente de lo que estaba haciendo, del brutal acto que estaba cometiendo. Pero rápidamente, su segundo cerebro volvió a recuperar el control y, al ver que los gritos de Elizabetha no hacían más que desconcentrarlo y apartarlo del placer de estar consumando ese gran objeto de su deseo, la volvió a abofetear con fuerza. Tuvo que darle tres nuevos fuertes bofetones hasta que consiguió dejarla totalmente aturdida, en un estado cercano a la inconsciencia. Pequeños ruidos pero en general, silencio.

Aceleró el ritmo nuevamente y en cosa de pocos segundos, terminó en su interior. Una intensa descarga eléctrica lo zarandeó de arriba abajo hasta dejarlo momentáneamente sin fuerzas. Se dejó caer sobre ella y lo único a lo que se dedicó durante los siguientes diez o doce segundos, fue a respirar ese aroma juvenil repleto de vida, de inteligencia y de sueños rotos.

Pero tras ese breve espacio de tiempo de absoluta paz interior, Leonard empezó a sentir cómo en su interior empezaba a coger forma un extraño y desagradable sentimiento del tamaño de la ola grande de un tsunami. Rápidamente salió del cuerpo de Elizabetha y, sin ni siquiera tiempo de ir al cuarto de baño, una enorme arcada hizo que vomitase en medio de la habitación.

Su segundo cerebro parecía haberse batido en retirada —o tal vez, haberse marchado a disfrutar de su victoria en el rincón más tranquilo y relajante de su cabeza—, y estaba empezando a ser plenamente consciente de lo que acababa de hacer, del horripilante ser en el que se acababa de

convertir. Aun así, cuando vio cómo Elizabetha se recuperaba parcialmente y ponía de nuevo en pie para dirigirse hacia la puerta, no pudo evitar salir corriendo tras ella para detenerla. ¿Qué sería de él si ella escapaba e iba diciendo por ahí lo que le había hecho? La respuesta era obvia. La alcanzó con suma facilidad y la detuvo con todas sus fuerzas. En esta ocasión no fue su segundo cerebro quien tomó el control, esta vez fue el Leonard que de niño soñaba con el espacio y los viajes espaciales quien perpetró la acción. Ese Leonard, padre de dos hijas y casado desde hacía más de veinte años, quien cogió a Elizabetha por la espalda y, sin apenas dudar pero con los ojos llenos de lágrimas, estampó su cabeza con brutalidad contra el marco de una puerta.

No hubo estados de semiinconsciencia. El cuerpo de Elizabetha cayó al suelo sin ningún tipo de fuerza ni reparo Como un fardo. Una enorme fuente de sangre empezó a manar del centro de su cabeza.

Leonard, con respiraciones cortas y muy rápidas, y a punto de romper en un ataque de histeria, se dejó caer en un rincón del salón sin ser consciente que, a lo lejos, en algún lugar de esa casa, su teléfono móvil no de dejaba de sonar y sonar.

Cinco años antes

A Elizabetha la despertó, como no podía ser de otra manera, el dolor. Esa horrible sensación que había estado reinando en su interior durante los últimos días. Pero tras volver de nuevo en sí y ver que ese horrible dolor procedía de su tobillo derecho, que estaba totalmente partido y por el cual no paraba de manar sangre, volvió de nuevo a desmayarse.

Apenas uno o dos minutos después, volvió en sí nuevamente. Y esta vez fue «la voz» quien la despertó. De fondo, a lo lejos, todavía podía escucharse la sierra girar y girar.

Vamos, Lizzy, despierta. Despierta y vámonos de aquí. Lo has hecho muy bien, Eliza, te has deshecho de George y Laci y eres libre, pero ahora tienes que marcharte porque no sería bueno que llegase la policía y los médicos y empezasen a hacer preguntas, a hacerte pruebas médicas y ese tipo de cosas tan desagradables. Tienes que marcharte, Lizzy. Marcharte lo antes que puedas y no volver nunca más por aquí.

Elizabetha recordó rápidamente que lo último que había visto antes de caer rodando por las escaleras, había sido a George alzándose con una mano taponando el agujero de su cuello. La boca llena de sangre y una mirada abyecta. El miedo se apoderó de ella y empezó a mirar hacia todas direcciones para ver si George estaba por allí cerca escogiendo alguna de sus herramientas con la que darle muerte de la forma más dolorosa posible. Se puso en pie a duras penas, sosteniéndose sobre su pierna izquierda, y en lo alto de la escalera pudo ver a la perfección dónde se encontraba el cuerpo de George. Por lo visto, al intentar ir tras ella cuando cayó rodando por las escaleras, una de sus piernas se había enredado con el cable de la sierra eléctrica y eso había provocado que la propia sierra saliese despedida del lugar de la habitación en el que había permanecido oculta durante los últimos minutos y aterrizase, nuevamente, en el cuello de George. Le hizo un tajo de considerables dimensiones que, sumado al agujero del barrote de hierro de la cama, le hicieron desangrarse en cuestión de segundos. La sierra continuaba girando a unos centímetros de su cabeza, todavía enrollada a su pierna.

El cuerpo de George copaba todo el visual de la parte de arriba de la

escalera, por lo que a Elizabetha le fue imposible ver si tras él también yacía Laci. De todos modos, y aunque le hubiese gustado verla con sus propios ojos, no le cupo ninguna duda de que así debía ser. Era prácticamente imposible que todavía permaneciese con vida después del corte que la sierra le había practicado en el pecho, y más imposible todavía que, aun estando viva, hubiese conseguido ponerse en pie e ir tras ella.

De todas formas se dijo que no tenía tiempo que perder.

Lo primero que hizo fue ir al lugar en el que Laci guardaba sus «productos». Se medio arrastró hasta el botiquín y escogió una botella rellena de un líquido amarillento en la que la propia Laci había escrito en su parte externa y con muy mala letra: «para el dolor». Le dio tres o cuatro tragos y, tras sentir que la lengua se le quedaba completamente muerta en cuestión de segundos, empezó a notar cómo el dolor de todo el cuerpo desaparecía como por arte de magia. Fue un momento tan relajante, el sentirse de nuevo liberada de ese horrible dolor, que rompió a reír a carcajadas durante unos cuantos segundos de pura locura.

Después de eso, apretando mucho los dientes y casi con los ojos cerrados, se enderezó el tobillo medio serrado y completamente partido. Verlo en ese estado, a pesar de que apenas sintió nada, hizo que las lágrimas volviesen de nuevo a sus ojos. Le dio tres nuevos tragos a la botella de «producto» y lo entablilló con unos utensilios para cocinar fabricados en madera. Se aseguró de hacerse un buen vendaje, ponerse algo de ropa limpia encima y, antes de salir de allí a toda prisa, de esa particular casa del infierno, pasó por el lugar en el que George guardaba el dinero que ganaba con sus «negocios». Le sorprendió que la cifra fuese bastante más alta que lo que imaginaba viendo el rácano y casi miserable estilo de vida que llevaban.

Ya había anochecido. Le dio tres nuevos tragos a la botella de producto y se subió al viejo coche que George usaba para trabajar. Se miró una fracción de segundo en el espejo retrovisor y puso rumbo a ese extraño lugar que Laci había llamado «Las golondrinas». El lugar del que la raptaron.

Ya era libre.

Probablemente perdería definitivamente el pie.

Pero en ese momento, llena de euforia por haber conseguido escapar de sus captores y también gracias al contenido de la botella de «producto», se dijo que necesitaba con todas sus fuerzas volver a sus orígenes. Recuperar su vida. Recuperar el tiempo perdido.

Actualidad

Helmut

El taxi dejó a Helmut en la dirección acordada en un tiempo inferior a diez minutos. Tiempo durante el cual, Helmut no había dejado de llamar a Leonard sin encontrar ningún tipo de respuesta por su parte. Pero justo cuando se dirigía hacia su portal, hizo un último intento.

Y en esta ocasión sí descolgó.

Actualidad

—Dios mío, Helmut, menos mal que eres tú, tienes que ayudarme, ha ocurrido algo, algo muy malo —La voz de Leonard era de auténtica desesperación.

—¿Qué ha ocurrido exactamente, Leonard? —Helmut se estaba temiendo lo peor. Se lo llevaba temiendo desde hacía rato. Cerró los ojos mientras Leonard se tomaba su tiempo para responder. Interminable pausa.

—La he matado, Helmut, no sé qué demonios me ha pasado, pero la he matado, la he matado, Helmut —La voz de Leonard era de puro lamento. Había empezado a llorar. En el interior de Helmut el odio crecía a pasos agigantados.

—Ábreme la puerta, Leonard, estoy aquí abajo.

—¿Cómo dices? ¿Cómo que estás aquí abajo?

—Al final he podido venir antes. Luego te lo explico. Quería darte una sorpresa. Vamos, ábreme y me cuentas qué ha pasado en persona —Helmut trató de aparentar calma. Normalidad.

Leonard, preso del pánico y el desconcierto, no hizo más preguntas con relación a la oportuna y extraña presencia de Helmut allí mismo, justo en ese momento. Le abrió la puerta y se empezó a vestir mientras esperaba.

En apenas treinta segundos, con apenas tiempo para ponerse únicamente los pantalones, Helmut Ashcroft ya estaba llamando a la puerta.

Cuando Helmut se encontró cara a cara con Leonard y lo miró a los ojos, supo de inmediato que la cabeza de hojalata primaria, «el segundo cerebro», como lo llamaba el estúpido de Leonard, había sido la causa de esa catástrofe.

—¿Dónde está? —preguntó Helmut con seriedad. Urgencia.

Leonard, completamente aterrado y emocionalmente deshecho, tan solo tuvo fuerzas para señalar con el dedo la parte más oscura del pasillo de la casa.

Helmut se dirigió hacia allí todo lo rápido que pudo y en cuanto vio el cuerpo desnudo de Elizabetha tirado en el suelo, no pudo evitar romper a llorar desconsoladamente.

La abrazó contra él y empezó a palpar sus pulsos en busca de algún débil latido. Un latido con el que volver a obrar la magia. Se quitó la chaqueta y la enrolló sobre su cabeza, taponando esa enorme brecha por la que se estaba desangrando.

Y milagrosamente, y de forma casi imperceptible, ese latido apareció a la altura de su ingle. Las lágrimas de Helmut cesaron de inmediato y rápidamente, todo su complejo sistema neuronal se puso a funcionar.

Elizabetha todavía estaba con vida.

Abrió el maletín con el que siempre viajaba, sacó una ampolla de cristal, cargó una jeringa con ella y se la clavó con un certero movimiento en el corazón. Un segundo después, el cuerpo de Elizabetha dio dos fuertes sacudidas y a continuación recuperó la consciencia. Jadeos. La frente se le llenó rápidamente de gotitas de sudor, y su cara de puro miedo.

Leonard, que había permanecido a un par de metros de Helmut en un tenso y demacrado silencio, al ver aquello, no supo qué pensar, ni qué significaba, pero se dijo que sus problemas eran todavía mayores estando Elizabetha con vida, por mucho que le pesara y le aborreciese esa idea.

—¿Pero qué has hecho, Helmut? ¿Por qué has hecho eso? ¿Qué está pasando aquí?

Helmut, que fue testigo de cómo Elizabetha, totalmente pálida y aterrada, pataleaba y trataba de esconderse entre sus brazos para que Leonard no fuese de nuevo a por ella, abrió de nuevo su maletín, y sacó una pequeña pistola con silenciador. Le quitó el seguro y se la tendió a Elizabetha por la parte de la empuñadura.

—Ten, cógela, y haz que todo cobre sentido, haz que todo sea como siempre ha debido ser. Equilibra la balanza. Confía en mí —dijo Helmut tratando de transmitirle seguridad.

Elizabetha miró la pistola y miró al hombre alto. El hombre alto de sus visiones. Después miró su entrepierna llena de sangre. Vio a Leonard sobre ella. Vio su tobillo derecho. Después vio de nuevo a George tratando de cortarle el pie con la sierra. Vio a Laci tapándole la cara con un trapo lleno de «producto» y apuntándole con un dedo acusador. Y después vio lo que ocurrió en «Las Golondrinas». Lo que ocurrió con el caso del Hombre del coche. Lo que suponía el artefacto de Jack Miller para un futuro muy cercano, para el futuro de la humanidad. Pero sobre todo vio lo que ocurriría más adelante. La gravedad de lo que ocurriría tan solo unos meses después. Durantes unos

segundos pensó en lo que había sido el motor de su vida durante los últimos años, poder viajar atrás en el tiempo para cambiar no solo lo que le pasó a ella, para evitar todas esas muertes que parecían multiplicarse a su alrededor, sino para cambiar lo que pasaría más adelante y que, irremediamente, estaría íntimamente ligado con ella, a sus acciones. Y entonces comprendió que todo estaba relacionado de un modo trágico, pero inalterable. Y que intentar cambiar las cosas, solo lo complicaría aún más. Ella había vivido lo que había vivido para convertirse en quien se acababa de convertir, alguien a quien algún día, todo el mundo conocería como EL. Alguien que un día haría cosas inimaginables. Y entonces sí, supo perfectamente lo que debía hacer.

Cogió la pistola con firmeza, apuntó a Leonard Oppenheimer a la cabeza y, antes de que siquiera tuviese tiempo de abrir la boca, le pegó un tiro justo en el centro de las cejas.

—Ahora ya podemos volver a casa. Tenemos mucho trabajo por delante, pero antes tienes que recuperarte —Fue lo único que le dijo Helmut Ashcroft.

Cinco años antes

A Elizabetha le costó algo menos de tres horas recorrer el irregular trayecto que separaba Athens, la ciudad donde vivía, de Cincinnati, que era el lugar donde Laci le había dicho que se encontraba ese extraño campamento llamado «Las Golondrinas». Para su suerte y sorpresa, en la guantera del viejo Cadillac de tercera de mano de George, había un mapa de carreteras del estado de Ohio, y en ese mapa, en una zona boscosa a las afueras de Cincinnati, alguien había señalado un punto haciendo un tosco círculo rojo sobre él. Elizabetha pensó que ese punto, bien podría ser la ubicación exacta del lugar al que se dirigía. Y se dijo, ¿por qué no? Conociendo a George, era muy probable que hubiese querido dejar apuntado el lugar del cual se la llevaron, algo que habría sin ni siquiera pensarlo, tan solo porque, como él solía decir, era recomendable dejarlo anotado, por si acaso, porque se recomendaba que fuese así. Elizabetha pensó en ese tipo de cosas que hacía George y que, aparte de él mismo —a lo mejor ni tan siquiera él mismo—, nadie más alcanzaba a comprender el porqué de su existencia. Como lo de poner doble cristal en algunas ventanas de la casa y en otras no, tres cerraduras en la puerta trasera de la casa y una en la principal, dejar un lado del jardín sin vallar, canalizar las canaletas del tejado para que desaguaran por una sola tubería, o abrir un oscuro y profundo pozo en el jardín por el cual no habían logrado sacar ni una sola gota de agua. Ese tipo de fascinantes y absurdas cosas.

Antes de bajarse del coche, le dio tres buenos tragos a la botella de producto. La alzó en el aire y observó a la luz de la luna que apenas quedaba ya nada. Lo que se dice «un culo». No tenía idea de lo que haría cuando se terminase del todo y el dolor regresase con fuerza a su tobillo.

Bajó del coche tratando de apoyar lo menos posible su pierna derecha y se detuvo unos instantes a contemplar la inmensidad de esa atípica casa perdida en medio de la nada. Estaba construida principalmente en madera, y en lo más alto de la fachada, en un tablón que solo estaba sujeto por uno de sus lados, podía leerse con cierta dificultad lo que Laci le había dicho que vieron cuando fueron a llevársela: «Las Golondrinas». A Elizabetha se le dibujó una sonrisa en la cara llena de nostalgia. A pesar de no recordar ese lugar, empezó a percibir que todo lo que había a su alrededor, le resultaba tremendamente

familiar.

Tanto el sendero por el que había llegado a la casa como la extensión de terreno que la rodeaba, estaban completamente llenos de maleza, hierba seca y restos orgánicos de diferente índole pertenecientes al paso humano por la naturaleza.

Era obvio que hacía ya años que nadie habitaba esa casa. La pintura desconchada y las ventanas rotas. La frialdad inerte que desprendía. Humedad. Las barandillas de la escalera descolgadas. Un par de escalones hundidos y un balancín que pendía del techo de un extremo del porche, partido por la mitad.

Subió los cinco escalones de la pequeña escalera que separaba el porche del jardín, y entró al interior. La puerta estaba semiabierta.

Recorrió con torpeza el recibidor. Cristales rotos por el suelo. Trató de hacerse una idea de cómo habría sido vivir allí dentro. De cómo habría sido aquella casa cuando estaba habitada, en su momento de máximo esplendor. Pasó por una zona en la que había números en las puertas. Imaginó que debían ser habitaciones. Buscó la número ocho, que era el número que había inscrito en esa pulsera de metal que Laci le lanzó juntos con las palabras «cabeza de hojalata». Pero no vio ninguna puerta con ese número. Y eso la entristeció. De la puerta número siete se pasaba directamente a una habitación en la que tan solo podía leerse la palabra «almacén». Tal vez, cuando George y Laci se la llevaron, sus padres o quienes fuesen los que estaban a cargo de esa casa, decidieron destinar su cuarto a guardar cosas.

Siguió recorriendo el interior de esa casa tratando de ver algo que pudiese reconocer. No fue ese el caso de que le hubiesen mentido y aquello no fuese más que un campamento sin más. Pero esa extraña sensación de familiaridad continuaba avanzando más y más por su interior.

El dolor en su tobillo derecho estaba llegando de nuevo. Remató la botella de «producto» y la dejó caer en el suelo. No le cabía ninguna duda de que, cuando el corto pero intenso efecto que el líquido que contenía esa botella se diluyese en el interior de su cuerpo, moriría allí dentro de puro dolor. Se miró el pie y la venda con la que lo había cubierto para sujetar las dos tablillas estaba completamente empapada de sangre. Apenas sentía ya el pie derecho, y lo poco que sentía no sabía decir si se trataba de un dedo, de la planta del pie, o del talón. Solo percibía una sensación difusa de pertenencia que provenía de esa zona de su cuerpo. Nada más.

Llegó hasta una estancia muy amplia que se asemejaba a un aula. A la

clase de una escuela. La luz de la luna, la única luz que tenía y que entraba por las grandes ventanas, se reflejaba en el barnizado de unos viejos y pequeños pupitres. En un extremo del aula, sobre una tarima de un palmo de alto, había una gran pizarra en la que todavía podía verse el viejo rastro de la tiza. Sillas por el suelo y papeles revoloteando. Recorrió con sus dedos la superficie de los pupitres, los ojos se le habían empezado a entrecerrar, una sensación parecida al cansancio máximo se estaba apoderando de ella. De forma totalmente inconsciente, se detuvo en uno de los pupitres, el que estaba más alejado de la pizarra, levantó a duras penas la pequeña silla que había en el suelo junto a él y se sentó. Se estaba levantando algo de viento y eso hacía que los papeles estuviesen empezando a danzar a su alrededor.

El dolor ya estaba de vuelta.

Y era mucho peor de lo que recordaba.

Pero ya no le quedaban fuerzas ni para gritar. Ni tan siquiera para llorar.

Abrió los ojos y acarició la superficie de ese pupitre que, por encima de todo lo demás, le resultaba aún más familiar. Y una sonrisa se dibujó en su cara cuando, en la parte superior del mismo y grabado con algún tipo de objeto punzante como un cuchillo o un punzón, pudo leer que alguien había escrito un número ocho junto a dos letras: EL.

No le cupo la menor duda de que ese había sido su pupitre. De que ella estuvo sentada allí en otro momento en el tiempo. Y sintió que lo había conseguido. Que había vuelto a su hogar.

De nuevo esa sensación, cercana al cansancio infinito, la abrazó con fuerza y en cuestión de pocos segundos, sus ojos se empezaron a cerrar poco a poco, casi como un sutil balanceo en los brazos del sueño eterno.

Elizabetha no vio que, desde el otro extremo de esa aula, una figura, ataviada con ropa oscura y muy sigilosa, se acercaba hacia ella.

Entreabrió los ojos lentamente cuando sintió esa presencia frente a ella, y al verla, tal era el grado de aletargamiento que tenía, no sintió ni miedo ni sorpresa, simplemente sintió curiosidad por saber quién era y qué hacía allí. Llevaba el rostro cubierto con una especie de pañuelo y solo se le veían los ojos. Unos ojos que le resultaron muy, muy familiares.

—¿Quién eres? —preguntó Elizabetha con una débil voz.

—Alguien que ha venido a ayudarte.

Elizabetha asintió y, en milésimas de segundo, se dejó caer de lleno y sin oponer ningún tipo de fuerza en la inconsciencia.

Cuando Elizabetha abrió los ojos de nuevo, ya estaba amaneciendo.

Los rayos de sol entraban por una ventana y le daban directamente en la cara.

Estaba tumbada en una camilla, en el interior de lo que parecía haber sido en algún momento atrás en el tiempo, una consulta de enfermería, una sala de curas.

La figura que había visto antes de quedarse completamente dormida continuaba allí dentro, no había sido una imaginación suya, existía en realidad. Estaba guardando algo en una bolsa. Una especie de extrañas herramientas.

Elizabetha seguía inmersa en un estado de gran aturdimiento, el dolor de su tobillo había dejado paso a un dolor de cabeza mucho menos intenso pero que le impedía pensar con claridad. De momento prefirió no decir nada y seguir observando. Pero rápidamente se acordó de su tobillo derecho y alzó un poco el cuello para verlo. Y lo que vio no fue lo que esperaba.

La venda empapada de sangre ya no estaba. Tampoco estaban las tablillas que había improvisado con utensilios de madera para cocinar. Lo que había en lugar de todo aquello, era una especie de planchas de metal que cubrían parcialmente su tobillo. Remachadas por extraños tornillos de cabeza muy fina y una especie de tejido parecido a la piel. Todo estaba parcialmente cubierto de sangre, pero ya no se veía ningún corte ni abertura por ninguna parte. Esa extraña y misteriosa persona le había practicado una operación durante la noche y, según parecía, le había salvado el pie. Lo movió hacia arriba y hacia abajo y se sorprendió al comprobar que el pie le respondía.

Cuando esa persona terminó de guardar sus cosas, se giró y al ver que Elizabetha ya estaba despierta, se acercó despacio hasta ella, dejando una prudencial distancia de aproximadamente un metro y medio. Se miraron durante unos segundos. Después esa persona miró el tobillo de Elizabetha al observar que ya podía moverlo.

—¿Quién eres? ¿Y cómo sabías que yo...? —Elizabetha no acabó la frase.

Esa persona no dijo nada.

De nuevo permanecieron observándose en un tenso silencio hasta que esa persona se dio la vuelta y se cargó al hombro la bolsa en la que llevaba todos esos utensilios con los que al parecer la había operado.

—Espera... —dijo Elizabetha antes de que se marchase. La misteriosa

figura se detuvo frente al umbral de la puerta, y se giró parcialmente—. ¿Volveremos a vernos? —preguntó Elizabetha con cierto temblor en la voz.

De nuevo se produjo un inusual silencio. Hasta que esa persona, alzó un poco el cuello y la miró directamente a los ojos.

—Nunca dejes de luchar, nunca te rindas, no dejes nunca de buscar, que nadie te manipule y te diga lo que tienes o no tienes que hacer, pero ante todo, jamás olvides tus sueños, ni quién eres. A pesar de todo, y de todos.

Tras decir esas enigmáticas palabras, abandonó lo que parecía ser la sala de enfermería del antiguo campamento de «Las Golondrinas».

Y una vez se quedó completamente a solas, Elizabetha pensó durante una fracción de segundo en las palabras que le acababa de decir su salvador, o salvadora. Y se dijo que su sueño, a partir de ese momento, sería poder viajar algún día en el tiempo. Viajar para cambiar las cosas. Para evitar que las malas cosas, y las malas personas, hiciesen no solo lo que habían hecho con ella, sino lo que algún día harían.

Actualidad

Unos días después

Elizabetha tardó unos cuantos días en volver a la normalidad. La brecha de su cabeza tenía muy buen aspecto, y su muñeca derecha, la que había hecho crac mientras intentaba escapar de Leonard, estaba cubierta por una extraña muñequera que le había suministrado Helmut Ashcroft, una muñequera que le permitía mover la mano sin ningún tipo de dolor.

Las visiones habían cesado, de momento, pero «la voz» continuaba hablándole como siempre, a diario.

Helmut le dijo que primero tenía que recuperarse, después podrían hablar. Elizabetha ya hacía un día que más o menos se había recuperado, y el momento de hablar había llegado.

De algún modo que le costaba trabajo entender, Elizabetha se sentía bien al lado del hombre alto, el mismo de sus visiones. El mismo que le había tendido la mano tantas y tantas veces, y que ella había aceptado.

—¿Eres mi padre? —Fue lo primero que, con cierto temor, se atrevió Elizabetha a preguntarle.

—No. Pero tal vez sea algo parecido.

Elizabetha se quedó pensando en esas palabras mientras en su cabeza se formulaba su siguiente pregunta.

—¿Sabes lo que significan mis visiones? Tú aparecías en ellas, en muchas de ellas.

Helmut se quedó mirándola unos segundos con seriedad, pensando la forma más sencilla de explicárselo todo, al menos lo más importante.

—EL, tú tienes algo especial, seguro que ya te has empezado a dar cuenta, tienes algo llamado «la mirada».

—¿La mirada?

—La mayoría de las personas no somos capaces de ver más allá de nuestros propios pies, tal vez de ver parte de aquello que ya hemos visto antes, pero algunas personas, muy pocas personas, son capaces de ver un poco más,

son capaces de levantar la vista y ver lo que hay un poco más allá, en ese lugar que llamamos futuro. Tú eres una de esas personas, Elizabetha, una muy especial.

Elizabetha se quedó pensando de nuevo en sus palabras. En cierto modo ya sabía, o mejor, ya intuía, que lo que veía pertenecía al futuro, aunque algo en su interior le decía que algo así no podía ser cierto, que esas cosas no existían.

—Todavía es pronto —prosiguió Helmut—, eres muy joven y esto no ha hecho más que empezar, has pasado por muchas cosas hasta llegar aquí y tu formación y entrenamiento fueron interrumpidos muy pronto por un hecho no previsto, pero todo eso ya ha terminado, EL. Yo te ayudaré a controlar esas visiones, yo te ayudaré a «ver», y juntos nos enfrentaremos a... —Helmut alzó la mirada y estudió la expresión de su rostro—. Juntos nos enfrentaremos a eso que ya es probable que hayas visto, al menos en parte. ¿Me equivoco?

Elizabetha, con algo de temor, movió tímidamente el cuello hacia ambos lados.

—Ya has visto lo que va a pasar, y supongo que también habrás visto que tendremos que hacer algunas cosas, cosas para que todo continúe, cosas que... no siempre serán buenas, pero sí necesarias. ¿Te parece bien?

Tras una pequeña pausa, Elizabetha asintió con reticencia.

—¿Puedo preguntar algo? —dijo Elizabetha.

—Claro, ¿qué quieres saber?

—Si lo que puedo ver en mis visiones forma parte del futuro, ¿significa eso que el futuro ya está escrito y que no es imposible escapar de él, o que el futuro ya ha pasado y ya existe en alguna parte?

Helmut sonrió con ternura.

—Eso es algo que muy pronto descubriremos juntos, como también el resto de preguntas que te estarás haciendo sobre si es o no posible viajar en el tiempo y cambiar ciertas cosas para evitar que otras ocurran, ¿me equivoco?

Elizabetha movió el cuello a izquierda y a derecha.

—Creo que lo mejor ahora es que descanses, más tarde continuaremos hablando. Ya te he dicho que hay un largo camino por recorrer y que ese camino está lleno de piedras. ¿Te parece bien?

Elizabetha asintió.

Antes de que Helmut saliese de la habitación en la que se encontraban, se

detuvo un instante en la puerta y se giró de nuevo hacia Elizabetha. Había algo que rondaba por su cabeza y que le inquietaba, algo que ya le había adelantado Leonard Oppenheimer cuando hablaron por teléfono y que él mismo había podido comprobar cuando estuvo en el piso en el que vivía. En las paredes de aquella casa, podía leerse perfectamente algo que Elizabetha había escrito repetidas veces: «fecha de mi muerte». Seguido de una fecha. Una muy cercana.

—Tengo una duda —dijo Helmut mirándola de nuevo.

—¿Sí?

—¿Por qué en la casa en la que vivías estaba escrito por todas partes una misma fecha, una seguida de las palabras «fecha de mi muerte»? ¿Has tenido una visión en la que te ocurre algo malo en el futuro?

Elizabetha movió el cuello a izquierda y a derecha.

—¿Y entonces? ¿Por qué has escrito algo así tantas veces?

—Porque a partir de esa fecha nunca he sido capaz de ver nada más.

Helmut entreabrió los labios para decir algo más, pero finalmente se lo guardó para él y se fue de allí sin decir nada más.

Y de camino hacia el lugar al que se dirigía, se planteó la posibilidad de que la única razón por la que Elizabetha no veía nada a partir de cierta fecha, era, simple y llanamente, porque ya no había absolutamente nada que ver.

Y con esa aterradora duda, se preguntó si «el plan», si todo ese viejo y extraño plan ideado por «el arquitecto», no sería más que un completo error. El más grande que la humanidad había conocido jamás.

FIN

EPÍLOGO

El hallazgo

Lo prometido es deuda. Habéis llegado al final y yo os dije que os contaría lo que M me contó a mí, a pesar de su trascendencia y a pesar de que es posible que a alguno de vosotros le cambie el concepto que tenéis de la vida. Si no os apetece correr riesgos, si lo único que queréis es continuar con vuestro día a día, vuestro paradigma y no sufrir un vaivén cerebral, ahora es el momento de abandonar. Y lo digo muy en serio. A veces es mejor quedarse con la duda que saber qué era lo que se ocultaba tras su velo, ¿no os parece?

No inventaré detalles novelescos que no son ciertos para adornar esta historia, solo lo que M me contó.

«Lo» encontraron tan solo unos días antes de que mi conversación con M tuviese lugar. Él y dos compañeros más. Escucharon un ruido en la base de control en la que se encontraban y, tras seguir el rastro del mismo, vieron de dónde procedía. Del exterior de la base. Hacía frío, de hecho nevaba, era casi imposible que hubiese alguien allí afuera, pero así era. Abrieron una de las puertas que daba al exterior y, tras dejar correr una fuerte ventisca, vieron lo que se ocultaba a tan solo un metro de ellos. Era el cuerpo de un extraterrestre. O de un humanoide, como se prefiera.

Sí, ya lo sé, en estos momentos estaréis pensando que es imposible, que algo así no ha podido pasar ni mucho menos estar siendo revelado de esta manera, que todo eso es pura ciencia ficción, una mentira. Que de ser cierto, existen medidas de seguridad internacionales para evitar que se filtren cosas así, pero esperad un poco a que llegue al final de esta historia, ya falta muy poco, después podéis pensad o decidir qué pensar lo que os dé la gana. Y esto lo digo con todo el respeto del mundo porque todos tienen derecho a creer en lo que quieran y que nadie les diga qué es o no verdad.

El extraterrestre en cuestión era muy parecido a la imagen que hemos visto muchas veces en las películas. Sí, esto también os sonará a tópico, pero creedme, tiene su explicación, su propia historia, enseguida lo veréis. Su cuerpo era gris. Lleno de arrugas. La piel dura como la de un cocodrilo. Sus ojos, grandes y tan oscuros como la noche, eso, según me dijo, era debido a

que en el lugar del que procedía apenas hay luz y prácticamente todo el globo ocular está formado por una gran pupila. Tampoco se apreciaba ni rastro del iris. Dos bolas negras, nada más, eso eran sus ojos. Su altura era un poco superior a la nuestra, hablando en términos medios. El humanoide en cuestión mediría cerca de dos metros, más o menos. Su ropa era una especie de fina tela —también muy gruesa—, que lo cubría del cuello hasta los pies. Según me contó M no hablaba. Al menos no nuestro idioma, no uno que pudiésemos entender. Pero sí emitía sonidos guturales. Y se comunicaba. Era como si le hubiesen arrancado la lengua o las cuerdas vocales.

Como ya habréis deducido por los detalles que acabo de contaros, la razón por la que la imagen que os acabo de describir se parece tanto a la que nos han enseñado en algunas películas, es simple y llanamente porque no es la primera vez que vienen. M no es la primera persona que ha visto a uno, y esto también tiene su explicación. Como decía al principio, y perdonad que repita tanto esto —no lo haría si no considerase que tiene mucha importancia repetirlo—, podéis creer o no creer, es vuestra decisión, yo os digo lo que sé, lo que me contó una persona tan real como tú y yo y que trabaja para una de las empresas con más trascendencia a nivel científico del planeta. Digamos que no es un loco que me he encontrado en el último taburete de la barra del último bar en cerrar, es una persona fiable, cuerda, muy inteligente y sin ningún interés particular en mentir.

Bien, dicho esto, continúo.

El humanoide en cuestión, estaba vivo cuando lo encontraron, aunque en muy mal estado. Se estaba muriendo. A pesar de no hablar, como he dicho, sí hacía lo posible por comunicarse. Al principio le costó un poco, pero tras un pequeño periodo en el que reinó la confusión y la impotencia, establecieron un canal de comunicación más o menos estable y fiable. Todo por medio de imágenes, dibujos y mímica. Digamos que era algo así como un lingüista, un experto en lenguas muertas, como más o menos les dijo.

Cuando trataron de averiguar de dónde procedía y cómo había llegado hasta la Tierra, el humanoide, tras pensarse mucho la respuesta, decidió contarles la verdad. La gran verdad.

Para su sorpresa, el humanoide les dijo que en realidad él era de allí, de un lugar muy próximo a donde se encontraba M en ese momento, solo que su lugar pertenecía a cientos de años en el futuro. Era un humano, como nosotros, solo que muy cambiado por la evolución, las «modificaciones», el

envejecimiento y el paso de los años. Y también por algo que estaba a punto de llegar hasta nosotros, algo que muy pronto conoceríamos. Una nueva era, dijo.

M y su equipo no lo creyeron al principio, evidentemente, ¿quién iba a creer algo así? Pero el humanoide, tras mucho insistir, los convenció para que le hiciesen las pruebas pertinentes. Tras algunas analíticas y revisiones superficiales, M y su equipo se quedaron helados al comprobar que, efectivamente, su ADN, a pesar de no ser exactamente igual, sí guardaba un noventa y nueve por cien de coincidencia con el ADN humano. Su base era la misma y, a falta de estudios más exhaustivos, podría decirse que, efectivamente, ese ser que tenían delante era un humano. Por extraño que pareciese.

Les contó que había llegado hasta allí con una especie de máquina del tiempo, no abordo de ninguna nave ni ningún platillo volante, eso no es cierto. Según dijo, cuando se produce el paso entre bloques temporales, se forma un pequeño aro de luz que tarda unos cuantos segundos en disolverse en el aire, puede que ese aro es lo que las personas que alguna vez han presenciado uno de esos pasos han llamado «platillo volante». Pero tal cosa, lo que se dice un platillo volante, según él, no existe. Los viajes intergalácticos, según el humanoide, tampoco son posibles en el futuro ni probablemente puedan tener nunca lugar. Sencillamente no son compatibles con las leyes del universo. En cambio, con los viajes en el tiempo, la cosa es diferente. Aunque según dijo M, el humanoide rechazó de forma tajante referirse a los viajes como el suyo como «un viaje en el tiempo». Porque para él, para los humanos en el futuro, y esto es del todo asombroso, los viajes en el tiempo no existen, ya que en realidad, tanto el pasado, como lo que llamamos presente, como el futuro, coexisten al mismo tiempo. Forman parte de un todo, de una misma dimensión que forma digamos un plano fijo en el que somos nosotros y nuestra particular biología la que nos movemos y envejecemos a través de él, teniendo esa sensación de paso del tiempo. Pero el tiempo en sí mismo, es algo «relativamente» estático, casi rígido, parecido al concepto de espacio, donde América está siempre donde esperemos que esté, y lo mismo ocurre con España y con nuestra casa. El tiempo es una dimensión similar a la espacial en la que aprenderemos a movernos de aquí a muchos, muchos años. Todavía somos «jóvenes» para entender las leyes físicas por las que se rige.

La siguiente cuestión fue preguntarle al humanoide por qué había viajado a nuestra época, a nuestro «bloque», término similar al que él pareció utilizar.

Y respondió que en el futuro, en el «bloque» al que él pertenecía, la humanidad estaba a punto de extinguirse, que habían pasado muchas cosas y habían descubierto otras tantas acerca del funcionamiento y el sentido de la vida y del universo que no podía revelar porque, según él, «nos explotaría la cabeza». Pero en definitiva, era muy importante evitar esa extinción, y tanto él como algunos otros llevaban muchos años viajando a «bloques» anteriores — tanto a nuestro bloque como a bloques anteriores al nuestro— tratando de encontrar la causa original que había conducido a la humanidad al punto terminal en el que ahora se encontraba. Necesitaban encontrar esa causa para acometer ciertos «reajustes», había dicho.

M y su equipo escucharon y escucharon medio hipnotizados durante casi un día entero. Lo que estaba claro era que el humanoide que tenían delante era real, lo mismo ocurría con su ADN, así que, ¿por qué iba a estar mintiendo en el resto de su historia?

Para terminar, dijo que a partir de ahora íbamos a empezar a experimentar en nuestra realidad lo que él llamó «cambios más abruptos». Probablemente, —no podía fijar una fecha exacta porque eso también era relativo además de absurdo—, en cosa de poco tiempo, de pocos años, empezaríamos a ver a más «como él», porque estábamos muy cerca de lo que ellos llamaban un «bloque clave». A pesar de que siempre tomaban precauciones para evitar que los viésemos, los viajes multitudinarios y, sobre todo, urgentes, acabarían por hacer que bajasen la guardia. Según él, nosotros éramos todavía mentes muy cerradas y muy sensibles, con grandes dificultades para entender algo así y era mejor para el transcurso de todo que de momento no supiésemos demasiado, empezando por su existencia. También dijo que la fertilidad humana iba a recibir un revés como nunca antes había imaginado que recibiría, y eso ocurriría en muy poco tiempo. Ese revés nos cambiaría completamente como sociedad, así como también la forma de ver la vida y entender la existencia del ser humano.

Finalmente, M le preguntó al humanoide, por qué había decidido contarle todo aquello a él en particular, por qué no había tomado esas precauciones con él. Y lo que el humanoide le dijo fue algo que le robó el sueño desde ese preciso instante hasta el momento en el que él y yo hablamos en la fiesta de nuestra amiga en común.

Primero le dijo que estaba convencido de que el encuentro y la conversación que estaban teniendo pasaría a ser algo totalmente anecdótico, hablando en términos de repercusión social en ese «bloque», aunque no en

otros, «no en el mío, en el mío esta conversación será importante, créeme», fue lo que le dijo. Argumentó que en ese «bloque», en nuestro «bloque de tiempo», nadie, absolutamente nadie, creería que algo así le había podido pasar. Ya habían habido muchos encuentros y el ser humano de ese bloque, el bloque al que pertenecemos M, yo y todos vosotros, todavía estaba lejos de tener una «visión» global del mundo y del universo. «Nadie te creerá, te lo aseguro». Fue lo que le dijo.

Pero lo más sorprendente fue lo que le contó a continuación.

El humanoide en cuestión, por extraño y marciano que parezca, valga la expresión, dijo que era hijo suyo. Sí, habéis oído bien, era el hijo de M. Un hijo que M tendría en unos años, sino pasaba nada raro. Tenía alrededor de quinientos años, y la explicación a cómo algo así podía ser posible, cómo alguien podía vivir hasta los quinientos años, era algo que en muy muy poco tiempo empezaríamos a entender. Y ese algo tendría que ver con un invento extraordinario. Pero lo más terrorífico fue cuando le contó la verdadera razón por la que había ido hasta allí, hasta ese «bloque». Necesitaba hacer un «reajuste». Uno muy importante. Necesitaba evitar que él mismo existiera, porque en el «bloque» del que venía, había hecho algo muy malo, algo que iba a hacer que los seres humanos se extinguieran definitivamente como especie. Le dijo que él no podía quitarse la vida, tampoco le podía pedir a él ni a nadie más que hiciesen el trabajo, eso no aseguraría que en el «bloque» del que venía siguiese existiendo. Sí, lo sé, yo tampoco entiendo muy bien el funcionamiento de esa parte, pero es lo que dijo. Y también que la única forma de conseguir que él no existiera, era matando a su propio padre en su propio bloque, en este caso, a M.

No sé si a estas alturas ya habréis abandonado la lectura, me habréis tachado de loco, o habréis perdido toda la credibilidad en mí, pero os recuerdo que yo solo os cuento una historia, una que a mí me contaron. Nada más.

El hecho de que M me estuviese contando todo aquello significaba más o menos que el humanoide, presuntamente su hijo de quinientos años, no había acabado con su vida. De lo contrario, obviamente, no estaría hablando conmigo. Os prometo que cuando tuve ese pensamiento me dije, vale, M, por alguna razón se te ha ido completamente la cabeza y todo lo que me has contado hasta ahora no han sido más que los delirios de alguien con algún tipo de problema psiquiátrico. Y por triste que os parezca, me sentí bien pensando aquello. Me sentí bien pensando que el misterio de todo el asunto era que M

necesitaba ser medicado urgentemente y que su historia tan solo era ciencia ficción. Aunque esa sensación duró más bien poco.

Cuando le pregunté, sonriendo, cómo era que el humanoide, su hijo, no había acabado con su vida, él, de nuevo entre lágrimas —unas de esas que parecen hervir y arrasarlo todo como un río de lava—, me dijo:

—Ya te he dicho antes que se estaba muriendo cuando llegó, y efectivamente, no tardó mucho en dejar de respirar. Me dijo que en el bloque de tiempo del que procede el aire es muy diferente al que tenemos aquí y sus pulmones ya no están preparados para respirar aquí. Aparte de que ya venía muy mal herido cuando cruzó «el paso». La cuestión ahora es si hago o no caso de sus indicaciones, de lo que me pidió por el bien de la humanidad.

Como os decía, a mí me entró de nuevo el miedo a lo desconocido, o más bien, un miedo a una verdad inquietante, un pelín insoportable, una que no esperas.

—¿Y qué te pidió exactamente?

M miró hacia abajo. Tal vez todavía no había pronunciado nunca en voz alta las difíciles palabras que estaba a punto de decir.

—Que fuese yo mismo quien me quitara la vida, que era la única opción para evitar la extinción, una extinción que, según él, tendría unas consecuencias catastróficas a un nivel que nunca podríamos comprender.

Aquello me empezó a asustar de verdad. Y el miedo que sentí en ese momento fue diferente. Fue un miedo a estar delante de alguien que no está bien y que, en cierta manera, te está confesando que se quiere quitar la vida y ha utilizado toda esa extraordinaria historia para darle un sentido a su desgarrador propósito.

A mí se me empezaron a pasar por la cabeza diferentes formas de poder ayudarlo, la primera de ellas, llevarlo a un hospital de urgencias a que lo viese un psiquiatra. En ese momento tuve la certeza de que M tenía un problema mental. Le dije que bajo ningún concepto podía ni tan siquiera plantearse hacer algo así, que nadie sabía lo que iba a pasar quinientos años en el futuro y que, en el hipotético caso de que algo así pudiese ser cierto, no me creía que la muerte de ninguna persona pudiese tener tanta trascendencia tantos años después. Añadí que aquello era la estupidez más grande que había oído nunca, y me ofrecí a llevarlo a que lo viese un médico. También le dije que si no le importaba que le contase la historia a alguien más, para ver qué opinaba, para que pudiese dar su punto de vista y ver si también pensaba lo

mismo que yo. M, con lágrimas en los ojos, me dijo que adelante, que me daba permiso para contar su historia siempre y cuando no revelase su verdadero nombre, aunque de todas formas, «tampoco importa», me dijo con cinismo en la mirada, «nadie te creerá».

Creo que cometí un pequeño error en la forma en la que le dije todo aquello, demasiado vehemente tal vez. M me dijo que tenía que ir al lavabo y, a pesar de que yo traté de no perderlo de vista y de disculparme por si le había sentado mal lo que le había dicho, ya no volví a verlo más. No sé cómo lo hizo pero se escabulló y desapareció sin dejar rastro. Os recuerdo que estábamos en una fiesta y puede que yo me despistara un poco hablando con alguien, pero el caso es que a pesar de buscarlo y de preguntar por él, me fue imposible encontrarlo. No había duda de que se había marchado.

Pensé en hablarle de M a nuestra amiga en común. Contarle toda o parte de aquella historia y sobre todo decirle que me preocupaba mucho que M estuviese pensando hacer una locura. Una tan grande como quitarse la vida. Pero nuestra amiga estaba en su propia fiesta de celebración, eufórica, la más grande que había tenido nunca, se iba a ir al extranjero —quién sabe si para no volver nunca más—, y en ese momento me dije que no se merecía que yo le empañase la noche. Su noche. Así que decidí no contarle nada.

Preferí pensar que M se habría ido a dormir y que al día siguiente, cuando su cuerpo hubiese metabolizado el alcohol, vería las cosas de otro color.

Al día siguiente le pedí a nuestra amiga en común que por favor me diese el contacto de M, le dije que habíamos intimado bastante y que me gustaría seguir en contacto con él. Me lo dio sin ningún problema. Pero ni ese día, ni los posteriores hasta hoy, el móvil de M volvió a estar operativo.

A día de hoy, casi un año después de esa conversación que mantuvimos, no he vuelto a saber nada de él. Mi amiga dice que tampoco sabe nada de él, aunque por lo que he podido comprobar, ella tiene otras cosas en la cabeza actualmente y no le ha dado mayor trascendencia al asunto. Dice que M siempre ha sido un poco así. Aparece y desaparece por un tiempo. Su trabajo como físico teórico en el campo de la investigación le exige tener que estar largos periodos de tiempo aislado. Y yo quiero pensar que eso es cierto. Que M está investigando y tomando café en estos momentos. En un lugar con bonitas vistas y con una compañía agradable. Que olvidó aquella extraña e inquietante historia y siguió con su vida. Hacia delante, por supuesto.

No os miento si os digo que son muchos los días que pienso en la historia que me contó. Una historia que, puede ser cierta, o no. Tampoco os miento si os confieso que son muchos los días en los que pienso que lo que me contó sucedió realmente, que fue algo tan real como lo somos tú y yo, y que tras ello, M acabó quitándose la vida, por eso nadie ha vuelto a saber nada de él. Otros muchos días pienso que aquello no fue más que un pequeño desvarío que tuvo, un traspie de su trabajado y sobresaturado cerebro, que nada de eso podrá ser nunca cierto. Porque es ciencia ficción. Porque es una locura. Y porque los humanoides grises no existen, ni mucho menos son humanos.

Y este es el final de esta historia, la historia que ha inspirado —solo inspirado— gran parte de la chispa necesaria para hacer que ardan estas tres novelas cortas que componen este libro. Al principio dije que toda historia tiene su propia historia, y eso es verdad. Puede que os estéis preguntando por qué os he contado todo esto. Y la respuesta es sencilla. Primero, no puedo dejar de sentirme en deuda con M por su historia y por lo que ha supuesto para mí a nivel personal y creativo, en cierta manera se lo debía. Y segundo, si por alguna de aquellas algo de lo que me contó fuese cierto, ¿no os parece que lo más justo sería compartirlo con el resto? ¿No quisieseis saber que algo así ha pasado? ¿Que algo que podría cambiar de forma definitiva nuestra forma de ver el mundo y nuestra propia naturaleza, está a punto de pasar? Imagino que, como todo en la vida, hay opiniones para todos los gustos, y vuestra respuesta a esa pregunta podría ser: «puede que sí, o puede que no». De todas formas, y tal y como el humanoide le dijo a M, y más tarde M me dijo a mí, en el fondo no sé si algo de todo esto importa, si algo de todo esto trascenderá, porque lo más probable es que nadie me creerá.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Estimado/a lector/a,

En primer lugar, me gustaría agradecerte que le hayas dado la oportunidad a esta antología compuesta por tres novelas cortas. Si estás leyendo esto, además, significa que has llegado hasta el final y eso quiere decir que a fin de cuentas tampoco lo has pasado tan mal, ¿no?

Tal y como decía al principio de este libro, las tres historias que acabáis de leer provienen del universo literario de *La Chica del Semáforo* y *el Hombre del Coche*, y aunque se pueden leer de forma independiente, ni que decir tiene que la realidad es que se complementan. Por otra parte, si estáis pensando si habrá continuación o qué ocurrirá con todos esos nuevos enigmas y preguntas que se acaban de abrir ante vosotros, os informo que la primavera de 2019 se publicará *La Chica del Corazón Metálico*, la continuación de *La Chica del Semáforo*. Ni que decir tiene que, en dicha novela, cobrarán mucho protagonismo algunos de los principales personajes que han formado parte de esta antología y que todas esas dudas y preguntas que puede que os estéis haciendo, se resolverán de la forma más sorprendente que hayáis leído nunca.

Me gustaría pedirte un último favor, si no es demasiado pedir, sería para mí de una gran ayuda y de un valor enorme si te animases a publicar tu opinión/puntuación en la misma plataforma que adquiriste el libro, en este caso, Amazon. Tú mejor que nadie debes saber que tan importante es que te digan cuándo haces las cosas mal y cuándo las haces bien, y para mí sería muy importante poder conocer tú opinión para seguir mejorando día a día y poder seguir avanzando como autor.

Si deseas darme tu opinión en privado, puedes ponerte en contacto conmigo en la siguiente dirección:

david.orange.stains@gmail.com

Recibe un grandísimo abrazo de mi parte, y gracias de nuevo

David Orange.

Table of Contents

PRÓLOGO

VOLVER

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

LAS CAJAS MUSICALES

1

2

3

4

5

6

7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
20
21

CABEZA DE HOJALATA

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23

24

25

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR